

Dialéctica, valor y dominación

Roger Landa

LAS FORMAS DEL FUEGO

ENSAYO




MONTE AVILA
EDITORES LATINOAMERICANA





LAS FORMAS DEL FUEGO

Dialéctica, valor y dominación

ROGER LANDA

Dialéctica, valor y dominación

Ensayo sobre el patrón de poder de la modernidad

PREMIO DEL CONCURSO PARA AUTORES INÉDITOS
MENCIÓN ENSAYO, 2024



1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2025

Dialéctica, valor y dominación

© Roger Landa

MONTAJE DE PORTADA

Greicy Letelier

FOTOGRAFÍA

Jesús Reyes

DISEÑO, DIAGRAMACIÓN Y CONCEPTO GRÁFICO

Sonia Velásquez

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C. A., 2025

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio,

Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 485.04.44

www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal N° DC2025000697

ISBN 978-980-01-2546-5

Ministerio del Poder Popular para la Cultura
Monte Ávila Editores Latinoamericana, C. A.
Concurso para Autores Inéditos 2024

VEREDICTO

Quienes aquí suscribimos, Pedro Téllez, Carlos Pou y Alexandra Mulino, constituidos como miembros del jurado del **Concurso para Autores Inéditos de Monte Ávila Editores Latinoamericana 2024, mención ensayo**, reunidos vía *online* con el objeto de deliberar sobre los ganadores de esta edición, hemos acordado lo siguiente:

Luego de revisar exhaustivamente cada uno de los manuscritos y después de intensas y enriquecedoras discusiones que se llevaron a cabo, acordamos por unanimidad conceder el premio único a la obra ***Dialéctica, valor y dominación. Ensayo sobre el patrón de poder de la modernidad***, firmada con el pseudónimo Natalia del Mar.

El presente ensayo de investigación revitaliza el debate teórico entre marxistas y decoloniales en un tiempo histórico, donde las discusiones teóricas y epistemológicas han sido subestimadas por las corrientes posmodernas subjetivas y relativistas. Por tal razón, consideramos oportuno que tan prestigioso sello editorial abra la tan necesaria discusión que es, en última instancia, de carácter político e ideológico. Además, la obra está muy bien escrita y rigurosamente estructurada.

Una vez abierta la plica correspondiente, su autor resultó ser **Roger Landa**.

Firmado en Caracas, Valencia (edo. Carabobo) y La Victoria (edo. Aragua), a los 23 días del mes de marzo de 2025

*A Verónica,
en nombre de lo que nos une,
el conocimiento y el amor*

INTRODUCCIÓN

El problema de la modernidad y los dilemas de su comprensión

Esta es una reflexión sobre el poder. Más específicamente, se trata de una elucidación en torno a la dominación que ejerce la relación capital sobre el metabolismo social global o, en otras palabras, una reflexión sobre la *formación social capitalista en el proceso de creación histórica de los presupuestos lógicos para la reproducción de sus condiciones de existencia que son, simultáneamente, condiciones de dominación*. El resultado de este proceso y la forma en que opera como una totalidad que determina la vida de comunidades y pueblos enteros es lo que denominaré con el concepto de *patrón de poder de la modernidad*.

La crisis del ser en Europa occidental y el ¿fin de la modernidad?

Pero ¿qué es eso que podemos llamar con el término modernidad? ¿Por qué la modernidad supone un problema? O, dicho de otra manera, ¿para qué indagar de manera intempestiva sobre el patrón de poder de la modernidad? ¿Acaso no estamos ya lejos de ella? ¿No estamos nadando en la posmodernidad?, junto a la posverdad, el imperio (sin imperialismo), la sociedad en red y la digitalización de la vida, la superación del trabajo

manual y el incontestable camino hacia el mundo pleno de tecnología e inteligencia artificial...

Sospecho de todo ello. En una conversación que sostuve con el filósofo boliviano Juan José Bautista Segales, él afirmaba de manera categórica que «si no se tiene un diagnóstico explícito de la modernidad, ya sea positivo o negativo, ese pensamiento sigue siendo ingenuo, o digamos, su grado de cientificidad será menor» (Bautista, 2016). En principio queda claro que la necesidad de reflexionar sobre la modernidad es un imperativo epistemológico de las ciencias sociales, en la medida en que lo que somos o hemos devenido como civilización hunde sus raíces en eso que llamamos modernidad capitalista. En este sentido, no solo intento reflexionar sobre la modernidad, sino desde lo que ella misma es o cómo ella se ha constituido en tanto patrón de dominación civilizatorio sobre la humanidad.

A comienzos del siglo XX, el más influyente ontólogo alemán, Martin Heidegger, ya hacía explícita la tematización sobre la modernidad y lo que ella estaba construyendo o, de hecho, ya había patentizado para el destino de Europa occidental. La crisis u olvido del ser que se expresa a lo largo de su programa de investigación, ora desde el horizonte del tiempo, ora desde el horizonte de la nada o la historia de la metafísica, no hacía sino reformular la intempestiva nietzscheana por la muerte de dios y la necesidad de refundar sobre nuevas bases la propia civilización occidental. Lo que fue la promesa de emancipación de la humanidad identificada con Europa no se correspondió con la presencia de una desbordada racionalización de la vida, que se vuelve apremiante para el mismo destino e invención de Occidente. Esta incertidumbre que combina racionalización irrefrenable y vacío existencial se expresó de manera disímil en la intelectualidad europea. Lo que se formuló como un naufragio del *logos* se expresó en

el horizonte histórico dado por el acontecer del nihilismo, ese desierto que crece —para utilizar la metáfora de Nietzsche—, y configuró el lugar de tensión y discusión desde donde se buscó comprender el naufragio de la razón occidental. Se hace visible la *hybris* de la razón utilitaria y secularizada donde se accede a la otredad en términos mundanos: todo lo que está a la mano está puesto como objetivación y dominio.

Para Oswald Spengler, una de las voces más provocadoras del sino nihilista occidental, la crisis abrió la posibilidad de entender el proceso de desarrollo, decadencia y sucesión de las civilizaciones, ya no de forma lineal, edificadas unas sobre otras. Para él, cada civilización contiene en sí el impulso vital que le permite desarrollarse, a la vez que le marca el límite que tiene para sí misma. Por tanto, la crisis occidental no era algo lamentable, sino que ella estaba marcando el punto de inflexión hacia la renovación de la vida impuesto por el imperativo de la técnica, como la más acabada expresión de la racionalidad moderna que redefinió la relación entre los seres humanos y de estos con la naturaleza.

No en vano el olvido del ser en manos de la actitud técnica también se convirtió en desencanto del mundo, para recordar la feliz expresión de Max Weber, que culminó en la gran catástrofe de la primera mitad de ese siglo: una recesión y dos guerras —o una sola Gran Guerra, como se la vea— de alcances planetarios. Lo que se jugó en el *dictum* del fin de la modernidad y el advenimiento del nihilismo fue, en realidad, la máxima consumación de la lógica autodestructiva de la que el mundo no pudo escapar: lo que guía la acción humana es el cálculo medio-fin para apropiarse de realidad en términos científicos y técnicos. Frente a la eficiencia, la sabiduría práctica quiso ser reemplazada por una manera apodíctica y formalizable del conocimiento. En otros términos, la relación entre el Yo y el otro, entre el nosotros y la naturaleza que

lleva la huella de la razón secularizada se transforma en su contrario inmediato: toda promesa de emancipación deviene en un totalitarismo que constriñe y reduce las posibilidades de la propia vida. La razón también produce monstruos en la medida en que se absolutiza por encima de la propia vida, incluso llegando a fragmentar lo humano como individuo y a la sociedad como una agregación de individuos. María Zambrano supo leer esta situación y ver que el contenido de la razón que buscó abarcar la totalidad de lo real como momentos de su propio despliegue era más bien una apropiación totalitaria de ese todo. Ante ello, ya Antonio Machado había logrado recoger la crítica que hace la filosofía española en las voces de Unamuno y Ortega para hacer frente al derrumbe de Occidente desde la recuperación de un mundo de vida popular, cuya vitalidad era la clave para hacer del presente que se desploma un lugar de nuevo habitable, que pudiera cobijar lo humano. Si para Machado el «mal del siglo» impuso la necesidad de plantearse de nuevo la pregunta sobre la validez de las cartas marinas que guiaban a Occidente, para Zambrano no era solo que había que soportar el derrumbe, sino participar en la creación de lo que ha de seguir al desplome.

En este sentido, aunque para Max Weber la racionalidad capitalista que funda la modernidad no hacía sino reforzar una verdadera jaula de hierro, donde la vida social quedó inundada del cálculo y control de la racionalidad instrumental y su criterio de eficiencia, para Martin Heidegger se trataba de algo más: una pérdida del sentido profundo del propio modo de existencia estaba en tela de juicio. De allí que buscará las vías más originarias para hallar aquel sentido que se tematizó como algo perdido. Tematizar en el sentido de constatar el acontecer que irrumpe como facticidad irrenunciable. Frente a ambos, la lectura de la racionalidad moderna, cuya facticidad se encontró en la técnica (Heidegger) y sus consecuencias

para la objetividad del ser social (Weber), habría que adicionarle el problema de la alienación de las clases proletarias. De allí que Gyorgy Lukács formule su concepto de reificación teniendo este panorama a la vez sombrío y esperanzador. La crisis del ser era, también, una crisis profunda de la razón que había fundado la sociedad moderna industrial y que se expresa en la penetración de la forma mercantil en todas las dimensiones de la vida social. Por primera vez en la historia, el hombre ya no está a merced de la naturaleza, pero, sin embargo, tampoco está a salvo. Ahora es la modernidad capitalista la que amenaza la propia existencia. El mencionado desencantamiento del mundo trajo aparejado una nueva normatividad de la vida mediante la cual la existencia se vuelve desnuda y abstracta: la forma de objetividad mercantil penetra todas las dimensiones de la vida para subordinar la cualidad a la cantidad, es decir, homogeneiza las mismas relaciones sociales en su abstracción mercantil y es gracias a ello que se logra la creciente racionalidad del mundo. Sin embargo, Lukács no se hace eco del nihilismo sino de la lucha de clases, por lo cual sostiene que, frente a la crisis, son las clases proletarizadas las que pueden cambiar esta situación al convertirse en una verdadera fuerza histórica para sí.

No es casual que entre las dos fechas que marcan el comienzo y fin histórico del siglo XX, 1917 y 1991, despunta el problema del totalitarismo y su expresión siamesa: fascismo en Occidente y bonapartismo en la URSS como respuestas ante el avance de la conciencia histórica de las clases dominadas. ¿Tienen una misma raíz? En realidad, los procesos históricos que dieron origen y desarrollo a ambos fenómenos políticos no pueden ser equiparados como líneas tangenciales, ciertamente se trata de resoluciones divergentes de la alta conflictividad social —lucha de clases en sentido complejo— que signó la consolidación y estabilización del capitalismo en

el centro. Pero, ineludiblemente, ambos comparten un horizonte civilizacional, precisamente, el de la modernidad: ambos proyectos comparten el imperativo del desarrollo tecnológico junto al consecuente e inevitable progreso que trae aparejado. Con todo, es indiscutible que la reacción de Occidente ante el avance de la Revolución bolchevique, cuyo período bonapartista y la evaluación posterior sesgada por el informe Krushev sirvió para ocultar lo que sigue siendo una de las mayores victorias de las clases trabajadoras, indicó la necesidad de un viraje hacia un nuevo contrato con las clases trabajadoras en Occidente, contrato que en tiempos del neoliberalismo disciplinario se ha visto resquebrajado.

Precisamente, con el auge neoliberal, la continuidad de las guerras imperialistas que se desplazan definitivamente sobre los territorios periféricos y la crisis reptante entre 1968-2008, las transformaciones globales volvieron a colocar sobre la mesa de discusión el problema del alcance de la propia razón y la crisis de lo político, convirtiéndose en signo epocal, donde los grandes temas que convocan a la humanidad solo pueden ser enunciados o vistos desde los miradores de un despeñadero al que nos acercamos cada vez con mayor velocidad. En este contexto global, los atractores extraños que surgen a lo largo del sistema, como respuesta y resistencia ante la totalización de la totalidad, siempre encuentran contextos desde donde se busca dar una nueva vuelta de tuerca a los procesos de dominación: la pandemia es el más reciente tirón en la búsqueda de estabilizar la acumulación global de valor. Esta compulsión por acumular valor es el faro que permite navegar sobre las dimensiones de las crisis que se van amontonando como una catástrofe a los pies del ángel de la historia.

La palabra crisis se ha convertido en un lugar común que no deja de señalar una catástrofe vuelta cotidiana —para recordar el concepto metáfora de Walter Benjamin—, en una

vida que se mantiene constantemente al límite; al hacerse cotidiana, se pierde lo grave del asunto y ya no da qué pensar. Precisamente, lo que se ha vuelto un lugar común es vivir al límite sin que ello imponga ningún tipo de acción de contramarcha, no hay freno de emergencia ante la locomotora del progreso. Lo cierto es que la catástrofe es real, su normalización llama a la atención por volver sobre aquello que nos convoca a pensar y reflexionar. ¿Qué ha pasado con esta realidad catastrófica que ni siquiera permite tomar el freno de emergencia?

La apertura de los debates sobre la modernidad y la importancia del lugar de enunciación

Hecho explícito o no, tomado desde una perspectiva ingenua o crítica, el espacio que se abre en la contradicción inherente a la reproducción de la modernidad capitalista, a saber, que la creación de riqueza produce *necesaria e inevitablemente* pobreza, se descubre como el lugar desde donde se formulan los más diversos diagnósticos, análisis y reflexiones sobre el proyecto o modelo ideal de la modernidad y sobre lo que ella realmente es, podríamos decir, sobre la modernidad realmente existente.

Si dejamos de lado la discusión con aquellas posturas que parten de un darwinismo social o un burdo malthusianismo —desde donde se acepta sin más la existencia de los dominados y excluidos como un dato incorregible en las estadísticas e, incluso, necesario antes, ahora y siempre—, podemos observar que el lugar geopolítico de enunciación viene a determinar, aunque no de manera automática, la posibilidad de radicalidad para la perspectiva epistemológica desde donde se asume aquella contradicción de la modernidad hecha explícita en *El Capital*.

Así, para los centros hegemónicos eurooccidentales, en cuanto a la modernidad, no cabe más sino culminar su realización, como se desprende de los planteamientos habermasianos, o defender su legado institucional para frenar al capital, una propuesta más reciente pero igualmente discutible.

Desde lo que se conoce como sur global, la cuestión se plantea de manera bastante diferenciada. Para ubicarnos desde la perspectiva latinoamericana, en la cual me reconozco, hay que mencionar el quiebre que se recoge con la mirada de la quingentésima conmemoración de la conquista sobre América, la cual viene a recuperar la memoria de los oprimidos para terminar de hacer explícito un lugar de enunciación que se venía madurando desde el inicio de las mismas resistencias. Hay que reconocer que el giro decolonial logra explicitar la necesidad de entender el inherente colonialismo de la modernidad capitalista como el lugar de enunciación privilegiado para encarar la crítica a la totalización de dicha totalidad. La polifonía de voces y lugares desde donde se resiste a la dominación capitalista y se construyen impulsos para su superación transmoderna se convierten en espacios desde donde se hace y dice verdad.

¿Recuperar a Marx desde la decolonialidad o leer la decolonialidad desde Marx?

Definiciones preliminares

En términos del encare epistemológico planteado, hablar desde y con Marx resulta también hablar desde y con el marxismo crítico latinoamericano. Pese a que mi propuesta se afina en una lectura y apropiación de Marx, que si bien no tiene pretensión de originalidad sí busca elaborar una propuesta con voz propia, pero ella no deja de reconocer su

vinculación con la tradición mencionada desde y con la cual también dialoga.

En esta dirección, antes que una lectura decolonial de Marx, me interesa más bien leer la propuesta decolonial desde una perspectiva marxista. Con mayor precisión, elaboro una interpretación del patrón de poder de la modernidad¹ a partir de Marx —y el marxismo crítico— para desde allí hacer el viraje decolonial.

Para desarrollar el argumento que permita comprender el patrón de poder de la modernidad, parto de ciertos conceptos fundamentales que me permiten articular una interpretación de la totalidad de la relación capital en diversos niveles de abstracción y con distintos niveles de profundidad. La redefinición de dichos conceptos se hace necesaria, en especial por estar cargados de una tradición ortodoxa que en muchas ocasiones impide su correcta inteligibilidad.

Formación social

Entiendo por formación histórico-social el complejo de relaciones en que una sociedad objetiviza la producción, reproducción y desarrollo² de la vida real de los sujetos³ de la comunidad o comunidades que la conforman, y que le dan existencia real en una región geohistórica particular. Pueden entenderse a las formaciones históricas⁴ como sistemas sociales

1 Nominalmente, el término fue introducido por Aníbal Quijano, pero aquí le doy un contenido completamente diferente, ya enunciado al comienzo de esta introducción.

2 La diferencia entre producción, reproducción y desarrollo de la vida es tomada y recategorizada a partir de Dussel, 2009, pp. 622-623. En particular, se superan los conceptos de tradición fenomenológica, como *mundo de la vida*, por otros de mayor capacidad explicativa, como *formación económico-social*, entre otros.

3 Sujeto en el sentido de *sujeto vivo* que desarrolla Hinkelammert, 1986, pp. 271-327, y que está presente en Marx, 2009a, pp. 235-236, tomo 1; 2012, p. 215, entre otros lugares.

4 Utilizaré como sinónimos las distintas expresiones formación social, formación socio-económica, formación histórica o simplemente formación.

concretos donde se cumplen ciertas leyes de desarrollo y evolución social de manera particular, en tanto son expresión de la formación en general de la que se trate. Dado que hablamos de la forma en que una sociedad hace objetiva la vida, la formación social incluye la totalidad de las relaciones involucradas en la producción, reproducción y desarrollo de dicha vida. Producción inmediata y/o mediada de la corporalidad viva de los sujetos. Reproducción de dicha corporalidad en las relaciones sociales como permanencia de la misma en sus condiciones fundamentales —incluida la estabilidad en su reproducción— y desarrollo de las capacidades humanas hacia niveles cualitativamente superiores de vida, dentro de los límites de la formación y el metabolismo por ella impuesto. Es de la vida cotidiana (cotidianidad) como conjunto de actividades de la praxis social desde donde se crea y surge constantemente una forma de objetivar la vida, de acuerdo a los límites del metabolismo de la formación dada; en otras palabras, es el proceso de vida real.

Debido a que las formaciones concretas son expresión particular del desarrollo histórico de una formación general, la cohesión singular de dicha particularidad está articulada por determinadas formas culturales. La cultura es, entonces, la expresión singular en que relaciones de objetivación se presentan en una sociedad concreta en la organización de los valores de uso para la producción, reproducción y desarrollo de la vida. Ella representa la unidad fenoménica de las regularidades esenciales características de una formación y la manera accidental (concomitante/contingente) de especificarse en la historia de una sociedad concreta. Por tanto, la categoría de cultura expresa la unidad singular de lo contingente y lo necesario en el desarrollo de la totalidad de las relaciones de la sociedad concreta de la que se trate.

Aquí abordaremos la formación capitalista entendiéndola, a nivel metodológico, como una formación en general

que puede tener desarrollos particulares. Así, lo que en general la caracteriza es que las relaciones de producción, reproducción y desarrollo de la vida de los sujetos, en sus procesos de objetivación, están subordinadas a la relación capital, por consiguiente, son parte de su metabolismo de valorización constante. De allí que, en dicha formación, objetivación y alienación se identifiquen de manera creciente y van generando un proceso de fetichización de las relaciones de la vida real de la(s) comunidad(es) que se impone por encima de la conciencia y voluntad de las y los sujetos que la conforman. Según se vayan subordinando distintos campos prácticos de la vida de dicha(s) comunidad(es), de manera concomitante, se producen distintas contradicciones o dimensiones de una misma contradicción.

Siguiendo los análisis de Poulantzas (1969, pp. 43-49), pero sin comprometernos con su epistemología estructuralista, sostengo que son las instituciones de la esfera política (y no solo el Estado, como para Poulantzas) las que dan cohesión a la formación en su conjunto, en general, determinando de manera práctica la articulación de la misma para su funcionamiento. Por tanto, también es esta esfera la que condensa las contradicciones de la formación en sus diversos niveles y campos prácticos.

El Estado, en tanto expresión geocultural de una determinada condensación de fuerzas (Poulantzas, 1987, p. 174), es el límite político máximo que ha logrado establecer la formación capitalista en su desarrollo particular. De allí que los Estados-nación inmersos en el capitalismo global delimiten, metodológicamente, el «adentro» y «afuera» de formaciones particulares. Las relaciones entre estas formaciones delimitadas por los Estados-nación penetran las propias formaciones particulares que se articulan en una totalidad de complejidad creciente.

Modo de producción

Por otra parte, a toda formación histórica concreta corresponde un modo de producción dominante que nunca se presenta en «estado puro», sino siempre como un proceso particular de desarrollo combinado con otros procesos internos a la formación: modos de vida, a los que aquel subordina como atractor. El modo de producción es la esfera de relaciones sociales interna a una formación histórica donde se reproducen económicamente las condiciones materiales de vida de la sociedad. El modo de producción, en general, conjuga a las fuerzas productivas: determinada forma de cooperación de los sujetos para la producción de la vida real de la comunidad y su vida individual (cooperación en la que es fundamental la división del trabajo y el desarrollo tecnológico), y las relaciones sociales de producción: determinados vínculos establecidos por los sujetos entre sí y con la naturaleza. Para todo modo de producción, el trabajo es el proceso universal de mediación entre el metabolismo social y la naturaleza. Por tanto, el modo de producción sintetiza diversos procesos de trabajo, referidos al objeto, instrumento y producto del mismo; y supone, asimismo, una forma de apropiación del trabajo total invertido, apropiación que será desigual cuando nos encontramos en formaciones clasistas.

Para el desarrollo cualitativo del proceso productivo (desarrollo de las fuerzas productivas), la técnica y la tecnología tienen una función principal. La técnica, como saber hacer de la comunidad de vida, que ha inventado y desarrollado formas exitosas para su supervivencia y desarrollo. Este saber hacer es acumulativo y está supeditado al conjunto de valores axiológicamente jerarquizados de las sociedades. La tecnología, entendida como invención que posibilita a la formación evolucionar y adaptar su proceso metabólico a los cambios

internos-externos y a sus propias necesidades. Las revoluciones tecnológicas, en la medida en que conllevan cambios cualitativos desconocidos hasta el momento, pueden impactar las fuerzas productivas de tal manera que una formación pudiese experimentar un cambio en los límites de las fuerzas productivas anteriores del metabolismo social establecido⁵. El tipo particular de vinculación con este cambio tecnológico, bien sea por desarrollo interno o por transferencia externa (imposición o adaptación), determina la manera como se expresan las transformaciones de las relaciones de objetivación en una formación histórica dada a partir del desarrollo tecnológico.

Por otra parte, todo modo de producción determina materialmente un modo de consumo, en el sentido de que crea el consumo, así como un modo de circulación: acceso de los sujetos a una parte del producto social de acuerdo ciertas relaciones establecidas (distribución y cambio); a su vez, el modo de consumo determina social y subjetivamente (para la satisfacción de necesidades sociales y naturales) al modo de producción; finalmente, el modo de circulación determina prácticamente el modo de producción (Marx, 2009a, pp. 8-20, tomo 1).

Modo de vida y modo de trabajo

Si bien las formaciones sociales tienen un modo de producción dominante, existen niveles de particularidad geohistórica en que las relaciones de objetivación de la sociedad se expresan: los modos de vida. Es un primer nivel de particularidad, como expresión concreta de la totalidad (formación económico-social), que permite abstraer la especificidad con la cual la acción humana de distintos grupos sociales objetiva de manera diferenciada —en distintos modos— las relaciones de

5 Es lo que el antropólogo Darcy Ribeiro (1983) denomina proceso civilizatorio.

producción, reproducción y desarrollo de la vida a lo interno de una misma formación económicosocial dada. Se trata, como afirma Iraida Vargas Arenas, de «ciertas maneras particulares de la organización de la actividad humana, ciertos ritmos de estructuración social y, en consecuencia, los cumplimientos objetivos de las leyes específicas que rigen para esa formación social» (Vargas, 1990, p. 63). Así, en tanto expresión particular de la totalidad, el modo de vida incluye también la particularidad de las relaciones de los diversos campos prácticos que atraviesan la formación. En este sentido, para Vargas Arenas, el concepto permite

acceder a la explicación de procesos particulares dentro de una formación social, considerar las particularidades de las condiciones técnicas y las condiciones sociales de la reproducción y, de esa manera, explicar los ritmos de cambio y las formas de estructuración de la formación económicosocial, tomando en consideración los contenidos que presentan otros aspectos de la totalidad en ese proceso. (Vargas, 1990, p. 64)

Dentro de una sociedad determinada, como expresión concreta del desarrollo de una formación específica, tenemos distintos modos de vida que se articulan en torno a patrones regulares del metabolismo total de la formación. Por tanto, si toda formación económica social supone un modo de producción, análogamente, todo modo de vida supone un modo de trabajo como esfera económicosocial donde se delimita la reproducción de las condiciones materiales de un modo de vida, constituyendo la síntesis de varios procesos particulares de trabajo. En este sentido, «cada modo de vida en su dimensión estructural, supone la implementación de un modo de trabajo, el cual se inserta de manera cuantitativamente diferente en tal dimensión y que lo hace cualitativamente diferente en

la dimensión histórica» (Vargas, 1990, p. 69). En este sentido, el concepto permite estudiar las «diversas maneras concretas [específicas y diferenciadas] como se cumple el proceso productivo en una sociedad dada» (pp. 69-70).

Trabajo vivo y clases proletarizadas

El trabajo vivo es la condición trascendental de posibilidad material de todo fin o sistema posible (Hinkelammert, 1984, pp. 271-327), el cual se identifica con la inmediata corporalidad del sujeto (Marx, 2009a, pp. 235-236). En ese sentido, él también es la posibilidad de toda formación social. La realización de las determinaciones (contenidos) para la producción, reproducción y desarrollo de la vida de la corporalidad de los sujetos de una sociedad dada se identifica con el proceso de objetivación del complejo de relaciones que constituyen la formación determinada. El trabajo vivo es la mediación de primer orden que se despliega en múltiples complejos relacionales para objetivar aquellas relaciones.

En el caso del capitalismo, el trabajo vivo es desplazado como mediación de primer orden al ser subordinado al valor e imponerse mediaciones del capital para su autovalorización (mediaciones de segundo orden). El trabajo vivo constituye la condición de posibilidad de la creación de valor para el sistema capitalista o, como dice Marx (2009a), el trabajo como «fuente viva de todo valor» (p. 236). Así, el sistema capitalista no subsume al trabajo vivo mismo, sino el trabajo abstracto, es decir, a la capacidad de trabajo de la comunidad viva que ha sido despojada de sus condiciones objetivas y subjetivas de producción y reproducción mediante la fetichización de ellas y que, por tanto, debe venderse como fuerza de trabajo. En concreto, el trabajo vivo se identifica con una comunidad de vida, con memoria, por tanto histórica, y con capacidad de

crear⁶ nuevas relaciones sociales más allá del sistema vigente. El trabajo vivo, por consiguiente, también es la condición posible para la emergencia de un nuevo metabolismo social.

En cuanto tal, el trabajo vivo permanece en relación con el sistema capitalista en una triple dimensión, de acuerdo a su subordinación en la relación capital a través del despliegue del valor como mediación para la dominación del metabolismo social.

Primero, la relación de originariedad histórica, como trabajador despojado de las condiciones objetivas de producción y reproducción de la vida real, por tanto, desligado de las relaciones sociales del metabolismo previo al capitalismo y destruido/subordinado a este.

Segundo, relación de dominio bajo condiciones ontológicas producto del movimiento del mismo capital como totalidad. El trabajo vivo es aquí la oposición absoluta que se enfrenta al capital, pero que es subordinado a este por medio de un proceso donde las propias condiciones de reproducción del capital son a la vez condiciones de dominación, pero ellas ya no se presentan como supuestos históricos del capital, sino como el resultado de su proceso total.

Tercero, relación de pauperización constante, es decir, como exclusión de las condiciones de producción material de la vida: *pauper* (pobre), de otra forma, trabajador que no puede vender su fuerza de trabajo al capitalista.

De esta triple dimensión surgen las clases proletariizadas. Ellas no son más que las comunidades de vida que practicaban un metabolismo distinto al del capital, pero que al quedar subsumidas a este (en distintos procesos multidireccionales) quedarán en condición proletariizada, una vez

6 En sentido radical de *poiesis*, como lo plantea Cornelius Castoriadis, aunque nunca *ex nihilo*.

desestructurado dicho metabolismo a través de la expropiación de sus condiciones objetivas y subjetivas de producción y reproducción.

Regiones geohistóricas y sistemas interregionales

La evolución de una formación concreta se realiza en una región geohistórica determinada y va en relación con el tipo de vinculaciones que establezca con otras formaciones y regiones o subregiones. Las regiones geohistóricas comprenden la estructuración de procesos sociales de grupos domésticos y territoriales diferenciados que se cruzan en una misma área geográfica, y que puede ser delimitada tanto en el espacio (geografía) como en el tiempo (historia). Se trata de una noción equivalente a la de *región histórica* empleada por la arqueología social. Para Vargas Arenas (1990), el concepto permite entender

cómo una misma región geográfica ha sido utilizada o humanizada a lo largo de la historia; cómo cada momento histórico ha contribuido para que se dé el enlace con los subsecuentes, vale decir, cómo los grupos domésticos y territoriales que actuaron sobre un territorio han diseñado e implementado los modos de vida en cada formación económicosocial, sobre una misma región geográfica. (p. 81)

Las sociedades se desarrollan como expresión particular de una formación, ubicándose de manera concreta en regiones geohistóricas que devienen en parte del proceso de objetivación de la vida. De allí que toda formación produce una manera particular de espacio social (incluyendo el flujo de información y de energía en su interior), a su vez, como medio donde se desenvuelve dicha formación en unidad de lo continuo y discontinuo.

Entre las sociedades de una misma región o subregión se establecen relaciones y patrones que van evolucionando y pueden transformar las mismas sociedades de acuerdo a las relaciones objetivas que ellas expresen, en tanto formaciones históricas concretas. Se generan así sistemas interregionales. Tales sistemas comprenden el agrupamiento de una o varias regiones o subregiones geohistóricas para delimitar áreas de desarrollo, vinculación y decadencia de procesos sociales de una o varias formaciones económicosociales (y sus modos de vida). Esta vinculación sugiere lo que desde la Escuela de los Annales se denomina *economías-mundo*, es decir, «un fragmento del mundo, una sección autónoma del planeta capaz de satisfacer la mayoría de sus necesidades, cuya red interna de intercambios socioeconómicos le confiere una cierta unidad orgánica» (Braudel, 1984, p. 6). Sin embargo, añadimos la necesidad de establecer las *mediaciones* adecuadas a través de las cuales un sistema interregional puede o no realizarse en *sistema-mundo* y, en particular, las condiciones que permitieron el desarrollo de las relaciones capitalistas como sistema mundial.

Al contrario de lo planteado por la escuela del *world system*, consideramos que lo fundamental no es observar la expansión de un sistema interregional, a saber, el sistema generado en torno al Mediterráneo (luego sustituido por el Atlántico, etcétera), sino el proceso de subsunción (real y formal) de los distintos sistemas interregionales a un tipo de relación impuesta por una formación que llega a ser dominante a nivel mundial. En otras palabras, es un cambio en la posición hermenéutica de enunciación, donde lo determinante no son los contenidos de expansión, sino la forma en que un sistema que llega a ser mundial (el capitalismo), a partir de los diversos procesos particulares de subordinación de los distintos sistemas interregionales a la relación capital, la necesidad de ejercer el control

sobre ellos y cómo estos desarrollos particulares determinan el proceso de aquella conformación mundial.

Lo determinante aquí es ver el doble proceso por el cual la relación capital se convierte en la relación dominante del sistema mundial (Gandarilla, 2003, pp. 71-89). Por un lado, se despliega la subordinación de la totalidad de las relaciones de la praxis social (la totalidad de la vida cotidiana) y de sus mismas condiciones de posibilidad (las condiciones para la reproducción y desarrollo de la vida real) bajo el control metabólico del capital, es decir, bajo el patrón de poder de la relación capital para su valorización permanente. Por el otro, se va completando progresivamente la expansión de la relación capital y sus condiciones de producción y reproducción a la totalidad del territorio mundial, es decir, a las distintas regiones geohistóricas desarrolladas y conectadas por formaciones concretas, quedando la humanidad toda bajo el dominio metabólico del capital.

***El patrón de poder de la modernidad:
momentos del despliegue argumental***

La presente investigación se despliega como un estudio sobre la formación capitalista en su proceso de creación de los presupuestos para la reproducción de sus condiciones de existencia como condiciones de dominación. Es decir, reflexionamos sobre el patrón de poder de la modernidad.

La forma de exposición del argumento se presenta como despliegue crítico de la totalidad. De allí que, en un primer momento (capítulo I), busco problematizar la misma totalidad desde la dialéctica. Lo fundamental allí es recuperar la posibilidad de la dialéctica como método científico y crítico que permite acceder a la comprensión de la problemática que se nos aparece cuando nos enfrentamos a la realidad

catastrófica de la modernidad. Lo que se busca es la manera de plantear la inversión de la realidad sobre la cual se desarrolla la modernidad capitalista.

Desde allí, en un segundo momento (capítulo II), parto de la constatación fáctica de que la dominación en el sistema capitalista expresa la síntesis del proceso histórico mediante el cual las condiciones de producción y reproducción de la vida real de una comunidad o varias comunidades pertenecientes a una misma región geohistórica, o sistema interregional, son subordinadas al metabolismo del capital. Desde el punto de vista histórico se produce una desestructuración del patrón de producción y reproducción anterior que conlleva a su subordinación violenta y directa. Concomitante a ello (superpuesto, entrelazado, etcétera), se imponen los contenidos para la reproducción en escala ampliada de las condiciones de existencia/valorización del capital, con lo cual la dominación queda mediada por la reproducción de las mismas condiciones que hacen posible la existencia de la relación capital. En conjunto, la reproducción de las condiciones de dominación de la relación capital se impone como su forma inmanente de desarrollo. En tanto proceso de totalización de la totalidad, la dominación se desarrolla sobre una misma base histórica, a saber, la escisión entre clases trabajadoras y las condiciones objetivas/subjetivas de reproducción de la sociedad a la que ellas pertenecen.

Finalmente, en el tercer momento de la argumentación (capítulo III), sostengo que la escisión material sobre la que se asienta la dominación de la modernidad es, a su vez, *escisión definitiva entre valor y valor de uso*. Es esta escisión la que hace posible que el valor medie la realización de las relaciones sociales, al desplazar al trabajo vivo (y sus procesos de especificación) como mediación de primer orden del metabolismo social. Ello permite que se desarrollen las condiciones

histórico-genéticas de la dominación del capital: (A) la propiedad privada en manos del capitalista, (B) la división social del trabajo puesta por el capital y (C) la valorización mercantil que succiona trabajo vivo. Las tres condiciones se eslabonan, evolucionan y transforman sobre aquella doble escisión y permiten, a su vez, reproducir en una escala siempre creciente las condiciones de existencia del capital como condiciones de dominación sobre la totalidad del trabajo vivo global.

El sistema de relaciones que así se tejen desarrollan un complejo de mediaciones de segundo orden que se imponen sobre la voluntad y la consciencia de sus mismos productores, por lo que desemboca en la reproducción de una relación de dominio fetichista: los mismos sujetos de la sociedad reproducen las relaciones que les dominan, porque no controlan, o dicho en otros términos, no tienen poder sobre las condiciones de dicha reproducción, pero la reproducción y desarrollo de su vida depende —contradictoriamente— de esas mismas condiciones que ellos sostienen y que les dominan. Este entramado de relaciones de dominación constituye el patrón de poder de la modernidad capitalista.

En conjunto, la exposición quiere hacer patente que la relación de dominación que el capital ejerce sobre el metabolismo mundial se manifiesta como reproducción de la relación capital desde la propia praxis de los sujetos dominados. He ahí una clave fundamental para poder plantear en concreto el ejercicio del poder como liberación, es decir, como control por parte de las grandes mayorías de las condiciones subjetivas y objetivas de reproducción de la vida y, por tanto, como superación de la dualidad valor-valor de uso. Es allí donde se abre el horizonte de lo materialmente factible para el futuro de la humanidad.

I. La búsqueda de un método científico y crítico: la dialéctica desde un lugar de enunciación decolonial

De nuevo sobre la dialéctica: el sentido de la reflexión

Nuestro punto de reflexión es la dialéctica. Pero no cualquier sentido de la dialéctica¹, sino la dialéctica entendida como método científico y crítico. ¿Qué significa esto? ¿Qué sentido tiene reflexionar sobre la dialéctica en pleno siglo XXI, cuando se ha consolidado a nivel mundial la figura del neoliberalismo como *sentido común epocal*? ¿Acaso ella no fue ya superada por el triunfo de la «sociedad globalizada», de la tecnología 4.0 y la «apertura de los mercados» y, por tanto, no tiene nada que decirnos respecto a nuestra realidad? ¿Por qué

¹ Como muchos términos de la historia de la filosofía y de la ciencia, el concepto de dialéctica no tiene un sentido unívoco ni una definición comúnmente aceptada. El *Diccionario de filosofía* de Abbagnano registra al menos cuatro sentidos para el término dentro de la filosofía griega y alemana clásicas: «1) La D. como método de la división; 2) la D. como lógica de lo probable; 3) la D. como lógica; 4) la D. como síntesis de los opuestos. Estos cuatro conceptos tienen su origen en las cuatro doctrinas que han influido en la historia del término, a saber: en la doctrina platónica, la doctrina aristotélica, la doctrina estoica y la doctrina hegeliana»; para el mismo autor estos significados, si bien están emparentados, no son reducibles entre sí (1993, p. 315). De estos cuatro sentidos acá solo interesa el último, en tanto tipo de relación que puede ser captada en ciertos recortes de la realidad (en modo alguno como toda la realidad); sin embargo, este sentido no agota el manejo que aquí hago de la dialéctica y que se inserta en la tradición de pensamiento marxista crítico latinoamericano.

no reflexionar sobre la realidad en vez de reflexionar sobre el método? Este es el meollo del asunto que intento tematizar.

Si en nuestro presente nos interpela la necesidad de reflexionar sobre la dialéctica como método, no es porque el problema del conocimiento se haya vuelto oscuro o queramos fundamentar una nueva forma del conocer. Antes bien, lo que se ha vuelto problemático es la realidad misma, y es el problema que nos *acontece* desde su horizonte el que nos interpela y nos da qué reflexionar. ¿Cuál es este problema que nos *acontece* e interpela? De otro modo, ¿qué sucede con la realidad que se ha vuelto tan problemática que nos conduce a reflexionar sobre el método, pero no cualquier método sino sobre la dialéctica? ¿Por qué sobre la dialéctica y no sobre otro método? La *imagen* que busco retener aquí es la de la *dialéctica en suspenso*, pues, como explica Walter Benjamin en *La obra de los pasajes*,

Allí donde el pensar llega al detenimiento en una constelación pléctica de tensiones, aparece la imagen dialéctica. Ella es la cesura en el movimiento del pensar. Naturalmente, su sitio no es uno cualquiera. Ha de buscárselo, en una palabra, allí donde la tensión entre las oposiciones dialécticas es la mayor. Por tanto, el objeto mismo construido en la exposición materialista de la historia es la imagen dialéctica. Es idéntico con el objeto histórico; justifica el que se lo haga saltar del *continuum* del curso de la historia. (Benjamin, 2009, p. 117)

De lo que se trata es de hacer saltar el *continuum* de la historia ante el cual el pensamiento se detiene cuando ocurre la «interrupción mesiánica del acontecer» (Benjamin, 2009, p. 50). Es en esta irrupción brusca de lo mesiánico donde se configura el instante de tiempo pretérito que relampaguea, a una misma vez, como posibilidad y como peligro: posibilidad

de redención de las clases dominadas y peligro de servir a la clase dominante. Es la tarea de la dialéctica como cesura, como «relámpago esférico, que atraviesa el horizonte entero de lo pretérito» (p. 60), la que Benjamin reclama ante la continuidad de la historia que configura un tiempo homogéneo y vacío. Captar aquel tiempo-ahora donde se abre la posibilidad de la redención de las clases oprimidas es la tarea más urgente de nuestro presente. En este sentido, para Benjamin, se hace fundamental que el pensar dialéctico «pueda considerar la historia no de otra manera que como una constelación de peligros de la que él [el pensamiento dialéctico], siguiendo su evolución con el pensamiento, está en cada momento a punto de apartarse» (p. 107). Precisamente, en la sugerente descripción del movimiento histórico de la conocida tesis IX sobre el concepto de historia, Benjamin ha creado una imagen metafórica profunda para el caso que aquí nos ocupa:

Hay un cuadro de Paul Klee que se llama *Angelus Novus*. En él está representado un ángel que parece como si estuviese a punto de alejarse de algo que mira atónitamente. Sus ojos están desmesuradamente abiertos, abierta su boca, las alas tendidas. El ángel de la historia ha de tener ese aspecto. Tiene el rostro vuelto hacia el pasado. En lo que a nosotros nos aparece como una cadena de acontecimientos, él ve una sola catástrofe, que incesantemente apila ruina sobre ruina y se las arroja a sus pies. Bien quisiera demorarse, despertar a los muertos y volver a juntar lo destrozado. Pero una tempestad sopla desde el Paraíso, que se ha enredado en sus alas y es tan fuerte que el ángel ya no puede plegarlas. Esta tempestad lo arrastra irresistiblemente hacia el futuro, al que vuelve las espaldas, mientras el cúmulo de ruinas crece ante él hasta el cielo. Esta tempestad es lo que llamamos progreso. (Benjamin, 2009, p. 44).

La facticidad histórica bellamente expresada por Benjamin, en un lenguaje que es teológico y profano a la vez, no es cualquiera. Se trata de prestar atención al acontecer de la realidad que hemos construido como civilización. O más exactamente, la realidad producto de una civilización singular: la modernidad capitalista. No busco aún discutir la construcción de su historicidad², sino partir de la facticidad de su constitución en tanto patrón de poder mundial que tuvo —y aún tiene— como eje de articulación la expropiación de las condiciones de vida de otras civilizaciones. Estas civilizaciones fueron subsumidas en función de dominar las mediaciones de objetivación de la vida de sus comunidades y la explotación del trabajo vivo disponible en ellas. Expropiación de las condiciones de vida, dominación sobre las mediaciones para objetivizar la vida y explotación del trabajo vivo, estos serían los supuestos sobre los cuales se construyó y aún se sostiene la civilización que hoy llamamos moderna occidental, y que ha sido la primera en la historia que se expandió por toda la geografía mundial³.

Lo que llama la atención en nuestro presente, y que nos acontece como problema, es la antinomia que se genera para la conciencia práctica⁴ cuando constatamos que la modernidad

2 La bibliografía sobre el tema es amplia. Puede consultarse, entre otros: Gandarilla, 2012, 2014; Hinkelammert, 1986, 2006; Echeverría, 2011a, pp. 65-290; 2011b, y Bautista, 2015.

3 En el capítulo II exploro este problema con una perspectiva histórica crítica y en el capítulo III desde una perspectiva lógica a partir de la dialéctica valor-valor de uso.

4 Desde Kant —en especial a lo interno de la tradición analítica— es común aceptar que las antinomias se le presentan a la razón pura cuando intenta trascender hacia posibilidades que van más allá de los límites impuestos por la experiencia, donde se encuentra con formulaciones totalmente dicotómicas e irreconciliables sobre lo que pretende ser objeto de conocimiento. Sin embargo, acá planteamos el problema de la antinomia para la razón práctica, es decir, para la razón cuando busca crear condiciones para la acción más allá de la dirección hacia donde la praxis dirige el decurso histórico en el presente. Por tanto, se trata de una posibilidad, si ha de ser posibilidad real de crear nuevas condiciones, completamente antagónica que enfrenta a la razón práctica

capitalista nos ha conducido a un camino de destrucción de los supuestos de toda historia, es decir, de la vida misma (Gandarilla, 2014, pp. 23-59; Vega Cantor, 2008, pp. 219-353; Arizmendi, 2016, pp. 113-166). Desde una perspectiva materialista crítica, debemos recordar el *dictum* de *La ideología alemana*: «La primera premisa de toda existencia humana y también, por tanto, de toda historia, es que los hombres se hallen, para hacer historia, en condiciones de poder vivir» (Marx y Engels, 2007, p. 38). Precisamente, son estas condiciones de posibilidad de toda historia las que están siendo destruidas por la relación capital, y ello porque la lógica del capital únicamente es realizable socavando el mismo fundamento material que lo hace posible (Marx, 2012, pp. 611-613). Cualquier pensamiento radical sobre la realidad presente no puede sino partir de esta facticidad, a saber, que las condiciones de vida del planeta (al menos como las conocemos) se agotan de manera inminente. Se debe hacer justicia al ángel de la historia y la catástrofe de ruinas que tiene a sus pies. Y eso no puede ser un lugar común.

En efecto, la vida concreta de todos los seres que habitamos el planeta es la condición supuesta para cualquier proyecto, por tanto, si se arruinan sus condiciones de existencia se está condenando el futuro a la desaparición, y un futuro que cada vez se nos hace más cercano y más urgente por los efectos múltiples a los cuales el capitalismo somete los sistemas de los que se alimenta como parásito, a saber, la naturaleza y las comunidades de seres humanos que la habitan. Como explica el filósofo José Gandarilla, se trata de una situación que nos coloca en una existencia en los límites de posibilidad de la vida misma.

con los propios supuestos de la praxis de los sujetos en el presente, enfrentándolos a la propia realidad.

La peculiaridad de la crisis histórica de nuestra época no deriva de que abarque diversos planos, esto es, que presente un carácter multidimensional, sino que en su progresión ha ido devastando diversos espacios: a) de la producción, circulación, distribución y consumo; b) geográficos, energéticos, ambientales y de los ecosistemas; c) de las «unidades domésticas» hasta urbes enteras o naciones que quedan hechas trizas. La vivencia de tales rasgos como «saqueo planificado» que sufren áreas territoriales desprotegidas, comunidades rurales, campesinos y contingentes obreros no es sino la forma en que el capital externaliza su crisis, el modo que se enfrenta con sus «límites relativos» y pareciera acercarse (como una asíntota) a sus «límites absolutos» sin que ello llegue a experimentarse, sino que es ese «estado de permanencia en los límites» lo que se vive como crisis. (Gandarilla, 2014, p. 29)

No es casual que Benjamin (2009) reclame que «El concepto de progreso ha de ser fundado en la idea de catástrofe. El que [las cosas] “sigan así”, [eso] es la catástrofe» (p. 113). Vivimos permanentemente al límite arrastrados por la tempestad del progreso. Sin embargo, ¿por qué no hacemos nada?, ¿o acaso sí lo hacemos, pero resulta insuficiente eso que hacemos para contrarrestar la crisis en que nos hallamos inmersos?, ¿de cuál crisis hablamos?, ¿quiénes la padecemos? La facticidad de construcción de la modernidad que destruye las condiciones de posibilidad para la vida en el planeta nos lleva a problematizar la realidad como una realidad en crisis en este sentido radical: estamos al borde del abismo, pero seguimos caminando hacia él, aún no llegamos, aunque sabemos que lo haremos, pero tampoco podemos retroceder. Como el ángel de la historia, vemos una catástrofe sobre la cual no podemos detenernos, porque la tempestad del progreso moderno nos arroja de manera cada vez más acelerada hacia el

futuro. La catástrofe es cotidiana. ¿Por qué? ¿Y qué tiene que ver la dialéctica con ello?

Hagamos algunos desmarques necesarios. La dialéctica no es un sistema⁵ a la manera de un sistema filosófico fundamentado *a priori* para conocer la realidad de todo ser. Postura que se hizo popular a través de la proliferación de los manuales durante el siglo XX y que responde por entero a la construcción política de la corriente hegemónica del marxismo soviético, y en el caso de América Latina y el Caribe, a la influencia de los partidos comunistas de la región. Ya en los tempranos años setenta, Ludovico Silva, no sin ironía, sostenía que:

Para Marx, como él mismo lo confiesa, la dialéctica era un método; en forma alguna se trataba de un sistema. Lo malo es que los marxistas, entre ellos el mismo Engels⁶, han querido convertir lo que era un método en un sistema completo, un sistema, una concepción filosófica del mundo en la que caben todas las cosas que han querido parir nuestro universo. [...] ¿En qué se convirtió el método dialéctico de Marx? Pues se convirtió en una ensalada rusa. [...] Hasta la fecha, ningún científico soviético ha podido hacer cosa alguna que valga la pena con el uso de la dialéctica. Si con la dialéctica se hubiesen hecho viajes en torno a nuestro planeta, mal andarían los viajantes. (Silva, 2006a, pp. 186-187)

5 Para una revisión exhaustiva y crítica del origen y rumbo de esta tradición que llegó a ser hegemónica, véase Kohan, 2011, pp. 179-243.

6 Sobre Engels se debe tener cuidado, pues, como me advirtió mi compañero de estudios David Alvarado, el propio Engels previene sobre la tensión que se genera entre el método dialéctico hegeliano y sus pretensiones de construir un sistema filosófico a partir de él: «Hegel veíase coaccionado por la necesidad de construir un sistema, y un sistema filosófico tiene que tener siempre, según las exigencias tradicionales, su remate en un tipo cualquiera de verdad absoluta [...]. Mas, con ello, se erige en verdad absoluta todo el contenido dogmático del sistema de Hegel, en contradicción con su método dialéctico, que reniega de todo lo dogmático; con ello, el lado revolucionario de esta filosofía queda asfixiado bajo el peso de su lado conservador hipertrofiado» (Engels, 2010, pp. 26-27).

De igual manera, no es un método para establecer las leyes de toda la realidad —incluyendo la naturaleza física-cosmológica⁷—; tampoco es un método para generar todo tipo de conocimiento. Esta acotación no es menor, puesto que no estoy de acuerdo en ver a la dialéctica como el único método del que disponemos para hacer conocimiento, y conocimiento crítico de nuestra realidad. Esto nos indica que la dialéctica tiene un campo preciso dentro del cual puede dar frutos científicos, por lo que no se trata de un método de métodos ni un método general para cualquier campo de conocimiento. Precisamente, el asunto del tipo de conocimiento que permite la dialéctica es la cuestión sobre la que debemos reflexionar.

Ni siquiera estamos ante un método para tomar decisiones políticas. En efecto, para poder participar en el campo político en el nivel de la acción o toma de decisiones se necesita más bien *virtud* —al decir de Nicolás Maquiavelo— o sabiduría práctica —*phrónesis* en sentido aristotélico—. Este tipo de conocimiento práctico no es propio de la dialéctica en el sentido que me interesa retomar. ¿Quiere decir esto que la dialéctica es irrelevante para la política, o la política para la dialéctica? En modo alguno. Lo principal de la dialéctica es su sentido político: ella permite la construcción del marco

7 Aunque los puntos nodales sobre este tópico que impregnaron buena parte de los debates epistemológicos del siglo XX fueron suficientemente refutados por el marxismo crítico latinoamericano, como también por la misma ciencia positiva —independientemente de que esta también deba ser criticada en ciertos aspectos—, aún hoy persisten posturas que aseguran este tipo de interpretación sobre la dialéctica, por ejemplo, el texto de Ted Grand y Alan Woods (2008) titulado *Razón y revolución. Filosofía marxista y ciencia moderna*; allí los autores hacen todo tipo de enlaces entre las leyes de la dialéctica con la física moderna y sus planteamientos más recientes, aunque la consistencia de los argumentos deja mucho que desear. Ciertamente, nada ocurriría si esta postura no pasara de unos cuantos exponentes y académicos, pero lo más grave de ello es que las secuelas de dicha interpretación, que llegó a ser canónica dentro de las filas de la izquierda mundial, aún persisten con fuerza en las bases de militantes de muchos países de nuestro continente. Cabría preguntarles si de verdad esta interpretación les ha ayudado en su empeño de transformar la realidad de opresión que viven.

categorial adecuado para pensar los espacios posibles para la transformación práctica. En este sentido, la dialéctica es conocimiento con conciencia de clase. Sin embargo, es la política la que actualiza en la acción estratégica o en el nivel de la coyuntura la dirección que va tomando la realidad de acuerdo a la conjunción entre: (A) voluntades racionalmente organizadas, (B) liderazgo y (C) proyecto político (algo que aprendimos en la Revolución Bolivariana). La dialéctica permite concebir lo potencial de la realidad que aún no es, pero que puede llegar a ser si se crean las condiciones de factibilidad. La política actualiza el presente en dirección a la realidad posible.

Por tanto, el papel de la dialéctica —al menos el que me interesa destacar— es mucho más acotado, pero no por ello menos importante.

La intuición de trabajo que propongo aquí asume que la dialéctica es el principal camino para que la razón tematice la problemática de la realidad en sentido crítico, porque nos permite *construir las categorías que abren espacios de transformación práctica de esta realidad en crisis*. Es el principal método para tal radicalidad, pero no el único, y esto cobrará sentido cuando comprendamos su diferencia específica con respecto a otros tipos de conocimiento y métodos del conocer. Además, me asumo conscientemente dentro de la tradición marxista crítica latinoamericana, a partir de la cual he elaborado la presente discusión.

Precisiones iniciales sobre la dialéctica como ciencia

Hablar de ciencia en Marx nos remite a las discusiones propiciadas por la intervención de Louis Althusser dentro del debate del marxismo internacional y su particular lectura de

lo que, por entonces, se entendía por materialismo histórico y materialismo dialéctico. En la actualidad, aún hoy la cuestión se mantiene en disputa, aunque ha variado el contexto de manera radical: (1) la tribuna ya no es dominada por el dogmatismo de entonces que se expresaba en el llamado «materialismo dialéctico»; (2) tampoco se cuenta con la atracción simbólica representada por la URSS y su influencia política-intelectual, y (3) se tiene un acceso menos mediatizado a las obras de Marx y Engels. Con todo, parece necesario precisar de qué hablamos cuando nombramos la dialéctica como método *científico*.

Desde la *Crítica de la razón pura* de Immanuel Kant (2005), el problema del conocimiento científico quedó planteado como la necesidad por delimitar sus condiciones de posibilidad (trascendentales en el caso del idealismo kantiano). La conocida metáfora del giro copernicano en el que debía fundarse el «camino seguro de la ciencia» fue ejemplificada por el mismo Kant, en el prólogo de la segunda edición de la mencionada crítica, con la imagen canónica sobre el proceder científico:

La razón debe abordar la naturaleza llevando en una mano los principios según los cuales solo pueden considerarse como leyes los fenómenos concordantes, y en la otra, el experimento que ella haya proyectado a la luz de tales principios. Aunque debe hacerlo a la manera de ser instruida por la naturaleza, no lo hará en calidad de discípulo que escucha todo lo que el maestro quiere, sino como juez designado que obliga a los testigos a responder a las preguntas que él les formula. (Kant, 2005, p. 14)

Como se sabe, el camino al conocimiento de la ciencia en Hegel es completamente distinto y constituye una crítica a lo que posteriormente se convertiría en la perspectiva entronizada del conocimiento: el *pathos* de la ciencia empírica.

Para él, el problema no consistiría en delimitar lo que el entendimiento puede o no conocer, sino ver en el desarrollo de la propia verdad una expresión en la experiencia de la conciencia que conoce. Con ello busca fundamentar el conocimiento de la realidad desde su propio movimiento y mostrar que dicho devenir se identifica con el propio desarrollo de la razón. Desde el prólogo de la *Fenomenología del espíritu* dejará claro que, para él, «La verdadera figura en que existe la verdad no puede ser sino el sistema científico de ella» (Hegel, 2009, p. 9), para aducir más adelante que:

Lo verdadero es el todo. Pero el todo es solamente la esencia que se completa mediante su desarrollo. De lo absoluto hay que decir que es esencialmente resultado, que solo el final es lo que es en verdad, y en ello precisamente estriba su naturaleza, que es la de ser real, sujeto o devenir de sí mismo. (p. 16)

La precisión sobre estas dos perspectivas —generales y para nada exhaustivas— viene al caso en la medida en que la discusión que gira en torno al problema de la ciencia y la dialéctica en Marx remite a aquellas tradiciones. No es casual que la confrontación se presenta entre quienes retoman la herencia hegeliana presente en Marx para entender la llamada «inversión» que este hace de la dialéctica y su aplicación como método histórico; y quienes niegan la impronta hegeliana en los planteamientos de la crítica a la economía política emprendida por Marx, entendida como ciencia moderna. Es en este segundo caso, precisamente, el camino seguido por Althusser en sus seminarios sobre Marx que mantienen su impronta hasta la actualidad.

Para Althusser (1970, pp. 13-30, 71-106, 132-181) la cuestión se plantea en los siguientes términos: de acuerdo a su progresivo desprendimiento tanto del idealismo hegeliano

como del materialismo de Feuerbach, en Marx operaría una «ruptura epistemológica» (el concepto es de Gaston Bachelard) por lo que el pensamiento de Marx pasaría de una elaboración ingenua, ideológica y precientífica hacia la fundación de una nueva filosofía, una ciencia objetiva y su método (aunque este último se encuentra en la práctica y no así en la teoría). De acuerdo a esta ruptura, que comenzaría alrededor de la redacción de *La ideología alemana*, en 1845, la Teoría —en mayúscula para Althusser— elaborada no sería deudora ni de la problemática idealista hegeliana ni mucho menos de su método dialéctico. Para Althusser resulta imposible operar —como pretendía Engels— un distanciamiento del sistema idealista hegeliano sacando de allí la dialéctica para «aplicarla» a la historia de los modos de producción. De acuerdo a su lectura:

A ello se debe que la «inversión» marxista de la dialéctica hegeliana sea algo totalmente diferente de una extracción pura y simple. Si se percibe claramente, en efecto, la relación íntima, estrecha que la dialéctica hegeliana guarda con la «concepción del mundo» de Hegel, es decir, con su filosofía especulativa, es imposible echar por la borda esta «concepción del mundo», sin que uno se vea obligado a transformar profundamente las estructuras de esta misma dialéctica. Si no, quíerese o no, se arrasará todavía, después de 150 años de la muerte de Hegel, y 100 después de Marx, los andrajos de la famosa «envoltura mística». (Althusser, 1970, p. 84)

Al Marx cambiar la *problemática* a la cual se enfrentó, también habría cambiado los propios términos o *estructuras* de su método, el cual no tendría nada que ver con Hegel: no hay «inversión» sino ruptura. No me interesa acá rehacer todo el aparataje terminológico creado por Althusser para explicar su punto (sobredeterminación, Teoría, ideología, estructura,

generalidades, etcétera), en especial el tema de la «práctica teórica» marxista y la elaboración de su método, algo que Marx no logró hacer. Lo decisivo es señalar la ruptura radical con la herencia hegeliana a partir de la cual Marx habría creado una ciencia positiva en sentido tradicional, es decir, un modelo teórico de interpretación de los datos empíricos de la realidad histórica.

Siguiendo esta perspectiva, en años más recientes, los filósofos españoles Carlos Fernández Liria y Luis Alegre Zahonero (2011, pp. 103-222) consideran que, pese a: (1) las incongruencias terminológicas y argumentativas del propio Marx en textos conocidos y aparentemente incompatibles, como el Prefacio de 1867 (primera edición de *El Capital*) o el Epílogo de 1873 (segunda edición de *El Capital*), donde se refiere a su «método científico», y (2) las referencias estilísticas o metafóricas hacia la dialéctica o el «coqueteo» con Hegel, lo que encontramos en Marx es una ciencia sin más: ciencia positiva o una normalidad científica. Para ellos, Marx es el «Galileo de la historia», en la medida en que habría fundado el conocimiento de la historia a partir de bases científicas, aunque la tradición posterior no lo reconozca como tal. Según Fernández y Alegre, Marx, en *El Capital*, está constantemente hablando desde un modelo teórico que busca explicar el funcionamiento del mercado, pero cuando analiza el capital lo hace desde una perspectiva histórica. Por tanto, afirman, del análisis del mercado, Marx no deduce el funcionamiento del capital, el cual se explica por la transformación histórica que tuvo como consecuencia la creación de la fuerza de trabajo asalariado (Fernández y Alegre, 2010, pp. 225-514; Fernández, 2018). Acá la ciencia es entendida como ciencia positiva en la tradición kantiana, aunque en este caso se trataría de un trabajo con conceptos rigurosos y modelos teóricos (la práctica teórica althusseriana) que permiten acceder a la experiencia en términos científicos.

En una conferencia pronunciada en 1978, titulada *El trabajo científico de Marx y su noción de ciencia*, el filósofo español Manuel Sacristán (1980) ha señalado, con exactitud a nuestro parecer, que ambos conceptos de ciencia, tanto el de tradición hegeliana entendida como *wissenschaft* como la kantiana entendida como *science*, están presentes a lo largo de la obra de Marx de forma no necesariamente armónica. Aunque no concuerdo con la ponderación que de la crítica en Marx hace Sacristán ni de su reducción de la dialéctica a una metafísica de tradición idealista, su conferencia tiene el mérito de mostrar cómo estas visiones de ciencia se encuentran expresadas de manera conflictiva en la *crítica de la economía política* emprendida por Marx.

No considero que sea necesario enfrentar una discusión bizantina sobre lo que Marx dijo realmente o no. Pero sí hacer tres precisiones epistemológicas fundamentales respecto a la discusión, aún hoy abierta.

La primera, en la medida en que la dialéctica busca un apropiarse de la realidad como totalidad (lo que no quiere decir, como pretende Sacristán, que sea conocimiento de lo particular) también incluye procesos de construcción conceptual, de abstracción, aunque se trata de una construcción que intenta permanecer abierta. Esto se observará mejor cuando veamos el movimiento de construcción de lo concreto pensado. Que el programa de investigación de Marx —para utilizar un término que hizo época— resulte ambicioso o irrealizable, en la medida en que busca expresar en categorías el movimiento de la realidad, no le quita que su esfuerzo tenga una intencionalidad epistemológica que está lejos de ser metafísica o pseudocientífica. Al respecto del uso crítico de la totalidad, ha señalado Hugo Zemelman (1987):

La totalidad como enfoque epistemológico de la realidad, que exige concebirla como un complejo de niveles con sus propios requerimientos para su captación racional; y que principalmente son dos: 1) tomar en cuenta la complejidad tiempo-espacial de los procesos reales, en forma de recudir la articulación a parámetros homogéneos, y 2) no identificar a la totalidad con una estructura de determinaciones, esto es, con un modelo teórico. En suma, la totalidad es la articulación dinámica de los procesos reales caracterizada por sus dinamismos, ritmos temporales y despliegues espaciales; y esta articulación puede concretarse en diferentes recortes del desarrollo histórico. (p. 55)

De allí que la propia totalidad construida (lo concreto pensado) permanezca abierto a lo que Zemelman (1987) llama la perspectiva descubrimiento (pp. 95-128).

La segunda precisión se refiere a la construcción conceptual propia de la dialéctica. En este sentido, es falso afirmar que desde la dialéctica se rehúya de la precisión conceptual. Lo que se busca es, en realidad, expresar en categorías con diversos niveles de profundidad y determinaciones conceptuales la riqueza de la realidad a la cual se refiere. Por consiguiente, la decisión epistemológica de no dejar petrificar los conceptos no implica imprecisión analítica.

La última precisión se refiere a un punto de vista frecuentemente olvidado por quienes son partidarios de la ciencia positiva y desde su marco descartan todo tipo de conocimiento o saber como pseudociencia (lo que no niega que exista mucha charlatanería con ropaje científico, aun dentro de la misma comunidad científica). Me refiero a que la apropiación de la realidad por parte de la dialéctica busca, desde la perspectiva que acá interesa, la transformación de dicha realidad desde su propio fundamento. De allí que lo que se intente apropiarse con la dialéctica no sea solamente un conocimiento contrastable

en términos teóricos o empíricos, sino el fundamento de una totalidad. Pero entiéndase que no de todo lo real ni de toda la realidad posible, sino de una totalidad histórica determinada, a saber, la modernidad capitalista.

Precisiones iniciales sobre la dialéctica como método

Cuando se hace explícita en tanto que método, la dialéctica no es una llave mágica que abre las puertas del conocimiento, como tampoco tiene pasos predeterminados que deben seguirse al pie de la letra a la manera de una cartilla, aunque sí podemos hablar de fases del proceso de conocimiento y distinguirlas unas de otras. Para un filósofo realista y sistémico como Mario Bunge (2002) —por demás, acérrimo crítico de la dialéctica—, el método científico es «un procedimiento regular, explícito y repetible para lograr algo, sea material, sea conceptual» (p. 34); además, este «algo» que se produce con arreglo al método científico, debe ser: (A) contrastable empírica y/o teóricamente; (B) adecuar su compatibilidad a las bases del conocimiento científico actual (pp. 36-39). Pese a sostener una postura que niega todo tipo de conocimiento fuera de las ciencias positivas, para él las reglas o etapas del método científico no son específicas tal que permitan ejecutar una investigación con solo seguirlas. De acuerdo a su postura, «el método forma, no informa. Es una actitud más que un conjunto de reglas para resolver problemas» (p. 40).

Si alguien como Mario Bunge asume para la ciencia un método con tales características, ¿qué podría decirse sobre la dialéctica en tanto que método?

Ciertamente, en cuanto a la dialéctica, hablar de método puede resultar equívoco en la medida que nos estaríamos

adentrando en el lenguaje más cercano a la ciencia positiva que de la ciencia crítica. Si pensamos en Hegel y la exposición de su *lógica* o ciencia, la dialéctica más que un método⁸, resulta ser el propio movimiento del concepto o espíritu que se desdobra (o aliena) desde la negatividad inmanente en diversos momentos para luego encontrarse en su propia autoproducción. La ciencia es, así, para la experiencia de la conciencia (Hegel, 2009), el conjunto de momentos —conciencia, autoconciencia, razón, etcétera— que ella transita como totalidad desde sí y para sí hasta encontrarse con el saber absoluto como su propio resultado inmanente. Este movimiento tiene una correspondencia en la historia real o el devenir del concepto, donde los distintos espíritus (pueblos o culturas) se mediatizan hasta configurar la sucesión de figuras que culminan en la unidad de lo singular y lo universal; así como una correspondencia con las categorías de la lógica y el movimiento de la totalidad de la ciencia, ya dada como ciencia del tránsito del ser (lo que aparece) hacia la esencia (lo que está detrás de la apariencia como su fundamento) y de esta hacia el concepto (el contenido puesto por la conciencia absoluta). Se trata de todo un *movimiento* de la unidad entre el saber absoluto, la ciencia (o lógica) y la historia (el devenir), donde el pensamiento se revela dialéctico en la medida que sigue este movimiento de lo real y autoproduce en él su verdad (movimiento del concepto). En el párrafo 31 de su *Filosofía del Derecho*, Hegel (2000) es claro cuando afirma:

Llamo dialéctica al principio motor del concepto, en cuanto particularización de lo universal, no solo disolvente sino también productor. [...] La dialéctica superior del concepto consiste en producir y concebir la determinación no simplemente como

8 No concuerdo con la lectura clásica derivada de los seminarios de Kojève (2013, pp. 501-635) para quien Hegel utiliza un «método fenomenológico» y la dialéctica vendría a ser solo la lógica del movimiento de lo real.

límite y opuesto, sino producir y concebir desde él el contenido positivo y el resultado en cuanto solamente así es desarrollo y progreso inmanente. Esta dialéctica no es, pues, el hacer extremo de un pensar subjetivo, sino el alma propia del contenido, que hace brotar orgánicamente sus ramas y frutos. (p. 110)

De esta manera, el movimiento propio de la negatividad produce desde sí y para sí tanto el extrañamiento en el ser otro como su reconciliación posterior o unidad inmanente. Al interior del movimiento se encuentran todas las figuras que se van mediando y colocando para luego volver a la unidad en un movimiento necesario. Para Marx (2012) la cuestión se plantea completamente *invertida* o, mejor dicho, en sus términos: habrá que poner sobre sus pies a la propia dialéctica hegeliana (p. 20). En los planteamientos maduros —desde los *Grundrisse*, al menos—, la negatividad propia del pensar dialéctico no tendrá como presupuesto hermenéutico o comienzo fáctico el ascenso de la sociedad burguesa como totalidad⁹ que se va totalizando en su despliegue global (el movimiento del espíritu universal). La negatividad contenida en la totalidad no se resuelve con la realización de la sociedad civil (en Hegel equivalente a sociedad burguesa: *bürgerliche gesellschaft*) y su objetivación en el Estado de derecho.

- 9 Explica el filósofo boliviano Juan José Bautista (2015): «Cuando Hegel, en sus primeras obras, nos prepara para la comprensión de una situación en la cual la sociedad, el pueblo o la nación están en franco proceso de escisión, atomización o separación, en la cual lo que predomina es el entendimiento o comprensión escindida de la realidad como un todo, es decir, el conocimiento en su momento meramente óptico, parcial o unilateral; o, si no, cuando en la *Fenomenología del espíritu* nos muestra cómo conoce la conciencia cuando aparentemente se enfrenta a situaciones aisladas, inconexas, que a menudo aparecen ante la conciencia como objetos de análisis, él no es consciente o no se da cuenta de que esta realidad de la que parte la conciencia en el proceso de conocimiento no es una realidad en general o en sí, sino que es o ha sido una realidad producida previamente por las relaciones capitalistas de producción, en las que la producción de las relaciones sociales aisladas o escindidas entre sí es el correlato imprescindible para que las relaciones capitalistas se desarrollen» (p. 237).

Antes bien, dicha totalidad muestra una contradicción que no puede resolver: en su autoproducción se destruyen las propias condiciones de realización (Marx, 2012, pp. 611-613). Pero, además, Marx encontrará que dicha contradicción es inherente a la propia totalidad del movimiento del capital (pp. 759-890). En las propias palabras de Marx, «acumulación del capital es, por tanto, aumento del proletariado» (p. 761).

Con ello, la ciencia —y su método crítico— no será ya solamente el captar de la realidad en su propio movimiento, sino intervenir en una realidad que *debe* ser transformada en términos prácticos; por tanto, la totalidad de la realidad histórica no se muestra como un movimiento inmanente de autoproducción *necesario*: objetivación y alienación no serán ya lo mismo, no se identifican en un mismo movimiento. En palabras de Marx (2009), durante el desarrollo de la relación capital como totalidad,

las condiciones objetivas del trabajo asumen respecto al trabajo vivo una autonomía cada vez más colosal que se ofrece a la vista por su *very extent*, y la riqueza social se contrapone al trabajo en segmentos cada vez más formidables como poder ajeno y dominante. No se pone el acento sobre el estar-objetivado sino sobre el estar-enajenado, el estar-alienado, el estar-extrañado, el no-pertenecer-al-obrero sino a las condiciones de producción personificadas, *id est*, sobre el pertenecer-al-capital de ese enorme poder objetivo que el propio trabajo social se ha contrapuesto a sí mismo como uno de sus momentos. Por cuanto a nivel del capital y del trabajo asalariado, la creación de este cuerpo objetivo de la actividad acontece en oposición a la capacidad de trabajo inmediata [...] esta distorsión e inversión es real, esto es, no meramente mental [...]. Pero evidentemente este proceso de inversión es tan solo una necesidad histórica [...] pero en modo alguno una necesidad absoluta de la producción [...]. Los economistas

burgueses están tan enclaustrados en las representaciones de determinada etapa histórica de desarrollo de la sociedad, que la necesidad de que se objetiven los poderes sociales del trabajo se les aparece como inseparable de la necesidad de que los mismos se enajenen con respecto al trabajo vivo. (pp. 394-395, tomo II)

Al objetivarse en su praxis histórica, las comunidades que buscan reproducir su vida pueden o no alienarse ante la totalidad producto de su misma actividad: en esta posibilidad está contenido el movimiento propio de la historia, pero ya no como realización de la infinitud que *necesariamente* se aliena y vuelve sobre sí, como en Hegel, sino como posibilidad de transformación de la realidad que al objetivizarse se puede volver contra sus propios creadores (lo que luego Marx llamará fetichismo) y que, por tanto, debe ser superada en términos prácticos; algo que Marx (2011) ya tenía claro desde sus aforismos conocidos como *Tesis sobre Feuerbach* (en particular las tesis II y VIII). ¿Qué implicaciones tiene para el pensar dialéctico este cambio de perspectiva en el lugar de enunciación?

Una consecuencia epistemológica directa de esta perspectiva está en que la negatividad de la dialéctica ya no es vista solo como movimiento del espíritu en su recorrido, sino que el pensar negativo¹⁰ penetra en la realidad para descubrir su inversión y explicar la factibilidad de transformar dicha inversión. Es decir, fundamentar de manera científica la posibilidad y necesidad de la revolución. Lo que se encuentra

10 No concuerdo con los planteamientos tardíos de Marcuse (2019), quien hace más énfasis en la negatividad del pensamiento hegeliano como forma de penetrar las «contradicciones de la realidad» y corregir las distorsiones de la razón desde la razón misma. En principio, lo que permite el pensamiento negativo, pero visto desde Marx, es en ver la inversión de la propia realidad producto de la historicidad del capital; por tanto, la razón que expresa dicha inversión no puede generar su propia corrección. Adorno (2013) también vuelve sobre la historia de la dialéctica y termina en una crítica a Hegel (Adorno, 1984) que no acaba de romper con la lógica de la contradicción que este desarrolla.

invertido, de acuerdo con Marx, no es la mente de las clases explotadas sino la *propia realidad histórica*, dado que el capital abstrae las relaciones materiales para alienarlas como un poder extraño frente a sus creadores. Comprender este proceso como un proceso de raíces históricas que, por tanto, puede ser superado, será la tarea científica del pensamiento dialéctico.

Por ende, la epistemología es, desde su lugar de enunciación, una política o, si se prefiere un término más conocido, una filosofía de la praxis. En lo que se juega la dialéctica, por tanto, es en la *apropiación de la realidad desde su propio contenido para crear las condiciones de su transformación*. En cuanto método, alejado de la perspectiva de ciencia positiva, la dialéctica es la *forma* que permite a la ciencia crítica *apropiarse* de la realidad desde su propio contenido para encontrar el elemento trascendente que funda la inmanencia propia de la totalidad. Por tanto, aporta una clave fundamental para la transformación histórica (o en términos políticos, para la revolución).

Los presupuestos del método dialéctico

Como todo método, la dialéctica parte de ciertos presupuestos que la conciencia hermenéutica efectual está en condiciones de hacer explícitos. Hablamos de método, es decir, nos referimos a una forma de producir conocimiento. ¿De cuál conocimiento hablamos acá? Para explicarlo, revisemos antes los presupuestos a los cuales me refiero.

Relación realidad-pensamiento

Este es uno de los nudos problemáticos más importantes del trabajo epistemológico en sentido estricto, es decir, no solo como comprensión de las condiciones de todo conocimiento

posible, sino también como problematización del pensar en el propio acto de pensar la realidad (Bautista, 2015, pp. 91-92). Para la dialéctica el problema se plantea desde el punto de vista de la relación del sujeto que conoce la realidad objetiva y de cómo ambos se relacionan de manera trascendental (Hinckelammert, 1984, pp. 271-285; Bautista, 2015, pp. 89-132).

El punto de partida es el sujeto que transforma la realidad en empiria, en experiencia inmediata. Para convertir la realidad en empiria, en experiencia subjetiva, el sujeto se propone fines para la acción y desde allí puede descubrir los principios de imposibilidad que condicionan *a priori* la propia acción: imposibilidades, de hecho, que limitan lo que se puede o no hacer. Estos principios son inducidos con validez apodíctica a partir de hechos no falsables. Para trascender la empiria dada y buscar alcanzar la realidad más allá de lo inmediatamente experimentado, el sujeto reflexiona y deduce marcos categoriales dentro de los límites que los principios de imposibilidad imponen. Estas categorías o conceptos universales son el intento del sujeto que busca trascender la empiria y alcanzar la totalidad de la realidad; no la alcanza por completo, pero la busca y desde allí hace ciencia. Ahora bien, si la realidad trasciende a lo experimentado, motivo por el cual el sujeto cognoscente busca alcanzar esta totalidad mediante categorías, y estas categorías responden a los límites de los principios de imposibilidad que el sujeto descubre en su acción, por tanto, el sujeto actuante trasciende al sujeto cognoscente: solo en la medida en que el sujeto actúa se le presenta la facticidad de las imposibilidades desde donde deduce los conceptos del pensamiento. Pero la realidad no termina allí, sino que ella trasciende la intención y fines del sujeto actuante en cuanto no se pueden realizar todos los fines pensables, sino aquellos materialmente factibles dentro de los límites de la propia realidad. Por tanto, el producto social —y en última

instancia, el metabolismo sacionatural— trasciende a las posibilidades que se propone el sujeto actuante, determinando los límites materiales de realización de los fines posibles: solo se pueden realizar aquellos fines materialmente factibles. Acá el sujeto nuevamente trasciende, puesto que, si la realidad determina los límites materiales de realización de los fines del sujeto actuante, entonces este sujeto tiene que asegurar sus condiciones de reproducción material para poder proponerse fines y conocer la realidad más allá de la empiria dada. Luego, el sujeto vivo y la satisfacción de sus condiciones materiales es la condición de posibilidad de cualquier fin y de cualquier conocimiento.

Así, desde el punto de vista de la materialidad trascendental, la posibilidad de lo real y su objetividad radica en la factibilidad de la vida del sujeto: en tanto que el sujeto logra afirmar su vida, también afirma la objetividad de realidad, la realidad producto de la reproducción de su vida. Sin embargo, la relación sujeto-realidad no es solo trascendente, sino inmanente: la realidad es un producto del sujeto vivo en cuanto este la objetiva para su vida, pero el sujeto vive porque pertenece a una realidad natural de la que forma parte y que le brinda los presupuestos materiales para su reproducción. Para la dialéctica, la totalidad de la relación material sujeto-realidad y su transformación es el punto de partida y de llegada del conocimiento.

Pero cuando se habla de sujeto, en singular, se está obviando algo fundamental: la primera relación con la realidad inmanente es con otros sujetos. Por tanto, el descubrimiento de los marcos de factibilidad material dentro de los cuales se hace posible todo fin, en la medida en que se garantizan las condiciones de realización material de dichos sujetos, es una relación intrínsecamente ética. Nunca estamos ante una realidad sujeto-objeto, esta es ya una abstracción de la primera

realidad construida entre sujetos-sujetos. Pensar la realidad desde la dialéctica implica asumir esta relación trascendente-inmanente con los sujetos que la construyen como *su* realidad.

El punto de vista de la totalidad

Desde Lukács es aceptado que lo característico del método marxista es el punto de vista de la totalidad. En el temprano ensayo titulado «Rosa Luxemburgo, marxista», incluido en *Historia y conciencia de clases*, Lukács (1960), polemizando con los apologistas del «factor económico», comenzaba su argumento de la siguiente manera: «No es la preponderancia de los motivos económicos en la explicación de la historia lo que distingue de manera decisiva al marxismo de la ciencia burguesa; es el punto de vista de la totalidad» (p. 47).

En décadas más recientes, ha sido Enrique Dussel (2007a) quien propuso una relectura de este tópico, estudiando la dialéctica marxista desde una virtual influencia del último Schelling en Marx, así como desde la tradición semita —de la cual Marx formaría parte— que Dussel recoge desde la ética levinasiana. Desde allí propone la categoría de exterioridad, no tematizada explícitamente por Marx pero utilizada en sus investigaciones, como el punto arquimédico para ordenar el aparato categorial marxista¹¹.

En todo caso, si bien ambos puntos son discutibles, no cabe duda de que la totalidad sigue siendo el punto de partida para la articulación sistemática y coherente del aparato categorial construido desde la dialéctica (esto, desde Hegel,

11 Para revisar la posición de Dussel sobre el problema de la exterioridad en Marx, véanse sus comentarios a las cuatro redacciones de *El Capital*, 2010, pp. 469-475; 1988, pp. 55-77, 285-311, 365-373; 1990, pp. 334-384. Fornet-Betancour, 2001, pp. 325-351, analiza la lectura de Dussel sobre Marx desde Lévinas y Schelling. Una crítica interesante a la lectura de Dussel puede encontrarse en Veraza, 2007, pp. 185-238.

aunque aún de manera idealista). Preferimos dejar la cuestión de la exterioridad para hablar del aporte de la Filosofía de la Liberación y su propuesta de una analéctica como método propio de dicha filosofía¹². Aún habría que agregar que Hugo Zemelman (1987) mostró suficientemente la potencialidad crítica de la categoría de totalidad para la ciencia social.

Por lo dicho, hay que aclarar qué significa esto del punto de vista de la totalidad. Desde el plano ontológico, se trata de concebir la trascendencia de la realidad que existe más allá del sujeto cognoscente y que supone el punto de partida del pensamiento (aunque no únicamente como determinación social de la conciencia, a la manera de Lukács). El sujeto actuante estaría, así, determinado por la realidad cuya objetividad le trasciende. Dicha realidad es una unidad en cuanto realidad histórica, es decir, lo real de la realidad es su historicidad objetiva respecto al sujeto cognoscente. Pero la realidad se constituye en historicidad en la medida que el sujeto de la praxis la construye como tal (le da sus contenidos), cuando la objetiviza como *realidad histórica*, es decir, como *totalidad* construida desde la praxis (momento inmanente). Por tanto, el sujeto de la praxis sostiene la unidad de los diversos planos y estructuras de la realidad, y es esta unidad la que se expresa desde el punto de vista de la totalidad cuando el sujeto busca conocer la realidad que él construye en objetividad histórica. El movimiento de unidad de la totalidad viene dado, entonces, por la praxis.

En el plano epistemológico, por tanto, el horizonte de la totalidad da la posibilidad de que, por un lado, la teoría corresponda de manera coherente con la realidad sin fragmentarla ni reducirla a algún aspecto: que pueda ser expresada en

12 Puede revisarse, para la categoría de exterioridad en general: Dussel, 1996, pp. 55-65, y para la cuestión de la analéctica como superación de la dialéctica hegeliana: Dussel, 1974.

su desarrollo completo pero abierto; y, por el otro, que se pueda reconstruir las múltiples relaciones sociohistóricas incluyendo las actuaciones intersubjetivas sin perder la objetividad del proceso de la historicidad y su unidad real. Enfrentarse a la realidad desde la totalidad implica, pues, asumirla como totalidad que se encuentra siempre abierta a la integración de posibles y aún no descubiertas determinaciones, que deberán ser articuladas para enriquecer y complejizar la totalidad concreta pensada y potenciar las posibilidades intersubjetivas de acción sobre la totalidad histórica real (Zemelman, 1987, pp. 47-92).

Forma y contenido

El manejo del contenido de lo conocido y su articulación con la forma del conocer es fundamental para el movimiento del método dialéctico. Forma y contenido no se identifican *a priori*, sino que es la acción cognoscitiva del sujeto que capta el desarrollo de lo real y lo fija en sus determinaciones, mediante las categorías que las relaciona de una determinada manera. En efecto, el contenido de la dialéctica es *lo real* de la realidad misma en su desarrollo histórico material¹³. Por tanto, la razón busca, mediante la dialéctica, expresar este movimiento a través del conocimiento del propio devenir de la realidad, al presentar su desarrollo desde la construcción de la totalidad concreta en sus diversas determinaciones

13 La materialidad a la que nos referimos sigue de cerca el horizonte interpretativo abierto por Hinkelammert (1984, pp. 271-327; 2006, pp. 29-73), donde lo material implica los contenidos de la vida de los sujetos que construyen la objetividad de la realidad, precisamente como *real* y como *material*, es decir, para la vida. Así, para el argumento que vengo desarrollando, lo real de la realidad serían los contenidos objetivados como historicidad para la vida. En cierta forma, también rescato la posición de Xavier Zubiri (1979) para quien la respectividad de lo real no se da independientemente de la vida, sino que es la vida la que actualiza dicha respectividad como real.

articuladas en relaciones inmanentes (determinaciones, determinadas y determinantes). A su vez, la forma corresponde a un momento de captación de esta realidad por parte del entendimiento que cristaliza en categorías definidas las figuras centrales del desarrollo de la realidad como totalidad histórica. El desarrollo del movimiento de la realidad se expresa mediante el sistema de categorías y la totalidad concreta que se construye con ellas, en cuanto síntesis de múltiples determinaciones y articulación de sus relaciones.

La forma muestra los momentos de constitución del contenido, que puede o no estar desarrollado en un momento histórico dado, pero que se capta tanto en su forma *general* y como desarrollo concreto en su forma *particular*. Por su parte, el contenido tiene diversos niveles y dimensiones en su propia articulación cuyo movimiento siempre trasciende una forma dada, por tanto, es de complejidad creciente y con sentido abierto, pero no hacia la pura relatividad sin límites, sino dentro de la propia historicidad del movimiento de la praxis intersubjetiva. Por ende, dicha praxis también es movimiento cuya forma el cientista está en capacidad de expresar y clarificar para su mayor potenciación —con sentido político transformador, entonces—. El cientista es parte del mismo movimiento, en cuanto su investigación se mueve dentro del horizonte de la conciencia efectual formada a partir de la propia realidad que él busca investigar y transformar. El contenido de la dialéctica, por tanto, es la propia materialidad de la praxis intersubjetiva que se ha objetivado como realidad histórica concreta. Su forma es dada de manera contextual y dentro de límites determinados, de acuerdo a la capacidad desarrollada por la conciencia práctica en un momento determinado.

El movimiento de lo abstracto a lo concreto y la forma de investigación

Como sabemos, existen pocas páginas redactadas por Marx que se refieran al método de manera explícita. Aunque las que hay constituyen un material imprescindible para su comprensión. No es requerido hacer la reconstrucción hermenéutica de dichos materiales, como tampoco valorarlos dentro del conjunto de la producción teórica marxista¹⁴. Además, habría que agregar que cuando un investigador hace ciencia el método está implícito en la investigación y en sus resultados, por lo que no es necesario un tratado sobre el método para encontrarlo «aplicado» en la investigación. La manía o *pathos* de hacer explícito el método, en el sentido de técnicas de investigación para llegar a «resultados», es más reciente en la constitución de las ciencias sociales. En todo caso, lo que interesa es destacar el doble movimiento que, para

14 Aún hoy persiste la vieja polémica en torno al lugar que ocupa la dialéctica en el corpus teórico de Marx. Buena parte de los argumentos de los detractores de la dialéctica marxista provienen de Louis Althusser. Para Enrique Dussel, Marx se va haciendo cada vez más hegeliano a medida que avanza en el plan de trabajo y las redacciones de *El Capital*. Para Néstor Kohan, la dialéctica es un método no solo crítico, sino revolucionario en términos políticos; para él: «El interés por el método es político. Esto es lo central. Su propósito central consistía en demostrar la historicidad del modo de producción capitalista, así como de las relaciones sociales y de las categorías que lo constituyen (dado que estas últimas, aunque aparezcan reificadas, constituyen en rigor relaciones sociales). [...] En esta perspectiva, el punto de vista científico-metodológico marxiano es —al mismo tiempo y coherentemente— un punto de vista de clase» (Kohan, 2011, pp. 489-490). En este sentido, «la inversión que realiza el método dialéctico marxista en *El Capital* no se despliega desde la Idea a la Materia, sino desde una lógica relacional hipostasiada, que gira en el círculo autocentrado en la órbita del concepto, a un discurso político-epistemológico (crítico del fetichismo) igualmente relacional, pero inmerso en y abierto a la historia de la lucha de clases» (p. 513). Otras posturas actuales rechazan por completo la dialéctica y la postulan como un «error» o resabio filosófico de Marx, pero en modo alguno un método, véase Fernández, 2014. También la discusión entre este y Néstor Kohan, en Gilbert y Pascual, 2014, pp. 69-111, donde se condensan buena parte de los argumentos contemporáneos a favor y en contra de la dialéctica marxista.

Marx, conforma el proceso de producción del conocimiento mediante el método dialéctico.

La primera fase corresponde al modo o forma de investigación, según la cual, «la investigación debe apropiarse pormenorizadamente de su objeto, analizar sus distintas formas de desarrollo y rastrear su nexo interno». La segunda fase corresponde a la forma de exposición, y buscaría exponer «adecuadamente el movimiento real» (Marx, 2012, p. 19). En el primer caso, estamos ante la fundamentación de los descubrimientos del investigador; en el segundo, ante la justificación argumentativa del conocimiento alcanzado. En el primer caso, el investigador descubre el movimiento de la realidad histórica y la expresa en categorías específicas, precisa la determinación de la forma que adquiere la realidad en su desarrollo; en el segundo caso, el cientista debe exponer el movimiento de la historia desde sus propios fundamentos como una arquitectónica de la ciencia. Ambas fases configuran parte de un movimiento, precisamente, el movimiento de la dialéctica cuando pensamos con y desde ella.

El movimiento al que nos referimos es un movimiento del pensar que *piensa lo real* de la realidad histórica y que, por tanto, tiene dicha realidad como su punto de partida, como problema que interpela al sujeto cognoscente. Desde allí deberá producir las categorías que permitan seguir el desenvolvimiento de las relaciones históricas producto de la praxis humana, para luego construir una totalidad concreta pensada que logre abrir espacios de posibilidad para la transformación de dicha realidad, claro está, desde esa misma praxis de la cual se partió. Revisemos esto.

De la representación caótica a las categorías simples y generales

Siguiendo a Hegel, Marx dirá que el punto de partida del investigador, su certeza sensible¹⁵, de lo que es en una primera experiencia cognoscitiva, es caótica, plena, abstracta y, en este sentido, para elevarse de lo abstracto a lo concreto (pensado) debe volatilizar la representación plena en determinaciones simples y generales.

Parece justo comenzar por lo real y lo concreto, por el supuesto efectivo; así, p. ej., en la economía, por la población que es la base y el sujeto del acto social de la producción en su conjunto. Sin embargo, si se examina con mayor atención, esto se revela [como] falso. La población es una abstracción si dejo de lado, p. ej., las clases de que se compone. Estas clases son, a su vez, una palabra hueca si desconozco los elementos sobre los cuales reposan, p. ej., el trabajo asalariado, el capital, etc. [...] Si comenzara, pues, por la población, tendría una representación caótica del conjunto y, precisando cada vez más, llegaría analíticamente a conceptos cada vez más simples; de lo concreto pensado llegaría a abstracciones cada vez más sutiles hasta alcanzar las determinaciones más simples. (Marx, 2009, p. 21, tomo I)

Si el punto de partida es la totalidad histórica, esta totalidad cuando aún no ha sido investigada es no conocimiento, es una totalidad no conocida, caótica, donde las relaciones no están

15 Ya al comienzo de la *Fenomenología del espíritu*, Hegel (2009) advertía que: «El contenido concreto de la certeza sensible hace que esa se manifieste de un modo inmediato como el conocimiento más rico, e incluso, como un conocimiento de riqueza infinita a la que no es posible encontrar límite, si vamos más allá en el espacio y en el tiempo en que se despliega [...] Pero, de hecho, esa certeza se muestra ante sí misma como la verdad *más abstracta y más pobre*. Lo único que enuncia de lo que sabe es esto: que es; y su verdad contiene solamente el ser de la cosa» (p. 63).

ordenadas según su movimiento real; es abstracta, pobre conceptualmente, sin determinaciones. Mediante la capacidad analítica, el cientista despeja el caos y encuentra las relaciones generales determinantes de la totalidad que se estudia. En este sentido, «las determinaciones abstractas¹⁶ conducen a la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento», de allí que «lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto unidad de lo diverso» (Marx, 2009, p. 21, tomo I).

Estas categorías expresan relaciones simples y generales, notas comunes, que son fijadas por el pensamiento en sus relaciones recíprocas tal y como se expresan en su devenir real. Estas categorías simples y generales, como el concepto de valor, por ejemplo, no son conocimiento de la realidad propiamente dicho. Son figuras que abstraen relaciones históricas —desarrolladas o no— y que deben ser explicadas en su relación inmanente con las demás categorías, pero no dicen nada específico sobre sociedad alguna, sino sobre todas las sociedades en general. El valor como producto del trabajo humano en general no dice nada sobre sociedad alguna; este debe ser comprendido en el desarrollo de su forma hasta alcanzar su forma de dinero para luego comprenderlo en sus relaciones con las formas que adquiere, en cada caso específico, el trabajo en su base, etcétera. Hasta aquí, el ascenso de lo abstracto a lo concreto aporta las categorías más simples y generales desde las cuales ordenar el resto de las relaciones específicas de la realidad investigada: «elevarse de los abstracto a lo concreto es para el pensamiento solo la manera de apropiarse lo concreto, de reproducirlo como un concreto espiritual» (Marx, 2009, p. 22, tomo I).

16 Aquí abstracta cobra otro sentido, el de «generales».

*El descenso a lo concreto pensado:
las categorías concretas y particulares*

A partir de esta totalidad en general, de este ordenamiento inicial de la realidad histórica, el cientista ya no tiene un punto de partida abstracto y caótico, sino que se parte desde un producto del pensamiento, desde un concreto pensado: la síntesis de múltiples determinaciones que expresan relaciones generales de la realidad histórica. Desde allí se procede a construir categorías más complejas y que suponen relaciones específicas de la realidad estudiada —ya no generales y simples— y, por tanto, relaciones más complejas que las conceptualizadas por las categorías simples. Hasta acá el pensamiento busca expresar las relaciones de la totalidad histórica, pero no en su sucesión cronológica o por estadios (la dialéctica no sigue la historia de manera cronológica), sino en su conexión inmanente/trascendente. Es decir, inmanente, porque se trata de aquellas categorías simples y no desarrolladas, y complejas y por tanto desarrolladas, tal y como ellas se relacionan produciéndose y mediándose unas a otras (por ejemplo, la relación entre consumo y producción, Marx, 2009, pp. 10-15, tomo I). Trascendentes, porque una puede existir antes que otra, incluso menos desarrollada, pero que al desarrollarse la relación más simple puede subsumir a la que existía con anterioridad:

De modo que, aunque la categoría más simple haya podido existir históricamente antes que las más concreta, en su pleno desarrollo intensivo y extensivo ella puede pertenecer solo a una forma social compleja, mientras que la categoría más concreta se hallaba plenamente desarrollada en una forma social menos desarrollada. (Marx, 2009, p. 24, tomo I)

Ello sin predeterminación *a priori*, sino como producto de la conjunción de condiciones históricas determinadas.

Desde este punto de vista, puede afirmarse que la categoría más simple puede expresar las relaciones dominantes de un todo no desarrollado o las relaciones subordinadas de un todo más desarrollado, relaciones que existían ya históricamente antes de que el todo se desarrollara en sentido expresado por una categoría más concreta. Solo entonces el camino del pensamiento abstracto, que se eleva de lo simple a lo complejo, podría corresponder al proceso histórico real (Marx, 2009, p. 23, tomo I).

Con estas categorías más complejas, el cientista social está en capacidad de comprender y explicar —y ahora sí aportar conocimiento en sentido estricto— la realidad específica investigada. Se trataría de la construcción de una totalidad concreta conocida (siempre en el pensamiento) que no se identifica con la totalidad histórica —no es su «reflejo»—, pero permite conocerla y explicarla en su esencia, es decir, en sus relaciones más allá de lo que aparece o lo que fenomenológicamente se muestra. Por ejemplo, el capital es explicado por su fundamento último, el trabajo vivo del que se apropia. En un nivel más complejo, la modernidad capitalista desde las comunidades y civilizaciones que históricamente ha subsumido para su dominación y explotación dentro de la lógica metabólica del capital. Todo ello supone la construcción de categorías simples y complejas, la articulación interna de sus determinaciones y la explicitación de sus relaciones inmanentes para dar forma a una totalidad concreta tal que permita ordenar la realidad histórica y enfrentarse a su problematicidad.

Como ha señalado Enrique Dussel (2006), para la construcción de categorías, Marx se mueve desde planos analíticos simples y generales a niveles más complejos y particulares. Este movimiento circular —en sentido hermenéutico— va

expresando diversas relaciones e integrando nuevas determinaciones para la comprensión de la formación capitalista. Esto se evidencia en la misma estructura de *El Capital*:

Todo *El Capital* se encuentra en un cierto grado de abstracción, el más simple con respecto a las otras partes del plan previsto. De las seis partes del plan (el capital, la renta, el salario, el Estado, sus relaciones con otros estados y el mercado mundial), el capital es el primer tratado y el más abstracto de todos. Por su parte, este primer tratado se dividía en cuatro momentos (el capital, la competencia, el capital crediticio y accionario), de los cuales el de «el capital» era, a su vez, el más abstracto. (Dussel, 2006, p. 6)

A su vez, dentro del mismo tomo I de *El Capital*, se toca el tema de la producción en general de capital, abstra-
yéndose de la circulación y su realización (tomos II y III). Y aún dentro del mismo tomo I se intercalan capítulos con niveles de abstracción diversos, por ejemplo, el capítulo VI de la sección segunda que trata el problema de la transformación del dinero en capital y los capítulos V-VII de la sección tercera (proceso de valorización, capital constante y variable, tasa de plusvalor), se encuentran en un grado mayor de abstracción que el capítulo VIII, que explica el problema de la jornada laboral. Igualmente, el capítulo X sobre el concepto de plusvalor relativo tiene un nivel de abstracción mayor que los capítulos XI-XIII, que muestran la historicidad de este tipo de plusvalor. Otro ejemplo, la sección quinta sobre la producción de plusvalor absoluto y relativo es más abstracta que la sección sexta sobre el salario. En cada caso, Marx va construyendo y desarrollando las categorías apropiadas, sus contenidos y las relaciones con el resto de las categorías en la construcción de la totalidad concreta, en este caso, del proceso de producción del capital en general.

Pero, además, al tiempo que se mueve en distintos planos de abstracción, también se pasa de un plano de profundidad ontológica a otro, es decir, Marx se mueve desde lo fenoménico hacia la esencia y viceversa, estableciendo las relaciones de determinación material en cada caso, cómo la esencia funda los fenómenos estudiados, y a la inversa, cómo estos son la manera en que aquella se expresa en cada caso particular.

Es decir, Marx no solo «organiza» las categorías dentro de un movimiento circular, sino en planos de profundidad metódicamente ordenados según criterios «fenomenológicos» (ontológicos): lo que aparece primero no es la esencia de lo real. [...] El «marco categorial», entonces, tiene planos de profundidad, que cumplen la función de «ordenar» en diversos ámbitos el material empírico. (Dussel, 2006, pp. 4-5)

Con todo, ambos procesos metodológicos no deben ser confundidos:

No es lo mismo un plano de profundidad que un grado de abstracción de las categorías. El primero se sitúa en una relación de «fundamentalidad»; el segundo en una relación de «complejidad». La «esencia» es la identidad y el fundamento (*Grund*); el «fenómeno» es la diferencia (*Unterscheidung*) y lo fundado. Lo más abstracto es más general, universal, simple; lo más concreto es más particular, complejo. (Dussel, 2006, p. 5)

La forma de investigación

La investigación así desarrollada responde a una *forma* determinada que busca *expresar* en categorías las *relaciones inmanentes/trascendentes* que estructuran la realidad histórica social. Pero no la realidad pasada, sino la realidad tal y como

se encuentra desarrollada en el presente donde al cientista le acontece la problematicidad tematizada. Las categorías expresan, por consiguiente, la *forma determinada* que adquieren las relaciones sociales en su vinculación intrínseca en la totalidad de la realidad histórica. Por tanto, las categorías siguen el movimiento real cuando permiten *conocer la determinación de la forma* que adquiere una relación específica, es decir, permite conocer cómo es su desarrollo dentro de la misma sociedad y por qué se desarrolló de tal y cual manera y no de otra. Estas categorías no son fijas, y la única manera de que no se petrifiquen o cosifiquen es que permanezcan abiertas a la articulación con nuevas determinaciones descubiertas, tal que hagan viable mantener la trascendencia de la objetividad de la realidad presente y posible, y no adaptar la realidad a las categorías (lo que implicaría predeterminar teóricamente desde la totalidad concreta pensada lo que puede o no puede ocurrir en la realidad).

Para el investigador esta manera de investigar supone un compromiso político, pues el abordaje de la realidad, los recortes progresivos, los problemas enfrentados, el ordenamiento conceptual, el lugar de enunciación, todo, responde a criterios políticos dentro de los límites de la formación de la conciencia efectual en un horizonte hermenéutico-material dado. Supone, además, no asumir el *punto de vista del capital* y trascender la determinación social del método que este delimita. De acuerdo con István Mészáros (2011):

Los parámetros metodológicos fundamentales de las épocas históricas están circunscritos por los últimos límites estructurales de su fuerza de control metabólico social dominante, y como tales se definen en términos de las potencialidades (y, por supuesto, también las limitaciones) inherentes al modo de actividad productiva prevaleciente y la correspondiente distribución del producto social. (p. 4, vol. I)

El conjunto de determinaciones conceptuales propias de las perspectivas metodológicas que surgen dentro del marco histórico que delimita el capital debe ser superado, en la medida en que se trata una elección del cientista que se identifica o no con los valores que expresa la modernidad capitalista. El ir más allá de los límites metodológicos delineados por el metabolismo del capital supone descubrir su lógica fetichista en cada etapa y momento de la investigación, en suma: enfrentarse a la realidad desde la crítica. Ello quiere decir asumir una perspectiva decididamente contrahegemónica.

Este enfrentamiento a la realidad en el proceso de investigación supone la subjetivación del objeto de conocimiento desde su propia objetividad real, lo que conlleva el establecimiento de una relación cognoscitiva que la dialéctica no determina en sus pasos fundamentales, sino que ello responde a la propia práctica del investigador y el *uso* que haga de la teoría en la construcción de la totalidad concreta pensada.

La forma de exposición, estructura argumental y expresión de la dialéctica

A la fase de investigación le continúa la fase de exposición o justificación argumentativa del conocimiento producido. Acá la explicación de la totalidad histórica toma cuerpo como arquitectónica de la ciencia que debe mostrar las relaciones esenciales de la realidad estudiada y cómo se comportan estas relaciones, en tanto las categorías que las muestran son expresión¹⁷ del movimiento de la realidad. Este momento es parte

17 En este punto parece oportuno recordar el señalamiento de Ludovico Silva (2006b), cuando menciona que «Marx empleó mucho más frecuentemente el término *ausdruck* o “expresión” para decir cosas, tales como que la ideología dominante es la *expresión* de las relaciones materiales dominantes. No es lo mismo “expresión” que “reflejo”, pues,

del conocimiento producido por el cientista y no está aislado de la investigación como un todo sistemático. En Marx, la dialéctica, además de sostener una forma de exposición con una estructura argumental propia, también obtuvo una expresión literaria particular, una comunicabilidad propia de su estilo.

La forma de exposición

Si bien es cierto que podemos distinguir, junto a Marx, la forma de exposición de la forma de investigación, ambas están entrelazadas y constituyen un mismo movimiento para la producción del conocimiento científico. En este sentido, la forma de exposición da continuidad a la investigación y, por tanto, su misma forma de presentarse es también dialéctica y científica; quizá la mejor muestra que tenemos de ello es la estructura lógica del tomo I de *El Capital*, y de la relación de este con los restantes —aunque inconclusos— tomos (Echeverría, 1977; Kohan, 2011, pp. 489-501). En el tomo I, que trabaja la producción de capital «en general», es decir, abstrayendo ciertas determinaciones como la circulación, la pluralidad de capitales, etcétera, se comienza por los aspectos fenomenológicos: mercancía y dinero, intercambio y circulación simple o general (sección primera, capítulos I-III), luego se hace el tránsito desde lo fenomenológico a la esencia: la transformación de dinero en capital por la subsunción de la fuerza viva de trabajo (sección segunda, capítulo IV), se pasa al estudio de los procesos de subsunción real y formal del trabajo (secciones tercera y cuarta, capítulos V-XIII) y sus resultados (secciones quinta y sexta, capítulos XIV-XX), posteriormente, integrando los productos alcanzados en el desarrollo de lo «abstracto

mientras este término designa un nivel estático y puramente especular, el término *expresión* designa una realidad dinámica, activa, autónoma en penúltima instancia, y que tiene un papel decisivo en el desarrollo y el cambio sociales» (p. 105).

a lo concreto», en tanto que ellos se convierten de resultados en premisas obtenidas durante la argumentación, se finaliza con el estudio del proceso de reproducción simple y ampliado, es decir, el proceso de reproducción del capital en general que coloca desde y para sí las relaciones analizadas previamente (sección séptima, capítulos XXI-XV). En su conjunto, la estructura del tomo I supone un todo arquitectónico donde se construye una totalidad concreta del concepto de capital en general, es decir, es su reproducción inmediata (sin mediación de la circulación). Se trata de una primera aproximación a la historicidad concreta de la formación capitalista y que deberá ser desarrollada con determinaciones todavía más concretas y complejas (en los tomos II y III, y virtualmente en todo el plan original de la obra)¹⁸.

La forma de exposición es la manera que tiene el científico de presentar el argumento ante la intersubjetividad, de tal manera que se justifican racionalmente los resultados de la investigación. Por tanto, si la fundamentación de las categorías las hace el científico durante el proceso de investigación y la construcción de las determinaciones categoriales para captar el movimiento de la realidad, en la justificación, estas son mostradas en su conjunto como un todo arquitectónico coherente y completo que dispone a la razón para conocer la esencia de aquello que se ha investigado y que puede ser expuesto como verdad científica válida intersubjetivamente. Pero, a diferencia de la investigación donde se comienza por

18 Quien mejor ha dado cuenta de la evolución del proyecto de la crítica a la economía política y la relación de sus planes de desarrollo ha sido Enrique Dussel. Aparte de los comentarios citados sobre las cuatro redacciones de *El Capital*, véase Dussel, 1994. «Como sabemos, Marx dejó inconcluso el comienzo del tratado sobre el capital (solo publicó la parte de la producción, sin terminar ni la circulación, ni la realización), y no pudo concluir el resto. Es decir, publicó la tercera parte de una de las cuatro del primero de los seis tratados (la septuagésima segunda parte de su proyecto; y la más absolutamente “abstracta”)» (Dussel, 2006, p. 6),

una totalidad caótica y desde allí se eleva a las determinaciones simples y generales, una vez concluida la investigación de la totalidad de la que se trate (en este caso, de la sociedad capitalista) se debe comenzar por su elemento más simple ya conocido; en el caso del tomo I de *El Capital*, se comienza por la mercancía, esto es, la célula de la sociedad capitalista. Y desde allí avanzar desde y hacia las determinaciones más complejas que permitan mostrar las relaciones de la totalidad concreta en cuanto conocida: (A) relaciones aparentiales y que se muestran entre los fenómenos de la sociedad, que no por fenómenos son menos reales: son las relaciones tal y como se muestran o aparecen a la conciencia inmediata y que se reproducen en la vida cotidiana, pero que pueden ser conocidas en su complejidad gracias al ordenamiento como totalidad fundada; (B) relaciones esenciales: los fundamentos que determinan el movimiento de la realidad sociohistórica y que suponen el ejercicio científico para descubrir su núcleo fundamental, hacer inteligible lo mistificado por la misma realidad, y (c) de la apariencia con la esencia: de cómo el movimiento aparential y fenoménico tiene su fundamento último en las relaciones ocultas para la conciencia inmediata, pero que cobran sentido cuando la ciencia penetra y muestra lo que antes estaba oculto, mas que ahora es inteligible; a la inversa, lo oculto solo puede encontrar su forma de expresión en relaciones fenoménicas determinadas y no en otras, y esta relación es lo que la ciencia busca explicar.

La exposición, por tanto, no es histórica y cronológica, sino *lógica dialéctica*: parte del todo ya desarrollado para exponer este, su desarrollo, desde lo simple-esencial-abstracto-general a lo complejo-fenoménico-concreto-particular. Además, para Marx, esta exposición también es crítica, esto es, no se contenta con mostrar la esencia oculta tras los fenómenos —con ser conocimiento científico—, sino también de mostrar

el sentido de dichas relaciones en su totalidad, desmitificar la realidad. Porque la cuestión de la exposición o su forma no incumbe solamente al campo científico o comunidad científica, sino que incumbe principalmente a las luchas políticas por transformar las condiciones de expropiación, dominación y explotación, por lo que el conocimiento científico debe mostrar estas relaciones tal cual son, ponerlas sobre sus pies, mirar más allá del fetichismo. En otros términos: argumentar políticamente la factibilidad de la revolución.

La estructura argumental

A la forma de exposición del método dialéctico le acompaña un movimiento argumental propio¹⁹. Tal y como explica Bolívar Echeverría (1977):

La complejidad argumental de *El Capital* no es, pues, fortuita, resultado de una pretensión «científica» de Marx, por el contrario, refleja la dificultad que debe enfrentar todo discurso disidente que defiende las posibilidades de la razón aún ahí donde esta se encuentra aparentemente identificada con la lógica de la destrucción de lo humano. (p. 47)

Si la exposición quiere ser realmente científica y crítica, o integralmente dialéctica, es decir, penetrar las relaciones fenomenológicas y descubrir las relaciones esenciales que sostienen la reproducción de la vida real para desmitificar dicha realidad, no puede limitarse a describir su descubrimiento: debe construir un razonamiento propio, debe ser argumentado. Pero no de cualquier forma, el argumento debe desarrollarse bajo una

19 Quien mejor ha detectado este movimiento argumental ha sido Bolívar Echeverría. Véase su artículo «Esquema de *El Capital*» (1977).

estructura tal que permita mostrar en cada caso las relaciones ocultas en un triple sentido. Primero, como un develar la falsa conciencia sobre la realidad mediante el análisis de la apariencia o de la experiencia fenoménica directa: poner en duda la expresión empírica en que se presentan las relaciones de reproducción de la vida dentro del capitalismo. Segundo, para usar una conocida metáfora marxista, mostrando la realidad sobre sus propios pies mediante una exploración de la esencia de dicha realidad: análisis de las relaciones que trascienden aquella empiria y le dan su fundamento inmanente. Y tercero, el argumento debe desmitificar la realidad, es decir, explicar cómo, por qué y bajo cuáles condiciones la realidad se presenta, de manera necesaria, con estas características de encubrimiento de su esencia, fetichizada, y cómo ella «funciona» de tal manera. Este movimiento no es diacrónico, sino circular —en sentido hermenéutico, pero también material—: no se pasa de un plano de la realidad a otro de manera sucesiva, sino que se toma un punto de partida y desde allí se procede de manera circular, yendo y viniendo desde y hacia la esencia, ampliando la argumentación y construyendo la totalidad explicativa con determinaciones cada vez más complejas, a la vez que, durante el movimiento, se va mellando el saber empírico de la realidad, se muestra su fundamento y se desmitifica la realidad.

Es por ello que la ciencia con carácter de criticidad que está inaugurando Marx parte del discurso positivo de la economía política y la lleva más allá de lo que ella misma puede explicar, en tanto que ella se convierte en ideología encubridora de una realidad mediante su justificación racional, por lo que se debe hacer la crítica de su discurso y mostrar la esencia de la realidad que ella deja oculta. Solo mediante dicho movimiento nos hacemos con una explicación científica de dicha realidad. En *El Capital*, pues,

Marx trata de forzar al discurso científico espontáneo sobre la riqueza —la economía política— para que, saltando por sobre sí mismo, diga aquello que él, siendo lo que es, debe dejar fuera de lo decible como algo denegado o censurado, trata de hacer que se trascienda y hable sobre aquello que le está constitutivamente prohibido mencionar. (Echeverría, 1977, p. 47)

Más aún, este forzar la ciencia económica inaugurada por la burguesía, este discurso disidente que muestra aquello que queda reprimido en la realidad, dominado, explotado y que constituye el fundamento de explicación de dicha realidad, debe ser comprendido en su facticidad, a saber, que la praxis histórica misma se ha transformado de tal manera que solo se desarrolla en el sentido fetichista que la ciencia crítica debe explicar para fundamentar racionalmente el proyecto revolucionario con significación válida para las clases explotadas. El discurso crítico de la modernidad, por tanto, debe ser capaz de

apropiarse del saber formado a partir de la objetividad capitalista, de someterlo a la acción desestructuradora de las significaciones espontáneas del proletariado y de recomponerlo de manera tal, que los vacíos dejados por el discurso burgués que lo produjo se vuelvan evidentes y constituyan, así, el saber necesario para la revolución. (Echeverría, 1975, p. 45)

La expresión de la dialéctica

Imbricado a la forma de exposición lógica y al movimiento argumental, también encontramos en el discurso crítico marxista diversas figuras literarias para la expresión de la propia dialéctica. Bien conocida es la carta de Marx a Engels del 31 de julio de 1865, donde le afirma que: «Cualesquiera que puedan ser sus defectos, la ventaja de mis obras consiste en

que forman un todo artístico, lo que solo se consigue con mi método de no dejar jamás que vayan a la imprenta antes de que estén terminadas» (Marx, 1977, p. 672). No es casual que la dialéctica también encontrara en este todo artístico una forma particular de expresarse. Para Ludovico Silva (2011):

Marx es un dialéctico materialista no solo por haber aislado, como él decía, el «núcleo racional» de la dialéctica hegeliana y haberlo aplicado al estudio de la historia bajo el criterio de las relaciones materiales de producción; lo es también por haber materializado la dialéctica en un estilo literario, que es la más perfecta expresión del movimiento lógico-histórico en que consiste la dialéctica. (p. 53)

Precisamente, como ha mostrado suficientemente Ludovico Silva (2011), el corpus teórico marxista se encuentra apoyado por una osamenta literaria que muestra un marcado estilo expresivo. La arquitectónica conceptual marxista está urdida a un estilo literario propio, con sus idas y venidas, sus modulaciones y analogías constantes, con un vocabulario particular y una economía verbal específica. Es decir, la obra de Marx «posee una musculatura expresiva» que acompaña intrínsecamente a la teoría, en él «el sistema científico está sustentado por un sistema expresivo» (p. 27).

Hablando en términos semánticos-sintácticos, las relaciones formales lógicas en que Marx hace entrar los signos verbales, constituyen una gesticulación plástica destinada a reflejar las relaciones materiales e históricas de los significados. (Silva, 2011, pp. 53-54)

En el caso de la dialéctica, es común observar en los textos de Marx pares categoriales, cuya relación es recogida en distintas figuras literarias/expresivas que buscan mostrar desde la propia sintaxis del lenguaje el movimiento dialéctico:

valor-valor de uso, capital constante-capital variable, trabajo vivo-trabajo muerto, clase proletaria-clase poseedora, etcétera. Este tipo de figuras literarias son relacionadas por Marx como opuestos antagónicos que se sintetizan en un tercero y, para ello, a nivel *lingüístico expresivo*, el movimiento es expuesto intercambiando los signos con sus significados —relación sintáctica invertida—, dando la impresión de estar ante el propio movimiento de contrarios que se sintetizan en un tercero.

El secreto literario que gobierna estas construcciones, frecuentes en grandes prosistas y sobre todo en grandes poetas (Petrarca y Garcilaso, por ejemplo), consiste en formular primero una frase, y hacerla seguir de una segunda en la que se dice lo inverso, pero utilizando los mismos vocablos en relación sintáctica invertida; y a menudo, rematando con una tercera frase donde, también con los mismos vocablos pero añadiendo algunos otros, se realiza una síntesis de las correlaciones antagónicas antes establecidas (Silva, 2011, p. 58).

Aunque repartidos por toda la obra de Marx, podemos citar este texto «modélico», según lo estudia Ludovico (2011):

La clase poseedora y la clase del proletariado representan la misma autoalienación humana. Pero la primera clase se siente bien y se afirma en esta autoalienación, sabe que la alienación es su propio poder y posee en él la apariencia de una existencia humana; la segunda, en cambio, se siente destruida y negada en la alienación, ve en ella su impotencia y la realidad de una existencia inhumana. (p. 61. La cita pertenece a *La Sagrada Familia*)

Otro texto modélico de esta expresión de la dialéctica que quisiera traer a colación, y por cierto, un pasaje bastante controvertido de *El Capital*, sería el siguiente:

El modo capitalista de producción y de apropiación, y por tanto la propiedad privada capitalista, es la primera negación de la propiedad privada individual, fundada en el trabajo propio. La negación de la producción capitalista se produce por sí misma, con la necesidad de un proceso natural. Es la negación de la negación. Esta restaura la propiedad individual, pero sobre el fundamento de la conquista alcanzada por la era capitalista: la cooperación de trabajadores libres y su propiedad colectiva sobre la tierra y sobre los medios de producción producidos por el trabajo mismo. (Marx, 2012, pp. 953-954)

En muchos casos, dentro y fuera del marxismo, se ha querido tomar este *tipo* de relación entre pares categoriales o elementos contrarios (antagonismos históricos) que se sintetizan en un tercero como la dialéctica propiamente dicha²⁰, y, peor aún, como la única o la principal forma de relación que se puede descubrir en la realidad. Con ello se han construido ciertos argumentos que ponen en relación procesos mediante la lógica dialéctica, y que son tomados como la dialéctica propiamente dicha, y no una figura que expresa ciertas relaciones de la realidad, pero en modo alguno la totalidad de sus relaciones²¹.

Este tipo de relación, si bien en muchos casos muestran movimientos históricos concretos, como cuando se habla de dialéctica del desarrollo desigual apuntando de manera

20 El no conocer suficientemente el estilo literario de Marx y la expresión de la dialéctica que él elabora ha llevado a diversos autores a confundir estas expresiones estilísticas con el mencionado «coqueteo de la dialéctica hegeliana» y, por tanto, con el *uso invertido* que hace Marx de dicha dialéctica; deduciendo a partir de allí que la presencia de la dialéctica es un mero «juego lingüístico» sin valor científico propio. En este error cae, por ejemplo, Fernández Liria (2014). Irónicamente, el mismo error subyace a varias lecturas del marxismo ortodoxo del siglo XX.

21 De un modo quizá más ligero, también se utiliza la expresión «es que es dialéctico» cuando se quiere significar un tipo de relación que no se sabe bien cómo se produce ni cuál es su fundamento, pero se recurre a un lugar común para pensar que se dijo algo en relación al objeto: «es dialéctico», como si decirlo lo dotara de una explicación en sí misma y *a priori*.

acertada que el desarrollo del centro capitalista produce de manera necesaria el subdesarrollo de la periferia, este tipo de relación, decía, nos es la *única* que puede ser mostrada desde la dialéctica como método científico crítico; además de ser un resultado de la misma que, por tanto, debe ser justificado y mostrado en su fundamentación: no es evidente en sí mismo que las consecuencias del desarrollo desigual conlleven necesariamente el subdesarrollo, esto debe ser mostrado en términos argumentativos y en sus fundamentos esenciales críticos. Marx no hace otra cosa en *El Capital* y, por eso, no se limita a decir que «el capital es dialéctico», sino que muestra el despliegue y desarrollo de su concepto desde la unidad de sus múltiples determinaciones y cómo se van produciendo en su automediación. Por eso, Marx se permite esta expresión literaria al final del capítulo XXIV (el penúltimo) de *El Capital*, como corolario de toda una larga exposición de la relación capital estudiada en general, y, dentro del mismo capítulo, como síntesis de la argumentación en torno a la tendencia también general de la producción capitalista. Podríamos decir que se trata de una figura que recoge en un solo cuadro sinóptico relaciones ya explicadas desde su fundamento. En tanto figura, además, es más expresiva y menos analítica, por lo que no debe ser tomada como verdad incólume, absoluta y literal.

De lo concreto pensado a lo concreto conocido: la posibilidad de la praxis

La dialéctica es un método del compromiso. Es decir, quienes investigan desde ella no lo hacen por la producción de un saber teórico, cuyas condiciones de veracidad serían inherentes al propio sistema teórico construido. Antes bien, se trata de una producción teórica que se sabe con un objetivo político

previo, a saber, develar las relaciones de poder que constituyen la realidad tematizada en sus múltiples dimensiones para transformar dichas relaciones a favor de los dominados y explotados o, en otras palabras, en favor de un proyecto de liberación (que en Marx recibió el nombre de comunismo).

La aseveración de Marx (2011) de que el criterio de verdad de una teoría no es un asunto escolástico, sino práctico (tesis II sobre Feuerbach), conlleva a que la capacidad de juicio no se contente con sus condiciones trascendentales de posibilidad (a la manera de Kant), sino que se configure como capacidad de acción sobre la realidad concreta conocida y no solo pensada. Para ello, la dialéctica, en tanto método crítico, supone un ordenamiento categorial que apunta a la factibilidad de la praxis. Esto es, si las ciencias naturales están determinadas por su acción dentro de los fines tecnológicamente posibles —tal es lo que nuestra Hinkelammert (1986, pp. 183-270) en su crítica a Popper—, por su parte, las ciencias sociales críticas están orientadas por la *construcción de espacios de factibilidad* para la transformación de la realidad, más allá de las relaciones de poder establecidas. Se trata de crear las condiciones de posibilidad para la praxis transformadora, liberadora, o al menos de avanzar en dicha dirección. Dentro de esta orientación, la dialéctica supone la capacidad de la razón para desplazarse desde los fenómenos hacia la esencia de los mismos, es decir, desde la realidad aparential y sensible donde se vive en carne propia la dominación y explotación hacia las condiciones ocultas que reproducen dicha dominación y explotación. Por tanto, la ciencia o el conocimiento científico desde la dialéctica otorga el marco categorial fundamental desde dónde orientar la acción transformadora en sentido radical.

Ello supone su alcance y su límite. Su alcance, porque potencia la propia realidad hacia sus posibilidades no solo

imaginadas, sino de hecho factibles desde la propia praxis sociohistórica. Su límite, porque no se inmiscuye en las capacidades subjetivas de decisión política para la acción, mucho menos en la intuición del estadista o de las organizaciones políticas para estudiar el momento concreto y avanzar hacia la dirección de radicalización. La dialéctica nos ubica en el terreno con conocimiento científico y crítico para crear las condiciones de factibilidad de transformación sociohistórica; con ello le basta, no le podríamos pedir más, pero tampoco menos.

El conocimiento científico crítico de la dialéctica: la cuestión del fetichismo

El elemento final de la reflexión que vengo elaborando para comprender la dialéctica, en tanto método crítico, es el razonamiento sobre el fetichismo como modelo para transformar la realidad. La dialéctica ya no se contenta con ser científica, esto es, explicar las relaciones de dominación y explotación ocultas tras la apariencia o el ser de la modernidad capitalista, descubrir su esencia: su patrón de poder inmanente. También busca explicar por qué estas relaciones continúan reproduciéndose aun en contra de la conciencia y la voluntad de sus propios creadores. De otro modo, la dialéctica es ciencia en la medida en que hace posible ver más allá del ser, y constatar cómo, en la realidad y su devenir, están inmanentemente relacionados ser y no ser. El *no ser*, oculto por el ser, queda al descubierto gracias a la ciencia. Por eso es ciencia, y no ideología —y ciencia con sentido del compromiso político, es decir, con conciencia de clase—. Por eso, la dialéctica busca mostrar el patrón de poder moderno capitalista y explicar la construcción de este patrón de poder desde lo que él ha negado, encubierto, explotado y dominado: las otras civilizaciones

subsumidas bajo su lógica metabólica. Recién allí comienza la crítica. Y esta se dirige, precisamente, a constatar por qué el *no ser* sigue ocultándose, o qué lo hace permanecer como una presencia ausente —para recordar la formulación de Hinkelammert—, como fundamento más allá del ser que, sin embargo, es dominado y explotado por el ser (por su totalización totalitaria), y aún con conciencia de dicha explotación y contra su voluntad. ¿Qué quiere decir esto? ¿A cuál conciencia y voluntad nos referimos?

La presencia ausente y la teoría del reflejo en Hinkelammert

Desde lo que podríamos considerar su obra clásica, *Crítica de la razón utópica*, publicada por primera vez en 1984 en Costa Rica, Hinkelammert viene trabajando, a partir de una argumentación trascendental, el problema de la factibilidad de los proyectos de liberación.

En su crítica lo fundamental son las condiciones de factibilidad material del sujeto que se configura como condición de posibilidad trascendental. Se trata de la factibilidad trascendental de toda acción y que se encuentra en la base de toda la filosofía de Hinkelammert: en su crítica de la razón instrumental (2006, pp. 31-73); en su discusión sobre la condición de la ciencia moderna (1984, pp. 157-274); en el develamiento del mito fundante de la modernidad (2008, pp. 99-128); en la formulación de una ética del bien común (2006, pp. 293-360), así como en la reconstrucción de una economía para la vida (Hinkelammert y Mora, 2014).

En un ensayo titulado «Sobre la reconstitución del pensamiento crítico», publicado en dos ocasiones, Hinkelammert (2010), a partir de aquella reflexión trascendental, busca una redefinición de la teoría del reflejo expuesta por

Marx en el famoso Prólogo de la *Contribución a la crítica de la economía política*. Lo que intenta mostrar Hinkelammert es que la propuesta de Marx en torno a la base económica y la superestructura como reflejo de aquella —desarrollada en el mencionado prólogo— es abandonada por él cuando desarrolla su teoría del fetichismo expuesta en *El Capital* (en la segunda edición de 1873, para ser más precisos).

En este sentido, en *El Capital*, Marx habría operado una transformación completa de dicha teoría. El punto de partida de Hinkelammert es el siguiente texto de Marx (2012):

Las mercancías no pueden ir por sí solas al mercado ni intercambiarse ellas mismas. Tenemos, pues, que volver la mirada hacia sus custodios, los poseedores de mercancías. [...] Para vincular esas cosas entre sí como mercancías, los custodios de las mismas deben relacionarse mutuamente como personas cuya voluntad reside en dichos objetos, de tal suerte que el uno, solo con acuerdo de la voluntad del otro, o sea, mediante un acto voluntario común a ambos, va a apropiarse de la mercancía ajena al enajenar la propia. Los dos, por consiguiente, deben reconocerse uno al otro como propietarios privados. Esta relación jurídica, cuya forma es el contrato —legalmente formulado o no—, es una relación entre voluntades en la que se refleja la relación económica. (p. 103)

¿Cómo interpreta Hinkelammert este pasaje? Para él lo que está señalando Marx acá es lo contrario a lo que señaló en el Prólogo. Ya no se trata de un condicionamiento o determinación de la base hacia o sobre la superestructura jurídico-política. Este condicionamiento pierde sentido. De lo que se trata es de ver en la estructura jurídica un marco categorial «dentro del cual se ve y se interpreta el mundo [...] lo que antes era la superestructura ahora es el marco categorial de

lo real» (Hinkelammert, 2010, p. 231). ¿Cómo se explica este cambio tan radical? De acuerdo a Hinkelammert (2010),

Marx de ninguna manera afirma que las relaciones jurídicas son el simple reflejo de las relaciones económicas. Incluso sostiene lo contrario, es decir, que las relaciones económicas son el reflejo (la imagen especular) de las relaciones jurídicas, en el sentido de que solo resultan visibles en tanto imagen especular reflejada/conformadas por las relaciones jurídicas. Pero lo dice con la palabra *wiederspiegeln*, lo que significa reflejarse en el espejo o, si se quiere, «espejar». Por tanto, la tesis de Marx es que vemos las relaciones económicas en un espejo y no directamente. Las vemos en el espejo constituido por la relación jurídica, que de su parte está constituida por los hombres en cuanto hacen morar su voluntad en los objetos. Esto ocurre en cuanto se hacen propietarios al reconocerse mutuamente como tales y consideran el objeto de propiedad suya. (p. 234)

Más allá de que la lectura que hace Hinkelammert sobre este asunto se pueda sostener o no en los textos de Marx —a mí me parece algo difícil de hacer—, lo relevante en ella es lo siguiente. Cuando se instituye el mundo de mercancías, las personas hacen morar su voluntad en esas mercancías, se convierten en propietarios. Esta condición de propietario —de individuo civil— es reflejada de manera objetiva como reconocimiento entre individuos propietarios. Este reflejo de las relaciones económicas, de la condición de propietarios, que se produce en las relaciones jurídicas, es subjetivado y reproducido por los individuos. Y este reflejo aparece como lo que es. De otra manera: al haber convertido al mundo en un mundo de mercancías, la realidad no puede ser sino reflejada como una realidad de propietarios; y el marco jurídico donde se comprenden estos propietarios, el reflejo jurídico de

la realidad económica, coincide con la realidad, con lo que es, con el mundo de mercancías. ¿Qué agrega la teoría del fetichismo? El lugar desde donde enjuiciar esta realidad reflejada.

En efecto, para Marx, una vez instituido el mundo de mercancías, donde incluso el trabajo se convierte en mercancía y se intercambia en el mercado, construyéndose un mundo de trabajadores privados, quienes solo poseen su fuerza de trabajo como mercancía, su voluntad puesta sobre sí mismos como mercancías, una vez instituido ello,

las relaciones sociales entre sus trabajos privados se les ponen de manifiesto como lo que son, vale decir, no como relaciones directamente sociales trabadas entre las personas mismas, en sus trabajos, sino por el contrario como relaciones propias de cosas entre las personas y relaciones sociales entre las cosas. (Marx, 2012, p. 89)

Cuando Hinkelammert lee la teoría del fetichismo desde la factibilidad trascendental lo que encuentra es que Marx, constantemente, *juzga* la realidad instituida por el capital, «el mundo de mercancías», desde algo que no está reflejado en dicha realidad, pero que no puede obviar ni eliminar; es decir, juzga al ser desde el no-ser. Se trata de una «presencia ausente». ¿Qué presencia es esta? Marx le da diversos nombres, en el caso de la cita anterior, «relaciones directamente sociales trabadas entre las personas mismas».

Se trata de una dialéctica de la presencia de una ausencia, que no es hegeliana. De hecho, se trata de una dialéctica trascendental, para la cual las relaciones sociales directas [...] son la referencia trascendental. Resulta una ética, que no es ética de normas, sino que formula un punto de vista bajo el cual cualquier ética de normas es criticable y desarrollable. Trascendental significa aquí

lo imposible, que hace posible ver lo posible. (Hinkelammert, 2010, p. 242)

Lo que está discutiendo Hinkelammert desde Marx es la dimensión de factibilidad trascendental, aquello que no puede obviarse y que, como trascendental, fundamenta la posibilidad de ver las relaciones *que son* desde lo que *no es*. Por tanto, permite realizar juicios críticos sobre la realidad a partir de lo que esta realidad pretende ocultar. En el espejo o marco jurídico, la realidad aparece como lo que es, como un mundo de mercancías, de poseedores privados de ellas a voluntad. Y en efecto, para Marx, esto es la realidad instituida por el capital. Pero cuando se observa esta realidad desde la ausencia presente, lo que se encuentra es que lo que fundamenta ese mundo de mercancías es la explotación y la dominación del sujeto, en su dimensión fundamentalmente material como *sujeto vivo*. Para Hinkelammert (2010) es un sujeto que grita desde su ausencia, y se hace presente:

Lo que es son los mecanismos de dominación. Lo que no es, es aquello negado por los mecanismos de dominación, es decir, su libertad como reconocimiento positivo de «relaciones directamente sociales de las personas en sus trabajos» [...]. En su forma negada, como presencia de su ausencia, siempre están porque su negación revela lo que está negado. Lo negado no está en el exterior, sino está en el interior de las relaciones de dominación. Estas son lo que es, y de ellas se puede derivar lo que no es, porque es negado. *Negation positio est.* (p. 248)

La teoría del fetichismo sirve, precisamente, para poder juzgar lo que es de manera científica y crítica. Se va más allá de la empiria de las mercancías, se introduce el elemento faltante, o mejor dicho, se descubre el elemento oculto,

para poder entender críticamente la realidad de dominación. Lo que decide, en última instancia, sobre la racionalidad de un proyecto es esta presencia del sujeto como sujeto vivo que es condición de factibilidad trascendental de todo proyecto. A nivel epistemológico, ello se traduce en la necesidad de contar con un conocimiento de los principios de imposibilidad de la acción: lo imposible permite juzgar sobre lo posible, más aún, lo imposible abre nuevas posibilidades (Hinkelammert, 2010, pp. 254-258).

La lectura de Juan José Bautista sobre la teoría del fetichismo en Hinkelammert y Marx

En años recientes, Juan José Bautista (2015, pp. 205-231), siguiendo la línea de pensamiento abierta por Franz Hinkelammert (2010), ha propuesto una lectura de la teoría del fetichismo que se ubica en la línea que acá quiero exponer. Para él, la base de esta lectura está en la comprensión de la dialéctica hegeliana expuesta en la *Ciencia de la lógica* como el paso de la *doctrina del ser* a la *doctrina de la esencia*, pero también desde esta hacia la *doctrina del concepto*. De acuerdo a su lectura, la teoría crítica del fetichismo se ubica en el paso de la *doctrina de la esencia* a la *doctrina del concepto* (y no solo de la *doctrina del ser* a la *doctrina de la esencia*, como es aceptado dentro del marxismo crítico)²²: esto es lo que permite hacer inteligible aquellas estructuras de pensamiento o cosmovisiones que sustentan la racionalidad moderna capitalista a través de la reproducción de un tipo específico de sociedad

22 En general, se considera que el fetichismo corresponde al tránsito entre la *doctrina del ser* a la *doctrina de la esencia*. Para ello pueden revisarse los aportes de Kohan, 2011, pp. 514-560; Dussel, 2007; Echeverría, 1977, y Gandarilla, 2018. La lectura propuesta por Hinkelammert que Bautista busca hacer explícita es novedosa en muchos puntos que aún no se tematizan.

y, por tanto, la producción de un sujeto específico, el sujeto moderno. Para Juan José,

[El capitalismo] para poder constituirse en la forma de producción dominante, tenía y tiene que producir permanentemente no solo mercancías capitalistas o relaciones de mercado capitalista, sino su asociación o conglomerado humano pertinente, es decir, una forma de agrupación humana que fuese producto de su propia forma de producción y reproducción subjetiva, hecha a imagen y semejanza suya. (Bautista, 2015, p. 210)

En este sentido, el capitalismo reproduce un tipo de subjetividad cuyo contenido histórico se objetiviza y reproduce como *sociedad moderna*. Para poder trascender dicha sociedad moderna capitalista e ir más allá de ella en la «producción y reproducción de una forma de vida distinta» (Bautista, 2015, p. 216) hay que hacer inteligible aquello que la modernidad ha dejado relegado, sometido y explotado: aquellas comunidades que vivieron antes de la expansión colonial de la modernidad, que la han atravesado como lo dominado y negado, pero conservan un núcleo civilizacional fundamental que potencialmente tiende hacia lo distinto de la modernidad.

El problema entonces sería cómo hacerla no solo visible, sino también inteligible para poder captar su grado de pertinencia para afrontar los desafíos de nuestro presente, es decir, cognoscible para poder ser reproducida y desarrollada, pero en una perspectiva diferente de la modernidad. (Bautista, 2015, p. 218)

Para lograr hacer inteligible aquello que la modernidad ha sistemáticamente negado y sojuzgado, hay que pensar la realidad más allá de lo que aparece, lo que se muestra, es decir, pensar desde lo que no es para la modernidad, lo que ella no

permite ver, aquello que encubre y esconde. ¿Cómo se puede llegar a ese posicionamiento hermenéutico crítico? Con la teoría del fetichismo vista desde el mirador de la *doctrina del concepto* de Hegel.

En la *Ciencia de la lógica*, Hegel muestra que cuando el filósofo o pensador se enfrenta a los entes, ya no pregunta por el objeto, cosa o ente en cuanto ente, sino por el Ser del ente, el cual lo remite a la esencia o fundamento de este. Eso es lo que describe en la doctrina de la esencia. Sin embargo, Hegel no se queda ahí, sino que de la esencialidad o fundamento del aparecer de estos entes se sigue remontando hasta el fundamento, pero ya no del Ser de los entes, sino hasta el fundamento presupuesto siempre en los sujetos o portadores de esos entes. Porque una cosa es reflexionar en torno de aquello que siempre está presupuesto en las cosas, entes o mercancías, y otra reflexionar en torno a lo que está presupuesto como contenido en la acción o intencionalidad de los sujetos o seres humanos. (Bautista, 2015, p. 223)

La teoría del fetichismo permite, entonces, penetrar la realidad y llegar hasta *lo real* de dicha realidad: el contenido supuesto en la acción práctica de los sujetos que sostienen la realidad capitalista. Ello supone descubrir la doble negación constitutiva de las relaciones capitalistas: «el encubrimiento a nivel de la esencia y el encubrimiento a nivel del concepto» (Bautista, 2015, p. 226).

En nuestra hipótesis —explica Juan José—, la primera forma de encubrimiento o negación correspondería al orden de lo que no se ve, es decir, al orden de la apariencia o aparecer del ente que encubriría su fundamento, el cual consistiría justamente en el ocultamiento que produce el orden de lo visto o de lo que se ve, cuando toma este como realidad última, encubriendo de esta

manera su esencia siempre presupuesta, pero oculta por el orden del aparecer o de lo visto. [...] En cambio, la segunda forma de encubrimiento no se limitaría a encubrir la esencia o fundamento del aparecer del Ser del ente, sino que produciría un encubrimiento mucho más sutil o sofisticado, porque ya no encubriría la esencia o fundamento del Ser del ente, sino su fundamentación última, su principio de imposibilidad, esto es, el modelo ideal presupuesto, no solo en el aparecer y en el Ser del ente, sino inclusive de la esencia que explica esa forma de Ser o del aparecer, lo cual es imposible de ser captada o percibido por la capacidad de ver, es decir, la visión, la conciencia en cuanto entendimiento o el análisis como forma de tematización pertinente a esta actitud fenomenológica. (Bautista, 2015, p. 226)

La problematización del conocimiento de esta doble mistificación de la realidad tendría que hacer el tránsito de la dimensión objetiva a la subjetiva, es decir, en torno a las condiciones de posibilidad de la inteligibilidad de lo que está más allá de la modernidad, «porque esta dimensión es posible solo de ser concebida o inteligida con cierto tipo de conceptos y categorías, porque es condición de posibilidad para ver de otro modo el orden de la realidad» (Bautista, 2015, p. 226). Aunque no es el punto que quiero desarrollar acá, valga destacar que esa otra realidad a la cual alude Juan José refiere a la comunidad andino-amazónica y que él recupera en su núcleo comunitario como potencialmente transformador de la modernidad capitalista (pp. 229-231).

Reflexiones sobre el fetichismo y la dialéctica: el problema de la crítica

A partir de la línea de trabajo abierta por Hinkelammert, y que sigue Juan José, quiero finalizar la presente reflexión con

un comentario en la misma línea de investigación, pero que busca resultados diferentes para nuestro tema de reflexión.

En su formulación clásica, la teoría del fetichismo apareció en la segunda edición del tomo I de *El Capital*, en el año 1873, como un apartado que venía a completar el capítulo I sobre «La mercancía». El título del apartado revela su intención: «El carácter fetichista de la mercancía y su secreto»²³. Mucho se ha discutido sobre ello. En mi caso, asumo esta reflexión como partícipe —y deudor, claro está— de la tradición que reconoce el rol central del fetichismo dentro del discurso crítico marxista, puesto que se trata de «un concepto que determina centralmente el mensaje global, revolucionario y científico de la obra de Marx» (Echeverría, 2011a, p. 493).

Y es que, ubicar el concepto de «fetichismo» moderno en el centro de la argumentación de Marx, implica, en primer lugar, concebir al discurso comunista como un discurso heterogéneo respecto al discurso teórico sobre la sociedad que predomina en la época moderna o capitalista. Como un discurso cuya cientificidad esencialmente crítica, es de un orden diferente del de la «cientificidad de la ciencia natural», ahistórica y supraclasista, que pretende tener el discurso sociológico burgués. Implica, en segundo lugar —y sobre todo—, concebir el discurso marxista como un discurso que es científico-crítico porque es el discurso de la transición revolucionaria, históricamente necesaria, a una nueva era, la comunista, es decir, porque existe únicamente como

23 En su exégesis y reconstrucción de las cuatro redacciones de *El Capital*, Dussel ha mostrado que la reescritura de este capítulo, en el que su autor incluyó este apartado, es el último material que Marx escribirá de manera definitiva sobre el tema, en el sentido de que es un texto considerado por su propio autor como acabado científica y estilísticamente. Por tanto, el apartado sobre el fetichismo no es un corolario, es una parte fundamental de la teoría marxista a la que su autor decidió incorporar de manera «resumida» en este apartado.

componente de esa revolución en la medida en que contribuye a su progreso. (Echeverría, 2011a, pp. 493-494)

Acá interesa destacar dos cuestiones presentes en las discusiones contemporáneas enfocadas en estudiar el alcance de la teoría del fetichismo allí contenida: su lugar dentro del corpus teórico completo de *El Capital* o del discurso crítico de Marx²⁴, así como la pertinencia o no para la ciencia social actual en tanto pensamiento crítico²⁵.

24 «Por lo general, al tratarse el carácter fetichista en Marx, se hace referencia exclusivamente a tres “lugares” donde se trata el asunto: el fetichismo de la mercancía, del dinero y del capital. No se tiene, sin embargo, conciencia de que la cuestión es mucho más esencial, ya que es necesario recorrer la totalidad del discurso de Marx. Es decir, el carácter fetichista, por ser un modo del capital en totalidad, toca no solo el capital en general, sino igualmente cada una de sus determinaciones [...] el capital en la producción y en la circulación, y por ello el plusvalor y la ganancia, pero igualmente en cada una de sus funciones: capital industrial, comercial o capital que rinde interés (siendo evidentemente este último, el capital fetichizado por excelencia). Es decir, se trata de tener en cuenta la totalidad del discurso [...]. Es una crítica ontológica (o en su consideración fetichista como absoluto) completa del capital» (Dussel, 2007b, p. 93). Véase la síntesis que hace el autor de la teoría del fetichismo —entendida como absolutización de lo relativo— en «Las cuatro redacciones de *El Capital*», 2007b, pp. 59-87. Para una perspectiva que enfatiza la cuestión del poder interpretada desde la teoría del fetichismo, puede consultarse la periodización y estudio de la génesis de la teoría del fetichismo en Marx realizada por Kohan, 2011, pp. 561-598. Por su parte, Bolívar Echeverría aclara que: «... tres de las ideas generalizadas respecto de la teoría del “fetichismo mercantil” en Marx representan tres de los principales obstáculos que dificultan la construcción científico-crítica riguroso de esa misma teoría: 1) la que confunde la teoría general de Marx sobre la producción y consumo de mercancías o “fetiches” modernos con la teoría especial, derivable de ella, acerca de los efectos ideológicos en el discurso o falseamiento en la conciencia social; 2) la que confunde la homología que establece Marx entre fetichismo arcaico y fetichismo moderno o mercantil con una simple identificación de este con aquel, y 3) la que confunde el concepto de “fetichismo” mercantil simple o en general con el de “fetichismo” mercantil desarrollado o capitalista» (Echeverría, 2011a, p. 494).

25 Considero que un hilo teórico conductor de los debates que actualmente se desarrollan a lo interno del marxismo crítico (especialmente el latinoamericano) y las apuestas allí contenidas por reafirmar la construcción de otro mundo posible, puede encontrarse en la teoría del fetichismo. Para nombrar algunos ejemplos, Miguel Ángel Contreras (2018) y José Guadalupe Gandarilla (2018) recuperan la problematización de la cosificación de las subjetividades y el ocultamiento de las relaciones de poder dentro de la modernidad capitalista desde una lectura actualizada del fetichismo como horizonte crítico del capitalismo histórico y la modernidad, horizonte desde el cual se pueden

Primero, debo señalar que si bien Marx incluye la reflexión sobre el fetichismo al final del capítulo I sobre «La mercancía», se debe a una razón metodológica fundamental: debido a que la mercancía es la célula del capitalismo, es la forma «más general y la menos evolucionada de la producción burguesa» (Marx, 2012, p. 101), el fetichismo debería ser mostrado en esta misma célula, la relación fetichista celular, simple, general, puesto que ella permite revelar con mayor sencillez este carácter fetichista. Segundo, si lo anterior es así, el problema del fetichismo no se ubica solamente en la relación mercantil simple o en la mercancía como célula de la formación capitalista, sino que atraviesa toda esta formación con diversas determinaciones formales y materiales adquiriendo expresiones más concretas y propias de esta formación social. No se trata solamente de que el fetichismo constituya la base de la teoría del valor de Marx o que esté presente en toda su obra en tanto teoría del poder (tal y como ha mostrado certera y suficientemente Néstor Kohan, 2011²⁶), sino que el mismo

construir nuevas relaciones comunitarias de poder que vayan más allá de la modernidad colonial. Renán Vega Cantor (2018) actualiza el debate sobre la forma mercantil y su condición fetichista inherente como célula desde la cual comprender el carácter destructivo del capital. Jorge Veraza (2018) propone una continuación del proceso de subordinación real de la subjetividad social como subordinación del consumo que, a través del fetichismo cósmico de la mercancía, destruye la propia corporalidad social. Franz Hinkelammert (2018) y Juan José Bautista (2015, pp. 173-202) desarrollan la teoría del fetichismo como crítica del mito fundante de la modernidad capitalista, que permite develar su constitutiva irracionalidad. El texto ya citado de Néstor Kohan (2011) desarrolla la teoría del fetichismo como teoría que permite explicar de manera crítica la forma que adquiere la dominación en la formación social capitalista. Enrique Dussel (2009, pp. 37-65) desarrolla la teoría del fetichismo desde una ontología política para proponer un doble concepto del poder: poder positivo u obedencial y poder negativo o fetichizado. Bolívar Echeverría (2011a, pp. 493-504) remarca la cientificidad propia que implica el punto de vista del fetichismo, buscando hacer una definición precisa de lo que debe entenderse por fetichismo mercantil en la modernidad capitalista signada por la producción mercantilizada de la riqueza social y la sociabilidad indirecta que ella implica.

- 26 Otra lectura valiosa y sugerente sobre el fetichismo como teoría del poder puede verse en Gandarilla, 2012, pp. 220-239.

fetichismo tiene, en tanto *forma* propia en que se desenvuelve la realidad moderno capitalista, diversas determinaciones inmanentes al desarrollo de dicha realidad. Esto se muestra si analizamos, por ejemplo, la fetichización de las diversas determinaciones que son puestas por el capital, tal como lo hace Enrique Dussel (2007b, pp. 104-115); pero en lo fundamental, para la lectura que quiero destacar, el problema del fetichismo, cuando se ubica dentro de la reflexión de la dialéctica como método, no radica únicamente en la *absolutización o autonomización de lo relativo* en tanto relación de subordinación ontológica (tal como señala el mismo Dussel, 2007b, pp. 90-93), sino principalmente en que *la determinación de la forma social que acontece bajo el dominio del capital supone que ella debe necesariamente reproducirse con este carácter fetichista*.

En el mencionado apartado sobre el fetichismo, Marx se pregunta: «¿De dónde brota, entonces, el carácter enigmático que distingue al producto del trabajo no bien asume la forma de mercancía?», a lo cual responde de manera inmediata: «Obviamente, de esa *forma* misma» (Marx, 2012, p. 88. Énfasis añadido). Precisamente, es lo obvio lo que se descuida: la *determinación necesaria de la forma fetichista*. Esta cuestión fue tempranamente advertida por Isaak Rubin, a su decir, «las relaciones sociales de producción *inevitablemente* adoptan la forma de cosas y no pueden ser expresadas sino mediante cosas» (Rubin, 1979, p. 54. Énfasis añadido). Así, para Marx (2012),

Lo misterioso de la forma mercantil consiste sencillamente, pues, en que la misma refleja ante los hombres el carácter social de su propio trabajo como caracteres objetivos inherentes a los productos del trabajo, como propiedades sociales naturales de dichas cosas, y, por ende, en que también refleja la relación social que media entre los productores y el trabajo global, como una

relación social entre los objetos, existente al margen de los productores. (p. 88)

Lo característico de esta forma de relación fetichista propia del capitalismo estaría, pues, en que aquello que se fetichiza son las propias relaciones entre sujetos —y relaciones de todo tipo en toda su extensión intersubjetiva— y que, para estos, en tanto reproductores de dichas relaciones, ellas se objetivizan necesariamente como «relaciones propias de cosas entre las personas y relaciones sociales entre las cosas» (Marx, 2012, p. 89). Y esta *imperiosa necesidad* impuesta por el mismo metabolismo del capital a los sujetos —para utilizar el concepto-metáfora de Mészáros— permanece inclusive más allá de su propio develamiento científico, pues incluso después de comprender que «el carácter específicamente social de los trabajos privados independientes consiste en su igualdad en cuanto trabajo humano y asume la forma del carácter de valor de los productos del trabajo», aquel hecho permanece «igualmente definitivo ante quienes están inmersos en las relaciones de la producción de mercancías» (Marx, 2012, p. 91). Es decir, la «apariencia objetiva de las determinaciones sociales del trabajo» (p. 100) es lo *determinante de la forma en que se relacionan los sujetos dentro de la formación moderna capitalista*. Marx no habla de sujetos, porque está analizando la forma fetichista de la mercancía, habla de productores, pero nosotros extendemos el argumento más allá de la producción mercantil al conjunto de relaciones que suponen la reproducción de la forma natural de vida intersubjetiva, y que dentro de la formación capitalista se encuentran subordinadas al metabolismo del capital. Pero no de cualquier forma, sino de una *forma determinada*, donde esta reproducción natural no puede sino realizarse mediada por la reproducción de «apariencia objetiva» que impone el capital, por una «objetividad

espectral». *La propia realidad queda invertida, y esto es el fetichismo propio de la modernidad capitalista.*

Si esto es así, desde la perspectiva que vengo argumentando, el problema central radicaría en comprender por qué sigue siendo así, aun a pesar de la facticidad con que la conciencia efectual devela el hecho. O en términos de la pregunta formulada al comienzo de esta reflexión, ¿por qué seguimos caminando hacia el abismo? Claro, desde un punto de vista político se podría argumentar que el fetichismo será derribado cuando las condiciones políticas construidas por las clases trabajadoras permitan llevar a cabo la revolución, por tanto, la transformación de la propia estructura capitalista de dominación. Pero esta aseveración deja intacta la antinomia planteada, a saber, que es el propio sujeto que en la facticidad de su praxis reproduce la realidad histórica y social como realidad de carácter intrínsecamente fetichista, aun en contra de su voluntad y por encima de su conciencia (de otro modo no sería reproducción fetichizada). La «realidad invertida» de la que habla tempranamente Marx en su «laboratorio teórico» se refiere, precisamente, a la inversión producto de la fetichización de las relaciones de objetivación de la vida (2009, p. 395, tomo II). Además, que desde un horizonte crítico de las condiciones de factibilidad trascendental de la modernidad, se puede comprender que no todo proyecto de transformación del capitalismo supone una superación de la modernidad, tal y como ocurrió en el proyecto socialista de la URSS (Hinkelammert, 1984, pp. 142-182; Bautista, 2015, pp. 210-217). Por tanto, *la problematización aludida apunta a la reflexión en torno a las condiciones de factibilidad de ir más allá del horizonte de acción impuesto por el principio de imposibilidad que funda la modernidad capitalista, en su facticidad histórica como realidad necesariamente fetichizada.*

En este último sentido, si bien la argumentación de Hinkelammert que Bautista sigue y continúa es acertada

y muestra la necesidad de ver la dialéctica marxista desde el mirador de la *Ciencia de la lógica* en su completitud²⁷, no estoy de acuerdo en que lo característico del paso crítico, a saber, desde la esencia hacia el concepto sea la posibilidad de hacer inteligible lo que quedaba oculto tras el *logos* del ser de la modernidad; lo cual, valga aclararlo, no niega la potencial alteridad transmoderna de aquello que estaba oculto y que es develado para su inteligibilidad (Bautista, 2015, pp. 229-231).

La reflexión de Juan José Bautista permite entender cómo esa realidad invertida creada por el capitalismo, ese «mundo de mercancías» del que hablaba Marx, presupone la reproducción de una subjetividad moderna. Es con la reproducción subjetiva de la objetividad espectral del capital donde se encuentra un nudo problemático fundamental. Para él, cuando Hinkelammert habla de las relaciones jurídicas como marco dentro del cual se ve e interpreta el mundo, lo que está es descubriendo el modelo ideal que está presupuesto en la modernidad y que es constitutivo de la subjetividad pertinente a dicha civilización. Por ello, la tarea filosófica urgente que propone busca crear las categorías pertinentes a otros modelos ideales alternativos, que permitan crear un marco de comprensión alternativo, transmoderno. La ausencia presente permite concebir ese otro modelo ideal o marco de comprensión.

Demos un paso más. La reproducción de la objetividad espectral no solo presupone la reproducción de una subjetividad pertinente, presupone que esta subjetividad ha sido despojada de sus condiciones de realización, por lo cual la reproducción de su propia factibilidad queda sujeta a la objetividad espectral que la somete. La dominación se vuelve

27 Lo cual no niega, dicho sea de paso, la validez de las lecturas críticas que se han hecho solo teniendo en cuenta la *doctrina de la esencia* y los aportes realizados desde allí.

objetivamente necesaria, porque ella dispone de las condiciones de realización de la propia subjetividad. Soñamos con un mundo más justo mientras caminamos hacia el vacío o, para volver a la metáfora de Benjamin, estamos como el ángel de la historia, vemos las ruinas a nuestros pies, pero no logramos detenernos para reconstruirlas, puesto que el huracán de la modernidad nos arroja a los cielos del futuro de manera indetenible. ¿Qué podemos hacer ante ello?

Para la propuesta que vengo desarrollando, el paso crítico se da cuando, una vez descubierto aquello que estaba oculto y que constituye la esencia, el fundamento último de la realidad construida por el capital, de la modernidad capitalista, observamos las civilizaciones y *sus formas* culturales subsumidas, dominadas y explotadas, cuando hacemos inteligible su presencia por ausencia —según la formulación de Hinkelammert— es que surge el problema de la crítica y el fetichismo: *seguimos subsumidos, dominados y explotados por la totalización del patrón de poder moderno capitalista, aun en contra de nuestra voluntad y nuestra conciencia*. Por tanto, si ha de tener un sentido crítico aquella sentencia de que «el problema de si puede atribuirse al pensamiento humano una verdad objetiva no es un problema teórico, sino un problema práctico» (II tesis sobre Feuerbach, Marx, 2011), es porque la problematización de la transformación de la realidad supone la construcción de espacios posibles de transformación/superación de las condiciones materiales de reproducción de la relación capital desde su núcleo fetichista, y no solo de su modelo ideal supuesto en la intencionalidad de los sujetos modernos (la propuesta de Juan José Bautista); es decir, lo constitutivo de dicha intencionalidad o lo característico del contenido de las relaciones sociales de reproducción capitalista es que *necesariamente* asumen una determinación formal fetichizada que se impone sobre y se desarrolla gracias a la

propia reproducción de la vida de comunidades y pueblos enteros. De acuerdo a Marx, la creación del capital como «cuerpo objetivo de actividad que acontece en oposición a la capacidad de trabajo inmediata» no es algo que está en la mente de las clases oprimidas, sino que «esta distorsión e inversión es real» (Marx, 2009, pp. 394-395, tomo II).

Lo que busca la dialéctica como método científico crítico es construir las categorías adecuadas que permitan abrir espacios de transformación de la realidad fetichizada, es decir, transformar dicha realidad más allá de su imposición *inmanente* a la reproducción objetiva de la vida de las comunidades y pueblos que la modernidad ha sojuzgado. En ello, realmente, se juega el método dialéctico y el pensamiento crítico que desde su seno se desarrolla como praxis transformadora.

II. La historicidad del patrón de poder de la modernidad: escisión de las condiciones de reproducción de la vida real

La violencia fundante del capital

Quiero comenzar con un comentario histórico y analítico al conocido capítulo XXIV del libro I de *El Capital*, titulado «La llamada acumulación originaria». Desde un comienzo, el texto nos plantea preguntas importantes y que podemos encarar de acuerdo a la perspectiva metodológica e histórica expuesta en los capítulos anteriores. En primer lugar, podemos preguntarnos: ¿existe *una* acumulación originaria? Entendiendo que estaríamos ante *una forma* específica en que se produjo esta acumulación. En segundo lugar, ¿qué debemos entender por acumulación originaria? Parafraseando a un conocido filósofo, ¿es claro y distinto el significado del concepto y la realidad a la cual nos remite? Hagamos otra: ¿por qué es importante atender a este proceso de acumulación originaria? Comenzaré por esto último.

La respuesta que pudiera dar a estas preguntas no es nueva, puesto que el problema de la acumulación originaria ha sido encarado por diversos autores desde perspectivas diversas. Lo que aquí resulta importante destacar es que no estamos hablando de un hecho en el sentido de la perspectiva empirista de la historia. En términos benjaminianos, la

facticidad a la que remite el concepto señala, más bien, el relampaguear de un acontecer que reclama su efectucción sobre el presente, en tanto que es *lo sido* del instante de peligro el que ha devenido en catástrofe. ¿Catástrofe para quién o para quiénes? Ese es el meollo del asunto.

Cuando nos acercamos al capítulo mencionado lo que salta a la vista, en primer lugar, es la diferencia de su elaboración, pues no estamos ante una construcción categorial como en el clásico capítulo I sobre la mercancía. En este caso, se hace énfasis en el proceso histórico (como, por ejemplo, en el capítulo XIII «Maquinaria y gran industria»). Pero lo más importante es que, si leemos con atención, Marx no muestra *una forma* única de cómo se produce la «acumulación originaria», al contrario, él acepta que nos hallamos ante un conflicto multidireccional o, a su decir, ante una «serie de procesos históricos» (Marx, 2012, p. 893). En especial, habla de aquellos procesos históricos que se encadenan para conformar la *escisión* entre las clases trabajadoras¹ y las condiciones de realización de su trabajo. O en otras palabras, la síntesis de los procesos históricos que devienen en la proletarización de las clases trabajadoras pertenecientes a las distintas formaciones sociales clasistas y no clasistas anteriores al capitalismo.

Con su acostumbrado estilo literario que aprovecha la potencia explicativa de metáforas teológicas, los procesos que Marx quiere discutir son concebidos como el pecado original de la teología. Este señalamiento no es casual. Antes bien,

1 Cuando hablo de clases trabajadoras me refiero al conjunto de las y los sujetos de una comunidad de vida que reproducen materialmente las condiciones de existencia de la misma. En este sentido, no solo refiero al trabajador asalariado en acto, sino también a aquellos procesos laborales que entran directa o indirectamente en la reproducción del metabolismo del que se trate. De allí el uso del plural para designar dicho abanico. Con todo, se comprende que la relación trabajo no es la única relación bajo la cual pueden aparecer las y los sujetos de la comunidad en cuanto totalidad. Sin embargo, es la relación que, por ahora, interesa destacar aquí, sin que ello implique reduccionismo alguno.

se trata de la construcción de un discurso teológico con sentido metafórico, donde la relación expresada por el pecado original, «Adán mordió la manzana, y con ello, el pecado se posesionó del género humano», condiciona *a priori* y de manera ahistórica la relación de dominación entre clases: «se nos explica su origen contándolo como una anécdota del pasado» (Marx, 2012, p. 891). Sin embargo, para Marx, el pecado original puede ser entendido como una relación histórica sin perder su sentido teológico, donde el pecado original será interpretado como la violencia del capital (los métodos de la acumulación originaria) sobre las clases trabajadoras y el orden social injusto que se crea a partir de ella (Dussel, 2007b, pp. 158-164).

Ello quiere decir que la acumulación originaria se encuentra como el *presupuesto* de la formación dominada por el capital; y no hablamos de cualquier presupuesto, sino de su mismo «punto de partida» (Marx, 2012, p. 891). La economía política que hace explícito los marcos categoriales para comprender la realidad del «mundo de las mercancías» no tematiza este origen. Lo supone, como un «pecado original», y de ahí deduce sus conceptos. Pero este ocultamiento no se realiza solo en el ámbito de la descripción de los hechos, sino fundamentalmente de los contenidos que se presuponen en la construcción de una realidad que se globalizaba como la única realidad posible. De allí también el sentido teológico del acontecer que Marx analiza en términos profanos por su facticidad histórica. En un texto añadido en la primera edición francesa de *El Capital*, con su acostumbrada ironía, comentará que:

L'histoire du péché théologal nous fait bien voir, il est vrai, comme quoi l'homme a été condamné par le Seigneur à gagner son pain à la sueur de son front; mais celle du péché économique comble une lacune regrettable en nous révélant comme quoi il

y a des hommes qui échappent à cette ordonnance du Seigneur.
(Marx, 1989, p. 632, MEGA II, 7)

La secularización del pecado original ocultará la facticidad de la cual parte el proceso de totalización del capital. Si recordamos el capítulo sobre «La transformación del dinero en capital», Marx ya había asentado que el presupuesto del modo de producción capitalista es la existencia en la esfera de la circulación de dos sujetos que se encuentran en condiciones iguales: el comprador de mercancías y el vendedor de esa mercancía particular que es la fuerza de trabajo. Ambos «se encuentran en el mercado y traban relaciones mutuas en calidad de poseedores de mercancías dotados de los mismos derechos, y que solo se distinguen por ser el uno vendedor y el otro comprador; ambos, pues, son personas jurídicamente iguales» (Marx, 2012, p. 204). Es decir, la existencia antagónica de dos bloques de clases sociales es el presupuesto necesario para que se pueda desarrollar la producción capitalista: el de las clases de poseedores de dinero, medios de producción y de subsistencia, y el de las clases poseedoras de capacidad de trabajo. Al hablar sobre la acumulación originaria como pecado original, Marx retoma esta misma idea:

El dinero y la mercancía no son capital desde un primer momento, como tampoco lo son los medios de producción y de subsistencia. Requieren ser transformados en capital. Pero esta transformación misma solo se puede operar bajo determinadas circunstancias coincidentes: es necesario que se enfrenten y entren en contacto dos clases muy diferentes de poseedores de mercancías; a un lado los propietarios del dinero, de medios de producción y de subsistencia [...], al otro lado, trabajadores libres, vendedores de la fuerza de trabajo propia y, por tanto, vendedores de trabajo. (Marx, 2012, p. 892)

Sin embargo, Marx agrega en esta ocasión algo que no es visible en la circulación, pero tampoco en la misma producción cuando se observa ya consolidada en un país capitalista como Inglaterra, de la cual él se ocupa con mayor detalle. Me refiero a un elemento histórico que, por ser tal, es también político. Se trata de un hecho encubierto por el mito de la economía política sobre el origen de la riqueza.

El mito de la economía política sobre el pecado original es conocido incluso en la actualidad, pues aún se le escucha repetir como verdad inconmensurable de voz de las mismas clases subalternas:

En tiempos muy remotos había, por un lado, una élite diligente, y por el otro, una pandilla de vagos y holgazanes. Ocurrió así que los primeros acumularon riquezas y los últimos terminaron por no tener nada que vender excepto su pellejo. Y de este pecado original arranca la pobreza de la gran masa —que aún hoy, pese a todo su trabajo, no tiene nada que vender salvo sus propias personas— y la riqueza de unos pocos, que crece continuamente aunque sus poseedores hayan dejado de trabajar hace bastante tiempo. (Marx, 2012, pp. 891-892)

En verdad, como sabemos, la historia real está bastante alejada del mito idílico, pues «los métodos de la acumulación originaria son cualquier cosa menos idílicos» (Marx, 2012, p. 892). ¿Qué es lo que realmente actúa en ella? «En la historia real el gran papel lo desempeñan, como es sabido, la conquista, el sojuzgamiento, el homicidio motivado por el robo: en una palabra, la violencia» (p. 892). Es mediante la violencia que ejerce el capital como relación que busca ser dominante en el metabolismo social (porque aún no ha llegado a serlo), que este logra crear los presupuestos necesarios de su existencia, a saber, la existencia de una gran masa de

subjetividades despojadas de todas sus condiciones objetivas y subjetivas de reproducción material.

Nos hallamos, por consiguiente, con un hecho originario: *la formación capitalista necesita de la violencia como mediación para escindir al trabajo vivo de sus condiciones de producción y reproducción*. Por consiguiente, el ejercicio del *poder* como violencia está en el origen de la formación capitalista: es el proceso histórico de separación del trabajo vivo de sus condiciones objetivas de producción y reproducción. La categoría estricta con la que se designa dicho proceso es la proletarización.

La naturaleza —comenta Marx— no produce por una parte poseedores de dinero o de mercancías y por otra personas que simplemente poseen sus propias fuerzas de trabajo. Esta relación en modo alguno pertenece al ámbito de la historia natural, ni tampoco es una relación social común a todos los períodos históricos. Es en sí misma, ostensiblemente, el resultado de un desarrollo histórico precedente, el producto de numerosos tras-tocamientos económicos, de la decadencia experimentada por toda una serie de formaciones más antiguas de la producción social (Marx, 2012, p. 206).

Este resultado histórico no es más que la síntesis de los distintos procesos que confluyen en la acumulación originaria. Ella no es, «por consiguiente, más que el proceso de escisión entre productor y medios de producción» (Marx, 2012, p. 893). Es en este sentido que se puede entender que el ejercicio del poder como violencia sea una «potencia económica» (p. 940), pues es ella la que permite crear las condiciones sobre las cuales se va a desarrollar la relación del capital hasta convertirse en una totalidad mundializada. «Las condiciones y supuestos del origen, de la génesis del capital, suponen precisamente que el capital aún no es, sino que

ya solo llega a ser ...» (Marx, 2009a, pp. 420-421, tomo 1), y que llega a ser porque parte de aquella violencia originaria que escinde a productores de sus condiciones de producción, es decir, que crea las condiciones del devenir del capital. Precisamente, una vez que surge y comienza a desarrollarse el capital, «su proceso consiste en someter toda la producción y en desarrollar y extender por todas partes la separación entre trabajo y propiedad, entre el trabajo y las condiciones objetivas del trabajo» (p. 475).

Esta escisión no tiene solamente una implicación cuantitativa para el modo de producción, a saber, la creación de la masa de trabajadores libres que necesita el capitalismo: una cantidad de mano de obra determinada. La implicación cualitativa más honda es la desarticulación del metabolismo social de la formación sobre la que se expande el capital, cuyo producto inmediato es la creación de aquella masa desposeída de sus medios objetivos y subjetivos de reproducción. En lo seguido, sobre esta nueva cualidad alcanzada por la expropiación masiva de las clases trabajadoras, el capital deberá crear la medida adecuada: cantidad de capital constante expresado en su organicidad para poder subordinar la capacidad de trabajo que ahora se encuentra despojada de todo medio objetivo y subjetivo para realizarse. *El consiguiente proceso de subordinación a dicha medida será posible porque aquella expropiación es a la vez separación del valor de uso y el valor*, que ahora serán contrapuestos de manera antagónica en el metabolismo conformado. Precisamente, para que las clases trabajadoras entreguen al capital su capacidad de trabajo, que «existente en su propia corporalidad», es necesario que «las condiciones sociales de su trabajo existan, pues, como propiedad ajena» (Marx, 2009a, p. 2016, tomo 3). Así, esta separación permite que el valor se vuelva autónomo contraponiéndose al valor de uso; en primera instancia, las formas de aparición del trabajo objetivado

(valor en sí) al trabajo vivo del obrero (valor de uso); aquel como algo ajeno que domina el proceso, este como algo subordinado que solo puede realizarse bajo dicha subordinación.

El capital, como sistema de control metabólico social, pudo surgir y triunfar sobre sus antecesores históricos porque abandonó toda clase de consideración de las necesidades humanas ligadas a las limitaciones de los valores de uso, que no son cuantificables, y les impuso a estos últimos [...] los imperativos fetichistas del valor de cambio, cuantificable y en expansión constante. (Mészáros, 2009, p. 64)

En este sentido, resulta comprensible que «el capital, entendido como relación social y como proyección espacio-territorial de alcances mundiales, se despliega no solo como mando político, sino como regulador metabólico social del proceso de reproducción material» (Gandarilla, 2003, p. 72). Para lograr la subordinación del metabolismo social al comando del capital, este último determina su realización *sobre* el proceso de reproducción social preexistente. De allí la necesidad que tiene el sistema de ejercer la violencia sobre las clases trabajadoras del metabolismo anterior para poder separarlas de las condiciones que hacen posible dicho metabolismo y entregarlas al capital despojadas de sus condiciones materiales de reproducción. Solo así el capital podrá expandirse adecuando las condiciones de su realización, ya no como supuestos, sino también como consecuencia de su misma reproducción: *el capital no solo expropia, sino que mantiene en el tiempo dicha expropiación para su explotación mediante la dominación*. De acuerdo a ello, se va estableciendo la circularidad material de reproducción metabólica del capital que se conformará como sistema orgánico, como totalidad que busca cerrarse en sí misma (totalizada y totalitaria).

Lo que habría que revisar, entonces, son las características que adquiere aquella violencia originaria en la multidireccionalidad expansiva de la relación capital sobre las distintas formaciones sociales que va subordinando a su propio metabolismo. El ascenso multilíneal de la escisión hace específica la singularidad histórica de cada formación social en su subordinación real al metabolismo expansivo del capital devenido mundial. Porque el desarrollo del capital como totalidad «consiste precisamente en que se subordina a todos los elementos de la sociedad [...]. De esta manera llega a ser históricamente una totalidad» (Marx, 2009a, p. 220, tomo 1). Lo que interesa analizar, por ahora, es el ejercicio del poder como violencia que está en la base de dicha expansión/totalización histórica, mediante la cual se van creando las condiciones de reproducción del capital.

Expropiación de la tierra como fundamento de la violencia

En cuanto potencia económica que separa a los productores de sus condiciones de producción y reproducción, la violencia es «la partera de toda sociedad vieja preñada de una nueva» (Marx, 2012, p. 940). Por su parte, la «expropiación que despoja la tierra al trabajador constituye el fundamento de todo el proceso», y dicha expropiación «adapta diversas tonalidades en distintos países y recorre en una sucesión diferente las diversas fases» (p. 895). ¿Por qué la expropiación de la tierra al trabajo es el fundamento del proceso? ¿De qué fundamento habla Marx aquí?

Si la tierra, entendida como relación social y no solo como recurso, es la madre de toda la riqueza social, por cuanto ofrece la condición natural de todo metabolismo social, no es de extrañar que su expropiación —y consiguiente

mercantilización— sea el punto de partida de la violencia originaria del capital. Y si, por su parte, el trabajo es el padre de dicha riqueza, en la medida en que es la actividad que media la reproducción del metabolismo social, este debe encontrarse de manera «libre» en la circulación para poder ser adquirido en función de la valorización del capital (compra-venta de la mercancía fuerza de trabajo). Por consiguiente, se entiende que en su origen el capitalismo esté fundado en la expropiación masiva de la población campesina: separación del trabajo vivo rural —como sea que este se halle— de su base material históricamente conformada, con la consiguiente proletarianización de poblaciones enteras; y eso tanto en el centro del sistema como en su semiperiferia y periferia colonial.

Ahora, esta expropiación no es solo expropiación de la tierra poseída por campesinos individuales, aunque la incluya, sino fundamentalmente un proceso de escisión de aquellas condiciones objetivas que permitían la producción y reproducción de la vida de las clases trabajadoras, condiciones que, poseídas en común, tenían un eje articulador material en torno a la tierra. En realidad, *el patrón del poder de la modernidad surge de esta acumulación originaria y de su diferencia en el despliegue de la violencia/subordinación ejercida en la jerarquización polarizante por el dominio geopolítico del metabolismo mundial*. Ello quiere decir que, tanto el desarrollo como las consecuencias de dicha expropiación, se expresan de manera diferenciada en el centro del sistema y en las distintas regiones colonizadas y subsumidas por el capital, de acuerdo a la extensión y ampliación de su medida. En ellas se irán generando procesos de desarticulación/subordinación de los distintos metabolismos sociales colonizados en la conformación de modos de vida subordinados de manera jerárquica al capital. Por su puesto, también se producirán resistencias y luchas políticas frente al capital y sus «personificaciones».

Para comprender este proceso, no podemos dejar de lado un elemento empírico importante para la época: «El mundo de 1789 era preponderantemente rural y no puede comprenderse si no nos damos cuenta exacta de este hecho» (Hobsbawm, 1980, p. 29). Los distintos sistemas agrarios² que sustentaban las sociedades del momento variaban de un lado del globo al otro, pero en términos poblacionales, y aún económicos, el campo (como espacio social) tenía un peso mucho mayor que las ciudades; aunque fuesen estas últimas el espacio de control político que se ejercía sobre las clases campesinas y artesanas (por ejemplo, entre las formaciones andinas o mesoamericanas, en la China o en la India). Ello con excepción de las formaciones cuyo modo de producción estaba fundado en un mercantilismo comercial, como es el caso de las sociedades árabes del oriente (Mashreq) y del occidente (Maghreb). Sin embargo, en estas últimas, el proceso de subsunción a la relación capital deberá igualmente trastocar el metabolismo desarrollado para el momento; y, en particular, ellas decaerán al decaer también las grandes civilizaciones agrarias de las cuales dependía su comercio de larga distancia (Amin, 1978, pp. 32-43).

Con respecto a Europa, Hobsbawm (1980) comenta que:

De hecho, fuera de algunas florecientes zonas industriales o comerciales, difícilmente encontraríamos un gran país europeo en el que por lo menos cuatro de cada cinco de sus habitantes no fueran campesinos. Hasta en la propia Inglaterra, la población urbana solo superó por primera vez a la rural en 1851. (pp. 29-30)

- 2 El concepto de sistema agrario es tomado de la obra de Mario Sanoja (1997, pp. 20-23), para quien un sistema agrario supone un conjunto de relaciones finitas entre una base ecológica, conocimientos tecnológicos, relaciones económicas y sociales que tienen como finalidad la producción de la energía requerida por el grupo social para superar la dependencia de los procesos de ampliación natural de la biota.

El proceso de expropiación de la población campesina es, entonces, el punto de partida para comprender el despliegue del patrón de poder de la relación capital sobre el metabolismo mundial. Es allí donde se van creando las condiciones que luego serán reproducidas como momentos mismos del metabolismo del capital. Apuntemos, además, que expropiación material de la tierra (como espacio social base de un determinado tipo de metabolismo) se traduce como escisión del valor de uso de la tierra de su valor, por consiguiente, su posibilidad de ser cuantificada y vendida de manera *formal* sin importar su *contenido* (de sus relaciones materiales reales). En términos materiales ello significará una pérdida de *poder* por parte de las clases trabajadoras. Por su parte, proletarianización de la masa de trabajadores y trabajadoras se traduce como escisión del valor de uso de la fuerza viva de trabajo del valor de la misma: el tiempo en que pone en movimiento como capacidad de trabajo en abstracto, por tanto, su posibilidad de ser comprada en condiciones jurídicas formales; ello necesariamente incluyó, la escisión de las condiciones subjetivas de reproducción inmediata, a saber, un disciplinamiento de las capacidades reproductivas controladas por los colectivos femeninos. Revisemos algunos detalles históricos de este complejo proceso.

Expropiación rural en el centro del sistema: coerción y disciplinamiento

Si seguimos a Marx para el estudio de la expropiación de la población rural en Inglaterra, encontramos uno de los ejemplos clásicos para el centro del sistema capitalista. Desde el comienzo se trata del proceso histórico de desarrollo de los distintos momentos en que «se separa súbita y violentamente

a grandes masas humanas de sus medios de subsistencia y de producción y se las arroja, en calidad de proletarios totalmente libres, al mercado de trabajo» (Marx, 2012, p. 895). Estamos ante un proceso histórico de largo aliento o, si se quiere utilizar una categoría más acorde, ante un proceso de *larga duración* (Braudel, 1970). Marx sintetiza varios —aunque no todos— de sus hitos en el capítulo ya citado sobre la acumulación originaria.

De acuerdo a la reconstrucción histórica que realiza Marx, durante el siglo XIV en Inglaterra ya había desaparecido la relación de servidumbre de la gleba, y la mayoría de la población campesina se encontraba en una relación de propiedad privada individual con la tierra; además, ligado a su producción agraria encontramos la producción manufacturera accesoria que brindaba los distintos valores de uso necesarios para la vida: vestimenta, instrumentos de trabajo, etcétera. Precisamente, durante el «último tercio del siglo XV y los primeros decenios del siglo XVI» se inició el «preludio» de aquella separación violenta: «una masa de proletarios libres como el aire fue arrojada al mercado de trabajo por la disolución de las mesnadas feudales» (Marx, 2012, pp. 897-898). ¿Qué sucedió? Una contraofensiva de las clases hegemónicas que conformaron un bloque de poder para expropiar, dominar y explotar a las clases trabajadoras. *Expropiación* de las condiciones objetivas de producción para poder expandir las bases reales de la naciente economía capitalista; *dominación* de las condiciones subjetivas de producción para subordinar a las clases trabajadoras de manera disciplinaria al mando del capital; y *explotación* de la fuerza de trabajo para apropiarse de la fuente generadora de riqueza.

Uno de los factores decisivos estuvo en la confrontación con la clase de terratenientes que transformaba las tierras de labor en tierras para el ganado ovino, lo que le permitía

enlazar con la pujante industria lanera flamenca, que le proporcionaba buenas ganancias. Luego, durante el siglo XVI, con la *Reforma* y la expoliación de los bienes eclesiásticos, «el proceso de expropiación violenta de las masas populares recibió un nuevo y terrible impulso» (Marx, 2012, p. 901). Un historiador contemporáneo, Renán Vega Cantor, explica que dicho proceso de expropiación de la tierra se basó en tres modalidades básicas: «expulsión directa de los campesinos, aumento de las rentas privadas o estatales para obligarlos a irse y venta de las tierras»; las tres modalidades se realizaban contra la misma voluntad de individuos aislados, pero sobre todo contra la voluntad de comunidades enteras para así debilitar su capacidad de resistencia. Además, «las tres se apoyaron en la guerra y en la reforma religiosa» (Vega Cantor, 2013, p. 35). De suerte que, comenta Marx,

Hacia 1750, aproximadamente, la *yeomanry* [campesinos independientes] había desaparecido, y en los últimos decenios del siglo XVIII ya se habían borrado las últimas huellas de propiedad comunal de los campesinos. [...] De lo que nos ocupamos es de los medios violentos empleados por la misma [la revolución agrícola]. (Marx, 2012, pp. 903-904)

Según argumenta el historiador Erick Hobsbawm (1980), para 1760, en Inglaterra, con la aplicación de la política de cercado se convirtieron seis millones de hectáreas de tierras comunales en arrendamientos privados (p. 273). En este sentido, explica la filósofa Silvia Federici (2010),

La privatización de la tierra y la comercialización de la agricultura no acrecentaron la cantidad de alimentos disponibles para la gente común, aunque aumentara la disponibilidad de comida para el mercado y la exportación. Para los trabajadores eso fue el

inicio de dos siglos de hambre [...]. Tampoco la introducción de nuevas técnicas agrícolas en Inglaterra compensó esta pérdida. Por el contrario, el desarrollo del capitalismo agrario «funcionó en perfecta armonía» con el empobrecimiento de la población rural. (p. 105)

Es en este período en el cual, a parte de las acciones privadas de los arrendatarios, «la ley misma se convierte ahora en vehículo del robo perpetrado contra las tierras del pueblo» (Marx, 2012, p. 906). Por tanto, la expresión de la legalidad y la forma Estado también se estaban transformando de acuerdo a las necesidades que imponía la acumulación de capital. Finalmente, tenemos que «el último gran proceso de expropiación que privó de la tierra al campesino fue el llamado *clearing of estates* (despejamiento de las fincas, que consistió en realidad en barrer de ellas a los hombres)» (p. 911). Ya en el siglo XVI,

«cercamiento» era un término técnico que indicaba el conjunto de estrategias que usaban los lores y los campesinos ricos ingleses para eliminar la propiedad comunal de la tierra y expandir sus propiedades. Se refiere, sobre todo, a la eliminación del sistema de campo abierto, un acuerdo por el cual los aldeanos poseían parcelas de tierra no colindantes en un campo sin cercas. (Federici, 2010, p. 102)

Nos hallamos, entonces, con más de tres siglos de *violencia*, en principio individual, pero luego como bloque de clases dominantes apoyados por el Estado contra la población campesina ligada a la tierra por distintas relaciones históricas.

La expoliación de los bienes eclesiásticos, la enajenación fraudulenta de las tierras fiscales, el robo de la propiedad comunal, la

transformación usurpatoria, practicada con el terrorismo más despiadado, de la propiedad feudal y clánica en propiedad privada moderna, fueron otros tantos métodos idílicos de la acumulación originaria. (Marx, 2012, pp. 917-918)

A los datos señalados por Marx habría que añadir la gran caza de brujas de los siglos XVI-XVII, un entramado de violencia contra la corporalidad femenina que terminó por doblegar la capacidad de resistencia de los colectivos femeninos y con ello completar la destrucción de las comunidades campesinas —y otras clases trabajadoras— violentadas durante siglos. Ello significó la destrucción del poder de las mujeres sobre los ciclos reproductivos individuales y comunitarios para poder controlar la reproducción de la mano de obra, liberada ahora también de sus condiciones inmediatas de reproducción, a la vez que se impusieron jerarquías a lo interno de las clases populares a partir de la construcción y dominación del género femenino, ubicándolo en un lugar específico dentro del metabolismo capitalista (Federici, 2010). No es menor, entonces, el papel jugado por la violencia como potencia económica. Así, los distintos métodos utilizados «conquistaron el campo para la agricultura capitalista, incorporaron el suelo al capital y crearon para la industria urbana la necesidad de oferta de un proletariado enteramente libre» (Marx, 2012, p. 918), a la vez que se confina el trabajo reproductivo al hogar quedando bajo responsabilidad de los colectivos femeninos. Es decir, se logra mercantilizar la «madre de la riqueza» para su industrialización, además, se obtiene la mano de obra necesaria para poner en marcha la industria fabril y, por si fuera poco, los mismos trabajadores que antes satisfacían sus necesidades básicas por sí mismos (industria subsidiaria), de ahora en adelante, deben recurrir al mercado para hacerlo. Durante el proceso también se

logra el control de la reproducción de la mano de obra, que es escindida en sus condiciones subjetivas mediante el dominio de la corporalidad femenina. Con ello se desestructuran las relaciones sociales del metabolismo anterior para volcar el trabajo vivo dentro de la progresiva subordinación al metabolismo del capital, que se iba así conformando según la medida geopolítica adecuada en el espacio nacional inglés (que es el que aquí describimos).

La violencia ejercida resultó ser una *expropiación total*, con lo cual se afectaba la misma objetivación de la vida social y cultural de hombres y mujeres, comunidades enteras, basadas en el metabolismo de la formación económica anterior. Así lo explica el historiador Renán Vega Cantor (2013):

A la par que se expropiaba a los campesinos y artesanos de sus condiciones de producción, el naciente capitalismo reprimía cualquier expresión de la cultura popular, con lo cual se buscaba reforzar el disciplinamiento laboral, completándolo con el disciplinamiento social. Se persiguieron las formas de sociabilidad y sexualidad colectivas, en las que se incluían juegos, danzas, deportes, espectáculos populares, funerales, festivales, en pocas palabras, todo aquello que alguna vez había creado lazos de solidaridad y fraternidad entre la gente trabajadora, se buscaba descolectivizar la reproducción de la fuerza de trabajo e imponer un uso más productivo del tiempo libre desde el punto de vista del capital. Todo esto indicaba que el cercamiento de las tierras se complementaba con el cercamiento social, que arrasaba lo colectivo para imponer lo individual, y desplazaba a la gente de los espacios públicos a los privados. (p. 36)

Precisamente, del hecho de que el capital para convertirse en la totalidad históricamente dominante del metabolismo social deba someter a todas las dimensiones constitutivas

de la sociedad, se desprende que la totalidad de las relaciones sociales de objetivación de la vida tienen que ser subordinadas al capital; particularmente las comunidades serán expropiadas de su capacidad para controlar las mediaciones necesarias para la reproducción objetiva de la vida de la comunidad. Eso incluye la *forma de organizar los valores de uso*, lo cual permitirá someter dicha organización al control jerárquico del capital. De suerte que la cultura, esto es, las expresiones singulares de las relaciones sociales objetivadas de la formación subordinada, serán *mediadas por el valor*. Solo mediante este proceso se logran los mecanismos para el disciplinamiento social que acompaña al disciplinamiento laboral de las distintas subjetividades. De allí que Silvia Federici (2010) enfatice que, detrás de esta dinámica de violencia contra las formas comunitarias de sociabilidad y sexualidad, «lo que estaba en juego era la desocialización o descolectivización de la reproducción de la fuerza de trabajo, así como el intento de imponer un uso más productivo del tiempo libre» (p. 126).

En este sentido, la violencia no termina con aquel proceso de separación entre campesinos y tierra. Es decir, simultánea a la escisión es necesario someter a dicha población y su capacidad de trabajo a la disciplina del trabajo asalariado y las necesidades sociales que va imponiendo el desarrollo fabril; quien no lo haga deberá pagar las consecuencias: por un lado, surgen progresivamente las leyes contra la vagancia que buscan disciplinar a la masa de campesinos expropiados que se resistía a ser incorporados al naciente modo de producción.

De esta suerte, la población rural, expropiada por la violencia, expulsada de sus tierras y reducida al vagabundaje, fue obligada a someterse, mediante una legislación terrorista y grotesca y a fuerza de latigazos, hierros candentes y tormentos, a la disciplina que requería el sistema del trabajo asalariado. (Marx, 2012, p. 922)

Por el otro lado, se estableció toda una política estatal de represión sobre los colectivos femeninos «claramente orientada a quebrantar el control que habían ejercido sobre sus cuerpos y su reproducción» (Federici, 2010, p. 135); con lo cual se comenzaron a sancionar y criminalizar las formas de control de la natalidad que históricamente habían estado en manos de las mujeres, así como de la sexualidad no-procreativa, se establecieron formas de vigilancia y espionaje para evitar la interrupción de embarazos, se dislocó el papel comunal de la partera y se comenzó a controlar el proceso de procreación desde la figura del médico masculino. En otras palabras, «la procreación fue directamente puesta al servicio de la acumulación capitalista» (Federici, 2010, p. 139).

Ya en sus tempranas investigaciones sobre la sexualidad, Michael Foucault (1976) había encontrado que, precisamente, «l'homme moderne est un animal dans la politique duquel sa vie d'être vivant est en question» (p. 188). De allí su insistencia en que «les disciplines du corps et les régulations de la population constituent les deux pôles autour desquels s'est déployée l'organisation du pouvoir sur la vie» (p. 183).

Ce bio-pouvoir a été, à n'en pas douter, un élément indispensable au développement du capitalisme; celui-ci n'a pu être assuré qu'au prix de l'insertion contrôlée des corps dans l'appareil de production et moyennant un ajustement des phénomènes de population aux processus économiques. [...] si le développement des grands appareils d'État, como institutions de pouvoir, a assuré le maintien des rapports de production, les rudiments d'anatomie – et de bio-politique, inventés au XVIII siècle comme techniques de pouvoir présentes à tous les niveaux du corps social et utilisées par des institutions très diverses [...] ont agi au niveau des processus économiques, de leur déroulement, des forces qui y sont à l'œuvre et les soutiennent. (Foucault, 1976, p. 185)

Con el control biopolítico de la población y las corporalidades se logra, al origen, la subjetivación inicial de la relación capital en la corporalidad de las y los sujetos de las comunidades expropiadas, así como el disciplinamiento de la misma comunidad reconstruida como población a gobernar. Precisamente, si Foucault (2006; 2007) encuentra en sus investigaciones que es el surgimiento de la población como sujeto-objeto lo que permite abrir toda una serie de saberes posibles, donde ella se constituye como el correlato necesario de las tecnologías modernas de poder y, por tanto, del «arte de gobernar», este surgimiento solo fue posible por la violencia originaria que escindió a las distintas comunidades de sus condiciones objetivas de reproducción. Es esta escisión, donde se pierden las condiciones para la reproducción de la vida, lo que permite que ella (la vida) se vuelva un objeto de las tecnologías de poder modernas.

El disciplinamiento de la vida, del trabajo vivo, de las comunidades, pues, como quebrantamiento de la voluntad de las y los sujetos, así como subjetivación en sus conciencias de la relación capital, se logra en este primer momento a través del ejercicio de la violencia directa sobre la corporalidad de las clases que han sido expropiadas de sus condiciones materiales de producción y reproducción. Aquí, aún no se les impone una *forma* de reproducir y desarrollar la vida, sino que se les coarta las condiciones —objetivas y subjetivas— bajo las cuales lo hacían en el marco de la formación anterior, para obligarlos por la violencia a entregarse a los procesos de trabajo requeridos por el capital. Esto incluye a las expresiones culturales, por cuanto ellas deben ser desestructuradas, en tanto forma de organizar los valores de uso, para poder subordinarlas a la *forma valor*, la cual, con la imposición del mando del capital en el metabolismo social, se transforma en la *forma mediadora* de las relaciones sociales. De igual ma-

nera, incluyó a las formas colectivas y femeninas de control de los ciclos y procesos reproductivos biológicos, por cuanto el control de los mismos significó el origen del control biopolítico sobre la población trabajadora.

Subordinación formal del trabajo

Una vez sometida partes crecientes de la masa a la nueva disciplina laboral, el ejercicio del poder ya no se expresa solo como la violencia despiadada contra una clase que debe ser despojada de todas las condiciones de producción y reproducción de su vida (comenzando por la tierra, pasando por las expresiones culturales y llegando hasta la corporalidad reproductora femenina); es ahora también violencia contra los y las trabajadoras libres que deben entregarse en masa a un patrón que le proveerá los medios de subsistencia necesarios en forma de valores de cambio (salarios); con ello se inunda el mundo de vida de mercancías: el horizonte de la totalidad concreta queda subordinado a la mediación de mercancías. Esta dominación del trabajo vivo con base a la utilización de distintas formas de coerción (muchas de las cuales alcanzan el estatuto de leyes, otras de prácticas abiertas ilegales pero permitidas para las clases dominantes), pero que obliga en principio por el despojo acometido, es lo que denomina Marx *subordinación formal* del trabajo.

Se trata, en su núcleo fundamental, de subordinar las relaciones de los distintos procesos de trabajo tal y como el capital los encuentra allí, en las formaciones sociales anteriores, y que aún no ha sido completamente trastocada en formación histórica capitalista. Así lo explica Marx:

Cuando el campesino antaño independiente y que producía para sí

mismo se vuelve un jornalero que trabaja para un agricultor; cuando la estructuración jerárquica característica del modo de producción corporativo se eclipsa ante la simple antítesis de un capitalista que hace trabajar para sí a los artesanos convertidos en asalariados; cuando el esclavista de otrora emplea como asalariados a sus ex-esclavos, etc., tenemos que procesos de producción determinados socialmente de otro modo se han transformado en el proceso de producción del capital. (Marx, 2009b, p. 54)

En ese sentido queda claro que, durante el surgimiento del modo de producción capitalista, cuando aún no es la relación dominante, ni subordina *para sí* a otros modos de producción o modos de vida, «el capitalista tiene que tomar la fuerza de trabajo como la encuentra, preexistente, en el mercado, y por tanto también su trabajo, tal como se efectuaba en un período en el que aún no había capitalistas» (Marx, 2012, p. 225).

Esto significa que el consumo de la fuerza de trabajo que realiza el capitalista para la producción de plusvalía, cuando aún no está consolidada la formación histórica del capital, es impuesta por vía de la coerción directa; más específicamente, las clases trabajadoras aún no reproducen las condiciones de su propia dominación, sino que ellas deben ser coaccionadas a cumplir los procesos de trabajos que requiere el capital. El capital genera, entonces, «una relación de hegemonía y subordinación (que a su vez produce también sus propias expresiones políticas)» (Marx, 2009b, p. 62). ¿Qué caracteriza a esta relación de hegemonía y subordinación?

Lo primero que hay que destacar es que no se trata primariamente de una «relación política, fijada socialmente, de hegemonía y subordinación»; antes bien, se trata de una relación *mediada por el valor*. Es decir, solamente porque un bloque social es poseedor de «las condiciones de trabajo»,

tanto objetivas como subjetivas, es que puede hacer que otro bloque social caiga bajo su «dependencia económica» (Marx, 2009b, p. 61). La violencia (coerción extraeconómica) separa a los productores de sus condiciones de producción, luego, se ven obligados por las condiciones sociales de desposesión a depender de quienes ahora son propietarios de aquellas condiciones. La violencia extraeconómica tiene como resultado el establecimiento de una hegemonía económica en la que el capitalista «vigila y dirige» (p. 61). En segundo lugar, como relación inherente a lo anterior, es que en el ámbito de las condiciones de producción, los medios de producción y los medios de subsistencia se le enfrentan a las clases trabajadoras como capital, «como monopolizadas por el adquirente de su capacidad de trabajo», de allí que «cuanto más plenamente se le enfrentan esas condiciones de trabajo como propiedad ajena, tanto más plena y formalmente se establece la relación entre el capital y el trabajo asalariado, vale decir, la subsunción formal del trabajo en el capital...» (p. 61). A partir de dicha subordinación, el trabajo es llevado hasta los límites de intensidad y continuidad que permite el desarrollo de las fuerzas productivas formalmente subordinadas. Revisemos algunos hitos históricos para el centro del sistema.

Los artesanos en Inglaterra

La historia de la subordinación de la clase de los artesanos en Inglaterra es, precisamente, un capítulo importante —si bien no el único— en la historia de la subsunción formal del trabajo al capital; ella también es escisión del artesano de sus condiciones de trabajo, de su instrumento, del objeto y del producto del mismo. En efecto, la concentración de medios de producción que se va desarrollando en el despliegue del capital, y que van pasando de manos de la clase de los arte-

sanos a manos del capitalista en forma de *capital constante*, primero con la manufactura y luego con la gran industria, conlleva a que el artesano quede sometido al ejercicio de su oficio a lo interno del espacio dominado por el capitalista y, por consiguiente, este se convierta en un poder que debe supervisar al trabajo asalariado de manera continua para lograr apropiarse tanto de su resultado como de todo el proceso laboral (que incluye el conocimiento del oficio históricamente adquirido y transmitido en la formación del aprendiz). De allí que la manufactura se diferencia del taller solo en términos cuantitativos:

En lo que respecta al modo de producción mismo, por ejemplo, en sus comienzos, la manufactura apenas se distingue de la industria gremial del artesanado por el mayor número de obreros que utiliza simultáneamente el mismo capital. El taller del maestro artesano no ha hecho más que ampliarse. (Marx, 2012, p. 391)

No basta, entonces, con separar violentamente a los productores de sus condiciones de producción, se deben reunir la fuerza de trabajo lanzada al mercado bajo una misma unidad productiva, es decir, bajo un mismo capital para poder desarrollar las fuerzas productivas. El desarrollo de ellas depende, por consiguiente, de la reunión en un mismo espacio y bajo un mismo proceso indiviso de los distintos procesos de trabajo que el capital encuentra en la circulación, así como de los medios de producción para absorber la capacidad del trabajo vivo comprada.

Ya sabemos que con la expulsión de las clases campesinas de sus tierras y la expropiación de estas, aquellas son violentamente obligadas a venderse como asalariadas; y que son coaccionadas para aceptar la disciplina de dicho proceso productivo (destrucción de las relaciones anteriores y sub-

jetivación de las nuevas relaciones). Ahora, bajo un capital particular, este último asume una función «directiva, vigilante y mediadora» sobre las y los trabajadores; así, para ellos, las relaciones de sus distintos procesos laborales se les enfrenta como «autoridad del capitalista, como poder de una voluntad ajena que somete a su objetivo la actividad de ellos» (Marx, 2012, pp. 402-403). El capitalista (o personificación del capital), apoyado por las leyes, el Estado o distintas prácticas de coerción, cumple y vigila la subordinación formal de trabajo bajo el capital. La voluntad e intencionalidad de las clases trabajadoras quedan bajo el comando de los objetivos puestos por el capitalista que busca valorizar su capital, sin aún transformar de lleno los procesos productivos de la formación anterior. El poder queda fundado en la expropiación inicial y se desarrolla desde ella como subordinación formal del trabajo, tal como se muestra en este ejemplo de los procesos de trabajo artesanales.

La industria subsidiaria

Otro capítulo importante de la subordinación formal del trabajo al capital es la subordinación de la industria rural subsidiaria, o lo que Marx llama la separación entre manufactura y agricultura. En efecto, con la expropiación de la tierra de los campesinos, también son expropiados de los valores de uso anteriormente producidos por ellos: alimentos, vestimenta, etcétera, pero que ahora deben ser adquiridos como valores de cambio en el mercado interno. Igualmente, se expropia a muchos productores pequeños e independientes que producían de manera directa para consumidores locales del campo, así, «una gran parte de los artículos antes producidos en el campo mismo se convierten en artículos manufacturados» (Marx, 2012, p. 935). Aquí se crea una nueva clase de pequeños campesinos que ya no son propietarios de sus productos

artesanales —y en algunos casos ni de sus medios de producción—, sino que «cultivan el suelo como ocupación subsidiaria y practican como actividad principal el trabajo industrial para vender el producto a la manufactura, sea directamente o por medio del comerciante» (p. 936). Los distintos productores del campo de la industria subsidiaria, que se encontraba dispersa y sin conexión, son ahora conectados bajo un mismo capital, pero para trabajar en función del mercado que dicho capital genera. Aquí, la subordinación de los procesos de trabajo también se produce de manera formal, sin transformar completamente el proceso de trabajo característico, sino que se les subordina al capital constante, tal y como se halla en desarrollo en la formación anterior.

En términos históricos, la expropiación y consiguiente subordinación de las clases campesinas para el caso del centro del sistema que aquí describo —y lo mismo podría decirse de otras clases— es mucho más abigarrada y para nada lineal, tal y como lo ha señalado el filósofo Armando Bartra (2008, pp. 73-116). Pero la descripción realizada permite una ejemplificación del punto en cuestión: la subordinación formal aún no transforma por completo el metabolismo social, pero logra una dominación a partir del control progresivo de las condiciones de reproducción del metabolismo que están en proceso de subsumir.

Subordinación formal de la periferia

Ahora bien, si este es el proceso inicial —con algunos ejemplos— de subordinación formal del trabajo vivo en el centro del sistema y, en particular, en el país pionero de la Revolución Industrial, ¿qué sucede cuando volteamos la mirada hacia el proceso en el mundo colonial? Observemos cómo Marx (2012) introduce el tema:

El descubrimiento de las comarcas auríferas y argentíferas en América, el exterminio, esclavización y soterramiento en las minas de la población aborigen, la conquista y saqueo de las Indias Orientales, la transformación de África en un coto reservado para la caza comercial de pieles-negras, caracterizan los albores de la era de producción capitalista. Esos procesos idílicos constituyen factores fundamentales de la acumulación originaria. Pisándole los talones, hace su aparición la guerra comercial entre las naciones europeas, con la redondez de la tierra como escenario. Se inaugura con el alzamiento de los Países Bajos y su separación de España; adquiere proporciones ciclópeas en la guerra antijacobina llevada a cabo por Inglaterra y se prolonga todavía hoy en las guerras del opio contra China, etcétera. (p. 939)

La lista puede continuar. Todos los puntos enumerados por Marx son otras tantas maneras de ejercicio del poder como violencia, de manos de la naciente formación capitalista sobre otras formaciones singulares para lograr subordinarlas formalmente; en este caso, por los países occidentales pioneros en el desarrollo del capitalismo sobre las otras sociedades anteriores al capitalismo³. La dirección del ejercicio de la violencia empuja hacia la expropiación de las condiciones objetivas y subjetivas de producción y reproducción de las sociedades anteriores al capitalismo para poder dominar las mediaciones de objetivación de la vida de sus comunidades y explotar el trabajo vivo disponible en ellas. Este proceso de ejercicio de la violencia se hace visible empíricamente como proceso de formación del mercado a nivel mundial; y en lo profundo implica la imposición/extensión de la relación capital a nivel global. Por un lado, se despliega la subordinación de la totalidad de las

3 *Anteriores* significa *exteriores*, en sentido dusseliano, histórica y ontológicamente al capitalismo en su nacimiento como formación social que se convertirá, luego de un largo proceso, en formación de alcance mundial.

relaciones de la praxis social (la totalidad de la vida cotidiana) y de sus mismas condiciones de posibilidad (las condiciones para la reproducción y desarrollo de la vida real) bajo el control metabólico del capital, es decir, bajo el patrón de poder de la relación capital para su valorización permanente. Por el otro, se va completando progresivamente la expansión de la relación capital y sus condiciones de producción y reproducción a la totalidad del territorio mundial, es decir, a las distintas regiones geohistóricas desarrolladas y conectadas por formaciones concretas, quedando la humanidad toda bajo el dominio metabólico del capital (Gandarilla, 2003, pp. 71-89).

Recordemos que más arriba cité a Marx cuando explicaba que el proceso de expropiación de la tierra adquiere características distintivas según el país del que se trate. Precisamente, la lista que él menciona, y a la que aún podemos agregar ejemplos que la harían bastante larga, representan distintas formas y períodos de la expropiación planetaria que el capitalismo emprendió para lograr convertirse en —y sostenerse como— formación social mundial. ¿Qué es lo característico de dichos procesos? Que, al igual que en el mismo centro del sistema, «se fundan en parte sobre la violencia más brutal».

Pero —continúa Marx (2012)— todos ellos recurren al poder del Estado, a la violencia organizada y concentrada de la sociedad, para fomentar como en un invernadero el proceso de transformación del modo de producción feudal en modo de producción capitalista y para abreviar las transiciones. (p. 940)

De allí que en la fundación del espacio geopolítico, como acontecimiento moderno en que se producen los procesos concomitantes a la acumulación originaria, no encontremos la acción violenta de clases dominantes sobre las clases campesinas y artesanales, y luego sobre los trabajadores y las

trabajadoras expropiados. Sino que encontramos, en primera línea, el ejercicio de esa «violencia organizada y concentrada de la sociedad» que es el Estado⁴, sobre los países, territorios y sociedades convertidas en colonias bajo distintas modalidades de subordinación de sus formaciones sociales. De allí que exista un condicionamiento histórico dado por el desarrollo de las formaciones en el momento en que son dominadas: la determinación material del poder ejercido en el proceso de subordinación formal deberá irse adecuando a dicho desarrollo histórico⁵. No todas las distintas formaciones a nivel mundial serán homogéneamente subordinadas ni tendrán la misma capacidad de resistencia a dicha subordinación, lo cual marcará una diferenciación en la expansión/establecimiento del patrón de poder moderno del capital. De suerte que la estructuración del metabolismo mundial será un proceso multidimensional de organización jerárquica, en el cual la creación del espacio geopolítico será producida/subordinada por la relación capital, fundando una realidad material de complejidad creciente.

El capital, como explica Marx (2009a), «tiene la tendencia integradora de crear más puntos de intercambio [...] a propagar la producción basada sobre el capital, o el modo de producción a él correspondiente. La tendencia a crear el mercado mundial está dada directamente en la idea misma

4 No es casual que Marx hable de Estado, y no de un tipo de Estado en particular. La forma de Estado-nación, como «estructura de mando política del capital» que cohesiona su tendencia centrífuga, se irá imponiendo con base al ascenso histórico del sistema dentro de las mismas disputas mundiales, por tanto, manteniéndose siempre de manera problemática y contradictoria (Mészáros, 2009, p. 68).

5 Al respecto, se puede revisar la investigación coordinada por Carrera Damas (2008), donde se analiza la conformación de la formación social latinoamericana, de acuerdo a la implantación de la sociedad occidental en las distintas sociedades nucleares del continente, los tipos y formas que adquiere dicha implantación acorde a las formaciones que dichos núcleos representaban. La perspectiva desarrollada por Samir Amin (1978, pp. 11-52) permite comprender *en general* elementos fundamentales en el proceso de subordinación de la periferia al centro.

de capital» (p. 360, tomo 1). Mediante esta tendencia inmanente del capital, los procesos multidireccionales de subordinación formal de la periferia se conforman, en principio, como subordinación al mercado mundial.

Por lo pronto [el capital] someterá todo momento de la producción misma al intercambio y abolirá la producción de valores de uso directos, que no entran en el intercambio; es decir, pondrá la producción basada sobre el capital en lugar de los modos de producción anteriores [...]. El comercio ya no aparece aquí como función que posibilita a las producciones autónomas el intercambio de su excedente, sino como supuesto y momento esencialmente universales de la producción misma. (Marx, 2009a, p. 360, tomo 1)

La expansión del mercado mundial permite subordinar la diversidad del metabolismo de las distintas formaciones históricas porque somete por la fuerza —y de manera progresiva— a la totalidad de la producción de valores de uso de dichas formaciones. Al hacerlo, ellas no comercializarán el excedente de sus producciones, sino que el mismo proceso productivo del metabolismo anterior quedará determinado materialmente por el intercambio internacional impuesto por los Estados del centro. El mercado mundial se convierte en el supuesto de la producción de los valores de uso de las formaciones dominadas por el capital. Con ello se van desestructurando los metabolismos anteriores al capitalismo y se transforman formalmente las condiciones objetivas y subjetivas de reproducción del mismo, es decir, se van suprimiendo el complejo de relaciones involucradas en la producción de valores de uso para mediarlas a través del valor.

La sujeción de la hegemonía económica a nivel internacional se produce sobre el complejo de relaciones que

mantiene cohesionada a la formación dominada y que es, por tanto, la que puede permitir la subordinación de sus procesos de trabajo. Entonces la violencia organizada del Estado capitalista central (cualquiera que sea la forma específica) se dirige contra el complejo de relaciones políticas de las distintas formaciones periféricas, que son las que dan cohesión al metabolismo de la formación, y condensa objetivamente —mediante distintas instituciones— las relaciones de fuerza entre las distintas clases, tal y como se expresan particularmente en la sociedad concreta. Por tanto, la conquista política directa, militar en muchos casos, no buscaba otra cosa que «asegurar sobre la base de la continuidad la máxima explotación del trabajo factible en los países conquistados, e imponer así el modo de control metabólico social característico del capital de manera definitiva en el mundo entero» (Mészáros, 2009, p. 296). Acá se hace visible el bloque de poder que hegemoniza esta expansión planetaria desde su origen,

La burguesía ascendente europea⁶ se encuentra ante un horizonte completamente nuevo, que le significa la posibilidad de asimilar el hecho mundial y el despliegue de la modernidad capitalista, como esa capacidad de gestionar la centralidad del sistema y lograr la periferización de otras regiones del mundo. (Gandarilla, 2003, p. 214)

La expansión del mercado se observa como un proceso donde el capital va adecuando/transformando cualitativamente su medida geopolítica para poder subordinar distintas dimensiones de la praxis social, para el aprovechamiento en función de la valorización/acumulación de valor, lo que incluye

6 Claro, este bloque dominante no es homogéneo y se va transformando a sí mismo. Algo que no puedo desarrollar acá por razones de espacio y por no ser un objetivo de la investigación.

diferenciaciones en los propios regímenes de explotación de las comunidades expropiadas y dominadas de nivel mundial. Revisemos algunos ejemplos de este proceso multilineal.

América

La conquista y saqueo del continente americano constituyó un episodio histórico de dimensiones mundiales y, como he expuesto en el capítulo II, representa el despegue de la centralidad eurooccidental para la construcción del patrón de poder de la modernidad. Como argumenta la historiadora Iraida Vargas Arenas, «El oro, la plata y las piedras preciosas que los colonialistas extraían de las minas de Perú, Bolivia, Colombia y México y de las arenas del río Caroní, Bajo Orinoco, arribaban, vía España, a otros países europeos y asiáticos»; la entrada de esta enorme masa de plata y oro expandió el sistema mercantil europeo, permitiendo «la acumulación de capitales y valores que hizo posible el desarrollo del capitalismo industrial». Se comprende que «sin las riquezas robadas a los pueblos originarios de Nuestra América el capitalismo industrial europeo a duras penas habría remontado su fase mercantil en el siglo XVIII» (Vargas, 2014, p. 94).

El juicio de la historiadora no es menor si se tiene en cuenta que, en especial con el descubrimiento de las minas del Potosí (Bolivia) en 1545 y de Zacatecas (México) en 1546, fluyeron desde América hacia Europa treinta mil kilogramos de oro durante los primeros treinta años de conquista. Siglo y medio después, se habían transferido al continente europeo unas ciento ochenta y una toneladas de oro y otras dieciséis mil toneladas de plata (Vega Cantor, 2013, p. 68). A estas cifras habría que agregar el amplio comercio no oficial que potencias europeas, Inglaterra y Holanda principalmente, practicaban en los circuitos comerciales que se articularon en

torno a la explotación de las minas mencionadas, cuya transferencia de valores en plata y oro es imposible cuantificar con precisión, pero que pudo haber llegado al doble del comercio oficial registrado en el circuito Atlántico articulado desde Sevilla (Moutoukias, 1999).

Ahora, ¿cómo se obtuvo tal cantidad de metales preciosos? Por métodos aún más «idílicos» que los empleados en Inglaterra. Se trató, en suma, de un genocidio de aproximadamente 80-90 % de la población originaria, incluyendo el exterminio de culturas completas como el caso del Caribe insular. Aquí el despojo de la tierra estuvo acompañado de un amplio período de conquista, por lo que el proceso a través del cual los pueblos originarios fueron materialmente sometidos, estuvo acompañado a un mismo tiempo de la destrucción de buena parte de las relaciones implicadas en la objetivación de su vida en la formación anterior; por ejemplo, «les aniquilaron gran parte de sus saberes ancestrales y se apropiaron de otra parte de esos saberes, entre ellos, los relacionados con la alimentación» (Vega Cantor, 2013, p. 72). Como explica la historiadora arriba citada:

La expansión del mercantilismo fuera de Europa creó una situación inédita en la sociedad europea. Roma y Grecia ya habían penetrado regiones lejanas o «exóticas» como Egipto, Irán y la India. Pero estos pueblos no dejaron de ser lo que habían sido luego de las invasiones griegas o romanas. Caso diferente fueron las Galias (Francia), Germania o Brittany, que se transformaron en provincias culturales de Roma. Pero en Nuestra América, tanto los españoles como los portugueses y los ingleses, entre otros, simplemente trataron de hacer tabla rasa con los pueblos y las culturas originarias. Donde hubo urbanismo, lo destruyeron e impusieron el suyo; donde no lo hubo hicieron lo mismo; impusieron también su lengua, su religión, su cultura y sus

medios de narrar la historia a su conveniencia. (Vargas Arenas, 2014, p. 92)

Por otro lado, se debe precisar que buena parte del exterminio de la población originaria se hizo superexplotando su fuerza de trabajo para llevarla a límites insospechados: el límite fue la línea entre la vida y la muerte (ilustrativo del caso es el de la explotación de perlas en Cubagua, donde se diezmó a la población aborígen en la explotación, hasta su agotamiento, del recurso perlífero). Aquí la subordinación del trabajo vivo se muestra con toda claridad como un mecanismo posterior a la originaria coerción extraeconómica, que hace partícipe a toda una serie de formaciones colonizadas (junto a sus modos de producción y de trabajo), de la acumulación de capital en el centro del sistema mediante la dominación directa de poblaciones enteras. El caso de las minas de Potosí es paradigmático (Garavaglia y Marchena, 2005, pp. 427-444). Queda claro que el trabajo indígena sujeto a la colonización más brutal permitió la apropiación por parte de Europa de una amplia riqueza en materias primas, mercancías exóticas y metales preciosos que apalancaron el proceso de valorización mercantil en los orígenes del capitalismo.

África subsahariana

En el caso de la colonización de África estamos ante una *escisión* de mayores proporciones. Aquí el proceso no comenzó por escindir de sus condiciones objetivas y dominar al trabajo vivo de las comunidades originarias, sino que se produce la expropiación de la misma corporalidad humana de hombres y mujeres, de pueblos enteros, para entregarlos al trabajo esclavizado allende a sus tierras originarias. La objetivación de las relaciones históricas de la corporalidad de culturas enteras

fue aplastada con el proceso de esclavización y traslado hacia América. Como menciona el historiador Renán Vega Cantor, se trata de la «forma suprema de despojo» o «despojo absoluto», pues la esclavización sufrida por los pueblos del África subsahariana en manos europeas se tradujo en la «expropiación de los propios seres humanos, de su cuerpo, de su capacidad de trabajo, de su sexualidad y de todo su ser...» (Vega Cantor, 2013, p. 78).

La acumulación que se genera por la expropiación de la corporalidad adquiere matices impresionantes, porque el propio proceso de esclavización representaba en sí mismo un negocio de amplios beneficios mercantiles; un «negocio» que dura al menos desde 1502 hasta 1880. A ello hay que agregar el costo casi nulo de mantenimiento de dicha fuerza de trabajo, pues los «dueños» no siempre proporcionaban los medios de subsistencia a los y las esclavizadas, en muchos casos, ellos mismos debían proporcionárselos en condiciones (físicas, sanitarias, sustentables, etcétera) adversas desde todo punto de vista; cuando no, solo se les sustentaban con lo mínimo para continuar las largas y penosas jornadas de trabajo. El revés de dicho bajo costo era el acceso a una fuerza de trabajo superexplotada hasta los límites, muchas veces de muerte, con un amplio plusproducto agrícola comercializado en los circuitos del mercado mundial en formación, el cual apuntaló procesos de intercambio, modernización y acumulación para los países del centro.

Queda claro que dicho proceso solo pudo existir mediante la más cruel coerción extraeconómica, un terror generalizado que comenzaba con la aprehensión y separación de las personas de sus tierras originarias, de sus familias y comunidades, continuaba con la larga travesía oceánica, de la cual se calcula una mortandad del 30-40 % por viaje, se cerraba con el sometimiento en los grandes sistemas de plantaciones,

y se consolidaba con la dominación de todos los aspectos de la vida cotidiana (desde la sexualidad y la reproducción hasta las expresiones culturales de bailes, sincretismo, etcétera)⁷.

China e India

En el caso de la guerra comercial contra China e India, el ejercicio del poder concentrado en el Estado central adquiere tonalidades diferenciadas que se plasman en aquella guerra entre potencias europeas que menciona Marx y que se libró por el control de los mercados coloniales; esto incluye principalmente la subordinación de su fuerza de trabajo, su tierra (como espacio mercantilizado, incluyendo sus productos y productividad) y su capacidad de consumo. Con respecto a la India, Marx (2012) es bastante claro al señalar las implicaciones que tuvo el monopolio exclusivo que obtuvo la *Compañía Inglesa de las Indias Orientales* sobre el té, así como del circuito comercial con Europa y el resto de Asia. Por su parte, «los monopolios de la sal, el opio, del betel y de otras mercancías eran minas inagotables de riqueza. Los funcionarios mismos [de la compañía] fijaban los precios y expoliaban a su antojo al infeliz hindú». Aquí, como indica Marx, «la acumulación originaria se efectuaba sin necesidad de adelantar un chelín» (p. 941). La violencia concentrada en el Estado inglés, convertido en imperio, utilizaba la fuerza de sus cañoneras y su fuerza naval —la mayor del mundo de entonces— para hacerse con los circuitos comerciales y los monopolios que necesitaba para apuntalar su desarrollo industrial. Cuando no lo lograban, recurrían a métodos genocidas, como la hambruna provocada en la India entre 1769 y 1770. Dicho

7 Un valioso testimonio etnológico de la vida de los y las esclavizadas la tenemos en la obra de Barnett, 2012.

sea de paso que el ejército inglés en Asia fue sostenido por los propios contribuyentes indios, pues

En 1880 los contribuyentes indios costeaban el mantenimiento de 130 000 soldados indios y 66 000 británicos. [...] Este ejército fue decisivo no solo en la conquista y control de la India y para defender las fronteras occidentales frente a los avances rusos en Asia Central, sino también para salvaguardar los intereses británicos en todo el mundo. (Arrighi y Silver, 2001, p. 230)

La violencia ejercida por los países hegemónicos del capitalismo histórico durante el siglo XVII sobre las formaciones asiáticas se basó, principalmente, en la capacidad de aquellos para trastocar las formas de organización políticas propias de estos, y fundamentalmente penetrarlas para ejercer el control directo de su metabolismo económico. Esta capacidad se asentó en las ventajas militares que logró desarrollar Occidente en su expansión atlántica, lo cual le permitió penetrar *violentamente* la sociedad y el comercio de dichas formaciones. Es decir, la violencia militar posibilitó la penetración comercial. De otra manera: la guerra comercial contra las formaciones asiáticas hizo posible su subordinación formal a la medida geopolítica del capital europeo. En ese sentido, el dominio inglés en India se desarrolló bajo una serie continuada de guerras que fueron abonando el terreno para la desarticulación de su forma política y la subordinación de su forma económica a la medida geopolítica del capital inglés.

En relación a la misma India, la destrucción de su industria algodonera, para lograr introducir la producción algodonera industrializada en Inglaterra, fue otra arma de «guerra comercial» que abrió un mercado de millones de consumidores a la primera gran industria capitalista —en sentido

estricto—. Dicha industria combinó, a un mismo tiempo, la coerción interna del naciente proletariado inglés (incluyendo mujeres, niños y niñas asalariados en peores condiciones que los hombres), la subordinación de trabajo esclavizado (de las plantaciones del Sur de los Estados Unidos) y de colonización de un mercado para los productos (la India).

Las guerras del Opio emprendidas contra la, hasta entonces, autárquica y céntrica China, o el sistema de deudas públicas y sistema crediticio internacional que tanto daño hizo a los Estados-nación hispanoamericanos que recién se independizaban políticamente de España, son otras tantas formas que adquirió aquella guerra comercial emprendida por Europa en la *larga duración* de la acumulación originaria en el naciente sistema capitalista. En relación al tráfico del opio, indican Giovanni Arrighi, Iftikhar Ahmad y Mii-wen Shih:

A lo largo de la primera mitad del siglo XIX, el opio era, en palabras de Joseph Esherick, «el único medio de entrada viable en el mercado chino». Incluso en 1870 todavía representaba el 43 % de las importaciones chinas. Y pese a la sustitución de importaciones, entre 1870 y 1890 la importación de opio, oscilando en valor entre 8 y 12 millones de libras esterlinas anuales, siguió ocupando el puesto de cabeza entre las mercancías de importadas en China [...]. El significado principal del comercio del opio para Gran Bretaña, sin embargo, no era estrictamente comercial, sino que descansaba en el papel que las ventas de opio indio a China desempeñaban en la transferencia del tributo indio a Gran Bretaña. Como explicaba el director del departamento de estadística de la East India House: «India, al exportar opio, ayuda a bastecer de té a Inglaterra. China, al consumir opio, facilita las operaciones de transferencia de renta entre India e Inglaterra. Inglaterra, al consumir té contribuye a aumentar la demanda del opio indio». (Arrighi y Silver, 2001, p. 234)

¿Cuánto beneficio generó esta triangulación comercial impuesta a sangre y fuego?: «1,6 millones anuales de tael [37 gr de plata] en 1814-1824, 2,1 millones anuales en 1824-1837, y 5,6 millones en los dos años que precedieron la primera guerra del Opio» (Arrighi y Silver, 2001, p. 236).

Subordinación del trabajo como dominación: maquinaria, gran industria y tecnología

El ejercicio de aquella violencia como «potencia económica» por parte del capital (y las clases hegemónicas) no puede ser sostenida de manera permanente, aunque reaparezca bajo ciertas condiciones y necesidades, por lo que se puede rastrear incluso durante la época de consolidación de la modernidad capitalista. Es decir, a ella se le puede recurrir en cualquier momento, pero llegado un punto de consolidación del capitalismo en tanto sistema robusto (establecidos sus patrones de funcionamiento), este debe generar mecanismos de reproducción de sus condiciones sin necesidad de recurrir a aquella violencia más que eventualmente o cuando sea estrictamente necesario (para ello detentará el monopolio de dicha violencia). En dicho sentido, argumenta Marx (2012): «No basta con que las condiciones de trabajo se presenten en un polo como capital y en el otro como hombres que no tienen nada que vender, salvo su fuerza de trabajo. Tampoco basta con obligarlos a que se vendan voluntariamente» (p. 922). ¿Qué hace falta? Hace falta que este proceso se realice de manera permanente y como proceso cuyas leyes de funcionamiento pareciesen naturales. Es decir, el capital debe controlar la totalidad de las relaciones de la praxis social.

Porque el capital no es simplemente una entidad por separado. Debemos pensar en el capital como una manera históricamente

determinada de controlar la reproducción metabólica social. Es ese el significado fundamental del capital. Penetra en todas partes. (Mészáros, 2009, p. 76)

Reconocer que el capital llega a ser una forma histórica de controlar el metabolismo mundial, y una forma en que sus condiciones de existencia son puestas desde sí mismo, como su propio resultado, es reconocer que él penetra en todas las relaciones de objetivación de la vida para mediar entre ellas de acuerdo a la necesidad de crecimiento infinito y desenfrenado (realmente una producción destructiva). Para ello debe constituirse como un complejo de dominación sobre la totalidad del trabajo vivo mundial. El desarrollo de dicha dominación supone el paso hacia la subordinación real de las condiciones de reproducción de la vida y el establecimiento de un patrón de poder multidimensional —ya no solo multilineal— de complejidad creciente sobre las distintas georegiones y formaciones anteriores al capitalismo.

De la violencia a la dominación: la expansión de la relación capital

Recordemos cuando más arriba expuse que la condición necesaria para la existencia del capital es la polarización presentada en el mercado entre el bloque de las clases de los propietarios capitalistas y el bloque de las clases de los trabajadores y trabajadoras «libres»; y que esta polarización «presupone la escisión entre los trabajadores y la propiedad sobre las condiciones de realización del trabajo» (Marx, 2012, p. 893). Por consiguiente, podemos extraer la conclusión —junto con Marx— de que «el proceso que crea la relación capital» no es más que «proceso de escisión entre el obrero y la propiedad

de sus condiciones de trabajo» (p. 893). Estaríamos ante el punto de partida originario del capital. En términos materiales, y aún decoloniales, el problema de la apertura del patrón de poder de la modernidad tiene su acontecer fundamental con la escisión de las condiciones de reproducción de la vida y su apropiación por parte del capital.

Por otra parte, para Marx, queda claro que toda formación social tiene como presupuesto de existencia el hecho de que las condiciones de producción que la sostienen sean, a la vez, condiciones de reproducción de su metabolismo; para él, «las condiciones de producción son, a la vez, las de reproducción», por lo que «todo proceso social de producción es al propio tiempo proceso de reproducción» (Marx, 2012, p. 695). En el caso del capital o de la modernidad capitalista, ¿cuáles son estas condiciones de reproducción?

En principio, de acuerdo a lo que he expuesto, podemos afirmar que aquello inmediatamente necesario de reproducir para el capital es la misma escisión que da origen histórico a su presupuesto ontológico; es decir, que «una vez establecida la producción capitalista» ella no solo mantiene la expropiación de las clases trabajadoras de sus condiciones de producción, «sino que la reproduce en escala cada vez mayor» (Marx, 2012, p. 893).

Ahora bien, la reproducción de dicha escisión supone un cambio en la forma en que se somete a las clases trabajadoras, una vez que ellas han sido incorporadas objetivamente *por la violencia* a la nueva formación social y han comenzado el proceso de subjetivación de la relación capital. En efecto, si, para el capital, «el punto de partida del desarrollo fue el sojuzgamiento del trabajador», su reproducción supone «un cambio de forma de ese sojuzgamiento» (Marx, 2012, p. 894). Precisamente, para Marx (2012),

En el transcurso de la producción capitalista se desarrolla una clase trabajadora que por educación, tradición y hábito reconoce las exigencias de ese modo de producción como leyes naturales, evidentes por sí mismas. Esa organización del proceso capitalista de producción desarrollado quebranta toda resistencia [...]. Para el concurso usual de las cosas es posible confiar el obrero a las «leyes naturales de la producción», esto es, a la dependencia en que el mismo se encuentra con respecto al capital, dependencia surgida de las condiciones de producción mismas y garantizadas y perpetuadas por estas. (p. 922)

¿De dónde surge este *ethos* que condiciona *a priori* como ley natural la subordinación de las clases trabajadoras? ¿Cómo logra el capital mantener y perpetuar la dependencia de las clases trabajadoras? ¿Qué tipo de organización le garantiza al capital quebrar toda resistencia de las clases proletarizadas? Hace su aparición la *subordinación real* del trabajo vivo al capital. Con ella la subjetividad de las y los trabajadores quedará definitivamente bajo el comando directo del capital porque el propio proceso de trabajo será transformado y *puesto por el mismo capital*. Ya no se trata solamente de doblegar a la masa proletarizada a cumplir con el trabajo y las exigencias que requiere. Ahora se podrá transformar la forma de sojuzgamiento y subordinar por completo el proceso de trabajo al capital: toda condición objetiva y subjetiva del mismo serán, de ahora en adelante, puestas por el capital. En efecto,

con la subsunción real del trabajo en el capital, se efectúa una revolución total (que se prosigue y repite continuamente) en el modo de producción mismo, en la productividad del trabajo y en la relación entre el capitalista y el obrero. (Marx, 2009b, pp. 72-73)

El paso de la violencia a la dominación⁸ plena sobre el metabolismo social supone, pues, que se transforman tres aspectos fundamentales de dicho metabolismo. Primero, el modo de producción mismo, porque con la subordinación real del trabajo al capital «se modifica toda la forma real del modo de producción y surge (incluso desde el punto de vista tecnológico) un modo de producción específicamente capitalista...» (Marx, 2009b, p. 59). Segundo, de la productividad del trabajo, porque se obtiene una «forma modificada de la producción material» (p. 73) al introducir de manera efectiva y progresiva los avances tecnológicos que permiten incrementar de manera exponencial la capacidad de cada trabajador y trabajadora. Y tercero, de la relación capitalista-obrero, porque el primero se convierte en vigilante y fiscal de un proceso dirigido por la objetivación del capital en el mismo lugar de trabajo. Ya el capital no se apropia del trabajo tal y como lo encuentra, sino que lo adecúa y transforma en trabajo puesto por el mismo capital.

Precisamente, cuando el capital «llega a ser» un modo de control total del metabolismo social, «esos supuestos que originariamente aparecían como condiciones de su devenir —y que por tanto aún no podían surgir de su acción como capital— se presentan ahora como resultados de su propia realización, como realidad puesta por él» (Marx, 2009a, p. 421). Por consiguiente, la masa de clases proletarizadas no será más condición histórica, sino resultado lógico del movimiento del propio capital. Por lo tanto, la expropiación de sus condiciones de reproducción se profundiza hasta niveles

8 Debo aclarar que la diferenciación entre violencia y dominación es más terminológica y de estilo para enfatizar la diferencia en la forma de cada proceso y sus respectivos contenidos. No se trata de una distinción sustancial de conceptos. Por tanto, no desconozco que los elementos de dominación más sutiles pueden ser tremendamente violentos. De igual manera, los elementos más violentos están engranados en procesos de dominación.

insospechados más allá de la dimensión dada por la subordinación formal. La expropiación de los trabajadores se convierte de presupuesto en resultado del proceso de reproducción del capital. Revisemos este paso hacia la dominación del capital sobre el metabolismo social.

La tecnología y la subordinación real del trabajo

En principio, lo decisivo de señalar aquí es el desarrollo y las implicaciones que conlleva para las clases trabajadoras el dominio que ejercen las clases hegemónicas sobre ellas, así como para la relación capital y su valorización, el progreso tecnológico que culmina con la introducción de la maquinaria en la industria, dando origen al régimen fabril en sentido estricto. Una constatación fáctica es fundamental, a saber, que con la introducción de la maquinaria en el proceso de valorización capitalista, a la manera de un autómatas, «el medio de trabajo se enfrenta al obrero, durante el proceso mismo de trabajo, como capital, como trabajo inanimado que domina y succiona la fuerza de trabajo viva» (Marx, 2012, p. 516). Este elemento completa el trastrocamiento de la formación anterior para imponer definitivamente la formación capitalista y su modo de producción característico. Antes de revistar este proceso en detalle, debo aclarar que sigo de cerca el recorrido de Marx porque me interesa mostrar el proceso de subordinación real a partir de la transformación tecnológica y, en especial, cómo el capital se expresa en la tecnología, en ese «hombre de hierro», que llama Marx, para enfrentarse y dominar al trabajo vivo. Lo importante es ver que la relación no se reproduce únicamente a lo interno de la fábrica, sino a la propia sociedad, en la medida en que el capital va dominando

y subordinando de manera expansiva diversas dimensiones de su reproductibilidad objetiva⁹.

La diferencia entre maquinaria en general y su uso específicamente capitalista es fundamental. En efecto, para Marx —de acuerdo a los conocimientos y adelantos de la época—, la máquina tal y como se desarrolla en el modo de producción capitalista está compuesta de tres partes: 1) el mecanismo motor que otorga la fuerza motriz, interna o externa, impulsora del movimiento; 2) el mecanismo de transmisión que dirige, regula y transforma el movimiento, y 3) la máquina herramienta o máquina de trabajo que, sobre la base del movimiento correspondiente, se apodera del objeto de trabajo modificándolo de acuerdo a un fin, realizando las operaciones que otrora hiciera el obrero o artesano (Marx, 2012, pp. 453-454). La evolución de la máquina como medio fundamental de trabajo, dentro del régimen fabril naciente, irá consolidando su posición dominante al convertirse en un sistema organizado —de diversas clases de máquinas o grupos de un mismo tipo—, el cual, concomitante a su automatización, va reemplazando de manera creciente la intervención directa del trabajador o trabajadora durante el proceso de producción.

La máquina y la gran industria, como hermanas siamesas, logran superar el límite natural inmediato representado por la corporalidad viva de las clases trabajadoras para crear una base material adecuada a su desarrollo, produciendo no solo un sistema automatizado para la industria maquinizada, sino también una «revolución de las condiciones generales del proceso social de producción, esto es, de los medios de comunicación y transporte» (Marx, 2012, p. 467). Se logra así

9 Uno de los marxistas que mejor ha visto y desarrollado este problema es Armando Bartra. En especial en su texto, cuyo título hace alusión a la metáfora de Marx arriba utilizada: *El hombre de hierro. Los límites sociales y naturales del capital* (Bartra, 2008, pp. 35-91).

sustituir definitivamente la organización social del proceso de trabajo con base a criterios subjetivos (como en la manufactura), para asentar el sistema de máquinas de manera totalmente objetiva como condición *a priori* para todo proceso de producción (pp. 451-470).

Aquí ya tenemos una primera consecuencia. El conocimiento científico acumulado por la sociedad, y que es producto de su enfrentamiento constante a la empiria para trascenderla en términos de realización de los fines tecnológicamente factibles, es apropiada por la relación capital que separa a la misma ciencia de su proceso real de producción y la vuelve una «potencia productiva autónoma» que sirve al capital (Marx, 2012, p. 440). Ahora, este desarrollo científico que es expropiado y que se introduce empíricamente como innovación tecnológica *puesta por el capital*, se presenta dentro del proceso productivo objetivado materialmente en la máquina: el autómatas que necesita de la fuerza de trabajo para animarse. Este elemento que Marx introduce es fundamental para entender la propia lógica con la que funciona la totalidad de la relación capital: la máquina, en cuanto medio objetivado de la ciencia expropiada, se transforma en una relación puesta por el propio capital.

Pero que el sistema de máquinas necesite de la fuerza de trabajo para realizar su valor de uso, no implica que aquel sirva a esta; al contrario, es la fuerza de trabajo —y por tanto, la corporalidad que la posee como condición inseparable— la que queda subsumida a la máquina. En efecto, si el empleo general de la máquina supone la cooperación de distintos trabajadores y trabajadoras para vigilar y dirigir el funcionamiento del sistema en su conjunto, el empleo propiamente capitalista —del moderno sistema fabril— supone que la máquina/autómatas se convierte en el sujeto «y los obreros solo se coordinan como órganos conscientes ajenos a los órganos

inconscientes de aquel, quedando subordinados con estos a la fuerza motriz central» (Marx, 2012, p. 511). ¿Por qué ocurre esta subordinación? Porque la máquina permite consolidar la expropiación de la clase trabajadora sobre sus condiciones de producción, ya no solo como coerción económica, sino como expresión objetiva del capital *dentro* del proceso de producción y como *medio objetivo presupuesto* para dicho proceso. ¿Cómo lo logra? Profundizando el proceso de escisión que se inicia con la acumulación originaria y que expropia progresivamente a las clases trabajadoras de sus condiciones de producción. Con la expropiación de la tierra, fuente principal de toda riqueza, el objeto inmediato de trabajo (la naturaleza como fuente de riqueza) también es expropiado; pero ¿qué más es expropiado?

Subordinación real y profundización de la expropiación de las clases trabajadoras

El capital expropia a los y las trabajadoras de sus medios de trabajo, de las herramientas con las cuales intervenían en el proceso de trabajo; de ahora en adelante, la máquina se convierte en el medio de trabajo *presupuesto* para cualquier producción quedando en manos no ya de las clases que la utiliza (como en el caso de los artesanos que poseen sus instrumentos), sino de los dueños privados del capital, del cual aquella —la máquina— es su objetivación concreta en el mismo proceso de trabajo. Con ello se supera el límite inmediato y natural de la corporalidad para el empleo de herramientas en número e intensidad; la máquina-herramienta permite, pues, apoderarse de la herramienta del artesano, dejándolo «aparte del nuevo trabajo de vigilar la máquina con vista y corregir sus errores con la mano, el papel puramente mecánico de fuerza motriz» (Marx, 2012, p. 455).

De manera expansiva, se puede apreciar que el desarrollo y mejoramiento del mecanismo motor permitirá reemplazar definitivamente «al obrero que manipula la herramienta» por un sistema que no solo «opera simultáneamente con una masa de herramientas», sino que también es «movido por una fuerza motriz única, sea cual fuere la forma de esta» (Marx, 2012, p. 457). De allí que con la máquina-herramienta se logre transferir «del obrero a la máquina el virtuosismo en el manejo de aquella [la herramienta]» (p. 512); por tanto, si bien en la manufactura los obreros aún se sirven de la herramienta, en la fábrica sirven a la máquina como «mecanismo inanimado independiente» a la que son «incorporados como apéndices vivientes» (p. 515). El obrero queda reducido a un simple apéndice del proceso productivo llevado a cabo por la maquinaria, es decir, por el capital. «En la maquinaria el trabajo objetivado se le presenta al trabajo vivo, dentro del proceso laboral mismo, como el poder que lo domina y en el que consiste el capital —según su forma—, en cuanto apropiación del trabajo vivo» (Marx, 2009a, p. 219, tomo II). Se concreta la escisión entre trabajo y medio de trabajo, conformándose una relación de dominación sobre el trabajo vivo al quedar subordinada la capacidad de trabajo de cada corporalidad, de cada trabajador o trabajadora.

El proceso de producción ha cesado de ser proceso de trabajo en el sentido de ser controlado por el trabajo como unidad dominante. El trabajo se presenta, antes bien, solo como órgano consciente, disperso bajo la forma de diversos obreros vivos presentes en muchos puntos del sistema mecánico, y subsumido en el proceso total de la maquinaria misma, solo como un miembro del sistema cuya unidad no existe en los obreros vivos, sino en la maquinaria viva (activa), la cual se presenta frente al obrero, frente a la actividad individual e insignificante de este, como un poderoso organismo. (Marx, 2009a, p. 219, tomo II)

Junto a este desplazamiento del trabajador del control del proceso laboral, el conocimiento que ameritaba el manejo de herramientas, el saber hacer de los artesanos o campesinos, como conocimiento producido por la comunidad en largos procesos históricos, transmitidos de generación en generación, mejorados y adaptados, etcétera, es decir, toda potencia intelectual de las comunidades de trabajadores y trabajadoras es ahora concentrada en el capital, y se presenta como autómatas enfrentados a la clase trabajadora en el mismo proceso de producción. Los distintos saberes son transmitidos al funcionamiento de la máquina, por lo cual son ya prescindibles como *propiedad* de las clases trabajadoras. La división del trabajo que el modo de producción capitalista va imponiendo tiene como consecuencia que «las potencias intelectuales del proceso material de la producción se les contrapongan [a los obreros parciales] como propiedad ajena y poder que los domina» (Marx, 2012, p. 440). Este proceso de escisión del conocimiento comienza con la cooperación simple, se desarrolla con la manufactura, pero se consolida con la industria moderna, la cual «separa del trabajo a la ciencia, como potencia productiva autónoma, y la compele a servir al capital» (p. 440). Entonces, la ciencia «no existe en la conciencia del obrero, sino que opera a través de la máquina, como poder ajeno, como poder de la máquina, sobre aquel» (Marx, 2009a, p. 2019, tomo II). Se trata de todo el saber social acumulado durante años, el cual es expropiado y apropiado por el capital y se presenta objetivado en la maquinaria dentro del espacio de producción moderno: la industria fabril.

La escisión entre las potencias intelectuales del proceso de producción y el trabajo manual, así como la transformación de las mismas en poderes del capital sobre el trabajo, se consuma, como ya indicáramos, en la gran industria erigida sobre el fundamento de la maquinaria. (Marx, 2012, p. 516)

De igual manera, con la expropiación material que implica el desarrollo capitalista de la gran industria, el desplazamiento concomitante de la centralidad del obrero, en tanto sujeto de la producción, impone una nueva división del trabajo tanto en la fábrica como en la sociedad. En el primer caso, «la asociación de los obreros, tal como se presenta en la fábrica, tampoco es puesta por ellos, sino por el capital. Su asociación no es su existencia, sino la existencia del capital» (Marx, 2009a, p. 86, tomo II). Al ponerse la máquina como condición *a priori* de la producción, los obreros se convierten en apéndices o auxiliares de las máquinas, vigilantes de su funcionamiento; de suerte que, a lo interno de la fábrica, «la división esencial es la que existe entre los obreros que están ocupados efectivamente en las máquinas-herramientas [...] y los simples peones» (Marx, 2012, p. 512). Con la división tecnológica del trabajo, «el carácter cooperativo del proceso de trabajo, pues, se convierte ahora en una necesidad técnica dictada por la naturaleza misma del medio de trabajo» (p. 470). La forma de cooperación que establecen los productores está, por consiguiente, determinada *a priori* por el medio de trabajo mismo, en cuanto modo material de existencia del capital; la misma existencia de los trabajadores, como portadores de la capacidad viva de trabajo, solo tiene sentido si se incorporan a la organización impuesta.

Esta determinación trasciende el espacio de la fábrica para subordinar la misma división del trabajo social, pues «la fuerza colectiva del trabajo», es decir, la fuerza de trabajo de la sociedad, se presenta «como fuerza productiva del capital» (Marx, 2009a, p. 86, tomo II). Ello es así porque son los individuos los que están subordinados a la producción social, «pero la producción social no está subordinada a los individuos y controlada por ellos como un patrimonio común» (p. 86). Para lograr dicha subordinación de la fuerza social

en su totalidad, la tecnología, como expresión del poder del capital, permite sustituir los conocimientos y otras formas tecnológicas por el medio de acumulación acorde al capital. Concomitante a ello, la tecnología cumple una doble determinación a lo interno de la totalidad social atravesada por la relación capital. Una determinación material de la división del trabajo, en la medida que subordina la misma fuerza de trabajo al determinar su contenido y dirigir su intencionalidad para la acumulación (independientemente de lo mediatizada que se encuentre una determinada labor). Pero también una determinación formal, en la medida en que la tecnología apropiada por el capital impone una *forma* específica (que luego será la única validada a nivel del sentido común epocal) en que se deben desarrollar los procesos de reproducción de la sociedad.

Con esta doble determinación de la división del trabajo socialmente jerarquizada por el dominio del capital, se logra un incremento considerable de la fuerza productiva social, pero como fuerza productiva del capital mismo.

Las fuerzas productivas sociales del trabajo, o las fuerzas productivas del trabajo directamente social, socializado (colectivo) merced a la cooperación, a la división del trabajo dentro del taller, a la aplicación de la maquinaria y, en general, a la transformación del proceso productivo en aplicación consciente de las ciencias naturales mecánica, química, etc., y de la tecnología, etc., con determinados objetivos, así como los trabajos en gran escala correspondientes a todo esto [...] este desarrollo de la fuerza productiva del trabajo objetivado por oposición a la actividad laboral más o menos aislada de los individuos dispersos, etc., y con él la aplicación de la ciencia —ese producto general del desarrollo social— al proceso inmediato de producción: todo ello se presenta como fuerza productiva del capital, no como fuerza productiva del trabajo. (Marx, 2009b, p. 59)

Este desarrollo de las fuerzas productivas sociales mediante la organización de la producción impuesta a las y los trabajadores, implica que no solo la herramienta, objeto de trabajo y el saber no les pertenece, sino que el mismo producto de su trabajo, ahora parcial, solamente encuentra sentido en su relación *mediada por el capital* en la producción de mercancías para la compra-venta dentro del mercado. Así, «el resultado de la producción capitalista, amén del desarrollo de las fuerzas productivas sociales del trabajo, está constituido por el aumento de la masa de la producción [...]» (Marx, 2009b, p. 75). Concomitante a este incremento productivo será imprescindible desarrollar —por la violencia si es necesario, por ejemplo, mediante la conquista— la esfera donde se opere la realización del valor de dicha masa creciente de productos. La creación de mercados singulares —y por su medio del mercado mundial— queda así determinada por la misma producción capitalista. Por consiguiente, se trata de una producción «que no está ligada a limitaciones predeterminadas y predeterminantes de las necesidades», por lo que se trata de «una producción contrapuesta a los productores y que hace caso omiso a esto» (p. 76). Se elimina el poder de los sujetos sociales de controlar su producción (y la necesidad que la impulsa), ahora determinada por el capital.

A nivel social, esta polarización es total, puesto que se va estrechando progresivamente cualquier espacio que pueda reproducir alguna relación que no esté mediada por el capital; para ello, la expropiación de las condiciones del trabajo social es creciente y busca ser total, aunque la totalización nunca se cierre. «El capitalista debe ser propietario o usufructuario de medios de producción a escala social, en una cuantía de valor que haya perdido toda relación con la producción del individuo o de su familia»; de allí que se desarrolle un proceso continuo en el que el capital «tiende a conquistar todas las

ramas industriales de las que hasta ahora no se ha apoderado, y en las que aún [existe] la subsunción formal» (Marx, 2009b, p. 73). Por consiguiente, toda la fuerza productiva social «se enfrenta al obrero no solo como algo ajeno, sino hostil y antagónico, y como algo objetivado y personificado en el capital» (p. 60). En efecto,

La figura automatizada y enajenada que el modo capitalista de producción confiere en general a las condiciones de trabajo y al producto de trabajo, enfrentados al obrero, se desarrolla con la maquinaria hasta convertirse en antítesis radical. De ahí que al aparecer la maquinaria estalle, por primera vez, la revuelta brutal del trabajador contra el medio de trabajo. El medio de trabajo asesina al trabajador. (Marx, 2012, p. 526)

Este proceso de alienación total en que se desarrolla el modo de producción capitalista, a partir sus tendencias inmanentes, desde el punto de vista del proceso de producción/valorización del capital se expresa como *subordinación real*, en otras palabras, como la dominación total del capital constante, representado materialmente por la máquina, sobre el capital variable, es decir, sobre la fuerza viva de trabajo. Salta a la vista la contradicción inmanente: la concentración de las condiciones de producción expropiadas a las clases trabajadoras y que alcanza un clímax con la revolución tecnológica de la maquinaria introducida en la industria moderna, al expropiar a dicha clase al mismo tiempo la desvaloriza; pero no puede dejar de necesitar lo único que no le puede expropiar a la masa de trabajadores y trabajadoras proletarizados: la capacidad viva de trabajo¹⁰. Desde el punto de vista subjetivo,

10 Aunque no lo pueda desarrollar acá, esta línea de pensamiento es la base para salir al paso a los entusiastas de la inteligencia artificial. Precisamente, lo que nunca va a poder sustituir la IA es la capacidad viva del trabajo y toda la complejidad que ella implica.

dicha expropiación se expresa como relación de dominación que pone desde sí el fundamento *a priori* para toda producción y reproducción posible, incluyendo las relaciones de objetivación de la vida de las masas proletarizadas; por lo cual, la subordinación de la fuerza de trabajo al proceso de producción capitalista se expresa como necesaria, como «ley natural» (pero también como *nomos*), para las clases trabajadoras. El conocimiento científico, una vez es expropiado y apropiado por el capital, toma la forma de innovación tecnológica que se presenta como presupuesto desde donde se realizan, en una doble determinación, los procesos de trabajo ligados a la reproducción de la vida en una formación dada. La tecnología, entonces, determina tanto el contenido como la intencionalidad de las relaciones vinculadas a la reproducción de la vida en la totalidad social —no solo del trabajo en la fábrica—, pero, además, lo determina en su realización de una forma particular y no de otra.

Subordinación real en el centro del sistema

Nuevamente nos encontramos con la expresión material en el desarrollo histórico del sistema capitalista de una diferencia específica que atiende al patrón de poder moderno y que supone, para el centro, el despegue de la gran industria —en sentido capitalista estricto— y, por consiguiente, la *subordinación real* del trabajo vivo de artesanos y campesinos al capital. De igual manera, en Inglaterra, encontramos un ejemplo clásico en el centro del sistema de las consecuencias de dicha subordinación.

Lo primero que hay que indicar es que solo con la gran industria y la introducción de la tecnología fabril se completa definitivamente la expropiación de la población rural al proporcionar el «fundamento constante de la agricultura

capitalista», con lo cual se «lleva a término la escisión entre agricultura e industria doméstico-rural», completándose, así, la creación del mercado interno (Marx, 2012, p. 937). Todo el abanico de valores de uso producidos de manera más o menos autónoma por las clases rurales inglesas (la industria subsidiaria como vimos más arriba) son incorporados al proceso de producción del capital, con lo cual, la adquisición de los mismos, que continúa siendo necesaria para la vida de dichas clases, pasa por su disponibilidad como valores de cambio en el mercado. Pero no de cualquier valor, sino de valores que se realizan para la reproducción de más capital. Se mercantilizan, entonces, los bienes esenciales para la vida de las clases trabajadoras y que en la formación anterior eran producidos sin necesidad de mediar con el capital (aunque pudiesen, en algún momento, comercializarse de manera simple).

Junto a lo anterior también se producen tres consecuencias inmediatas para las clases trabajadoras. En primer lugar, con la máquina, el capital logra apropiarse de toda la fuerza de trabajo subsidiaria, así como de aquella fuerza representada por corporalidades aún sin desarrollar: niños y niñas, o con un valor de uso aún disponible para el sustento familiar: las mujeres. La máquina se convierte en medio para «aumentar el número de asalariados, sometiendo a todos los integrantes de la familiar obrera, sin distinción de sexo ni edades, a la férula del capital» (Marx, 2012, p. 481). Con ello también se logra desvalorizar la fuerza de trabajo masculina, puesto que el valor de esta no incluirá en lo seguido el valor de los medios de subsistencia de toda la familia; el valor de estos últimos será repartido ahora entre más trabajadores. Ello también se logra con la subordinación de la mano de obra femenina con salarios más bajo que el de los hombres, con lo cual también se crean tensiones y divisiones a lo interno de las clases trabajadoras en torno al género: los mismos proletarios impulsarán, consciente

o inconscientemente, el confinamiento de los colectivos femeninos al trabajo del hogar, sin remuneración y bajo control de la forma Estado.

El trabajo doméstico, cuyo propósito era la reproducción de la familia, es usurpado por el capital, subordinando tanto el mismo consumo de las familias trabajadoras como el trabajo que antes era un valor de uso para sí mismas. Con la usurpación del trabajo doméstico y el vacío que crea la proletarización del trabajo femenino, se amplía la esfera de explotación del capital; es decir, lo que antes eran trabajos que no reproducían capital, pero que reproducían condiciones de vida para la familia (como cocinar, coser, cuidar, etcétera), ahora en adelante deberán ser pagados como trabajo de otros(as), aumentando así los costos de reproducción de las mismas familias asalariadas. Cuando no, será un trabajo de cuidado, nunca retribuido de ningún modo, de la fuerza viva de trabajo para mantenerla y entregarla constantemente al altar de sacrificios del capital. Por tanto, la subordinación real también alcanza la reproducción mediada e inmediata de la subjetividad trabajadora, imponiéndose como ley social sobre los colectivos femeninos, sin retribución formal de su trabajo objetivado en dicha reproducción. En torno a ello crecerá y se consolidará un verdadero patriarcado del salario (Federici, 2018).

Finalmente, el trabajo infantil conlleva un deterioro acelerado de la corporalidad aún en desarrollo, deterioro físico y cognitivo que resultan en un aumento de la mortalidad infantil y de jóvenes explotados en las salas de máquinas a un valor menor de lo que es explotado un adulto (hombre o mujer)¹¹. Entonces, con la incorporación de la población femenina e infantil a los procesos de trabajo internos al sistema fabril, se

11 En modo alguno se trata de un proceso que se vivió exclusivamente en los albores del capitalismo, solo hay que pensar en las maquilas repartidas por el Sudeste Asiático o en Centroamérica.

logra quebrar de manera definitiva la resistencia que aún mantenía el sistema manufacturero sobre el avance del capital.

En segundo lugar, el horizonte productivo en el que se desarrolla la maquinaria en la gran industria va generando distintos puntos de confrontación que tienen como consecuencia la ampliación, de manera contradictoria, de la jornada laboral. En efecto, si bien la maquinaria acrecienta la productividad del trabajo al reducir el tiempo necesario de producción, por otra parte, se convierten en «el medio más poderoso de prolongar la jornada de trabajo más allá de todo límite natural» (Marx, 2012, p. 491). Desde el punto de vista de su capacidad material productiva, en tanto medio de trabajo, el sistema de máquinas logra convertirse en un *perpetuum mobile*, cuya producción ininterrumpida tiene como única barrera los límites naturales de la corporalidad viviente de las clases trabajadoras; así, cuanto más se prolongue su funcionamiento, mayor será la masa de productos en que ella transfiere su valor. No obstante, este funcionamiento depende de la extensión de la jornada laboral y la cantidad de días en que ella se renueva. Si además tenemos en cuenta que la máquina sufre un doble desgaste material, tanto por su uso como por su no-uso, así como un desgaste social, dado por la competencia tecnológica entre varios capitales, luego, es de esperar que con la introducción de la maquinaria en alguna industria, el primer período de vida útil de la misma proporcione motivos para prolongar la jornada laboral hasta los límites naturales de las y los trabajadores; es decir, se busca utilizar la mayor cantidad de valor de la maquinaria en el menor tiempo posible, antes de una desvalorización que no corresponda directamente a su uso, es decir, a su transferencia de valor hacia las mercancías.

Ahora bien, esta prolongación tiene un sentido de ahorro para el mismo capital. En efecto, si se quiere ampliar la

escala de producción sin necesidad de invertir en mayor capital constante, en vez de contratar a más trabajadores, resulta más beneficioso, en términos de plusproducción, extender la jornada laboral. Desde el punto de vista de la introducción progresiva de la maquinaria en las distintas ramas industriales, cuando se hace por vez primera en alguna industria particular y antes de su generalización en la rama correspondiente, el incremento de la productividad que desvaloriza la fuerza de trabajo incrementa de manera extraordinaria las ganancias del capital, que busca aprovechar dicha productividad con la extensión de la jornada laboral. Luego, al generalizarse la maquinaria en la rama industrial de la que se trate, la productividad impone una reducción de la masa de obreros ahora innecesarias en el proceso laboral, donde se busca acrecentar la tasa de plusvalor; ello conduce a la prolongación de la jornada laboral para compensar la disminución del capital variable subordinado. Esta contradicción es inmanente al desarrollo industrial que supone, a un mismo tiempo, tanto la ampliación de la esfera de explotación de las fuerzas de trabajo como la disminución de la masa de obreros ocupados al generalizarse la maquinaria en una industria determinada. De allí, sentencia Marx, que «el medio más poderoso para reducir el tiempo de trabajo se trastrueque en el medio más infalible de transformar todo el tiempo vital del obrero y de su familia en tiempo de trabajo disponible para la valorización de capital» (Marx, 2012, p. 497).

La tercera consecuencia inmediata de la introducción de la maquinaria en el proceso productivo capitalista se expresa cuando el desarrollo tecnológico permite la intensificación del trabajo, es decir, un mayor gasto de fuerza de trabajo en menor tiempo posible. Se impone a las clases trabajadoras que aumenten la cantidad de fuerza de trabajo gastada en la misma jornada laboral. «Esta compresión de una mayor masa

de trabajo en un período dado, cuenta ahora como lo que es, como una mayor cantidad de trabajo. Junto a la medida del tiempo de trabajo como magnitud de extensión, aparece ahora la medida del grado alcanzado por su condensación» (Marx, 2012, pp. 499-500). ¿Cómo actúa la máquina en esta intensificación del trabajo? Ella se convierte en el principal medio objetivo para aumentar la regularidad, uniformidad, ordenamiento y continuidad de la fuerza de trabajo; ello mediante dos formas: el aumento de la velocidad de las máquinas (su perfeccionamiento mecánico mediante innovaciones tecnológicas) y con la ampliación de las máquinas que debe vigilar un mismo trabajador o trabajadora.

La construcción perfeccionada de la maquinaria en parte es necesaria para ejercer la mayor presión sobre el obrero y en parte acompaña de por sí la intensificación del trabajo, ya que la limitación de la jornada laboral fuerza al capitalista a vigilar de la manera más estricta los costos de producción. (Marx, 2012, p. 502)

Queda claro que la reducción de la jornada laboral que se va imponiendo ante la indiscriminada explotación de los obreros ingleses, va acompañada de un perfeccionamiento de la maquinaria que permite compensar dicha reducción con una intensificación del grado en que estos gastan su fuerza de trabajo en el mismo período de tiempo. De allí que Marx concluya de manera tajante las consecuencias que tiene la maquinaria cuando es introducida en el proceso de producción capitalista:

¡Las contradicciones y antagonismo inseparables del empleo capitalista de la maquinaria no existen, ya que no provienen de la maquinaria misma, sino de su utilización capitalista! Por tanto, como considerada en sí, la maquinaria abrevia el tiempo de trabajo, mientras que utilizada por los capitalistas lo prolonga; como

en sí facilita el trabajo, pero empleada por los capitalistas aumenta su intensidad; como en sí es una victoria del hombre sobre las fuerzas de la naturaleza, pero empleada por los capitalistas impone al hombre el yugo de las fuerzas naturales; como en sí aumenta la riqueza del productor, pero cuando la emplean los capitalistas lo pauperiza, etc. (Marx, 2012, p. 538)

Subordinación real en la periferia y semiperiferia

Ahora bien, ¿es esto así en la periferia y semiperiferia colonial? ¿Cómo se produce la subordinación real del trabajo bajo el patrón de poder moderno? El punto de partida aquí para Marx es claro: el desarrollo tecnológico de la industria moderna crea consigo una nueva división internacional del trabajo adecuada a los centros productivos de dicha industria. Y en la construcción de dicha división, el sistema de máquinas junto a su constante renovación tecnológica se localiza como atractores principales. Más arriba argumenté cómo el proceso de expansión de la relación capital supone el ejercicio de la coerción extraeconómica sobre la periferia colonizada de manera diferenciada, según las distintas áreas geohistóricas. Con el desarrollo de la maquinaria y el impulso que ello supone para el régimen fabril, la maduración progresiva de este es concomitante a la creación de las condiciones generales del sistema productivo dentro de la gran industria.

En lo tocante al punto de la división internacional de trabajo, dos cuestiones son fundamentales. Primero, la capacidad de producir máquinas por medio de máquinas, es decir, una revolución técnica en el mismo plano de producción para producir el medio característico que posibilite construir la base tecnológica adecuada a las demandas de crecimiento

del capital. Segundo, la revolución de los medios de transporte y circulación, es decir, de las condiciones generales de la producción social, apuntaladas por el mismo desarrollo tecnológico. Así, una vez alcanzado este nivel de madurez del moderno sistema fabril, el modo de producción capitalista que se funda en él «adquiere una elasticidad, una capacidad de expansión súbita y a saltos que solo encuentra barreras en la materia prima y en el mercado donde coloca sus propios productos» (Marx, 2012, p. 549).

Precisamente, la impronta del patrón de poder moderno supone la adecuación progresiva de los modos de producción que el capitalismo encuentra en su expansión, primero, como subordinación formal, y segundo, como subordinación real de sus procesos de trabajo. Con ello también se expropián y destruyen las bases tecnológicas de las distintas formaciones sociales anteriores a la modernidad capitalista; además, se consigue que las condiciones de reproducción social de dichas formaciones dependan de la medida geopolítica del capital central en expansión y consolidación. El resultado de dicho proceso histórico será la consolidación del desarrollo desigual y los flujos desiguales de valor dentro del propio sistema como totalidad.

La línea divisoria de transición entre el cambio de formas de dominación no es del todo visible para la época de publicación de *El Capital*; en especial porque no se habían completado los mecanismos para la subordinación real del capital variable mundial bajo la relación capital (para ello habrá que esperar entrado el siglo XX¹²). Con aquel cambio, también se produce una transición del patrón de poder colonial al patrón de poder propiamente moderno capitalista, la cual supuso la transformación de los modos de producción

12 Quien ha desarrollado estas perspectivas ha sido Jorge Veraza. Entre otros sitios, véanse Veraza, 2013, pp. 444-535; y 2018.

periféricos en modos de producción propiamente capitalistas, pero cuyas características específicas irán desarrollándose según las singularidades geohistóricas¹³. «La forme des formations périphériques pourra donc être variée. Elle dépendra, en effet, de la nature des formations précapitalistes agressées et des formes de l'agression extérieure» (Amin, 1970, p. 11, tomo II).

Sin embargo, en *El Capital* sí son visibles, tal y como lo muestra Marx, algunas de las tendencias del proceso de subordinación real de la fuerza de trabajo en la periferia, en este caso, bajo el capital nucleado en Europa central, y más específicamente en Inglaterra, que toma un claro impulso con la Revolución Industrial iniciada en este último país. Si retomamos la afirmación de la cita arriba transcrita, a saber, que las únicas barreras que encuentra el capital cuando su base productiva fundada en el sistema fabril ha completado cierta madurez son la materia prima y los mercados, observamos dos tendencias de la división internacional del trabajo que suponen la subordinación real de la fuerza de trabajo periférica, pero no olvidemos, siempre condicionada por la singularidad geohistórica: no es lo mismo subordinar a la China que a la región caribeña, por poner un claro ejemplo.

La primera tendencia refiere a la determinación material sobre los modos de producción coloniales para convertirse en enclaves que solo producen materias primas necesarias

13 En este punto se ubican, precisamente, los distintos enfoques sobre la dependencia (Marini, 2008a y 2008b; Santos, 2011a; Ribeiro, 1992), así como las discusiones de la arqueología marxista, las cuales no abordaré por no hallarse dentro de los objetivos de la presente investigación. Para una visión global del tema puede consultarse la, aún vigente, obra de Amin, 1978. Un recorrido actualizado desde la perspectiva de la teoría de la dependencia en su enfoque marxista, lo propone el economista Claudio Katz (2018a). El grupo de investigación dirigido por el historiador Germán Carrera Damas ha desarrollado una perspectiva interesante sobre las diferencias en el desarrollo de la modernidad capitalista («sociedades implantadas», la llaman ellos), de acuerdo a las singularidades de cada formación histórica del continente americano (Carrera Damas *et al.*, 2008). El arqueólogo Mario Sanoja (2012; 2006) ha desarrollado un marco teórico geohistórico poco conocido, pero que presenta sugerentes líneas para avanzar sobre esta y otras problemáticas.

para el desarrollo industrial, o para el sostenimiento de la fuerza de trabajo proletarizada. Es el caso, por ejemplo, de la industria textil inglesa que sostuvo un crecimiento durante el siglo XIX, período durante el cual, entre otros enclaves, obtuvo de las Indias Orientales el material necesario para su producción: en 1846, la India exportaba hacia Inglaterra más de 4 millones de yardas de lana y más de 34 millones de yardas de algodón; para 1865, la suma era de más de 20 millones de lana y más de 445 millones de algodón (datos en Marx, 2012, p. 550).

Otro tanto sucedió con América Latina y el Caribe, cuyo proceso de independencia política de los imperios ibéricos confluye con la Revolución Industrial inglesa. La demanda de materias primas para la producción industrial, así como de alimentos para la población obrera, supuso la acentuación de los procesos de monoproducción y concentración de la tierra en todo el continente latinoamericano, «se trataba de producir más y transportar con mayor rapidez innumerables productos para el consumo de los centros industriales», con ello «la producción latinoamericana creció dentro de los límites de un monocultivo que producía para el mercado internacional lo que diese más beneficio» (Beyhaut y Beyhaut, 1985, pp. 33-34). El salitre chileno, el cacao venezolano, el azúcar caribeño, el café brasileño, el guano peruano o las carnes y cueros argentinos fueron parte de aquellos monoprodutos demandados por la Europa en proceso de industrialización, y que encontraron en las economías de los países recién independizados las condiciones para su subordinación real. «Así, en un primer momento, son aquellos países que presentan una cierta infraestructura económica, desarrollada en la fase colonial, y que se muestran capaces de crear condiciones políticamente estables, los que responden más prontamente a las exigencias de la demanda internacional» (Marini, 1969, p. 4). De suerte que la renovación tecnológica también modifica el

modo de producción periférico adecuando la productividad a las demandas de industrialización del centro. En ese sentido, no solamente crece el comercio internacional de la mano de la formación del mercado mundial, sino que también «crece el área de la economía capitalista y su influencia en las regiones periféricas» (Beyhaut y Beyhaut, 1985, p. 31).

Económicamente, esta influencia es doble; por un lado, se impulsan los procesos de especialización monoprodutiva para lo cual se recurre a una superexplotación del trabajo; por el otro, el capital extranjero domina por distintas modalidades financieras la mayor parte de estos enclaves monoprodutivos.

De esta manera, con mayor o menor grado de dependencia, la economía que se crea en los países latinoamericanos a lo largo del siglo XIX y en las primeras décadas del actual [siglo XX], es una economía exportadora, especializada en la producción de unos cuantos bienes primarios. Una parte variable de la plusvalía que ahí se produce es drenada hacia las economías centrales, ya sea mediante la estructura de precios vigente en el mercado mundial y las prácticas financieras impuestas por esas economías, o a través de la acción directa de los inversionistas foráneos en el campo de la producción. (Marini, 1969, p. 8)

La segunda tendencia, concomitante a la primera, en torno a la subordinación real de la periferia, se expresa en la conquista progresiva de mercados externos para las nacientes industrias y se resuelve en la construcción progresiva del mercado mundial. El desarrollo tecnológico aplicado tanto a los medios de producción como a los medios de comunicación y circulación, se convierten así en armas para subordinar los mercados periféricos y poner las condiciones de producción de las formaciones colonizadas como momentos de la circulación del capital a escala mundial. De esta manera, la maquinaria

permite tanto incrementar la materia prima como reducir los costos de la producción y circulación; con ello se desmonta la producción local mediante la introducción, primero forzada y luego metabolizada, de mercancías que tienen menor costo. Nuevamente el caso de la industria textil y en especial del algodón es paradigmático

Como apunté más arriba, el poder concentrado en el Estado inglés le permitió conquistar por la fuerza el mercado indio; una vez son ocupados los espacios clave para lograr el monopolio de su comercialización, se hizo posible modificar las relaciones de producción para que el mismo capital —expresado en su medida geopolítica inglesa— *pusiera* el mercado interno indio (la circulación) como momento suyo, y por tanto, como mercado asegurado para la producción industrial inglesa; de igual forma, logró determinar el modo de producción como enclave de materias primas para dicha industria. Así, la India fue obligada a producir «algodón, lana, cáñamo, yute, añil, etc., para Gran Bretaña» (Marx, 2012, p. 550). En esta dirección, luego de haber sido uno de los principales centros apuntalados por la Compañía de la Indias Orientales para la exportación de algodón, la India fue desindustrializada, pasando a ser consumidora de los algodones ingleses: pasó de importar 20 millones de yardas en 1820 a importar 145 millones en 1840 (datos en Hosbawm, 1980, p. 78). Este proceso de desindustrialización de regiones periféricas, que va acompañada de la destrucción de las clases artesanas y productoras (lo que incluye la expropiación, apropiación y eliminación de saberes) para someterlas al control jerárquico del capital, es concomitante a la propia expansión del capital a escala mundial.

Por su parte, para Latinoamérica y el Caribe fue determinante que sus mercados nacionales, que recién comenzaban el trayecto hacia la independencia política, fuesen

dominados casi en su totalidad por los productos ingleses, así como sus modos de producción dominados por el capital circulante inglés. En esta dirección, la región «vino a depender virtualmente casi por completo de las importaciones británicas durante las guerras napoleónicas, y después de su ruptura con España y Portugal se convirtió casi por completo en una dependencia económica de Inglaterra» (Hobsbawm, 1980, p. 71). Para este último propósito el desarrollo tecnológico fue determinante en una doble dirección complementaria, primero, para el aumento de la productividad de materias primas y alimentos, con el mejoramiento de las condiciones productivas y la adecuación espacial del proceso productivo (medios de circulación y transporte) para la exportación de los mismos; segundo, para la importación de productos manufacturados, cuyo precio hizo insostenible la producción local que había sobrevivido a la destrucción colonial. Con ello se produce, a nivel de la ley del valor mundializada, lo que Samir Amin denomina «acumulación extravertida» (Amin, 1978), es decir, espacios políticamente cercados como Estados-nación, donde se genera plusvalor, pero cuyas condiciones de realización son externas a dicha delimitación política.

En cambio, en el modelo periférico, la articulación que rige la reproducción del sistema combina las exportaciones (motrices) y el consumo (inducido), el modelo es «extravertido» (por oposición a autocentrado). Traduce una «dependencia», en el sentido de que la periferia se ajusta «unilateralmente» a las tendencias dominantes a escala del sistema mundial en el que está integrada, estando estas tendencias reguladas por las exigencias de la acumulación en el centro. (Amin, 2011, p. 99)

Además, esta dependencia que se va estableciendo mediante la determinación material externa de la circulación en el

mercado local¹⁴ y, a través de ella, de los procesos productivos tiene una clara expresión en las formas de organizar los valores de uso, por lo que en el trayecto histórico va apoderándose cada vez más de nuevas relaciones de objetivación de la vida del metabolismo dominado/explotado de la periferia. Un ejemplo (entre muchos) de este proceso puede ser rastreado por la importación desde el centro y consiguiente consumo en la periferia de bienes domésticos, que trastocan la reproducción de ciertas dimensiones de la vida cotidiana, como el proceso de alimentación: las maneras y formas de elaborar y consumir alimentos, los horarios de comida, el tipo de comida, incluso las formas de satisfacción de las necesidades, lo cual incluye la progresiva exclusión y virtual eliminación de las cargas simbólicas y las relaciones comunitarias propias de esta dimensión de la vida cotidiana en las formaciones anteriores al capitalismo del continente latinoamericano¹⁵. A este respecto, el economista agrícola Rafael Cartay señala de manera acertada que:

La colonización española dislocó la vida indígena, arruinando elementos esenciales como fue la economía campesina de carácter colectivo. En lugar de la economía tradicional impuso una economía latifundista basada sobre la explotación de la mano de obra indígena. La ruptura de los equilibrios establecidos por los sistemas indígenas de uso de la tierra, empobreció la alimentación indígena y trajo consigo la desnutrición. La triste trilogía

14 Aunque en el análisis presentado hable de mercado «externo» o «interno» en relación a la espacialidad donde se desarrolla un capital global particular o nacional, desde una perspectiva de la totalidad, esta multiplicidad que se registra en la empiria no es sino el desdoblamiento del propio mercado mundial, o en otros términos, su propio movimiento interno de redistribución del valor producido a escala mundial (y de determinación de sus condiciones de realización). Sin embargo, esto aún no nos compete analizarlo, baste, por ahora, con la observación.

15 Para el caso venezolano (extensible a los países latinoamericanos) se puede revisar el estudio del investigador Mario Sanoja, 2011, pp. 267-269.

de la insuficiencia alimentaria, las epidemias y las extenuantes condiciones de trabajo, se convirtió en la vía más expedita para el exterminio de la población indígena, después de la conquista. [...] El ganado (traído por Colón) inundó los sembradíos indígenas, desestabilizando la producción agrícola y ocasionando hambre masiva. (Cartay, 1993, p. 306)

Como se aprecia, se trata de una transformación completa de los equilibrios ecológicos establecidos por la humanización de las distintas georegiones, progresivamente subordinadas por el centro del sistema en la conformación del capitalismo a nivel mundial. Otro ejemplo, importante en extremo, es el del proceso de colonización, apropiación y eliminación de los conocimientos de medicina desarrollados durante miles de años.

Los indígenas americanos habían desarrollado un extenso repertorio de remedios derivados de las plantas para diferentes enfermedades. Tenían la quinina para curar la malaria, la ipecuana para inducir vómito, remedios para dolores de cabeza, infusiones herbales para dolores de garganta. Los doctores aztecas utilizaban más de 1200 plantas para tratar enfermedades específicas. Varios pueblos indígenas americanos practicaban operaciones quirúrgicas sofisticadas. Además, los indígenas americanos se bañaban diariamente para deshacerse del sucio de sus cuerpos y evitar la reproducción de gérmenes. Por contraste, los europeos se bañaban infrecuentemente, su conocimiento de hierbas medicinales era limitado y el desangramiento y la oración eran sus tratamientos médicos básicos. (Smithonian Institute, 1993, citado en Bracho, 1995, p. 262)

Estos conocimientos fueron expropiados y colonizados porque muchos fueron aprovechados, y aún hoy son

apropiados, mediante el recurso de la biopiratería y el establecimiento de patentes para las propiedades medicinales de plantas, cuyo conocimiento fue posible por el desarrollo alcanzado por las sociedades indígenas originarias. Por supuesto que aquellos conocimientos que no pueden ser apropiados bajo la epistemología moderna y comercializados mediante las cadenas farmacéuticas transnacionales, deberán ser eliminados. Como se aprecia, la subordinación real del metabolismo de la periferia es total y totalitario.

Por otra parte, para continuar evaluando las tendencias de subordinación de la periferia, si pensamos en las barreras arriba mencionadas para la expansión internacional de la industria (necesidad de materias primas y mercados) y aceptamos, además, el proceso de repulsión y atracción de los obreros al crearse la industria maquinizada con la consiguiente creación de una población supernumeraria, obtendremos otra tendencia de la división internacional del trabajo, a saber, la colonización de nuevos territorios a manos de obreros desempleados que conformaban sociedades, cuyo modo de producción se basó en propiedad fundada en el trabajo individual.

La constante conversión en «supernumerarios» de los obreros en los países de gran industria fomenta, como en un invernáculo, la emigración hacia países extranjeros y la colonización de los mismos, transformándolos en semilleros de materias primas para la metrópoli, como se transformó, por ejemplo, a Australia en un centro de producción lanera. (Marx, 2012, p. 550)

Posteriormente, estas sociedades también serán incorporadas al mercado mundial transitando un proceso diferenciado a los anteriormente comentados, y que supondrá la eliminación de la propiedad privada fundada en el trabajo individual, con el consiguiente trastrocamiento de la misma en

propiedad privada capitalista (es decir, un proceso de expropiación de las y los trabajadores), aunque el camino se distinga de otras georegiones periféricas por cuanto se convertirán en nuevos núcleos de capitalismo desarrollado, impulsados por los centros originarios (Estados Unidos, Canadá y Australia son ejemplos paradigmáticos de este proceso) (Amin, 1978, pp. 97-186).

Como contrapartida, la periferia y semiperiferia no tendrán otros territorios donde arrojar a una parte de la población expropiada por los procesos de monopolización de la tierra, y que ingresarán a la masa de proletarizados que construirán espacios jerarquizados de miseria y pobreza en torno a grandes urbes y los pocos cordones industriales deslocalizados. Pero, además, su movilidad será sistemáticamente atraída/reprimida por el centro mundial, solo basta pensar en el ejemplo contemporáneo de las relaciones de flujos migratorios entre México y Estados Unidos. Acá, además, se deja entrever que el proceso de desarrollo tecnológico, al ser monopolizado por el centro del sistema a través del señalado proceso de subordinación real en la expropiación, apropiación y destrucción del conocimiento producido por otras sociedades, no permite —en el sentido de constituir un límite impuesto políticamente— el desarrollo industrial periférico suficientemente autónomo, pero además impone el pago de un diferencial de *renta tecnológica* a los países centrales en forma de ganancia extraordinaria, pues la difusión de los descubrimientos tecnológicos no se reproduce hacia los países periféricos del mercado mundial, sino a través del pago de costosas patentes, y nunca de manera absoluta para el desarrollo tecnológico propio (Echeverría, 2011b, pp. 35-41).

Procesos contemporáneos de subordinación real y formal¹⁶

Al contrario de lo que se podría pensar, este proceso de subordinación real del trabajo a la maquinaria (expresión concreta, empírica, de la tecnología moderna) no es cuestión del pasado o de los albores del capitalismo industrial. Antes bien, permanece como proceso total en el mundo contemporáneo, incluyendo el centro del sistema aun a pesar de los ideólogos¹⁷ del fin del «trabajo manual». En realidad, las actuales transformaciones de la división internacional del trabajo, donde ciertos procesos cognitivos toman auge, solo son posibles desde la subordinación que permite la tecnología moderna dirigida por el capital, pero además con una base material clara que la sustenta (Vega Cantor, 2013, pp. 191-270). La combinación entre procesos de subordinación formal y real en distintos espacios de producción, y su interconexión a nivel global en los procesos de transferencia de valor dentro del sistema, permite la emergencia de una dinámica de dominación totalizada sobre el trabajo vivo mundial. Ello queda claro si se observa el proceso de transformación de la división internacional del trabajo en las últimas décadas del siglo XX.

En efecto, con el estallido de la crisis de los setenta, los problemas de sobreproducción y los atolladeros para la realización del valor conducirán al desplazamiento de aquellos esquemas de producción fabriles que requerían reducir costos y que se habían vuelto tecnológicamente obsoletos, desde el centro hacia la periferia y semiperiferia. Ello impondrá una nueva etapa en la división internacional del

16 Una contextualización histórica de este proceso, dentro de las transformaciones globales de poder, se puede revisar en el estudio de reciente publicación: Landa, 2023a.

17 Ideólogos en el sentido estricto utilizado por Ludovico Silva, como productores de plusvalía ideológica. Puede revisarse su pionero estudio sobre el asunto: Silva, 2006d.

trabajo fundada, principalmente, en el desarrollo científico y su aplicación en alta tecnología, tanto para las finanzas (a través de las tecnologías de información y comunicación) como para la gestión de los grandes monopolios y oligopolios (Santos, 2011b, pp. 390-394), a través de una renovada y profundizada división internacional del trabajo. Con ello, se intensifica la explotación de mano de obra en la periferia y semiperiferia, a la vez que se afianza el control de las clases dominantes sobre las clases trabajadoras —asalariadas o no— en las cadenas globales de subordinación (Vega, 2008, pp. 51-54, 67-69).

Aquí se produce una combinación de diversos mecanismos para el control de los procesos de trabajo, donde el amplio desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación (concentradas como industria oligopólica) permitirá la simultaneidad entre dispersión geográfica a gran escala de las actividades económicas jerarquizadas (con la mezcla de diversidad abajo descrita) y la concentración de su gestión; en otras palabras, las nuevas tecnologías servirán para anudar la subordinación real y formal del trabajo y controlarlo más allá de las propias fronteras (Vega, 2013, pp. 191-270). Se mantienen esquemas clásicos como el taylorismo y el fordismo, mediante su deslocalización e instauración de zonas francas para maquiladoras o procesos de industrialización dirigidos. Junto a ellos se impulsan el posfordismo (con la instrumentación del «trabajo autónomo») y el toyotismo (con sus círculos de calidad y sus mecanismos de gestión «desde abajo»). La heterogeneidad productiva jerarquizada permite: A) aumentar la segmentación del trabajo y su expropiación material e inmaterial (plusvalía material e ideológica); B) la ruptura de la capacidad organizativa de los trabajadores para la lucha contra el orden vigente; C) la precarización laboral concomitante a la identificación con el «espíritu de empresa» de los

trabajadores «autónomos» o «cogestores» de su propia explotación (autointernalización disciplinaria), y d) la profundización de la feminización del trabajo, esto es, la explotación intensiva de mano de obra femenina, a bajo salario y en peores condiciones que los hombres, cuestión que va ligada a la acentuación de la división sexual del trabajo con extracción de una plusvalor absoluto no remunerado para las mujeres. En este último caso, es de hacer notar que la inclusión de mujeres en el mercado laboral mundial, algo que ciertas analistas han llamado feminización del trabajo, no implicó una vinculación equitativa e igualitaria con el mismo. Al contrario, implicó un aumento de las jornadas de trabajo y su diferenciación por género, al estar las mujeres vinculadas tanto a los trabajos de cuidado como al mercado laboral. Para el caso de este último, se aprecian procesos de precarización, informalización y tercerización de las labores económicas a las cuales logran acceder las mujeres (Lamarca Lapuente, 2004, pp. 7-8). Además, se debe reconocer que es el trabajo de cuidado en los hogares, en su amplia mayoría en manos de mujeres, lo que permitió mitigar los efectos de precarización y empobrecimiento de las familias afectadas de manera negativa por el incremento de las desigualdades a nivel global, producto del neoliberalismo disciplinario (Valdivieso, 2009, pp. 30-35).

En este contexto, los Estados de las economías periféricas y semiperiféricas que absorben la deslocalización realizan un fuerte financiamiento y subsidio que permite generar las condiciones ideales para la reproducción del capital internacional, no para consumo local, sino para exportación: mano de obra barata, infraestructuras, electrificación, exoneración de impuestos, entre otras. La represión política de diverso signo sobre los movimientos obreros para desarticularlos, en detrimento de su lugar de poder, es necesaria para ofrecer la mano de obra requerida por el capital internacional. El tipo

de industrialización así proporcionada, en el caso de la periferia y semiperiferia, no implica una industrialización autónoma y autocentrada, sino que enfatiza la relación extravertida con el mercado mundial y la dependencia de los centros de poder. En la reconstrucción del espacio social, estas industrias generarán «cordones de miseria» (mano de obra siempre disponible) en torno a los espacios ocupados por las fábricas deslocalizadas, que vienen a convertirse en el centro de la actividad económica local sin poder absorber toda la mano de obra disponible que busca remunerarse directa o indirectamente de la actividad económica instaurada. Así, la estructura administrativa y legal del aparato estatal también debe adaptarse a las nuevas divisiones internacionales del trabajo. La represión ejercida en favor del capital buscó generar mayor competitividad a nivel del mercado mundial, al reducir los salarios y suprimir las conexiones de la burguesía local con el mercado interno (la imposición de la extraversión del mercado interno y el sistema productivo local). La atención del mercado mundial en detrimento del mercado local genera, de igual forma, una polarización de los ingresos a nivel nacional. En muchos lugares del *tercer mundo*, la alianza del capital se hace con el sector militar, por la necesidad de aquel de reprimir también a la burguesía nacional que depende del mercado interno y busca limitar la presencia del capital internacional.

Particularmente en América Latina, se afianza la dependencia del capitalismo periférico de la región con respecto al centro de sistema, en plena reconfiguración en sus procesos de acumulación/extracción de plusvalor (Marini, 2008a y 2008b). La desarticulación de las economías nacionales del continente entre sí se profundiza de manera proporcional a la articulación de estas con el centro, con lo cual se refuerza la posición que la división internacional de trabajo les impone por las necesidades de reproducción ampliada del centro

del sistema. De acuerdo a ello, la descentralización hacia la semiperiferia (México o Brasil, por ejemplo) y periferia de algunos esquemas productivos de la gran industria y el proceso de industrialización *sui generis* y diferenciado de algunas zonas, encuentran su sentido histórico entendido como desarrollo del capital constante requerido por el centro para lograr subsumir progresivamente al capital social mundial (al proceso de trabajo y el consumo, por consiguiente), en este caso, de las economías dependientes (Marini, 2008a, pp. 135-143). Se aumenta, así, la explotación de los trabajadores y las trabajadoras de dichas zonas y, por consiguiente, aumenta también la extracción de plusvalor vía superexplotación del trabajo y su transferencia hacia el centro del sistema, a la vez que el proceso es defendido y consolidado por los Estados-nación del continente (Marini 2008a, pp. 114-131).

En el caso de las clases campesinas, la división internacional del trabajo, impulsada bajo la estela neoliberal de fines de siglo XX, implicó un reordenamiento de poder con base al control de nuevas zonas geográficas para su subordinación al metabolismo mundial, además de la aplicación de nuevos controles sobre las áreas ya subsumidas con anterioridad. Esto generará una doble tendencia que se irá complementando a lo largo de las recientes décadas del siglo XXI. Por un lado, bajo la llamada Revolución Verde (y luego con la revolución biogenética), el desarrollo monopólicamente concentrado de tecnología agraria y su imposición sobre las tecnologías tradicionales, se incentivarán los procesos de concentración de la tierra en manos de grandes empresas trasnacionales o de las oligarquías locales tradicionales (Vega, 2008, pp. 66-70). De otro lado, por la vía de la subordinación de las condiciones de circulación, se afianzará la subsunción de las clases de pequeños y medianos campesinos que aún conservan tierras para la producción agrícola, pero cuyo producto final está

a disposición de las relaciones de poder dentro y fuera del mercado (Bartra, 2015, pp. 175-206). Con la primera tendencia se anudan a un mismo tiempo: (A) el aumento del poder de las grandes trasnacionales que controlan las cadenas de producción y distribución de alimentos (incluyendo los desarrollos tecnológicos y el procesamiento de materias primas) y se hacen con mayores extensiones de tierras en la periferia y semiperiferia (al amparo de los propios Estados nación), beneficiándose de manera directa de las rentas generadas en condiciones completamente favorables al capital; (B) se intensifican los desplazamientos de campesinos e indígenas por la expropiación de las tierras monopolizadas reduciéndolos a la condición de miseria (sin poder integrarse al mercado laboral formal), junto a los asesinatos selectivos de líderes y genocidios sobre las clases campesinas e indígenas, y (C) aumentan los monocultivos y la producción para la exportación, trayendo como consecuencia la pérdida de condiciones para la soberanía alimentaria de los países penetrados. Con la segunda tendencia se desarrolla: (A) un sobrelucro con las rentas diferenciadas por zonas geográficas subordinadas; (B) junto a la sobreexplotación de los sectores campesinos que conservan pequeñas y medianas producciones, con la cual se equilibra —o se intenta equilibrar— la pérdida de capacidad productiva de alimentos para la satisfacción del mercado interno.

Pese a que un historiador como Eric Hobsbawm haya declarado que lo que caracteriza al siglo XX es el fin de la clase campesina, lo cierto es que los conflictos en torno al espacio agrario en la periferia y semiperiferia (y particularmente en América Latina y el Caribe), lejos de disminuir, irán en aumento durante las últimas décadas del siglo XX, llegando a convertirse en uno de los principales ejes de ordenamiento de las relaciones de poder durante las primeras décadas el siglo XXI. Esto no solo en las tierras destinadas

al cultivo de alimentos, sino también es aquellas zonas ricas en recursos minerales estratégicos para las industrias del centro y áreas para la industria forestal; de allí que el acceso y control de la tierra y sus recursos se convierta en un eje de conflictos permanentes, toda vez que la lógica de extracción masiva de recursos naturales para su exportación tiene un pico de acentuación durante el período, intensificando sus consecuencias en el ordenamiento social de las zonas y países afectados: proletarización de grandes masas sin generación de empleo, desplazamiento de población con la desarticulación de sus modos de vida, generación de economías de enclave que distorsionan la estructura económica y restan soberanía al Estado (y a la población, por tanto), alto impacto en la degeneración de todas las cadenas tróficas, superando el límite de recuperación de los ciclos naturales, entre otros (Acosta, 2013, pp. 1-107).

En este sentido, los cambios en la división internacional del trabajo están acompañados con la intensificación de la desposesión territorial del centro sobre la periferia como medio para la acumulación (simultaneidad de la acumulación originaria junto a los procesos de modernización para la explotación), incluyendo nuevos territorios en el «Este», luego del desmantelamiento de la URSS, así como los procesos de privatización de territorios en todo el sur global mediante la colonización: invasiones militares, y neocolonización: planes de ajuste estructural y tratados de libre comercio. En el primer caso, se trata de la invasión militar abierta contra países periféricos, con diversas retóricas gramaticales (anticomunismo, defensa de la democracia, lucha contra el narcotráfico, humanitarismo, etcétera); en otras palabras, una práctica clara de colonialismo: dominación territorial mediante la presencia efectiva del Ejército del país colonizador sobre el colonizado (ligado en más de un caso al aseguramiento del acceso

a combustibles fósiles, acceso a recursos naturales o posicionamientos estratégicos). En el segundo caso, se trata de la sujeción formal (jurídica) como mecanismo para la sujeción política: entrega total de la soberanía, y la sujeción económica: entrega de los recursos del país dominado al capital privado extranjero. En ambos casos, se produce el sometimiento de los trabajadores y las trabajadoras a condiciones intensivas de explotación, agudizando la contradicción capital/trabajo en todas sus dimensiones a escala global.

III. La dualidad valor y valor de uso: las condiciones ontológicas de la dominación

Del despliegue histórico al análisis lógico

La reproducción de la relación de dominación que el capital despliega sobre las clases trabajadoras supone, como facticidad histórica, que se reproduzca el mismo punto de partida de dicha dominación. «El proceso capitalista de producción, pues, reproduce por su propio desenvolvimiento la escisión entre fuerza de trabajo y condiciones de trabajo» (Marx, 2012, p. 711). En otras palabras, se reproduce la propia relación capitalista que había sido, en principio, impuesta violentamente. ¿Cómo se genera esta reproducción? ¿De qué manera y por cuáles *mediaciones* el capital logra reproducir una relación de dominación en tanto reproducción *para sí*? ¿Cómo puede coordinarse un sistema de reproducción metabólica sobre esta base de expropiación? De entrada debo observar que reproducir la relación capitalista supone reproducir, por un lado, al propio capitalista, pero fundamentalmente, reproducir al trabajador(a); y en ello, la dualidad expresada por el *valor de uso* y el *valor* es decisiva.

En general la literatura marxista, incluso los enfoques más críticos que he logrado revisar durante la realización de esta investigación, coinciden en señalar la inversión que opera en el capitalismo, donde la calidad se subordina a la cantidad,

el valor de uso al valor de cambio, el trabajo concreto al trabajo abstracto, el ser humano al capital. Pero no he encontrado la articulación histórica de cómo se logra esta subordinación¹.

- 1 Solo por nombrar algunos ejemplos. En su propuesta de una *economía para la vida* y la argumentación en torno a la factibilidad de la vida, Hinkelammert argumenta la imposibilidad de superar el mercado dado que la coordinación indirecta que este permite en la sociedad no puede ser sustituido, pero no ubica que la vinculación indirecta del mercado es posible gracias a la mediación del valor y, por tanto, supone la escisión que aquí busco desarrollar en su nivel más simple (Hinkelammert y Mora, 2014). A partir de allí he comenzado una crítica a la factibilidad trascendental, en el sentido de una continuación de los aportes de Hinkelammert (Landa, 2022). En su obra clásica, el marxista húngaro István Mészáros (2010) señala el «círculo vicioso» que se reproduce a partir de las mediaciones de segundo orden impuestas por el metabolismo del capital, pero no indica cómo se pasa de las mediaciones de primer orden a estas teniendo en cuenta el problema de la mediación del valor (pp. 162-210). Cuando la filósofa Katya Colmenares interviene en el debate para señalar el problema de la inversión de la realidad, como punto de partida para comprender el tránsito de Hegel a Marx, es decir, hacia la ciencia crítica, tampoco descubre que la inversión de la realidad se fundamenta, lógicamente, en la escisión de valor y valor de uso (Colmenares, 2014). Armando Bartra, buscando esquivar la interpretación antropológica de la teoría del valor para hacer espacio a la comprensión de los procesos de trabajo materialmente diversos que caen dentro del fetichismo de la mercancía, luego de terminado el mismo proceso de producción, no ve en la escisión valor-valor de uso el mecanismo celular —para recordar una metáfora utilizada por Marx— desde donde se encadenan al capital los diversos procesos productivos, incluyendo aquellos que no son en su materialidad directamente capitalistas (Bartra, 2008, pp. 137-174). Los filósofos españoles Carlos Fernández y Luis Alegre señalan que en *El Capital*, Marx separa constantemente lo que es el mercado de lo que es el capital, con lo cual encuentran problemático al momento de entender el tránsito de una economía mercantil a una economía propiamente capitalista, pues los supuestos de esta última no se encuentran en la primera (Fernández y Alegre, 2011, pp. 417-436). La «pauta extraña» que los autores no encuentran en su interpretación es, precisamente, la escisión entre valor-valor de uso que opera en el mercado subordinado a la formación propiamente capitalista. Por su parte, el filósofo Bolívar Echeverría, pese a su acucioso y sugerente análisis de la «forma natural» o «valor de uso» y su relación con la «forma de valorización del valor», no detalla la relación celular que allí se genera y cómo es la escisión base desde donde se genera la fetichización de dicha forma natural (Echeverría, 1998, pp. 153-197). En el estudio clásico de Isaak Rubin (1979) sobre la teoría del valor y la explicación sobre el funcionamiento del valor como regulador de la producción social, está presupuesto de manera implícita la escisión entre valor-valor de uso (pp. 111-331). Considero que dicha escisión y sus consecuencias históricas en la construcción del mercado mundial (o medida geopolítica del capital mundial) también es un presupuesto no hecho explícito por el economista Samir Amin en su explicación de la unidad del capitalismo mundial, a partir de la «transformación del valor en valor mundializado» (Amin, 201). El filósofo Ludovico Silva, en su extenso estudio sobre el concepto de alienación en Marx, encuentra que la «alienación celular» se halla en el paso universal

Tampoco el análisis lógico de la trabazón que permite al capital imponer la mediación del valor como tránsito necesario para la realización del valor de uso. Precisamente, en términos materiales, la escisión histórica entre condiciones objetivas y subjetivas de reproducción de la vida de los propios sujetos vivos (nótese que no hablo solo de la expropiación de los «medios de producción» como el marxismo clásico) es la base real sobre la cual se logra completar la escisión valor-valor de uso. Pero esta escisión, en cuanto base lógica, es lo que permite la reproducción del sistema: ella es el fundamento desde donde el capital logra mediar los procesos de reproducción del sistema como procesos de valorización de sí mismo. En lo seguido busco presentar un análisis dialéctico de esta escisión en el nivel más simple y concreto, para luego avanzar hacia un nivel más complejo en la reproducción ampliada.

En la intuición de trabajo que propongo acá, es la dualidad valor-valor de uso la que *hace posible* la reproducción simple de las condiciones de dominación sobre las clases trabajadoras

de los valores de uso a valores de cambio, sin embargo, dado su perjuicio en torno al movimiento de la dialéctica explicitado por Hegel y que está presente en la dualidad valor-valor de uso, no logra desarrollar esta intuición en toda su amplitud (Silva, 2006c, pp. 267-292); con todo, es una pista que he logrado seguir en mis propios desarrollos (Landa, 2018). En el amplio y detallado estudio del marxista argentino Néstor Kohan, que reconstruye en clave política y crítica la teoría del fetichismo de Marx como teoría del poder, tampoco encontramos una vinculación entre esta escisión originaria que se encuentra en la misma base del problema del fetichismo entendido como teoría del poder. Finalmente, el investigador mexicano José Gandarilla construye los sugerentes conceptos de devenir-capital del mundo y devenir-mundo del capital a partir de los dos grupos de relaciones antagónico-conflictivas: (A) el poder frente al hacer/poder-sobre, y (B) la dominación/explotación/apropiación frente democracia/sustento/disponibilidad, en la que, considero, hace falta un eslabón que explique cómo es que las primeras relaciones logran subordinar a las segundas, pero sin suprimirlas del todo (Gandarilla, 2003, pp. 71-89). Podría seguir con alusiones a otras investigaciones, sin embargo, baste lo dicho para ejemplificar el punto. Con ello no busco señalar que algo «falte» en estas interpretaciones e investigaciones, todas con aportes importantes al pensamiento crítico marxista y en las cuales me he formado, sino situar mi perspectiva para desde allí avanzar en nuevos aportes desde lo ya andando por la tradición de pensamiento donde reconozco mi consciencia efectual y la presente investigación.

—asalariadas o no—. En lo fundamental, expropiación y escisión del trabajo vivo de sus condiciones objetivas y subjetivas de reproducción es equivalente a la escisión entre valor y valor de uso, sobre cuya dialéctica opera la relación capital. Esto equivale, metodológicamente, a pasar de la exposición histórica de los capítulos anteriores a una exposición lógica del despliegue de la dominación, tanto a nivel simple como en un nivel ampliado. Revisemos esto.

Trabajo, valor y valor de uso

Desde un comienzo en *El Capital*, Marx asienta la dualidad contenida en la mercancía como expresión de la dinámica del proceso de producción igualmente dual. En ese sentido, las relaciones entre: A) valor de uso=trabajo útil o concreto; B) valor=trabajo abstracto, y C) valor de cambio=trabajo necesario² son esenciales para comprender el entramado de relaciones de dominación que se tejen sobre la totalidad de la fuerza viva de trabajo (y sobre las distintas corporalidades que la posee como condición inmanente). El trabajo, en cuanto actividad necesaria en toda formación social, es la mediación de primer orden que le permite a una sociedad producir los satisfactores necesarios para la reproducción y desarrollo de la vida en los límites del metabolismo dado. En este sentido, «el trabajo es, independientemente de todas las formaciones

2 A lo largo de *El Capital*, Marx mismo reconoce que utiliza de dos maneras el concepto de trabajo necesario o tiempo de trabajo socialmente necesario. En primer lugar, se trata del tiempo para la producción de un valor en general, es decir, de la magnitud del valor. Posteriormente, cuando analiza el proceso de creación y apropiación de plusvalor, reservará el término para el tiempo en que el trabajador reproduce su salario, siendo el tiempo restante plus tiempo de trabajo. Se puede revisar la aclaración de Marx, 2012, p. 261, n. 29. En este apartado, a menos que se indique lo contrario, utilizo el concepto en el primer sentido, es decir, como el tiempo en que se coagula determinada cantidad de trabajo y que es expresado en una cantidad de valor.

sociales, condición de la existencia humana, necesidad natural y eterna de mediar el metabolismo que se da entre el hombre y la naturaleza, y, por consiguiente, de mediar la vida humana» (Marx, 2012, p. 53). Por su parte, la fuerza de viva trabajo o capacidad de trabajo es «el conjunto de facultades físicas y mentales que existen en la corporeidad, en la personalidad viva del ser humano y que él pone en movimiento cuando produce valores de uso de cualquier índole» (p. 203).

Consecuentemente, las equivalencias anotadas expresan tres relaciones fundamentales. En primer lugar, tenemos al trabajo concreto o trabajo útil, específico, cualitativamente distintos unos a otros, y con cuyo gasto de fuerza de trabajo se produce un valor de uso destinado a satisfacer alguna necesidad cualquiera que ella sea. En cualquier modo de producción, este trabajo se desarrolla como proceso laboral simple. De allí que «los valores de uso constituyen el contenido material de la riqueza, sea cual fuere la forma social de esta» (Marx, 2012, p. 44).

En segundo lugar, tenemos al trabajo abstracto como la medida de todos los posibles trabajos concretos, en tanto que expresa lo que ellos tienen en común: ser gasto de fuerza viva del trabajador o trabajadora; en este sentido, su producto no es ya un valor de uso, materialmente concreto, sino simple valor: coagulación de trabajo humano. De allí que todo valor de uso «solo tiene valor porque en él está objetivado o materializado trabajo abstractamente humano» (Marx, 2012, p. 47). El gasto abstracto de fuerza laboral así concebida se desarrolla como proceso de formación de valor.

Finalmente, el tiempo de trabajo socialmente necesario expresa la relación cuantitativa entre el trabajo abstracto y su producto, en tanto que él representa al tiempo «requerido para producir un valor de uso cualquiera, en las condiciones normales de producción vigentes en una sociedad y con

el grado social medio de destreza e intensidad de trabajo» (Marx, 2012, p. 48). De suerte que es la cantidad de trabajo abstracto socialmente necesario lo que determina la magnitud del valor de un producto, esto es, su valor de cambio.

Entonces, tenemos que todo trabajo concreto o útil produce valores de uso, aunque no todos provienen de él; la naturaleza y en general lo que se conoce en la literatura actual como bienes comunes: el agua, la tierra, los océanos, el aire, el espacio, etcétera, no son, en principio, valores, aunque sí valores de uso para las sociedades³. Ahora, un producto del trabajo puede ser valor, pero no mercancía, si, por ejemplo, satisface una necesidad inmediata del productor sin que deba transitar por el mercado para realizar su utilidad. Entonces, para ser mercancía, todo producto deberá ser producido para otro y llegar a él por intermedio de la circulación mercantil, siempre adecuada a alguna forma de expresión del valor (Marx, 2012, pp. 58-86) y, por tanto, con un grado determinado de desarrollo de dicha circulación. Sin embargo, «solo los productos de trabajos privados autónomos, recíprocamente independientes, se enfrentan entre sí como mercancías» (Marx, 2012, p. 52); de suerte que la división social del trabajo altamente desarrollada es presupuesta para el desarrollo de la circulación mercantil (aunque no sea su causa inmediata). Finalmente, cualquier objeto para ser valor, incluso para circular como mercancía, debe ser útil, es decir, objeto de algún tipo de consumo para satisfacer alguna necesidad (no importa de dónde surja ella, si del estómago o de la imaginación⁴); por tanto el valor tiene una base material indispensable en el valor de uso.

3 Como sabemos por la misma historia del capitalismo, como por los procesos actuales de deterioro ecológico generalizado, estos bienes comunes también han sido mercantilizados y hasta se cotizan en las bolsas de valores.

4 La necesidad de dicho consumo traerá aparejado distintos procesos de subordinación del consumo de las clases trabajadoras, pero aún no podemos detenernos en ello.

Con la escisión definitiva entre valor y valor de uso que opera en la formación capitalista, el valor se autonomiza y aunque no puede liberarse por completo de su base material —lo cual genera una tensión permanente donde podemos encontrar el fundamento de la crisis—, impondrá su lógica de revalorización constante sobre todo valor de uso. Si, a nivel simple, la mercancía expresa esta dualidad y la muestra de manera inmediata es porque ella es expresión de la dualidad del trabajo y, por tanto, dicha dualidad atraviesa el mismo proceso productivo capitalista determinando el sentido y dirección del mismo. Así, desde el punto de vista real, material, el proceso productivo es proceso de trabajo, producción de un valor de uso concreto, trabajo útil. Desde el punto de vista del movimiento de creación de valor, el proceso de producción es proceso de valorización, creación de un nuevo valor, coagulación de trabajo humano indiferenciado, objetivación real en la substancia valor. En lo seguido, entonces, habrá que analizar determinaciones que la dualidad valor-valor de uso adquiere dentro del proceso productivo capitalista para ver allí cómo se eslabona el proceso de dominación del capital, es decir, ver cómo el valor domina al valor de uso y media su realización, con lo cual reproduce las condiciones de dominación del capital en una escala simple.

Determinaciones formales de la dualidad valor-valor de uso a lo interno de la unidad de la producción capitalista simple

Como sabemos gracias a la investigación de Marx, en el proceso de producción capitalista simple se sintetiza la unidad de los dos momentos arriba apuntados: (A) el de la producción de valores de uso concretos durante el proceso de trabajo,

(B) así como el de la producción de valores en determinadas magnitudes durante el proceso de formación del valor. La unidad de los momentos (A) y (B) se expresa como proceso de producción capitalista, es decir, de producción de plusvalor. Lo característico del proceso de producción capitalista es la creación de más valor o el aumento de la magnitud del valor más allá del cuanto que se utilizó para comenzar determinado proceso productivo.

La función verdadera, específica del capital en cuanto capital es, pues, la producción de plusvalor, y esta [...] no es otra cosa que producción de plustrabajo apropiado —en el curso del proceso de producción real de trabajo no pagado, que se ofrece a la vista y objetiva como plusvalía. (Marx, 2009b, p. 6)

Es decir, ya no se trata solo de producir valores, determinadas mercancías, como podría ser el caso de una formación histórica cualquiera con desarrollo mercantil, pongamos por ejemplo la circulación mercantil entre las sociedades de la región geohistórica mesoamericana, donde un excedente de la producción era destinado al intercambio, pero sin que ello acarrearla la acumulación/reproducción de capital a lo interno de la propia comunidad. En el capitalismo, por el contrario, se trata también de valorizar, es decir, de crear más valor del que intervino durante el proceso productivo particular, cualquiera que este sea. Desde el punto de vista del capital, este resultado es creación de plusvalía, desde el punto de vista del trabajo se trata de explotación: plustrabajo apropiado de manera impaga.

A lo interno del proceso de producción simple de capital, donde la unidad del proceso de valorización y del proceso de trabajo dan origen a la mercancía como unidad de valor y valor de uso, el capital adquiere determinaciones correspondientes a la misma dualidad.

En efecto, en el proceso de producción capitalista se presentan determinaciones formales del valor de uso inmanentes al mismo proceso, en tanto proceso de trabajo material, concreto, real. Así, las mercancías compradas por el capitalista particular para su consumo durante el proceso de producción entran como valores de uso que en dicho proceso, se «escinden» en dos elementos analíticamente diferenciados: por un lado, las condiciones objetivas de producción: los medios de producción; por el otro, las condiciones subjetivas de la producción: la capacidad viva de trabajo orientada a un fin. En el proceso, las condiciones objetivas en tanto valores de uso determinados son transformadas, modificadas en su forma, para dar resultado a un valor de uso específico. Dicha transformación se opera por medio de la capacidad viva de trabajo que, en tanto valor de uso, es una capacidad específica y activa que convierte a las condiciones objetivas en objeto de su actividad particular para transformarlos y producir un nuevo valor de uso. Este proceso que «por medio del trabajo útil crea con valores de uso nuevos valores de uso» es un «proceso real de trabajo», de suerte que la globalidad del proceso real de trabajo en el que se produce capital, «en la interacción viva de sus elementos objetivos y subjetivos, se presenta como la forma total del valor de uso, eso es [como] la forma real del capital en el proceso de producción» (Marx, 2009b, p. 9). En esta determinación formal del capital como valor de uso, en su figura total, el trabajo vivo es la fuerza motriz de todo el movimiento puesto que es ella la que puede dar una nueva cualidad a las condiciones objetivas para crear un valor de uso nuevo.

Ahora, precisamente por su característica particular, la capacidad viva de trabajo como valor de uso tiene una doble determinación formal que no poseen las condiciones objetivas de producción.

En efecto, antes de entrar al proceso de producción, las condiciones subjetivas en tanto capital no representan una magnitud dada, sino una magnitud variable, fluida, en movimiento. Ello es así porque esa parte del capital con el que se le paga a las clases trabajadoras se intercambia por un elemento especial: «la capacidad viva de trabajo, que genera valor y que, como elemento que produce valores puede ser mayor o menor, puede representarse como magnitud variable» (Marx, 2009b, p. 13). Por tanto, la forma de valor de uso que tiene esa mercancía especial antes de su ingreso al proceso de producción se presenta como «completamente diferente de la forma que adopta dentro de este proceso y que es la de la fuerza de trabajo que se manifiesta activamente, la del trabajo vivo mismo» (p. 14). Antes de entrar al proceso de producción se trata de medios de subsistencia de las y los obreros, un determinado cuanto, siempre variable, de los mismos; pero al entrar ya no se trata de dichos medios de subsistencia (expresados en dinero, salario), sino de la misma capacidad viva de trabajo adquirida por el capitalista a partir de aquellos.

Ahora bien, estamos hablando de *determinaciones formales* del valor de uso en tanto capital específico, del trabajo en cuanto valor de uso del capital mismo, es decir, subordinado al comando jerárquico del capital. Pero si hablamos del valor de uso en cuanto trabajo vivo, este ya no se presenta como una parte variable del capital, sino como su antítesis radical pero excluida absolutamente de toda posibilidad de realización y realidad objetiva, como pura potencialidad, como posibilidad absoluta de crear valores, pero posibilidad abstracta: porque está separada de sus condiciones objetivas de producción. La capacidad viva de trabajo no solamente es otra cosa antes de entrar como valor de uso en el proceso de trabajo, sino que es una propiedad inherente a la corporalidad viva del trabajador o trabajadora. Así,

como no-ser de los valores en cuanto objetivados, el trabajo es su ser en cuanto no-objetivados, su ser ideal: la posibilidad de los valores, y como actividad, lo que pone los valores. Frente al capital, el trabajo es la mera forma abstracta, la mera posibilidad que pone los valores, la cual solo existe como capacidad, como facultad, en la constitución corporal del obrero. Pero llevado a una actividad real por medio del contacto con el capital —por sí solo, como es inobjetivo, no puede llegar a aquella—, se convierte en una actividad productiva, real, que pone valores. (Marx, 2009a, p. 238, tomo I)

La reunión de las condiciones objetivas y subjetivas del capital en cuanto valores de uso de él, como fuerzas productivas que él adquiere, domina y explota (ya veremos cómo y por qué), constituyen el proceso de producción real de capital específico: al subordinar materialmente las condiciones objetivas y subjetivas de reproducción, el propio capital se autorreproduce de manera concreta.

Ahora, como proceso de valorización, el capital adquiere otras determinaciones formales, no ya como valor de uso, sino como valor.

En primer lugar, el cuanto de valor del capital, su magnitud dada con la que entra al proceso de producción es menor de lo que será la cantidad de valor lanzada posteriormente al mercado con el nuevo producto. Esto sucede porque, si bien las condiciones objetivas de producción representan una parte constante de valor (capital constante lo llama Marx), las condiciones subjetivas, esto es, la capacidad de trabajo, representan no ya un valor variable (el pago de su mercancía particular), sino «la valorización en cuanto proceso [...] el trabajo que se realiza constantemente como valor, pero que pasando también sobre los valores puestos procede a una creación de valores» (Marx, 2009b, p. 14).

Así, para alcanzar la finalidad del proceso de valorización, primero, las condiciones objetivas de producción deben conservar su magnitud de valor y reproducirse en el nuevo producto sin representar un gasto adicional. Ello supone que el capital constante no se desperdicie en su consumo, que se le consuma productivamente de acuerdo a la media social que está indicada por el desarrollo de las fuerzas productivas del momento. Además, es indispensable que el proceso llegue a término con un resultado objetivo, sin interrupciones y de manera ordenada de acuerdo al fin presupuesto. «Ello depende, en parte, de los obreros mismos, y aquí es donde comienza la vigilancia de los capitalistas» (Marx, 2009b, p. 15). De otra parte, ello depende de condiciones exteriores incontrolables las cuales el capital buscará siempre de reducir, controlar o externalizar según sea el caso.

En segundo lugar, el proceso de valorización supone, con respecto a las condiciones subjetivas de trabajo, que la capacidad viva de trabajo: (A) conserve el valor del capital implicado en la producción, y (B) cree un valor por encima de este en cuanto inicial, incremente el valor que entra en el proceso productivo; en otras palabras, producir plusvalía, un trabajo excedente por encima del contenido en la magnitud del salario. Para ello el tiempo de trabajo dedicado a la producción del producto debe corresponder al tiempo de trabajo socialmente necesario. Es decir, «el obrero debe ejecutar en un tiempo determinado el cuanto socialmente normal de trabajo útil», de allí que el capitalista coaccione al obrero para que su trabajo «alcance cuando menos el grado medio de intensidad conforme a la norma social»; aunque si es posible, el capitalista también forzará al obrero a aumentar la intensidad y extensión de su trabajo (Marx, 2009b, pp. 16-17).

Esta necesidad que impone el proceso de valorización dentro del proceso de producción propiamente capitalista,

supone una transformación del proceso de trabajo real, del proceso total del capital como valor de uso. Si, como vimos arriba, en el proceso de trabajo la capacidad viva de trabajo logra transformar las condiciones objetivas para crear un nuevo producto y ella domina este proceso como fuerza motriz,

desde el punto de vista del proceso de valorización, empero, las cosas se presentan diferentemente. No es el obrero quien emplea los medios de producción, son los medios de producción los que emplean al obrero. No es el trabajo vivo el que se realiza en el trabajo material como en su órgano objetivo; es el trabajo material el que se conserva y acrecienta por la succión del trabajo vivo, gracias a lo cual se convierte en un valor que se valoriza, en capital, y funciona como tal. (Marx, 2009b, p. 17)

En el proceso de producción capitalista, el proceso de valorización (el valor) subordina al proceso de trabajo (valor de uso), con lo cual el capital permanece en la totalidad del proceso y se acrecienta a partir de la capacidad viva de trabajo de los y las trabajadoras. En conclusión, el valor y su magnitud determinada, el valor de cambio, «solo puede volverse autónomo» cuando se enfrenta y subordina al trabajo, es decir, «haciendo frente al valor de uso que se le contrapone en cuanto tal» (Marx, 2009a, p. 213, tomo III).

Desplazamiento del trabajo vivo por el capital: escisión valor-valor de uso y sus determinaciones materiales

Como resultado del proceso de construcción de la dominación jerarquizada sobre el metabolismo social, en la formación social capitalista el trabajo deja de ser la mediación

dominante al quedar subordinado al capital dentro del proceso de producción, con lo cual, el valor (posible de cuantificar en términos abstractos, es decir, abstrayéndose de las relaciones sociales reales) pasa a ser la mediación dominante del metabolismo social y, en consecuencia, a expresar la *determinación de la forma* de dicha sociedad. La realidad queda invertida como realidad puesta por el capital. En el capitalismo, como comenté arriba, de lo que se trata es de acrecentar constantemente este valor. Precisamente, «el intercambio de trabajo vivo por trabajo objetivado, es decir, el poner el trabajo social bajo la forma de la antítesis entre el capital y el trabajo, es el último desarrollo de la relación de valor y la producción fundada en el valor» (Marx, 2009a, p. 227, tomo II). En el capitalismo nos encontramos, por consiguiente, ante el desarrollo total y totalitaria de la relación valor con respecto al antagonismo entre capital-trabajo, antagonismo del cual el valor es el mediador.

La compra-venta de capacidad de trabajo como condición para realizar cualquier actividad práctico-productiva es, por consiguiente, a nivel de los procesos de trabajo, la principal consecuencia de la expropiación originaria a la que son sometidas las clases trabajadoras⁵; ella no hace sino expresar la escisión originaria entre clases trabajadoras y condiciones de producción en la dualidad *valor de uso-valor*, que ahora atraviesa la totalidad de la producción social. Precisamente, «en el proceso capitalista de producción el proceso de trabajo

5 Debo señalar que, en este nivel de análisis, no puedo detenerme a detallar el proceso histórico de las diferentes actividades que no quedan inmediatamente subsumidas bajo la mediación del valor, como tampoco estudiar aquellos procesos de trabajo que no caen dentro de la esfera de la relación salario, pero que igualmente están subordinados directa o indirectamente al metabolismo del capital. Lo característico de la mediación metabólica del capital es su tendencia hacia la totalización, a través de la cual va subordinando dimensiones de la reproducción objetiva tanto inmediata como mediatamente.

solo se presenta como medio, el proceso de valorización o la producción de plusvalía como fin» (Marx, 2009b, p. 33). Es decir, el proceso de valorización domina al proceso de trabajo real: la finalidad es la autovalorización del capital, el crecimiento del valor. Ello implica que desde el punto de vista del trabajo vivo, el proceso productivo de capital supone otras determinaciones, ahora materiales, de la dualidad valor-valor de uso, donde el primero domina al segundo y se le impone como fin último del proceso real.

En ese sentido, la unidad del proceso productivo considerada desde el trabajo vivo expresa una escisión del mismo dentro del proceso productivo. Se reduce el trabajo a una dualidad, «por un lado, como trabajo concreto en el valor de uso de las mercancías, y por el otro, se calcula como trabajo socialmente necesario en el valor de cambio» (Marx, 2009b, p. 22). En el caso del trabajo como valor de uso, se trata de un trabajo concreto, útil, diferenciado, por cuya actividad se conservan los valores y se crea un nuevo valor de uso. En el caso del trabajo como valor de cambio se trata de un cuanto de trabajo socialmente necesario, de trabajo abstracto, indiferente de su contenido, coagulación de trabajo humano. «En el primer caso se trata exclusivamente de calidad, en el segundo, pura y simplemente de la cantidad del trabajo» (Marx, 2009b, p. 23).

Ahora, en el proceso real de trabajo dicha diferencia se expresa de forma cualitativamente activa como la contraposición entre trabajo vivo y trabajo objetivado. El trabajo concreto aparece no solo como diferente unos de otros, sino como trabajo que «está realizándose y que expelle constantemente de sí su producto en contraposición con aquellos trabajos ya objetivados en sus productos peculiares» (Marx, 2009b, pp. 23-24). Aquí se presenta una contraposición entre el trabajo ya objetivado, como existencia del capital presente en el espacio inmediato, frente al trabajo vivo, como gasto de

capacidad vital que existe en el trabajador o la trabajadora, que se va realizando y materializando en el tiempo real, que no es (aún en el espacio) sino que se encuentra siendo, en movimiento. «Por añadidura, en el proceso laboral el trabajo objetivado se presenta como el elemento o punto de partida objetivo para la realización del trabajo vivo» (Marx, 2009b, p. 23).

Por su parte, en el proceso de valorización, aquella dualidad del trabajo se presenta cuantitativamente activa. Es decir, el trabajo existente de manera objetiva y particular no es más que un determinado cuanto o cantidad de trabajo social general, es una magnitud de valor que puede expresarse en dinero (en el precio de los medios de producción). Por su parte, el trabajo en movimiento es un cuanto de trabajo agregado o sumado a esta cantidad inicial, una magnitud de valor adicional que se puede expresar —por acción de la ley del valor— en el precio de la mercancía como un precio mayor del costo de producción. En ambos casos se trata de una cantidad de trabajo social, de trabajo abstracto, solo que en el caso de los medios de producción es una cantidad ya objetivada, trabajo pasado, trabajo muerto; en el caso de la magnitud que agrega el trabajo vivo se trata de una actividad implicada en el mismo proceso de objetivarse, trabajo vivo, trabajo en proceso de objetivación. Aquí es el trabajo muerto el que constituye el sujeto que domina el proceso, puesto que a través de la absorción del trabajo vivo aumenta su magnitud de valor. Precisamente, «esta absorción suya de trabajo vivo adicional constituye su proceso de autovalorización, su transformación real en capital, en valor que valoriza a sí mismo» (Marx, 2009b, p. 24).

Como se aprecia, la dualidad valor-valor de uso atraviesa a lo interno del modo de producción capitalista con diversas determinaciones materiales. Se trata de una dualidad en la que el valor se impone y coloca como mediación de sí mismo,

de su crecimiento, al valor de uso en su proceso total, real. Al acentuar dicha dualidad y desarrollarla en toda la sociedad, la relación capital logra imponerse sobre el metabolismo social, controlándolo en su totalidad, dominando su proceso real mediante la subordinación del trabajo vivo disponible en la sociedad. De allí que la expropiación originaria y sostenida en el tiempo de las condiciones objetivas y subjetivas de reproducción sea la base material, real, que permite completar la escisión entre valor-valor de uso. Con ello, también la misma corporalidad de los sujetos de la sociedad quedan sometidos a la necesidad compulsiva de vender su capacidad de trabajo al capitalista. Este último, a su vez, necesita de esa capacidad viva para poder reproducir su capital, pues es ella lo único que no puede expropiar, tiene que apoderarse de ella mediante el complejo de mediaciones de dominación, pues «las funciones que ejerce el capitalista no son otra cosa que las funciones de capital mismo —del valor que se valoriza succionando trabajo vivo— ejercidas con consciencia y voluntad» (Marx, 2009b, p. 19). Por consiguiente, como aclara Marx,

Solo a través del proceso originario de intercambio entre el capitalista y el obrero —como poseedores de mercancías— se presenta al factor vivo, la capacidad de trabajo, como un elemento de la forma real que reviste el capital en el proceso de producción. Pero tan solo dentro del proceso de producción el trabajo objetivo se transforma, mediante la absorción de trabajo vivo, en capital, y solo así, pues, el trabajo se transforma en capital. (Marx, 2009b, p. 325)

Como resultado de esta necesidad compulsiva impuesta por el dominio metabólico del capital, la misma existencia como corporalidad viva de las clases trabajadoras —ya no solo como trabajador o trabajadora en acto— está comprometida

en el mismo proceso dual. De otra forma, para lograr subordinar al trabajo vivo y mediar la totalidad del metabolismo social, el capital completa la escisión entre *valor de uso* y *valor*, determinando la reproducción de la vida misma a través de las mediaciones impuestas por el valor.

El proceso de producción simple de capital que se realiza teniendo como supuesto el intercambio entre la capacidad de trabajo y capital es, pues, también reproducción simple de la dominación de este último sobre aquella, dominación que se realiza a través del desplazamiento del trabajo vivo como mediación dominante del metabolismo anterior para ubicar en el centro al valor y a través de él, al mismo capital. ¿Cómo se expresa esta reproducción simple de la dominación del capital sobre el trabajo? Veamos la cuestión desde el punto de vista del mismo trabajo.

Trabajo vivo y reproducción simple de la dominación: los medios de subsistencia

En la formación social capitalista, el proceso productivo «en cuanto unidad del proceso laboral y del proceso de valorización, es un proceso de producción capitalista, forma capitalista de la producción de mercancías» (Marx, 2012, p. 239). Sin embargo,

El producto del proceso de producción capitalista no es ni un mero producto (valor de uso), ni una mera mercancía, es decir, un producto que tiene valor de cambio; su producto específico es la plusvalía. Su producto son mercancías que poseen más valor de cambio, esto es, que representan más trabajo que el que para su producción ha sido adelantado bajo la forma de dinero o mercancías. (Marx, 2009b, p. 33)

Los productos así obtenidos pueden ser vendidos como mercancías en el mercado con un «plus», un valor mayor del que se utilizó en su fabricación. El capitalista, dueño —por expropiación histórica— de los medios objetivos de producción, así como del producto del proceso productivo, también se apropia de este «plus» como *su ganancia*, como rédito⁶.

Ahora bien, «si al capitalista este rédito solo le sirve como fondo de consumo o lo gasta tan periódicamente como lo obtiene, se verifica, siempre que las demás condiciones se mantengan iguales, una reproducción simple» (Marx, 2012, p. 696). Por consiguiente, la reproducción simple expresa la reproducción del capital mediante su valorización durante la unidad del proceso de producción, sin necesidad de que esta valorización se convierta en un nuevo capital.

Salta a la vista que lo que está supuesto para el movimiento productivo en su conjunto es una dualidad puesta por el mismo trabajo vivo (una determinación suya) durante la producción simple, y a su vez en la misma mercancía para su circulación. En tanto satisfactores de necesidades, las mercancías son productos de trabajos concretos o útiles, donde el gasto cualitativamente distinto de la fuerza viva de trabajo se objetiva en un valor de uso necesario para la vida (o para el capital)⁷. Ahora, en tanto productos de dicha fuerza en

6 En este nivel de abstracción no puedo ocuparme de la distribución de esta plusvalía, ni de la transformación de la misma en ganancia, o de la tensión entre consumo e inversión de dicha ganancia. Todo ello supone determinaciones más complejas que no son objeto aquí de estudio.

7 Aunque no me detenga a desarrollarlo por necesidades de la argumentación, debo recordar que en la actualidad se evidencia con mayor ímpetu la producción superflua e innecesaria para la vida que ha desarrollado el capitalismo para su propia valorización (Vega Cantor, 2018). Además, ahora se verifica que el consumo de dicha producción es también nocivo para la vida misma: pensemos en los agronegocios (agrotóxicos, alimentos transgénicos, etcétera) o en las farmacéuticas (medicamentos que no curan a las personas enfermas o tienen daños secundarios importantes, medicalización de la salud, etcétera) y hasta los mismos alimentos (el azúcar blanca es un caso paradigmático). El marxista Jorge Veraza (2008) ha propuesto el concepto de *subsunción real del*

general, como substancia que solo contiene indiferentemente objetivada dicha fuerza, los satisfactores son valores; la cantidad en que se objetiva dicha fuerza determina la magnitud con que dicho valor circula en el mercado bajo la forma de mercancía.

¿Qué sucedió con el despliegue histórico de la relación capital? Que la separación entre clases trabajadoras y sus condiciones de producción conlleva⁸ la expropiación de los mismos medios de subsistencia de dichas clases, con lo cual, la adquisición de los valores de uso indispensables para la vida (incluyendo los más básicos, como el alimento o la vestimenta) está determinada por la circulación de los mismos como mercancías con un determinado valor de cambio y que, para ser consumidos y consecuentemente satisfacer alguna necesidad, primero deben ser adquiridos como tal. Entonces, lo que es una determinación puesta por la capacidad de trabajo que tiene un límite en el metabolismo de la formación anterior específica: en formaciones anteriores al capitalismo no todo valor de uso es producido para el intercambio mercantil, ahora, bajo la relación capital se convierte en la mediación fundamental para la realización de cualquier proceso productivo, incluyendo la reproducción de la corporalidad que continente, en potencia, la fuerza viva con la cual realizar dicho proceso. En lo seguido, pues, toda persona, toda comunidad, todo individuo que no tenga propiedad sobre sus condiciones de producción⁹, deberá *cambiar* su fuerza de trabajo,

consumo para la comprensión de esta profundización del proceso de mercantilización de la propia corporalidad humana.

8 Nótese que dado el nivel en que se ubica el argumento, que sigue de cerca el texto de Marx, hay un énfasis en el campo económico.

9 Como mostraré en otro estudio en proceso de realización, las condiciones de circulación y para el consumo también son expropiadas como maneras de valorización del capital en procesos crecientes de explotación y dominación sobre comunidades enteras. Es allí donde se realiza, por ejemplo, la subordinación de comunidades cuyo modo de trabajo inmediato no está directamente bajo el control de un capital.

es decir, venderla como mercancía (enajenar su valor de uso y realizar su valor de cambio), para obtener *un salario*¹⁰ que le permita adquirir en el mercado los valores de uso —que circulan como valores de cambio— indispensables para su reproducción (y la de su familia). Como se aprecia, todo el movimiento está mediado por la dualidad valor-valor de uso, donde el valor ejerce el control del proceso. Queda claro, por consiguiente, que

la dominación de los capitalistas sobre los obreros es solamente el dominio sobre estos de las condiciones de trabajo (entre las cuales se cuentan también, a más de las condiciones objetivas del proceso de producción —o sea, los medios de producción—, las condiciones objetivas del mantenimiento y de la eficacia de la fuerza de trabajo, es decir, los medios de subsistencia), condiciones de trabajo que se han vuelto autónomas, y precisamente frente al obrero. (Marx, 2009b, p. 18)

Para entender cabalmente este proceso de dominación sobre las condiciones de subsistencia de la fuerza viva de trabajo, observemos que «la fuerza de trabajo solo existe como facultad del individuo vivo», por lo que la producción de ella supone la vida de dicho individuo. Así, una vez dada dicha vida, «la producción de la fuerza de trabajo consiste en su propia reproducción o conservación». Por consiguiente, para la conservación de la corporalidad viva de los y las trabajadoras que poseen dicha fuerza de trabajo, «se requiere cierta cantidad de medios de subsistencia» (Marx, 2012, p. 207). De suerte que «quien dice capacidad de trabajo no se abstrae de los medios necesarios para la subsistencia de la misma» (p. 211).

10 De nuevo debo apuntar que en este nivel de abstracción no puedo, por razones metodológicas, ocuparme de las clases trabajadoras no asalariadas que de igual forma están subordinadas a la relación capital a través de alguna mediación del valor.

Con el despliegue de la relación capital, estos medios de subsistencias, así como las condiciones de su producción, son expropiados a las clases trabajadoras. Estas clases proletarizadas entran en el mercado, pues, de manera «libre» en un doble sentido, por una parte, disponen de su fuerza de trabajo como propiedad suya, mercancía que pueden vender; por otra parte, no tienen otras mercancías que vender, así como están exentas de «todas las cosas necesarias para la puesta en actividad de su fuerza de trabajo» (Marx, 2012, p. 205). ¿Quién tiene estas cosas necesarias para poder materializar la capacidad de trabajo? El capitalista. De allí que las clases trabajadoras tengan que trabar un acuerdo con él (contrato) en la esfera del mercado¹¹.

Ya en sus *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Marx demostró (si bien para el momento de redacción de estos materiales se aclaró el tema para sí mismo, y no a otros) que el intercambio entre trabajo y capital, aunque se presente en la circulación mercantil como un intercambio de equivalentes, es decir, se encuentran dos poseedores de mercancías que traban un acuerdo jurídico entre iguales: el poseedor de medios de subsistencia y medios de producción frente al poseedor de fuerza de trabajo; por el contrario, en la producción, se revela que se trata de un intercambio completamente asimétrico: el capitalista nunca paga un salario equivalente al valor que produce el trabajador o la trabajadora.

11 No puedo dejar de apuntar que, tanto en el momento de la redacción de *El Capital* como en el desarrollo posterior hasta ahora, las relaciones entre clases se han complejizado y existen distintas clases y fracciones de las mismas, cuyo complejo de relaciones no puedo esbozar aquí. Sin embargo, lo importante de destacar es que el propio centro de confrontación de todos estos grupos y fracciones surge del mismo proceso de expropiación/proletarización y tiene su eje articulador en torno a la escisión entre valor-valor de uso.

La plusvalía que el capital tiene al término del proceso de producción [...] significa, si expresamos esto con arreglo al concepto general del valor de cambio, que el tiempo de trabajo [...] objetivado en el producto es mayor que el existente en los componentes originarios del capital. Ello solo es posible cuando el trabajo objetivado en el precio de trabajo es menor que el tiempo de trabajo vivo que ha sido comprado con él. [...] El intercambio entre el capital y el trabajo, cuyo resultado es el precio de trabajo, en la medida en que por parte del obrero sea un simple intercambio, por parte del capitalista tiene que ser un no-intercambio. Tiene que recibir más valor que el que dio. (Marx, 2009a, pp. 262-263, tomo I)

Este proceso de extracción de plusvalía, «desde el punto de vista del obrero se presenta exactamente como plustrabajo por encima de su necesidad como obrero, o sea, por encima de su necesidad inmediata para el mantenimiento de su condición vital¹²» (Marx, 2009a, p. 266, tomo I).

El Capital retoma nuevamente esta perspectiva al mostrar cómo desde la creación de las mismas condiciones de la compra-venta de trabajo, ya está expresada una relación asimétrica (aunque mantenga la apariencia jurídica de un intercambio entre iguales). Esto lo vimos con el proceso de escisión entre clases trabajadoras y condiciones de producción que *obliga* a que las clases trabajadoras, ya desposeídas de la propiedad de las condiciones generales para producir medios de subsistencia, tengan que venderse como una mercancía más. Es decir, de entrada en la circulación, las clases trabajadoras,

12 Otro punto importante que debo señalar, y que no corresponde su discusión en este nivel, es el problema de la superexplotación del trabajo, señalada de manera pionera por Ruy Mauro Marini (2008a, 2008b). También puede revisarse la perspectiva de Katz (2018a), así como la polémica entre este y Jaime Osorio (Katz, 2018b, 2019; Osorio, 2017, 2018, 2019). Revisado por nosotros en Landa, 2023b.

aunque jurídicamente iguales a las clases poseedoras, van en desventaja porque *no tienen otra opción* que vender su fuerza de trabajo para poder comprar los valores de uso necesarios para la reproducción de su vida. En otras palabras —parafraseando una conocida frase de Marx—, las clases trabajadoras no tienen sino el *deber* de llevar al mercado su propio pellejo para que se lo curtan (Marx, 2012, p. 214). Precisamente, aquí ya se muestra una primera acentuación de la división entre valor de uso-valor y cómo ella permite dominar la fuerza viva de trabajo.

En efecto, como consecuencia de la expropiación de sus condiciones de producción, la fuerza viva de trabajo deja de ser un valor de uso para el trabajador o trabajadora, y pasa a ser un valor de cambio vendible en el mercado como fuerza de trabajo abstracta; «en rigor, el vendedor de la fuerza de trabajo, al igual que el vendedor de cualquier otra mercancía, realiza su valor de cambio y enajena su valor de uso» (Marx, 2012, p. 234). Por su parte, el trabajo vivo pasa a ser un valor de uso que solo se convierte en actividad cuando media la venta de su fuerza de trabajo y es empleado por el capitalista; «desde el momento en que el obrero pisa el taller del capitalista, el valor de uso de su fuerza de trabajo, y por tanto su uso, el trabajo, pertenece al capitalista» (Marx, 2012, p. 225). Como dije, esta mediación no es opcional, y es determinada por la misma relación capital. No es opcional porque el capital ejerce su propiedad sobre los medios de subsistencia de la sociedad, síntesis del proceso histórico de expropiación de las clases trabajadoras de sus condiciones de trabajo. Es determinada por la relación capital porque es ella la que ejerce el control jerárquico de la totalidad del proceso para acrecentar el valor.

Consecuentemente, los medios de subsistencia, ahora bajo el dominio del capital, se convierten en *capital variable*:

«una forma histórica particular bajo la que se manifiesta el fondo de medios de subsistencia o fondo de trabajo que el trabajador requiere para su autoconservación y reproducción» (Marx, 2012, p. 697). ¿Qué quiere decir esto? Que históricamente la forma que adquiere el fondo de consumo de la sociedad, y específicamente el fondo de consumo de las clases que trabajan en dicha sociedad, es expropiado por el capital y apropiado por el bloque de las clases dominantes para poder asegurar que las clases trabajadoras ingresen al mercado sin más que vender que su propia fuerza de trabajo. Ellas necesitan de un *salario*, esto es, determinada magnitud de valor en su forma dineraria, para adquirir en el mercado los valores de uso indispensables para su vida; este salario se los ofrece el capitalista, como parte del fondo del capital variable que él ha expropiado. Pero ¿quién crea este fondo? ¿De dónde lo obtiene el capitalista? Pues este fondo de capital variable no es más que una parte de la misma producción de las clases trabajadoras, ellas no hacen sino reproducir constantemente su propio fondo de trabajo. Pero al haber sido expropiados de las condiciones objetivas de su producción, tanto estas como el mismo fondo son propiedad del capitalista, que ahora lo utiliza como medio para *comprar* la fuerza de trabajo necesaria para valorizar su capital.

El proceso capitalista de producción, entonces, al reproducir la escisión entre fuerza de trabajo y condiciones de trabajo también reproduce las condiciones de explotación de las clases trabajadoras, puesto que las obliga «de manera constante, a vender su fuerza de trabajo para vivir», a un mismo tiempo que coloca «al capitalista en condiciones de comprarla para enriquecerse» (Marx, 2012, p. 711). Todo el circuito se sostiene sobre la mediación constante del valor: todo es mediado por el valor y su magnitud en tiempo de trabajo abstracto —o como le gusta decir a Marx, todo valor de

uso: trabajo vivo, producto útil, condiciones de producción, etcétera— *aliena* su valor de uso para realizarse como valor de cambio, o de otra manera, cualquier valor de uso para realizar su uso (utilidad) debe primero enajenarlo y realizarse como valor de cambio.

Para poder lograr su realización, todo el contenido social de las relaciones de reproducción y desarrollo de la vida real de las personas subordinadas a la relación capital es abstraído ante la forma valor. Esta abstracción es, materialmente, el ejercicio del dominio jerárquico del capital sobre el metabolismo social. El capital no puede eliminar el contenido real, es decir, el valor de uso; pero lo tiene que subordinar y explotar para sí mismo: por eso lo escinde del valor e impone el dominio de este como mediador de toda relación. Como digo, esto es así para los diversos contenidos de la objetivización de la vida real en el metabolismo social, aunque el argumento se centre en la producción económica de valores de uso.

El proceso como movimiento total, entonces, vigila que las clases trabajadoras se entreguen constantemente a este intercambio asimétrico; pero, además, incluso fuera del proceso laboral, dichas clases continúan siendo un «accesorio del capital» (Marx, 2012, p. 706). En efecto, el mismo consumo individual de ellas «no es, dentro de ciertos límites, más que un factor del proceso de reproducción del capital» (p. 706). En este sentido, continúa Marx (2012),

El consumo individual, de una parte, vela por su propia conservación y reproducción, y de otra parte, mediante la destrucción de los medios de subsistencia, cuida de que los obreros reaparezcan constantemente en el mercado de trabajo. (p. 706)

Este acercamiento y alejamiento constante de los medios de subsistencia, indispensables para las clases trabajadoras,

es garantizado por la escisión entre *valor-valor de uso*. En efecto, el circuito: (A)*venta de fuerza de trabajo*-(B)*recepción de salario*-(C)*compra de medios de subsistencia*-(D)*consumo de medios de subsistencia*-(A)*nueva venta de fuerza de trabajo*, supone la mediación del valor en todo el proceso: se abstrae todo el contenido material de cada relación y solo se media formalmente a través del valor, hasta llegar al consumo final, que es la subjetivación material de los medios de subsistencia para la reproducción de la corporalidad viva¹³, para luego recomenzar de nuevo el proceso. Solo porque se completó la escisión entre clases trabajadoras y condiciones de producción, el valor logra mediar todo el movimiento e impone el dominio del capital sobre el trabajo (en este caso, a través del control de los medios de subsistencia en la forma de capital variable, que es propiedad del capitalista). Solo a través de esta mediación constante del valor se garantiza la entrega permanente de las clases trabajadoras al proceso de producción capitalista, con lo cual se reproduce la escisión de sus condiciones de producción.

Aquí el consumo es, a un mismo tiempo, punto de partida y de llegada. Como punto de partida es consumo productivo, en el cual «el obrero pertenece como fuerza de trabajo al capital y está incorporado al proceso de producción»; como punto de llegada es consumo improductivo, en el cual el trabajador «pertenece a sí mismo y ejecuta actos vitales individuales al margen del proceso de producción» (Marx, 2012, p. 705). Pero en ambos casos es condición de reproducción de la relación capital; en uno, como valorización del mismo; en el otro como, reproducción de la capacidad viva cuyo valor de

13 Este proceso de subjetivación de la mercancía capitalista ha sido poco atendido en la literatura marxista. Más recientemente, la obra de Juan José Bautista Segales ha desarrollado el tema desde una perspectiva decolonial, mostrando que la subjetivación de la mercancía capitalista es subjetivación de las relaciones capitalistas de explotación. Entre otros lugares donde ha planteado el asunto, puede revisarse Bautista, 2018, pp. 89-132, 233-254.

uso permite aquella valorización. Pero es este último el que permite sostener la reiteración de la compra-venta de fuerza de trabajo.

Dentro de los límites necesarios, pues, el consumo individual de la clase obrera es la operación por la cual los medios de subsistencia enajenados a cambio de fuerza de trabajo, se reconvierten en fuerza de trabajo nuevamente explotable por el capital; es la producción y reproducción de su medio de producción más necesario: el obrero mismo. (Marx, 2012, p. 702)

En este sentido, es claro que el trabajador o trabajadora «pertenece al capital aun antes de venderse al capitalista» (Marx, 2012, p. 711). El trabajo, entonces, queda subordinado al capital, ya no por la violencia directa, sino a través de la mediación del valor en la realización de la reproducción de la corporalidad viva que posee la fuerza de trabajo como condición inmanente. Un proceso total de dominación sobre la misma subjetividad reproductiva de las clases subordinadas.

El capital como sujeto que domina

Ahora, ¿qué sucede desde el punto de vista del capital? ¿Cómo se ve la relación de dominación desde allí? ¿Para qué utiliza el capital aquel consumo productivo de la fuerza de trabajo? ¿Para qué la necesita? El capital para ser tal debe necesariamente incorporar en su proceso de reproducción a la capacidad viva de trabajo, solo así llega a ser capital. «El capital, pues, en su origen no se valoriza a sí mismo [...] solo aparece posteriormente, una vez que está ya presupuesto como capital —*mauvais cercle* [círculo vicioso]— como dirección del trabajo ajeno» (Marx, 2009a, p. 272). El comando del capital

sobre el trabajo vivo inherente a la corporalidad de las clases proletarizadas es lo que permite que exista el capital para sí, hace posible que el capital se autorreproduzca.

Hay una facticidad como punto de inicio. Para el capitalista, la personificación del capital —como le llama Marx—, se trata de dos cosas:

En primer lugar, el capitalista quiere producir un valor de uso que tenga valor de cambio, un artículo destinado a la venta, una mercancía. Y en segundo lugar, quiere producir una mercancía cuyo valor sea mayor que la suma de los valores de las mercancías requeridas para su producción. (Marx, 2012, p. 226)

¿Qué necesita el capitalista para lograr producir un valor de uso que tenga valor de cambio, que sea mercancía y que, además, el valor de cambio de dicha mercancía sea mayor que el cuanto utilizado en su producción inicial? ¿Cómo logra aumentar este valor inicial? De lo que se trata aquí es de ver cómo el capitalista logra incorporar al proceso productivo el único valor de uso, cuya capacidad permite la conservación de valor pretérito al mismo tiempo que creación de nuevo valor. Me refiero a la incorporación de la fuerza viva de trabajo. En efecto, la fuerza viva de trabajo es la única que puede, a un mismo tiempo, conservar el valor de las otras mercancías que intervienen en el proceso productivo y, concomitante a ello, formar nuevo valor en el resultado del proceso. «Conservar valor viejo mientras crea el nuevo, es un don natural del trabajo vivo» (Marx, 2012, p. 751).

Como sabemos, este valor nuevo no es retribuido al trabajador o trabajadora con el pago de su salario. Y esto es lo que permite al capitalista obtener un «plus» más allá del valor inicial invertido, «plus» conservado como su ganancia al vender la mercancía que fue producida bajo su comando.

En este sentido, en el modo de producción capitalista, «el proceso de trabajo es un proceso entre cosas que el capitalista ha comprado, entre cosas que le pertenecen» (Marx, 2012, p. 225). El capitalista, pues, se apropia tanto de las condiciones objetivas de producción: medios de producción, pero fundamentalmente de las condiciones subjetivas: la fuerza viva de trabajo, para la reproducción del metabolismo social dominado por el capital. Desde su punto de vista, entonces, el proceso laboral no es más que «consumo de la mercancía fuerza de trabajo, comprada por él...» (p. 225). Precisamente, «el proceso de consumo de la fuerza de trabajo es, al mismo tiempo, el proceso de producción de la mercancía y del plusvalor» (p. 213). Es decir, la incorporación de la fuerza viva de trabajo a las condiciones objetivas de producción, ambas en posesión y bajo el comando del capitalista, es lo que le permite producir mercancías y plusvalor.

Lo que el capitalista hace, pues, es reunir nuevamente las condiciones subjetivas y objetivas de producción, ambas bajo su comando, para la autorreproducción del capital. «En el proceso de producción se elimina la separación entre el trabajo y sus momentos objetivos de existencia», con ello el trabajo se presenta como un momento del capital mismo, es decir, la capacidad viva de trabajo «se presenta como fuerza de autoconservación del capital» (Marx, 2009a, p. 310). Aquí el valor nuevamente media el proceso. Marx (2012) lo explica de la siguiente manera:

Mientras el obrero transforma una parte de los medios de producción en producto, una parte de su producto anterior se reconvierte en dinero. Es con su trabajo de la semana anterior o del último semestre con lo que se paga su trabajo de hoy o del semestre venidero. La ilusión generada por la forma dineraria¹⁴ se desvanece de

14 Recordemos que la forma dineraria es la forma más desarrollada del valor de cambio (Marx, 2012, pp. 85-86).

inmediato no bien tomamos en consideración no al capitalista individual y al obrero individual, sino a la clase capitalista y a la clase obrera. La clase capitalista entrega constantemente a la clase obrera, bajo la forma dineraria, asignados sobre una parte del producto creado por esta última clase y apropiado por la primera. También constantemente, el obrero devuelve a la clase capitalista esos asignados y obtiene de esta, así, la parte que le corresponde de su propio producto. La forma mercantil del producto y la forma dineraria de la mercancía disfrazan la transacción. (p. 697)

La compra-venta de trabajo que se realiza a partir de la abstracción del valor de uso de la capacidad viva de trabajo como trabajo abstracto, el cual es vendible según el uso temporal que el capitalista que lo compra haga de él, oculta un doble hecho. Primero, que el capitalista nunca adelanta salario de su bolsillo como siempre se piensa, al contrario, es el obrero el que al alienar el valor de uso de su fuerza de trabajo y venderla (realizar su valor de cambio), «adelanta al capitalista el valor de uso de la fuerza de trabajo», con lo que le permite al capitalista que «la consume antes de haber recibido el pago del precio correspondiente» (Marx, 2012, p. 212). En segundo lugar, el pago recibido por el obrero, su salario, es tomado del propio valor que este ha creado en el proceso productivo, y del cual él solo se queda con una parte, la correspondiente al valor de sus medios de subsistencia. El resto —como sabemos— es apropiado por el capitalista como *plusvalor*.

Como vimos en la explicación arriba citada, el valor en su forma más desarrollada: forma dineraria, encubre toda la relación de dominación del trabajo vivo y de apropiación del plusvalor por parte del capital. Sin embargo, a la vez que encubre, permite el tránsito de los distintos momentos del proceso. Es decir, tanto las condiciones objetivas de producción como las subjetivas se abstraen de cualquier contenido material para

realizarse primero como valores cambio; únicamente luego de esta mediación por el valor, ambas se incorporan materialmente en el proceso productivo. Pero, a pesar de estar sometida y explotada por el comando del capital, será siempre la fuerza viva de trabajo la que ponga en movimiento a las condiciones objetivas y le otorgue unidad al proceso productivo capitalista como producción mercantil de plusvalor.

El obrero mismo, por consiguiente, produce constantemente la riqueza objetiva como capital, como poder que le es ajeno, que lo domina y lo explota, y el capitalista, asimismo, constantemente produce la fuerza de trabajo como fuente subjetiva y abstracta de la riqueza, separada de sus propios medios de objetivación y efectivización, existente en la mera corporeidad del obrero; en una palabra, produce al trabajador como asalariado. Esta constante reproducción o perpetuación del obrero es la *conditio sine qua non* de la producción capitalista. (Marx, 2012, p. 702)

El mecanismo de dominación del capital permite —en el nivel de abstracción en el que estoy desarrollando el argumento, insisto— que en su reproducción simple a través de la incorporación subordinada de la fuerza viva de trabajo, sea la misma clase trabajadora la que reproduzca las condiciones de su propia dominación: la reproducción del capital como sujeto que domina el metabolismo social mediado por el valor, y la reproducción de las clases trabajadoras como portadoras abstractas de su fuerza de trabajo alienadas de sus condiciones materiales de reproducción. De otra forma, como consecuencia del proceso total y su movimiento de totalización, la reproducción constante entre capitalistas y trabajadores(as) es, entonces reproducción de la relación capital (con la mediación del valor) y, consecuentemente, reproducción de sus condiciones de dominación.

A la postre, como resultado del proceso de producción y valorización, se presente ante todo la reproducción y nueva producción de relación entre el capital y el trabajo mismo, entre el capitalista y el obrero. Esta relación social, relación de producción se presenta *in fact* como una consecuencia del proceso aún más significativa que sus consecuencias materiales. Y precisamente dentro de este proceso el obrero se produce a sí mismo como capacidad de trabajo y al capital se le contrapone, de igual manera el capitalista se produce a sí mismo como capital y a la capacidad viva de trabajo que se le contrapone. Al reproducir su otro, su negación, cada uno se reproduce a sí mismo. El capitalista produce el trabajo como ajeno; el trabajo produce el producto como ajeno. El capitalista produce el obrero y el obrero al capitalista. (Marx, 2009a, pp. 419-420)

En conclusión, dicho proceso asimétrico e interdependiente no solo es producción de mercancías y plusvalor, fundamentalmente «produce y reproduce la relación capitalista misma: por un lado, el capitalista, por la otra, el asalariado» (Marx, 2012, p. 712). La producción simple de capital es, pues, reproducción de sus condiciones de dominación sobre el trabajo vivo, las cuales se encuentran mediadas en su proceso por la forma valor ya escindida del valor de uso (escindida, pues, de todo contenido de la vida real de las clases trabajadoras). El capital se erige en sujeto que domina el movimiento de la totalidad.

Desplazamiento hacia la reproducción ampliada de la dominación: mediaciones y fetichización

Para dar un paso más allá de la reproducción simple y comprender la reproducción en escala ampliada de las condiciones de

dominación del capital sobre el trabajo vivo, debemos continuar el argumento situando en un nivel más concreto el problema de la escisión de las condiciones de producción de las clases trabajadoras que, como vimos, también es escisión entre el valor y el valor de uso. Ya sabemos que dicha escisión entre clases trabajadoras y la propiedad de sus condiciones de reproducción es el presupuesto histórico sobre el cual descansa el desarrollo de la relación capital. Desde el punto de vista lógico, este presupuesto se expresa como escisión entre valor y valor de uso. Ahora bien, «una vez establecida la producción capitalista, la misma no solo mantiene esa división, sino que la reproduce en escalada cada vez mayor» (Marx, 2012, p. 893). ¿Qué significa que se reproduce la escisión —histórica y lógica— en una escala mayor o ampliada? ¿De qué escala hablamos aquí? ¿Cómo la relación capital logra reproducir sus mismas condiciones de existencia en escala ampliada, condiciones que son, a la vez, de dominación? De entrada, debo sostener que estamos ante las relaciones que se tejen entre tres categorías fundamentales: propiedad privada, división del trabajo y valorización mercantil¹⁵. Categorías que, en sí y para sí, corresponden al movimiento real del capital entendido como relación de dominación. O, en otras palabras, ellas son *puestas* por el capital. Veamos esto.

Conversión de plusvalor en capital

El movimiento del capital mediante el cual se realiza su valorización en escala ampliada, es decir, mediante el cual se acumula

15 El punto de partida para desarrollar el presente argumento me lo dio la lectura temprana de la obra de Ludovico Silva, *La alienación como sistema. La teoría de la alienación en la obra de Marx*, quien propone como factores históricos-genéricos de la alienación la trabazón histórica entre propiedad privada, división del trabajo y producción mercantil (Silva, 2006c). Enfocado el asunto desde la dialéctica y la dualidad valor-valor de uso podemos abrir nuevos caminos de esta interpretación, no previstos por Ludovico.

de forma creciente, es un proceso en espiral ascendente. En efecto, se trata del proceso de reconversión del plusvalor obtenido a través de la producción simple en nuevo capital. Esta vez, el capitalista no consume el plusvalor como rédito, sino que lo convierte en más capital para su valorización continua y creciente.

Supongamos que un capital asciende a £10 000 y su parte constitutiva variable a £2000. Si la tasa del plusvalor es de 100 %, ese capital producirá en cierto período —por ejemplo, un año— un plusvalor de £2000. Si nuevamente se adelantan esas £2000 como capital, el capital originario habrá aumentado de £10 000 a £12 000, es decir, que se habrá acumulado. (Marx, 2012, p. 713)

¿Cómo se convierten nuevamente esas 2000 libras en capital? Pues de la misma manera que las 10 000 libras con las que se comenzó el proceso. De suerte que el capitalista debe convertir nuevamente las 2000 libras en condiciones del proceso productivo, esto es, factores objetivos: medios de producción, material de producción, instrumentos, etcétera, y en factores subjetivos: capacidad de trabajo. «El capitalista, pues, tiene que encontrar en el mercado, preexistentes, esos elementos» (Marx, 2012, p. 716). La existencia de dichos elementos a disposición jurídicamente libre en el mercado es resultado del proceso histórico de escisión entre la propiedad de las condiciones de producción y las clases trabajadoras, lo que deja, por un lado, a la masa de trabajadores y trabajadoras libres (en el sentido de expropiados materialmente), y por el otro, la clase de los poseedores de dinero, medios de producción y medios de subsistencia. Sin embargo, solo cuando se encuentran nuevamente las condiciones objetivas y las condiciones subjetivas bajo el comando del capitalista,

es decir, como «cosas que le pertenecen», se puede comenzar el proceso productivo del capital. Más aún, únicamente con la subordinación de la fuerza viva de trabajo, las condiciones objetivas expropiadas en manos de las clases dominantes pueden convertirse en capital. De allí que, una vez comenzado el proceso de producción simple, la reproducción del capital a partir del mismo capital, su acumulación, es el resultado de la progresión ascendente que subordina constantemente la fuerza de trabajo, en mayor o menor cantidad o calidad, al capital con mayor o menor capacidad orgánica (capacidad de absorber trabajo vivo). En ese sentido, la reproducción ampliada o acumulación del capital es también reproducción de la relación capital: reproducción de la subordinación de la fuerza viva de trabajo para su explotación asalariada en la valorización mercantil.

De lo que se trata, entonces, es de subordinar a la fuerza viva de trabajo con mayor extensión y/o intensidad. Con mayor extensión, se trata de la incorporación de mayor cantidad de trabajadores y trabajadoras al proceso productivo; con mayor intensidad, se trata del aumento de la productividad del trabajo y, por tanto, del plusvalor relativo. En ese sentido, en la reproducción ampliada, el capitalista, «así como antes compraba fuerza de trabajo con una parte del capital originario, ahora reitera esa compra con una parte del pluscapital, y nuevamente extrae plustrabajo de la fuerza de trabajo y, por ende, produce de nuevo plusvalor» (Marx, 2012, p. 718).

Pero en el proceso de acumulación algo ha cambiado con respecto al de producción simple. Ya el capitalista no compra fuerza de trabajo con su capital originario, que ha sido obtenido por la vía que fuese, pero que en definitiva es de su propiedad, sino que la compra con el resultado de la primera producción de plusvalor.

Originariamente, el proceso capitalista de producción se limitaba a transformar en capital, y por tanto en fuente de plusvalor, una suma de valor que pertenecía —no sabemos por qué motivos— al poseedor de dinero. Esa suma de valor experimenta una modificación, pero ella misma no es el resultado del proceso, sino más bien su presupuesto, independiente del mismo. (Marx, 2012, p. 720)

Entonces, digamos, en la producción simple, ya tenemos como punto de partida el hecho de que existen en el mercado trabajadores y trabajadoras libres, que venden su fuerza de trabajo al capitalista que la compra con el dinero (valor en forma dineraria) que él posee y que adquirió de alguna manera. En ese sentido, «en el curso de la reproducción todo el valor de capital adelantado se transforma en plusvalor capitalizado, pero esta transformación misma supone que el fondo haya surgido, originariamente, de los medios propios del capitalista» (Marx, 2012, p. 720).

Sin embargo, en la reproducción en escala ampliada o en el ir más allá de la reproducción simple, la cuestión cambia. «El dinero mismo, o hablando materialmente, los medios de producción y de subsistencia, esto es, la sustancia del nuevo capital, es el producto del proceso que succiona trabajo ajeno impago. El capital ha producido capital» (Marx, 2012, p. 720). Entonces, el capital cobra una realidad autónoma y determina la misma existencia de la corporalidad de las y los trabajadores como *su* fuerza de trabajo, a la que él constantemente pone en función para extraerle plusvalor. El capital se autorreproduce *en sí* (reproducción simple) y *para sí* (reproducción ampliada), dominando, subordinando y explotando la fuerza viva de trabajo de manera reiterada. De suerte que «la propiedad de trabajo ajeno pasado y objetivado se presenta como condición única para la apropiación ulterior de trabajo ajeno presente o vivo» (Marx, 2009a, p. 418).

Las clases trabajadoras, entonces, con el plusvalor que ellas mismas producen, también producen las condiciones para que se acumule el capital y se pueda emplear más fuerza de trabajo en cantidad: subordinando más trabajadores o trabajadoras, o en calidad: aumentando la intensidad en la valorización (inversión en innovación tecnológica). En cualquier caso, se trata de la reiteración en la compra de fuerza de trabajo, pero esta vez con una parte del pluscapital que produjo, digamos en estos términos, en su primera compra. Es decir, el capitalista, «ahora compra al obrero con el producto o valor de productos propio de este y del que lo ha despojado sin equivalente, así como lo ocupa con medios de producción que son *in natura*, o por su valor, producto que se le ha confiscado al obrero, sin equivalente» (Marx, 2012, p. 719). Se trata de un círculo de dominación material en el que, dada la separación entre condiciones objetivas y subjetivas de producción (escisión histórica), el capital se apropia a cada momento de trabajo ajeno, apropiación que se presenta como inicio y fin del proceso, para recomenzar cada vez.

La apropiación basada en trabajo ajeno se presenta ahora como la condición simple de una nueva apropiación de trabajo ajeno; dicho de otro modo: el hecho de que se encuentre en posesión del capitalista trabajo ajeno bajo la forma objetiva (forma de cosa), bajo la forma de valores existentes, se presenta como condición para que aquel pueda apropiarse nuevamente de capacidad de trabajo vivo ajena, y por ende de plustrabajo, de trabajo, sin entrega de equivalente. (Marx, 2009a, p. 418)

Este movimiento de constante extracción de plusvalor o, lo que es lo mismo, de apropiación de trabajo ajeno impago, es lo que otorga el carácter específico a la apropiación propiamente capitalista. El movimiento del valor como

mediador es lo que hace posible la autorreproducción del capital que subordina la corporalidad viva de las clases trabajadoras.

De la circulación mercantil a la apropiación (privada) capitalista

Precisamente, la reiteración de la compra de fuerza de trabajo a partir del plusvalor que ella misma ha creado sin que reciba una retribución, y con ello, la subordinación material a los medios de producción *propiedad* del capitalista que también fueron expropiados/acumulados sin retribución, es lo que permite que la ley de propiedad privada de circulación mercantil, «ley que se funda en la producción y circulación de mercancías, se trastrueca, obedeciendo a su dialéctica propia, interna e inevitable, en su contrario directo»; en otras palabras, lo que aparece en la esfera de la circulación, en el ámbito del mercado, como una operación de intercambio entre equivalentes: se cambia salario por fuerza de trabajo, una mercancía por otra mercancía equivalentes en términos jurídicos, «se falsea a tal punto que los intercambios ahora solo se efectúan en apariencia» (Marx, 2012, p. 721). ¿Cuál es esta apariencia?

Pues que «la misma parte de capital intercambiada por fuerza de trabajo es solo una parte del producto de trabajo ajeno apropiado sin equivalente», pero además, «su productor, el obrero, no solo tiene que reintegrarla, sino que reintegrarla con un nuevo excedente» (Marx, 2012, p. 721). Entonces, el intercambio mercantil es la forma en términos de mediación del valor que oculta el contenido real de la relación, a saber, «que el capitalista cambia sin cesar una parte del trabajo ajeno ya objetivado, del que se apropia constantemente sin equivalente, por una cantidad cada vez mayor de trabajo vivo ajeno» (p. 721). La acumulación del capital es, por

consiguiente, acumulación de trabajo no pagado a trabajadoras y trabajadoras. De suerte que aquella separación originaria «se presenta ahora como consecuencia de la ley que partía de su identidad» (Marx, 2009a, p. 419).

La propiedad privada capitalista (y su expresión jurídica) se encuentra, por consiguiente, en las antípodas de la pequeña propiedad individual. Esta última se encuentra fundada en el trabajo individual que se apropia mediatamente de sus condiciones objetivas a través de su actividad productiva, por lo que el derecho de propiedad se funda en el trabajo propio; así, al enfrentarse en el mercado poseedores de mercancías, «el medio para la apropiación de la mercancía ajena era solamente la enajenación de la mercancía propia, y esta solo podía producirse por el trabajo propio» (Marx, 2012, p. 721). Al contrario, la propiedad privada puesta por el capital se funda en la apropiación de trabajo ajeno, por lo que ella «aparece ahora, de parte del capitalista, como el derecho a apropiarse de trabajo ajeno impago o de su producto; de parte del obrero, como la imposibilidad de apropiarse de su propio producto» (p. 721).

La apropiación del trabajo impago implica que el capitalista se apropia, en una misma vez, del medio, del objeto y del producto del trabajo. Del medio de trabajo, en tanto que los instrumentos y/o máquinas empleadas en el proceso productivo se les contraponen a las clases trabajadoras como capital constante, que es propiedad del capitalista y que les subordina materialmente a los objetivos de la valorización del capital; con ello, la intencionalidad o fin de la actividad productiva es determinada, ya no por quien trabaja, sino por el comando del capitalista que compró la fuerza de trabajo. Del objeto de trabajo, puesto que este entra en el proceso productivo determinando su transformación *a priori* de acuerdo a las necesidades de valorización del capital o de un determinado ramo

de la industria controlada por las clases dominantes. El objeto del proceso laboral no es ya apropiado en mediación por el trabajo propio, sino que es puesto desde el mismo capital como elemento constante sobre el cual las clases trabajadoras realizan la actividad productiva por la que se les paga el salario. Finalmente, el mismo producto del proceso laboral es apropiado por el capitalista, en tanto que en él queda coagulado todo el valor que intervino en el proceso productivo: tanto el valor del capital constante conservado por medio del trabajo concreto, como el valor creado por la fuerza de trabajo al culminar su movimiento productivo. El producto obtenido en el concurso del trabajo productivo bajo la propiedad privada al comando del capitalista es, por consiguiente, también propiedad de este último que compró los elementos objetivos y subjetivos con los cuales se creó.

División social del trabajo puesta por el capital

Ahora, si de acuerdo a las leyes de producción capitalista el producto final del proceso productivo simple es apropiado por las clases dominantes, para poder ampliar dicho proceso a una escala mayor y acumular capital, ese producto debe ser vendido como mercancía en el mercado, es decir, debe realizar su valor de cambio, convertirse en dinero con el que luego se comprarán nuevos elementos para ampliar el proceso productivo; solo mediante ese movimiento, el valor que entró en el proceso productivo —en sus distintas determinaciones formales— puede realizar su valorización y, por consiguiente, acumularse el capital.

Pero el carácter de mercancía de un producto no se lo otorga el hecho de haber sido producido bajo condiciones de apropiación privada, sino por haber sido producido bajo

una determinada división social del trabajo. Ella «constituye una condición para la existencia misma de la producción de mercancías», aunque lo contrario no es necesario, es decir, «la producción de mercancías no es, a la inversa, condición para la existencia misma de la división social del trabajo» (Marx, 2012, p. 52).

Si consideramos las formaciones anteriores al capitalismo, como, por ejemplo, las sociedades tribales que se desarrollaron en la georegión amazónica-orinoquense, ellas mantenían una amplia división del trabajo expresada en distintos procesos de trabajo concretos que producían cierta gama de valores de uso; sin embargo, dicha producción estaba destinada al consumo de la comunidad, y solo con la evolución hacia formación jerarquizadas se comienza el intercambio de algunos productos con otras comunidades, especialmente productos suntuarios (Sanoja, 2006, pp. 28-30; Vargas, 1990, pp. 93-117). Pero ¿qué tipo de división social del trabajo pone el capital para producir productos que sean, a su vez, mercancías cuya venta permite su valorización? Si consideramos el movimiento histórico expuesto en el capítulo III, se puede afirmar que no se trata de cualquier división del trabajo, sino aquella en la que las clases trabajadoras han sido expropiadas de todas sus condiciones objetivas de producción. La división del trabajo puesta así por el capital debe ser considerada desde sus distintos ángulos: (A) desde el punto de vista del trabajo en cuanto tal; (B) desde el ángulo de la expansión geográfica del capital, y (C) desde el ángulo de la subordinación formal y real del trabajo.

Primero, desde (A) el punto de vista del trabajo, podemos considerar a la división social en general «al desdoblamiento de la producción social en sus grandes géneros, como agricultura, industria, etc.; división del trabajo en particular, al desglosamiento de esos géneros de la producción en especies

y subespecies; y división del trabajo en singular, a la que se opera dentro de un mismo taller» (Marx, 2012, p. 427). Desde ese mismo punto de vista, la historia del capitalismo puede ser considerada como la historia del desarrollo de la división social del trabajo sobre la base de la expropiación en los tres niveles mencionados. Es decir, la historia de cómo se va expropiando a los trabajadores de sus condiciones de producción en general y, por consiguiente, se van creando cada vez más géneros industriales de producción; en particular, con lo que se subdividen los géneros en ramas y subespecies de la misma categoría general; y en singular, con lo cual se divide el trabajo hasta el extremo dentro de un mismo proceso productivo. Este desarrollo supondrá una jerarquización espacial donde se van creando las condiciones cuantitativas para la subordinación de la masa de trabajo vivo necesitado (nunca del total disponible) para la autovalorización del capital total en sus distintas manifestaciones particulares.

Como división en grandes géneros, se trata de completar la separación entre campo y ciudad, en tanto ella constituye la «base de toda división del trabajo desarrollada, mediada por el intercambio de mercancías» (Marx, 2012, p. 429). El intercambio de mercancías entre ambos espacios territoriales coloca en interdependencia los distintos procesos de trabajo, a la vez que los conecta en la mediación del intercambio. Dicha división no es exclusiva del capitalismo, sino que se presentan en las distintas sociedades en tanto ellas desarrollaron formas complejas de urbanismo, en el cual el sustento de la población de la ciudad estuviese fundado en los procesos de trabajo llevados a cabo por la población rural (pensemos en la formación del antiguo Egipto o en los Andes del Tahuantinsuyo). En la sociedad determinada por el modo de producción capitalista, lo característico de dicha división es la expropiación masiva e integral de los trabajadores

del campo y la conversión de los mismos en trabajadores y trabajadoras proletarizados¹⁶ (despojados de sus condiciones objetivas de producción), con lo cual también la tierra (como espacio de múltiples relaciones) es convertida en mercancía y, a su vez, se va conformando el mercado interno creado por la nascente producción industrial; en el caso de la periferia no se crea de inmediato la masa de trabajadores(as) asalariados ni el mercado interno, sino diversos procesos de subordinación formal y real. Esto lo vimos cuando revisamos el problema de la acumulación originaria en el capítulo anterior. Aunado a dicha expropiación y mercantilización de la tierra, se impulsa la formación de una capa de clases comerciantes que son las encargadas de motorizar el intercambio del excedente productivo o la parte de la producción social destinada al intercambio, ya sea a lo interno de la misma sociedad, ya sea entre distintas comunidades. La formación de una capa de comerciantes tampoco es exclusiva de la formación capitalista, sino, pensemos en el importante tráfico mercantil entre los pueblos mayas de la georegión mesoamericana o en las formaciones árabes. Lo característico del sistema capitalista es que no se trata de un excedente o una parte de la producción social que se destina al intercambio, sino que toda producción es destinada a tal fin y, por tanto, la circulación mercantil media todo posible proceso de consumo de algún valor de uso (bien sea consumo productivo o no). Además, al completar la escisión entre valor y valor de uso, el mismo comercio es fuente de enriquecimiento y acumulación de valor —si bien

16 En la periferia, como ha señalado Armando Bartra (2015, pp. 175-189), esta expropiación de las comunidades agrarias adquiere otras dimensiones, en la medida en que no se realiza una industrialización del campo a la manera del centro del sistema. Sin embargo, en este nivel de la argumentación se comprende que el problema central es la mediación que se establece en el proceso de reproducción del metabolismo social al cual se subsumen dichas comunidades. Su encadenamiento a la mediación del valor está condicionado de manera diferenciada.

no de su producción—, y no solo de riqueza mercantil o atesoramiento dinerario. Con ello también se da un impulso a la acumulación de valores para su conversión en capital.

En cuanto división del trabajo en particular, se trata del desarrollo de distintas fuerzas productivas y relaciones sociales de producción, es decir, de formas cada vez más fragmentadas de cooperación entre las clases trabajadoras, cuyas relaciones de producción/apropiación están mediadas, primero, por su interconexión como trabajos autónomos, pero que, segundo, solo tienen sentido en cuando se interrelacionan en el intercambio mercantil. Cada nuevo desarrollo cualitativo de las fuerzas productivas implica una nueva división del trabajo mediante la cual se fundan nuevas ramas o subespecies de ramas productivas, con ello también se autonomizan los procesos laborales, a la vez que encuentran su sentido en la reunión mediada por la circulación mercantil; «de hecho, los trabajos privados no alcanzan realidad como partes del trabajo social en su conjunto, sino por medio de las relaciones que el intercambio establece entre los productores» (Marx, 2012, p. 89).

En cuando división singular, se trata de la topología de relaciones impuestas bajo el comando de cada capitalista, del dominio que este ejerce en los procesos productivos directamente bajo su control, en tanto ellos son subordinados formal y realmente a los objetivos de valorización del capital del que se trate¹⁷. En este último sentido, los tres niveles de comprensión de la división del trabajo están atravesados históricamente por el surgimiento de la manufactura y su transformación en gran industria y, por tanto, por el tránsito de la subordinación formal del trabajo a la subordinación material.

17 A este respecto, se puede revisar el estudio ya citado del historiador Renán Vega Cantor (2013) donde analiza procesos como el fordismo, taylorismo, toyotismo y posfordismo.

Segundo, desde (B) el punto de vista de su expansión geográfica, se puede considerar la división social del trabajo como una división territorial, esto es, «la asignación de ramos particulares de la producción a regiones particulares de un país» (Marx, 2012, p. 430), así como la determinación de la producción en territorios internacionales colonizados de distintas formas y conectados al mercado mundial. Es decir, una vez expropiadas las condiciones objetivas de producción, ellas son reorganizadas geográficamente tanto a lo interno de las fronteras de los países como a nivel internacional. Se trata de una transformación geohistórica del ordenamiento espacial de los metabolismos anteriores y la adecuación de las distintas regiones y subregiones al imperativo de valorización del capital total.

En el primer caso, a lo interno de las fronteras nacionales se van constituyendo regiones productivas con sus modos de vida y de trabajo específicos, los cuales delimitan territorialmente la distribución de las distintas ramas productivas y la circulación mercantil entre ellas. En el segundo caso, se trata de la creación y/o desarrollo de condiciones de producción transferidas a los territorios periféricos para la producción de mercancías demandadas en el mercado mundial, cuya interconexión es posibilitada por el desarrollo de los medios de circulación y comunicación a gran escala. Aquí, nuevamente, los procesos de subordinación formal y material de la fuerza viva de trabajo van determinando la dominación de las distintas georregiones productivas tanto nacionales como internacionales (en este último caso, como sabemos, se impone la diferencia del patrón de poder moderno).

Tercero, desde el punto de vista de la unidad del trabajo productivo, la división social del trabajo puede ser vista como división entre trabajo manual y trabajo intelectual. En las formaciones históricas anteriores al capitalismo, esta

división no estaba marcada dentro del proceso productivo, de suerte que los y las trabajadoras eran propietarios de todo el conocimiento y habilidad que suponía alguna actividad productiva dada. Por ejemplo, los gremios de artesanos medievales que poseían el conocimiento de sus oficios, acumulado durante años de tradición y aprendizaje. Con el desarrollo del modo de producción capitalista, y en especial con la gran industria, dicho conocimiento es escindido y transferido a las máquinas/herramientas mediante el desarrollo de las potencias científicas en su aplicación tecnológica. Ello implica una expropiación del mismo saber históricamente acumulado por las clases trabajadoras en torno a los distintos procesos productivos de los cuales se apropia el capital subordinándolos progresivamente. Concomitante a la expropiación, se escinde el trabajo intelectual del manual, transformándose en un medio de explotación del trabajo en general.

Finalmente, desde (c) el punto de vista de la subordinación de la fuerza viva de trabajo, la división social del mismo puede ser considerada de acuerdo a los modos formales y reales en que se expresa dicha subordinación. En el caso de la subordinación formal, como vimos anteriormente, se trata de la sujeción económica de los procesos productivos tal y como el capital los encuentra en las formaciones sobre las cuales se impone violentamente para la extracción absoluta de plusvalor. Aquí es importante anotar el impulso que adquiere la división del trabajo con el desarrollo de la manufactura que descansa, como sabemos, en la subordinación formal.

Siendo la producción y circulación de mercancías el supuesto general del modo capitalista de producción, la división manufacturera del trabajo requiere que la división del trabajo dentro de la sociedad haya alcanzado ya cierto grado de madurez y desarrollo. Y viceversa: la visión manufacturera del trabajo reaccúa,

desarrollándola, y multiplicándola sobre la división social del trabajo. (Marx, 2012, p. 432)

Esta retroalimentación entre división social del trabajo preexistente y manufactura va dando forma a las relaciones entre los distintos procesos productivos y las clases trabajadoras que los ocupan. Con la concentración de los medios de producción que genera la manufactura, se fragmentan los procesos productivos y los trabajos concretos que en ellos se desarrollan, a tal punto que la interconexión entre los distintos trabajos y, por consiguiente, entre las clases trabajadoras que los ejecutan, está mediada por la venta de la fuerza de trabajo al mismo capitalista, por lo que «el obrero parcial no produce mercancía alguna», solo con la reunión de los distintos trabajos parciales encuentra sentido el trabajo concreto de cada trabajador o trabajadora, es decir, «solo el producto colectivo de los obreros parciales se transforma en mercancía» (Marx, 2012, p. 432). En la sociedad, la división del trabajo supone «el fraccionamiento de los medios de producción entre muchos productores de mercenarias, independientes unos de otros», por lo que ella está mediada «por la compra y venta de los productos de diversos ramos del trabajo» (p. 433).

La distribución de las clases trabajadoras en la retroalimentación de la división del trabajo en la sociedad y su división en la manufactura impulsa una doble tendencia; se trata, por un lado, de la distribución proporcional de los productores de mercancías en determinadas funciones dentro del taller manufacturero del que se trate y, por el otro, de la distribución casual y arbitraria de los mismos productores entre los distintos ramos sociales de trabajo. Ello genera una constante abolición del equilibrio entre las distintas esferas productivas de la sociedad, por lo que «la norma que se cumplía planificadamente y *a priori* en el caso de la división del trabajo dentro

del taller», se trastrueca en su contrario cuando se trata de la división del trabajo en la sociedad operando «*a posteriori*», como necesidad intrínseca, muda, que solo es perceptible en los cambios barométrico del mercado y que se impone violentamente a la desordenada arbitrariedad de los productores de mercancías» (Marx, 2012, p. 433). Lo que se obtiene, entonces, es un equilibrio por *coerción* (dominación jerarquizada sobre el metabolismo social) y no por movimiento inmanente de la producción que genera, más bien, un desequilibrio en la división social del trabajo.

En cuanto a la subordinación real, hay que destacar el papel relevante de la ciencia y su aplicación tecnológica para el desarrollo de maquinarias en la gran industria. Como vimos anteriormente, es con la introducción de la maquinaria que se logra quebrantar definitivamente la voluntad de las clases trabajadoras y terminar por subordinar definitivamente su misma actividad productiva al capital. ¿Qué consecuencias trae aparejada esta subordinación para la división del trabajo en la sociedad y en la fábrica?

A lo interno de la fábrica se producen tres tendencias fundamentales. La primera se refiere a la completa destrucción de la base subjetiva sobre la que descansaba la división del trabajo en el taller, es decir, se reemplaza completamente la subjetividad del trabajador artesanal y sus límites físicos en el proceso laboral para quedar completamente subordinado al autómatas que constituyen el conjunto de máquinas. Así, la cooperación misma que se genera bajo la fábrica queda determinada, pues, por la división tecnológica del trabajo en base a la maquinaria donde la fuerza viva de trabajo es incorporada como apéndice al servicio de la máquina inanimada; el mismo contenido de su trabajo es separado de la forma de su actividad y transferido a la misma maquinaria; esta última no hace sino succionar la fuerza viva de trabajo para animarse.

Los procesos laborales son fraccionados indefinidamente en múltiples y cada vez más sencillas operaciones, solo conectadas por su dependencia a un capital o a la circulación mercantil.

Con ello, y esta es la segunda tendencia, se genera una equiparación entre los distintos trabajos que se ejecutan, ya no de acuerdo a la pericia en el manejo de los instrumentos, sino de acuerdo a las leyes dictadas por la máquina, eliminando la especialización propia del artesanado.

Como tercera tendencia, se produce una nueva jerarquización entre las mismas clases trabajadoras a tal punto de desarrollar un sistema de supervisión que incluye la supervisión de los mismos trabajadores y trabajadoras a manos de su misma clase; «la libreta de castigo en manos del capataz, reemplaza al látigo del negrero» (Marx, 2012, p. 518).

En cuanto a la división del trabajo en la sociedad, la subordinación real del trabajo gracias a la simplificación de los procesos laborales, trae aparejado la introducción de la mano de obra femenina e infantil al proceso productivo capitalista en condiciones totalmente asimétricas. Con ello, la responsabilidad de la reproducción de la socialización en el seno de la familia se ve desestructurada, transformando la misma familia, y ya no solo al hombre, en trabajadores asalariados. A ello se le agrega la conversión constante y relativa de la población de las clases trabajadoras en supernumerarios desplazados por las máquinas y que vienen a engrosar las filas del *pauper*, a vegetar alrededor de las fábricas y depender del Estado (cuando ocurre). Se genera una presión social sobre las mismas clases proletarizadas por las facciones de ellas que no consiguen emplear sus fuerzas productivas y, por consiguiente, no pueden adquirir medios de vida y de subsistencia.

Finalmente, con la maquinaria, concreción material del dominio del capital sobre el trabajo vivo, se polariza definitivamente la división del trabajo en la sociedad. En efecto, «la

figura automatizada y enajenada que el modo capitalista de producción confiere en general a las condiciones de trabajo y al producto de trabajo, enfrentados al obrero, se desarrolla con la maquinaria hasta convertirse en antítesis radical» (Marx, 2012, p. 526). La máquina, en cuanto evolución tecnológica que condesa el conocimiento científico de décadas y centurias de los distintos procesos productivos anteriores al capital y que él termina por subordinar, se convierte en una potencia completamente hostil al trabajador y trabajadora; ella «se convierte en el arma más poderosa para reprimir las periódicas revueltas obreras, las *strikes* [huelgas], dirigidas contra la autocracia del capital» (p. 530).

Ahora bien, esta complejidad de la división social del trabajo puesta por el capital está determinada por la necesidad de valorización constante que posee este último. En ese sentido, existe un triple resultado de la división del trabajo en la producción mercantil capitalista. En primer lugar, «la división del trabajo convierte en mercancía el producto del trabajo, y con ello torna en necesaria la transformación del mismo en dinero. A la vez, hace que sea fortuito el que se logre o no esa transustanciación» (Marx, 2012, p. 132). Es decir, es gracias a que los distintos procesos productivos de las y los trabajadores están distribuidos a lo interno de la sociedad, según la división del trabajo puesta por el capital, es que este último obtiene como resultado productos que son, a la vez, mercancías que pueden ser intercambiadas por dinero, forma universal del valor. Sin embargo, no depende de dicha división el hecho de que se realice o no dicho intercambio mercantil, ella solo coloca la mercancía como momento de culminación de las actividades reunidas en su seno. En este último respecto, en segundo lugar, «solo los productos de trabajos privados autónomos, recíprocamente independientes, se enfrentan entre sí como mercancías» (Marx, 2012,

p. 52). Es decir, que gracias a la división del trabajo en el seno de la propiedad privada, los trabajos se vuelven autónomos unos de otros, pero, a la vez, su enfrentamiento como mercancías y como productores de las mismas es el vínculo que los une y les da sentido en conjunto.

Si los objetos para el uso se convierten en mercancías, ello se debe únicamente a que son productos de trabajos privados ejercidos independientemente los unos de los otros. El complejo de trabajos privados es lo que constituye el trabajo social global. Como los productores no entran en contacto social hasta que intercambian los productos de su trabajo, los atributos específicamente sociales de esos trabajos privados no se manifiestan sino en el marco de dicho intercambio. O en otras palabras: de hecho, los trabajos privados no alcanzan realidad como partes del trabajo social en su conjunto, sino por medio de las relaciones que el intercambio establece entre los productos del trabajo y, a través de los mismos, entre los productores. (Marx, 2012, p. 89)

Solo como mercancías compradas por el capitalista y reunidas en un proceso productivo común, los trabajos autónomos distribuidos entre las clases trabajadoras tienen un sentido en la producción social de valor. Si consideramos a las clases trabajadoras como un sistema global de trabajo, tendremos que su unidad está dada por la mediación del valor bajo la relación de dominio del capital que los coloca desde *desde sí y para sí* en una determinada topología de relaciones.

En tercer lugar, «la división del trabajo, empero, es un organismo natural de producción, cuyos hilos se han urdido y siguen urdiéndose a espaldas de los productores de mercancías» (Marx, 2012, p. 130). Esto significa que la topología de relaciones establecidas entre las clases trabajadoras implica una autonomía, cuyo movimiento se sobrepone a la misma

voluntad y conciencia de ellas. Es precisamente el hecho de que su actividad está determinada por el dominio del capital, que

la misma división del trabajo que los convierte en productores privados independientes hace que el proceso de producción y las relaciones suyas dentro de ese proceso sean independientes de ellos mismos, y que la independencia recíproca entre las personas se complemente con un sistema de dependencia multilateral y propio de cosas. (Marx, 212, p. 131)

Es un proceso de máxima escisión de las mismas relaciones que las clases trabajadoras producen de manera constante. Ellas reproducen la relación de dominación y explotación con el capital, en tanto fuerza de trabajo subordinada que constantemente se entrega al proceso productivo bajo relaciones de apropiación privada del valor producido por ellas mismas. Reproducen, por tanto, la misma división del trabajo que las coloca en función de producir mercancías al capitalista. Es decir, solo porque las clases trabajadoras fueron expropiadas de sus condiciones de producción, el capital puede determinar el lugar que ocupan en la reproducción del metabolismo social e imponer por encima de su misma voluntad y conciencia el movimiento de su autorreproducción en la explotación y apropiación de trabajo vivo. Las mismas clases trabajadoras sostienen dichas relaciones de división social del trabajo y la reproducen constantemente. ¿Cómo? Por la mediación del valor: este viene a determinar todo vínculo entre los segmentos de la totalidad de los y las trabajadoras. La reproducción de la división social del trabajo en toda su complejidad supone que ella está determinada materialmente por la unidad del proceso productivo en tanto él incluye la valorización del capital y, por tanto, la mediación del valor en todo el proceso. Sin valorización del capital y mediación del

valor, no hay división del trabajo puesta por el capital. Aquí, en el proceso productivo de capital, es decir, en su proceso de valorización mercantil, la dualidad entre valor y valor de uso reviste una mayor complejidad.

El proceso productivo en escala ampliada como valorización privada del capital

Revisando el proceso de reproducción simple de la dominación del capital sobre la fuerza viva de trabajo, constatamos que la reunión de las condiciones objetivas y subjetivas de producción bajo un mismo e indiviso proceso productivo daba como resultado el producto puesto en dualidad, como valor de uso concreto y como valor de cambio enajenable; en ese sentido, el producto era, a su vez, mercancía. Ahora, si atendemos al proceso de producción en escala ampliada y la constante reconversión de plusvalor en nuevo capital, debemos observar las determinaciones que adquieren la dualidad valor-valor de uso en el mismo proceso productivo.

Lo primero que hay que destacar es la determinación material de las condiciones objetivas y subjetivas que entran en el proceso productivo como mercancías compradas por el capitalista, esto es, como formas de existencia material del capital. Dichas mercancías, si bien fueron adquiridas como valores de cambio con una determinada magnitud, en el proceso laboral se encuentran en una situación de facticidad como valores de uso. El contenido de ellas es lo que las hace entrar en el proceso laboral con una utilidad determinada. Las condiciones objetivas pueden aparecer como objeto de trabajo o materia prima, medios/instrumentos de trabajo o producto del trabajo, formas concretas de existencia del capital que tienen un valor de uso en determinado proceso productivo.

Las condiciones subjetivas como trabajo productivo y concreto, útil, con una intencionalidad determinada y la capacidad de animar a las condiciones objetivas, pues «corresponde al trabajo vivo apoderarse de esas cosas, despertarlas del mundo de los muertos, transformarlas de valores de uso potenciales en valores de uso efectivos y operantes» (Marx, 2012, p. 222).

En este sentido, el proceso laboral en el que entran valores de uso (determinaciones de las condiciones objetivas y subjetivas de producción), como proceso total para producir otro valor de uso: el producto del trabajo, es un proceso de consumo de fuerza de trabajo por parte del capitalista. Si a ello agregamos, entonces, que «desde el momento en que el obrero pisa el taller del capitalista, el valor de uso de su fuerza de trabajo, y por tanto su uso, el trabajo, pertenece al capitalista», observamos que el proceso de trabajo, pues, «es un proceso entre cosas que el capitalista ha comprado, entre cosas que le pertenecen. De allí que también le pertenezca el producto de ese proceso» (Marx, 2012, p. 225). Ahora, el proceso total como unidad es un proceso de formación de valores de uso. Así lo explica Marx:

En el proceso laboral, pues, la actividad del hombre, a través del medio de trabajo, efectúa una modificación del objeto de trabajo procurada de antemano. El proceso se extingue en el producto. Su producto es un valor de uso, un material de la naturaleza adaptado a las necesidades humanas mediante un cambio de forma. [...] Lo que en el trabajador aparecía bajo la forma de movimiento, aparece ahora en el producto como atributo o reposo, bajo la forma del ser. (Marx, 2012, p. 219)

El movimiento total del proceso de trabajo se presenta, desde su comienzo y en su resultado, como un proceso de formación de valor de uso que le pertenece en su totalidad al capitalista.

Ahora, en cuanto determinaciones formales que inciden de manera desigual en la valorización del capital, las condiciones objetivas y subjetivas se presentan en el proceso productivo como capital constante y capital variable. ¿Cuál es su diferencia? El capital constante es la parte del capital que en el proceso de producción se convierte en medios de producción: materia prima, medios de trabajo, etcétera, los cuales no modifican su magnitud de valor durante el proceso productivo y, por tanto, tampoco su cantidad de valor es transferido al producto sin modificación cuantitativa. La parte variable del capital es aquella que se incorpora como condición subjetiva de la producción, la fuerza de trabajo, que sí cambia su magnitud de valor, puesto que en el proceso ella «reproduce su propio equivalente y un excedente por encima del mismo, el plusvalor» (Marx, 2012, p. 525).

Aquí la fuerza de trabajo realiza una doble operación, pues debe conservar las magnitudes de valor iniciales transfiriéndolas al nuevo producto, a la vez que crea valor adicional, incrementa la magnitud inicial. «Mientras el trabajo, en virtud de su forma orientada a un fin, transfiere al producto el valor de los medios de producción y los conserva, cada fase de su movimiento genera valor adicional, valor nuevo» (Marx, 2012, p. 251). En ese sentido, la fuerza viva de trabajo al ponerse en movimiento como trabajo concreto conserva el valor que estaba en los valores de uso arrojados en la producción como capital constante. A la vez, por ser este trabajo también trabajo social abstracto que dura determinado tiempo, gasto de fuerza de trabajo humana durante una jornada laboral, se añade nuevo valor en el proceso, una magnitud mayor del valor inicial del proceso productivo. «Por medio de la mera adición cuantitativa de trabajo se añade nuevo valor; mediante la cualidad del trabajo agregado se conservan en el producto los viejos valores de los medios de producción» (Marx,

2012, p. 243). El proceso total es, entonces, un proceso de valorización del valor, aumento del valor inicial que entró en el proceso productivo mediante la incorporación de la fuerza viva de trabajo.

Al transformar el dinero en mercancías que sirven como materias formadoras de un nuevo producto o como factores del proceso laboral, al incorporar fuerza viva de trabajo a la objetividad de los mismos, el capitalista transforma valor, trabajo pretérito, objetivado, muerto, en capital, en valor que se valoriza a sí mismo. (Marx, 2012, p. 236)

La dualidad del valor expresada en la misma unidad del proceso productivo implica que en la mediación del valor, el capital se conserva y crezca poniéndose constantemente en la misma dualidad, ora como valor de uso, ora como valor de cambio, pero sin perder nunca la unidad de ambos momentos. El movimiento del proceso es automovimiento del capital que se pone a sí mismo como comienzo y fin del proceso productivo. Queda claro que el capital es un «proceso en cuyos diversos momentos nunca deja de ser capital» (Marx, 2009a, p. 198). Sin embargo, y como vimos, ello es así porque la dualidad del valor está fundada en la escisión entre clases trabajadoras y condiciones de producción, con lo cual, la valorización que lleva a cabo el único valor de uso que puede conservar y añadir valor: el trabajo vivo se le impone a este último como un proceso en el que el capital domina y controla su actividad.

Domina, porque el trabajo es subordinado a las condiciones de apropiación privada puestas por el capital. Controla, porque dicha subordinación está impuesta a la misma organización de la fuerza de trabajo y su distribución social. Así, propiedad privada, división del trabajo y valorización

mercantil conforman los factores histórico-genéticos que permiten reiterar el proceso productivo como proceso de acumulación del capital. El capitalista compra fuerza de trabajo y la incorpora al proceso productivo, junto a los medios objetivos que también adquirió como mercancías. Desde su compra, el valor de uso de la fuerza de trabajo le pertenece, y se incorpora a las condiciones de producción también propiedad privada del capitalista. La incorporación de la fuerza de trabajo se realiza bajo una organización y distribución determinada *a priori* por el capital, como división social del trabajo puesta por él. Gracias a que se incorpora la fuerza viva de trabajo así organizada, el capital logra producir mercancías, y gracias a que todo el proceso se realiza bajo condiciones que son de su propiedad, el producto también le pertenece. Como sabemos, este producto se caracteriza porque en él está coagulado un cuanto mayor del valor inicial con el que se produjo. La realización de dicha mercancía y la reconversión del excedente de valor así obtenido permite acumular el capital y volver a incorporar la fuerza viva de trabajo a condiciones de producción de más capital. En cada momento de transformación del valor en capital, este succiona trabajo vivo; en cada momento de creación del valor, el trabajo vivo reproduce las condiciones mismas de su dominación. En todo el proceso, el valor ejerce como mediación para incrementarse y acumularse como capital.

La automediación del capital que se pone a sí mismo y su fetichización

Con el resultado histórico de la expropiación de las condiciones objetivas de producción y reproducción, el proceso del capital tiende a cerrarse —aunque no lo logre de manera

definitiva por la misma resistencia de las distintas subjetividades— como totalidad que pone en cada momento las condiciones de su automediación para acrecentar su propio valor. Ello a través de la subordinación del trabajo vivo.

El trabajo vivo, apropiado y absorbido por el capital, se presenta como la fuerza vital propia del capital, como fuerza de este que lo autorreproduce, modificada además por el propio movimiento del capital, la circulación, y el tiempo correspondiente a ese movimiento suyo, o sea, el tiempo de circulación. Tan solo así el capital está puesto como valor que se autoperpetúa y se automultiplica. (Marx, 2009a, p. 380, tomo II)

Una vez el capital y la producción fundada en él están *puestos desde sí y para sí*, los supuestos y condiciones históricas que son producto de la expropiación de las condiciones de producción y reproducción, a saber, la propiedad privada capitalista, la división del trabajo puesta por el capital y valorización/apropiación mercantil a manos del capitalismo, «desaparecen, pues con el capital real, con el capital que pone él mismo, partiendo de su realidad, las condiciones de su realización». Ello significa que el mismo capital «está presupuesto», por lo que «partiendo de sí mismo, produce los supuestos de su conservación y crecimiento mismos», esto es, «la posesión de las condiciones reales para la creación de nuevos valores sin intercambio, a través de su propio proceso de producción». Todos los supuestos del capital son ahora resultado de su propio proceso de automediación a través del valor, ellos, por consiguiente, «se presentan ahora como resultados de su propia realización, como realidad puesta por él: no como condiciones de su génesis, sino como resultados de su existencia» (Marx, 2009a, p. 421, tomo II). Con ello, «todos los poderes sociales de la producción son fuerzas

productivas del capital, y este mismo se presenta, pues, como el sujeto de esas fuerzas» (p. 86).

Ahora bien, parece poco probable que comunidades y pueblos enteros se entreguen a la reproducción de sus mismas condiciones de dominación, si estas condiciones no generan un proceso de autonomización de sus mismos productores, es decir, un proceso que, pese a ser producto de su misma actividad cotidiana, no pueden ellos mismos controlar a conciencia y voluntad. A eso llamo, siguiendo a Marx, *fetichismo del metabolismo social*. El dominio total del capital sobre la sociedad se presenta como dominio fetichizado.

Esta dominación fetichizada tiene su núcleo en el proceso de acumulación del capital, es decir, en el proceso de reproducción a escala ampliada y, por tanto, en la reproducción de sus condiciones de dominación.

Al aumentar la eficacia, el volumen y el valor de sus medios de producción, o sea, con la acumulación de sus medios de producción, o sea, con la acumulación que acompaña el desarrollo de su fuerza productiva, el trabajo conserva y perpetúa, pues, bajo formas siempre nuevas, un valor de capital en crecimiento incesante. Esta fuerza natural del trabajo se manifiesta como facultad de autoconservación del capital que se lo ha incorporado, del mismo modo que las fuerzas productivas sociales del trabajo aparecen como atributos del capital, y así como la constante apropiación de plus trabajo por el capitalista se manifiesta como constante autovalorización del capital. Todas las potencias del trabajo se proyectan como potencias del capital, así como todas las formas de valor de la mercancía lo hacen como formas de dinero. (Marx, 2012, pp. 751-752)

La relación capital no solo subordina la fuerza viva de trabajo de que dispone la sociedad y determina su distribución

de acuerdo a sus necesidades de valorización (incluyendo la pauperización permanente de una parte cada vez más creciente de la población), sino que las relaciones así desarrolladas se presentan ante las mismas personas como relaciones *del capital* y no como lo que son, como relaciones reproducidas por su propia actividad. A esta inversión de la realidad la llama Marx fetichismo de las relaciones sociales entre personas que se trastruecan en relaciones entre cosas, mientras que las relaciones entre cosas se trastruecan en relaciones entre personas. Es una inversión total de la realidad desde la que opera el desarrollo de la formación capitalista y de su metabolismo, que penetra todas las instancias de objetivación de la vida real de las personas. Esta inversión es posible, precisamente, porque se ha escindido a las sociedades del poder controlar y determinar sus condiciones objetivas y subjetivas de producción y reproducción. Con ello se alcanza la misma escisión de la dualidad valor-valor de uso con una primacía de aquel sobre este, donde el valor media las relaciones del metabolismo social, de acuerdo a la determinación jerárquica y coactiva del poder material del capital sobre la vida real de las y los sujetos concretos. Ello permite que dicha fuerza adquiera niveles cada vez más crecientes de autonomía con respecto a sus propios productores, invirtiendo la propia relación y colocándose el capital de producto a fundamento absoluto de la propia realidad así invertida y dominada por él.

Entonces, el incremento progresivo de las fuerzas productivas sociales, como fuerzas del propio capital, aumentan su poder sobre el metabolismo social y lo autonomizan respecto a los mismos sujetos de la sociedad. Para el capital

no es que un momento de la actividad social —el trabajo objetivado— se convierta en el cuerpo cada vez más poderoso del otro momento, del trabajo subjetivo, vivo, sino que [...] las condiciones

objetivas del trabajo asumen respecto al trabajo vivo una autonomía cada vez más colosal que se ofrece a la vista por su *very extent* [propia extensión] y la riqueza social se contrapone al trabajo en segmentos cada vez más formidables como poder ajeno y dominante. No se pone el acento sobre el estar-objetivado sino sobre el estar-enajenado, el estar-alienado, el estar-extrañado, el no-pertenecer-al-obrero sino a las condiciones de producción personificadas, *id est*, sobre el pertenecer-al-capital de ese enorme poder objetivo que el propio trabajo social se ha contrapuesto a sí mismo como uno de sus momentos. (Marx, 2009a, pp. 394-395, tomo II)

El trabajo vivo es el que reproduce el valor y lo incrementa bajo condiciones de apropiación privada, con ello también se acumula el capital. Pero, en tanto que el proceso productivo es mediado por el valor que se convierte constantemente en capital al subordinar la fuerza viva de trabajo, el proceso mismo aparece como producto del mismo capital que se valoriza. Con la escisión de la propiedad de las condiciones de producción y la conversión de las clases trabajadoras en clases asalariadas, tanto unas como otras ingresan al proceso de producción mediadas por el valor: compra y venta de condiciones objetivas y subjetivas de producción, ambas, pues, alienan su valor de uso para realizar su valor de cambio. Con ello, se transforman en elementos componentes del capital: capital variable y capital constante. Su reunión bajo el proceso de producción, en tanto unidad del proceso de trabajo y el proceso de valorización, permite obtener como resultado productos que son, a la vez, mercancías con una magnitud de valor mayor a la que se utilizó en su producción. El «plus» así obtenido en la explotación de la fuerza viva de trabajo puede ser reconvertido en nuevas condiciones de producción para continuar el proceso de valorización y, por consiguiente, de reproducción del capital.

Como todo el proceso es *puesto* por el capital, es decir, en tanto producto de su reproducción y acumulación, y producto que en todo momento es propiedad privada del capitalista por el resultado de la expropiación histórica de las clases trabajadoras, se presenta como un proceso cuyo sujeto es el mismo capital en movimiento de autorreproducción. El tema del fetichismo tiene cabida precisamente en este punto. Pues sabemos que el capital no se autorreproduce *ex nihilo*, sino que se reproduce a costa del trabajo vivo de las clases trabajadoras. Pero ellas, al haber sido expropiadas de sus condiciones objetivas y subjetivas de producción, y al verse coercionadas por la división social del trabajo a vender como mercancía su capacidad de trabajo, son subordinadas a relaciones donde ellas, a pesar de constituir la fuente viva del movimiento, son dominadas por la potencia del capital que se apropia de todo el proceso para valorizarse, desarrollarse en la sociedad y acumularse.

Valorizarse como proceso de producción de plusvalor, es decir, apropiación de la fuerza de trabajo viva de la sociedad sin equivalente alguno. Desarrollarse como profundización y extensión del proceso de subordinación de las relaciones sociales, en función de su reproducción. Es la expansión de la relación capital como dominante en el metabolismo social imponiendo la mediación del valor para la realización de las relaciones sociales entre las personas. Estas últimas se presentan, por consiguiente, como relaciones entre cosas. Finalmente, acumularse, pues «la acumulación es la conquista del mundo de la riqueza social. Al expandir la masa del material humano explotado, dilata el dominio directo e indirecto ejercido por el capitalista» (Marx, 2012, p. 732). Acumulación del capital es, pues, dominio sobre la sociedad por parte de la relación capital para su reproducción, mediante la subordinación de los distintos procesos de trabajo en función de su valorización constante.

Todos los adelantos de la civilización, por consiguiente, o en otras palabras todo aumento de las fuerzas productivas sociales, *if you want* [si se quiere] de las fuerzas productivas del trabajo mismo —tal y como se derivan de la ciencia, los inventos, la división y combinación del trabajo, los medios de comunicación mejorados, creación del mercado mundial, maquinaria, etc.— no enriquecen al obrero sino al capital; una vez más, solo acrecientan el poder que domina al trabajo; aumentan solo la fuerza productiva del capital. (Marx, 2009a, p. 249, tomo I)

Se trata de una relación impuesta del capital consigo mismo para su autorreproducción, donde se ocultan todas las relaciones que él ha subordinado expropiando las condiciones de realización de las mismas. Este ocultamiento no es solo fenomenológico, sino real, sustancial. Pues las relaciones de dominación/explotación para apropiarse del trabajo vivo de las clases dominadas son reales y constituyen el fundamento de todo el movimiento de reproducción del capital. El hecho de que se encuentren ocultas implica que se reproducen constantemente a espaldas de la conciencia y la voluntad de las clases trabajadoras y que *necesariamente se tienen que reproducir así*, no por capricho, no por descuido, no por omisión, sino por dominación real y concreta, porque se reproducen las mismas condiciones de dominación y porque el eslabonamiento de dichas condiciones es tal, que la misma vida de las clases trabajadoras *dentro del sistema* depende de la entrega a la reproducción de todo el complejo de dominación. Las relaciones de dominación del capital no pueden sino desarrollarse de esta manera fetichizada; o de otro modo, dentro de la jaula de hierro del capital —su sistema de dominación—, las relaciones de reproducción de la sociedad no pueden sino ser mediadas/determinadas por el valor y reproducirse en esta mediación, por tanto, para contribuir a la acumulación del capital. Es este el límite inmanente de la propia relación capital.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

La tensión modernidad/transmodernidad y la imaginación dialéctica

Articular una perspectiva marxista con los más recientes desarrollos del giro decolonial no es tarea sencilla. En general, los pensadores del giro decolonial ven en el marxismo —así, sin mayor especificación— un pensamiento que no logró captar la diversidad de las subjetividades que pugnan contra el capital, privilegiando erróneamente a la clase obrera industrial por sobre las demás. Aunado a ello, quedó preso de la lectura de la historia como una sucesión de modos de producción, desde cuya autocontradicción se iban desarrollando nuevas formaciones; así, desde el interior del capitalismo se encontrarían las condiciones para el surgimiento del comunismo, cosa que no ocurrió y al parecer no ocurrirá. Por su parte, el marxismo observa en los planteamientos decoloniales una recaída en las perspectivas posmodernas y sus implicaciones epistemológicas en la incomprensión de la dinámica de poder propia de la explotación capitalista. Por tanto, se le critica la perspectiva que postula una lucha «molecular» contra la totalidad por ser, más bien, una lucha fragmentaria destinada a claudicar ante el poder del capital; así, los espacios locales de resistencia no trascienden más allá por haber abandonado el proyecto más ambicioso de la revolución. Sin embargo, desde una y otra tradición se han desarrollado perspectivas

críticas que pueden y deben entrar en diálogo fructífero. De hecho, de manera explícita o no, muchos pensadores y pensadoras han intervenido en el debate trascendiendo los encajonamientos de una y otra perspectiva para hacer propuestas teóricas desde renovados espacios de enunciación. En otras ocasiones, se han asumido desde esta o aquella perspectiva elementos teóricos desarrollados por la otra para así profundizar, ampliar o mejorar la propuesta teórica particular.

Es en este diálogo, precisamente, desde donde se ha abierto un horizonte de comprensión sobre nuestra realidad de renovada potencia, por cuanto cada vez se requiere de un pensamiento no solo comprometido con los *dominados de la tierra*, sino también más audaz en sus propuestas y más crítico en su fundamentación. En este horizonte se ubican, por nombrar dos ejemplos, los planteamientos de filósofos como José Gandarilla Salgado y Juan José Bautista, no por casualidad ambos continuadores —en el sentido que vienen realizando nuevos aportes y descubrimientos— de las intuiciones y desarrollos alcanzados por la Filosofía de la Liberación, en particular, el marco categorial que ha construido Enrique Dussel a lo largo de su obra. En el caso de Juan José Bautista (2015), también en diálogo con pensadores como Franz Hinkelammert y Hugo Zemelman, logró desarrollar varias de las intuiciones o propuestas indicativas contenidas tanto en la Filosofía de la Liberación como en la obra epistemológica de Zemelman y la particular lectura de Hinkelammert sobre Marx. Por su parte, José Gandarilla Salgado (2014) ha logrado elaborar propuestas teóricas que tienden puentes directos a lo interior y entre las distintas tradiciones de pensamiento crítico latinoamericano, en particular los desarrollos del marxismo y las propuestas del giro decolonial. Considero que desde este horizonte conjunto: marxismo/decolonialidad, que recién se comienza a explorar, se pueden realizar aportes

fundamentales al pensamiento crítico de Nuestra América o, en otras palabras, a la tarea imperativa de transformar las condiciones de explotación y dominación, cuya complejidad creciente aún nos rebasa.

Precisamente, en el camino que he buscado ensayar a lo largo de esta reflexión intento hacer un viraje no desde la decolonialidad hacia el marxismo, sino desde el marxismo hacia la decolonialidad. En esta dirección, la intención principal era abordar la problemática planteada desde un marco categorial marxista en perspectiva decolonial. Hagamos el balance pertinente.

La inversión de la realidad y las fisuras de la totalidad

Al plantear la rehabilitación de la dialéctica como método científico y crítico vimos cómo la necesidad de emprender dicha discusión parte de la problematización de la propia realidad y no del conocimiento en sí mismo. Lo que nos acontece como facticidad no es la necesidad de fundar un nuevo conocimiento, sino la de encontrar categorías que permitan abrir nuevas posibilidades de transformación para una realidad cuya cotidianidad no puede ser sino catastrófica.

Lo que se descubre desde este lugar de enunciación, que permite vislumbrar la totalización de la totalidad, tanto desde su fundamento como desde su forma y contenido, es una realidad cuya respectividad está invertida. Aquí se debe tener cuidado, puesto que el término de inversión hace más referencia al problema de la fetichización de la realidad, y no tanto al sentido común visual de algo que está «volteado». A lo que se apunta es al dispositivo de dominación que se establece con la formación moderno-capitalista y que penetra

la misma *forma de objetivación* de la vida para determinar sus propios *contenidos*.

La producción, reproducción y desarrollo de la vida requiere inevitablemente que se objetivicen mediaciones y que se ejerza poder desde y sobre ellas para construir una formación determinada. En esta necesidad se puede entrever el propio movimiento de la historia como tensión permanente entre la forma de objetivación y las consecuencias intencionales y no intencionales que esta forma produce o, en otras palabras, entre la necesidad que tiene la vida de objetivarse y la posibilidad de que dicha objetivación se vuelva en contra de la misma vida. Lo singular de la dominación del capital, dentro de esta tensión, es que se instala en el propio desdoblamiento de la vida en su proceso de objetivación en perspectiva de totalización totalitaria. *La forma de objetivación se realiza necesariamente como reproducción de la misma dominación del capital*, de allí que el *mismo contenido de la vida se convierta, a través de esta mediación, en contenidos de reproducción del mismo capital*. Allí se encuentra, por tanto, la posibilidad de resistencia y trascendencia. Dado que la totalidad no puede totalizarse por completo, aunque lo pretenda, inevitablemente deja fisuras desde donde es posible enfrentar su proceso de fetichización totalitaria.

La crítica comienza, precisamente, allí donde nos percatamos de que la reproducción de la dominación es, al mismo tiempo y en contradicción inmanente, reproducción de la vida. ¿Qué podemos hacer? ¿Cómo enfrentar esta singularidad del patrón propio de la modernidad?

El problema del valor y la tensión transmodernidad/decolonialidad

En un texto en el que discute el concepto de transmodernidad elaborado por Enrique Dussel, el filósofo Juan José Bautista analiza la tensión modernidad/colonialidad, entendida como la subjetivación de un marco categorial desde donde solo se percibe como real los contenidos propuestos y desarrollados por la modernidad. Por tanto, de acuerdo a su perspectiva, quienes se sitúan de manera ingenua o precrítica en esta tensión, aunque lo hagan con una perspectiva de emancipación o con una intención de enfrentar la dominación, terminan quedando presos del propio marco categorial de la modernidad; se trata de una autocontradicción que no puede ir más allá de la misma modernidad. De allí la necesidad de ubicarse desde la autocontradicción propia de liberación que se expresa en la tensión transmodernidad/decolonialidad. La implicación mutua entre transmodernidad y decolonialidad permite atender esta autocontradicción desde un doble sentido: la idea de transmodernidad indica la dirección que se debe seguir en un proyecto de liberación que quiera hacer el quiebre, no solo epistemológico, sino existencial y vital con el proyecto de la modernidad, transitar más allá de la modernidad. Por su parte, la idea de decolonialidad supone la pertinencia de la crítica de este proyecto: el tránsito requiere de aquello que la modernidad ha sistemáticamente negado y que no ha sido recuperado por quienes, aun teniendo una honesta pretensión emancipadora, reproducen el marco categorial de la modernidad (Bautista, 2015, pp. 53-74). En su explicación,

Que pensadores como Dussel, cuando hacen el quiebre (o ruptura) epistemológico entre el marco categorial del pensamiento

moderno y lo que se quiere pensar más allá de él, son conscientes de que no se puede seguir pensando como antaño, pero que, a su vez, no se puede detener el pensamiento, que este debe continuar, pero no solo mostrando la contradicción interna, o sea, la autocontradicción en la cual está inmersa la reflexión con intencionalidad decolonial, sino, a su vez, mostrando la forma de salida de esta contradicción, que en parte es autocontradicción. [...] Esta autocontradicción ya no sería solamente lingüística, discursiva o analítica, sino sería existencial, porque el problema ya no es solamente cognitivo, teórico o científico (los cuales son una medicación), sino de la existencia misma, o sea, de la vida, porque lo que está en juego en última instancia no es un tipo o forma de vida cultural o civilizacional que hayan producido o no la modernidad u otro horizonte cultural, sino la vida general, tanto del ser humano como de la naturaleza. Pensada esta autocontradicción desde la perspectiva de la correlación transmodernidad/decolonialidad, es en primer lugar existencial, donde lo que se juega en última instancia es la vida misma [...] se trata de producir otro tipo de marco categorial o marco de comprensión con el cual hacer inteligible, pensable, querible y deseable lo que la modernidad nos ha enseñado tanto tiempo a despreciar. [...] es decir, sería la tensión en la cual el dominado ya no aspira a ser como el dominador algún día (tensión moderna, propia de quienes quieren producir otro sistema de dominación), sino a trascender completamente esas relaciones de dominación (tensión propia de la intencionalidad transmoderna y decolonial, que quiere producir liberación de las relaciones de dominación, asumiendo esa tensión). Lo cual implica inevitablemente entrar en permanente autocontradicción consigo mismo y con la realidad de dominación. (Bautista, 2015, pp. 72-74)

¿Qué sucede si nos acercamos a la autocontradicción que plantea la tensión liberadora que se ubica en la trans-

modernidad/decolonialidad desde el problema del valor, tal y como lo he planteado en la presente reflexión? La tensión descrita también puede ser entendida como una tensión utópica, en el sentido de que se trata de los modelos ideales o de principios de imposibilidad que permiten fundar los marcos de lo posible o realizable en la realidad. De allí la necesidad enunciada por Juan José de hacer visible lo invisible, lo presente por ausencia, para desde el espacio abierto construir nuevos marcos categoriales que permitan retomar o recuperar aquello reprimido, olvidado, sepultado o forcluido por la modernidad para ir, precisamente, más allá de dicha modernidad, para avanzar hacia la transmodernidad.

Desde la perspectiva del patrón de poder de la modernidad que vengo desarrollando, la tensión también implica la necesidad de abrir marcos para la acción posible más allá del principio de imposibilidad de la propia modernidad, y no solo para lo que puede ser inteligible más allá de ella. Por tanto, se trata de una ampliación de la propia tensión enunciada por el filósofo boliviano: dado que «toda la vida social es esencialmente práctica» (Marx, 2011, p. 118), la autocontradicción existencial planteada tiene una apoyatura práctica que debe ser explicitada en sentido hermenéutico material. Esta autocontradicción material también puede ser enunciada en términos clásicos del discurso comunista revolucionario como la tensión entre el mito de la revolución y la teoría crítica de la revolución (Echeverría, 2011c). Ciertamente, el mito de la revolución o el momento utópico de la misma postula la infinita capacidad para fundar un nuevo orden social desde una *hybris* histórica cuando, en realidad, la teoría revolucionaria mostrará los mismos límites de la revolución luego del momento épico, cuando la construcción del nuevo orden social se vuelven un asunto irremediablemente histórico, humano, finito, sin linealidad y con una

apoyatura inevitable en la misma objetividad del ser social que quiere transformar.

En contraste con ambos planteamientos, lo que busco destacar es el enfoque con el que se puede encarar la propia autocontradicción a partir de la perspectiva transmodernidad/decolonialidad. Desde el punto de vista práctico, el proyecto o los proyectos transmodernos, es decir, aquellos que busquen un proceso de liberación del patrón de poder de la modernidad, deben enfrentar la *forma de reproducción* impuesta por dicho patrón, por tanto, también deben liberar su praxis del dispositivo de dominación que se sostiene sobre la escisión entre valor y valor de uso. ¿Se puede trascender la escisión valor-valor de uso desde aquello negado por la modernidad, es decir, desde una praxis decolonial? Este es una manera de plantear el viejo problema por la transformación de la formación capitalista. Pero los términos del planteamiento no son iguales. Considero que ya no se puede ubicar la tensión de liberación desde la polarización de un afuera y un adentro de la modernidad capitalista para tomar partido desde una u otra perspectiva. No podemos ver solo en la contradicción del propio capital el surgimiento de una sociedad más allá de esta formación; la permanente crisis o estado de catástrofe desde donde el propio capital funda su robustez como sistema complejo parece estar lejos de agotarse y de generar desde sí su superación. Pero tampoco resulta del todo convincente asediar la totalidad y superarla solo desde su exterioridad en la medida en que este momento trascendente está atravesado por la propia modernidad, y solo puede trascender atravesando la misma modernidad, no es un exterior absoluto (o metafísico); en la misma dirección, su rebasamiento supone la creación de una nueva totalidad. Por consiguiente, la autocontradicción planteada es más amplia y remite, a nivel del pensamiento crítico y su discurso, a la necesidad de replantear

problemas viejos desde nuevas perspectivas, así como enunciar nuevos problemas antes no vislumbrados por no tener un marco categorial adecuado. Desde la propia actividad del sujeto y su captación, *la objetividad de la praxis resulta ser ella misma una contradicción que no puede moverse sino al interior de la propia tensión por ella planteada en sus momentos inmanentes/trascendentes.*

La necesidad del mercado: ¿Es posible superar la escisión valor-valor de uso?

Si la objetividad del ser social se enfrenta en su propia contradicción a la *forma de reproducción* impuesto como necesidad imperiosa a través de la dualidad valor-valor de uso, ¿se puede trascender dicha objetividad? ¿Desde dónde? Esto supone un nivel mucho más concreto que el nivel desde donde he reflexionado sobre la dualidad valor-valor de uso. Pero lo argumentado puede servir para hacer una aproximación inicial fundamental y problemática.

El problema puede ser planteado en términos de la coordinación indirecta que se genera de manera no intencional en la relación del metabolismo social impuesta por el capital, donde la mediación de la totalidad a partir del valor hace emerger —en sentido complejo— el mercado como espacio donde se establece dicha coordinación. El liberalismo y neoliberalismo postulan la necesidad de dejar al libre juego de fuerzas del mercado el ordenamiento socioeconómico. En el otro extremo, durante la experiencia socialista de la URSS, se intentó abolir esta coordinación indirecta del mercado a través de la coordinación centralizada de la economía. En ambos casos la realidad fue avasalladora: la planificación no pudo eliminar por completo las relaciones mercantiles

y el mercado donde se realizan; por su parte, el libre mercado no puede funcionar sin una intervención constante y directa de actores políticos que ejerzan poder entre sus relaciones, corrigiendo sus efectos indirectos (intencionales o no). En una de sus obras fundamentales, *Crítica de la razón utópica*, Franz Hinkelammert mostró la raíz que une ambas perspectivas, las cuales buscaron hacer realidad lo que en sí mismo constituía un postulado de la razón: la planificación perfecta o el mercado perfecto, ambos inalcanzables a nivel empírico (Hinkelammert, 1984). Pero el problema no es el postulado en sí mismo, dado que, en tanto postulado, permite abrir espacios de posibilidad. El problema radica en las implicaciones que surgen cuando se busca realizar el postulado en términos empíricos y no se atiende a los efectos indirectos que ello conlleva, en particular cuando el criterio de eficiencia que rige dicha búsqueda hace abstracción de toda racionalidad material, incluso para arrasar con ella cuando así lo requiera o el mercado o la planificación.

Siguiendo esta problemática de la racionalidad utópica, Hinkelammert desarrolló una argumentación desde la factibilidad trascendental que muestra la necesidad del mercado como espacio de coordinación indirecta de las relaciones económico-productivas que, en definitiva, no puede ser abolido (Hinkelammert y Mora, 2014). En lo fundamental, su argumento¹ apunta hacia los límites de la propia racionalidad del sujeto: la abolición del mercado supondría un conocimiento perfecto o, en términos teológicos, una omnisciencia tal que permita a los sujetos un control directo de todas las operaciones que el mercado vincula y regula sin necesidad de una configuración predeterminada o *a priori*. En este sentido, el mercado *emerge* —diríamos usando el lenguaje de las ciencias de la complejidad—

1 En otro texto he resumido el argumento de Hinkelammert para avanzar en las primeras intuiciones críticas hacia su formulación. Véase lo propuesto en Landa, 2022.

a partir del vínculo entre voluntades intencionales de los sujetos económicos. Dado que este se guía por un criterio de eficiencia introducido por la racionalidad instrumental, que decide sobre medios a partir de la postulación de fines particulares, el mercado termina produciendo efectos indirectos no intencionales que la racionalidad material debe corregir.

Aunque la argumentación elaborada por Hinkelammert es bastante sólida, no deja de generar preguntas cuando nos posicionamos desde una perspectiva como la que he desarrollado en la presente reflexión. Si no puede abolirse el mercado, ¿solo podemos limitarnos a una regulación de sus efectos indirectos? ¿Cómo queda la relación capital dentro de la perspectiva desarrollada por Hinkelammert? ¿Seguirá funcionando también a partir del mercado? ¿El valor tampoco puede ser sustituido o superado como mediador de segundo orden del metabolismo dominado por el capital? ¿El funcionamiento del metabolismo social está irremediablemente ligado a la escisión entre valor y valor de uso? En el nivel la generalidad en que he planteado el problema del patrón de poder de la modernidad capitalista, no corresponde a la concreción desde donde argumenta Hinkelammert. Pero en la intersección de los planteamientos se abren nuevas posibilidades para desarrollos teórico críticos. En particular, como intuición de trabajo, no podemos dejar de plantear la posibilidad de pensar una desconexión de ciertos contenidos de la vida de la propia dinámica del metabolismo dominado por el valor y, por tanto, controlado por el capital.

La dominación del capital y su fractalidad: la imaginación creadora

A lo que apuntamos en lo fundamental no es tanto a argumentar la necesidad o no del mercado o la posibilidad de su

supresión, sino más bien en reubicar la discusión hacia el propio patrón de poder sobre el que opera el capital y desde donde subordina la reproducción y desarrollo de la vida.

Desde las ciencias de la complejidad podemos hacer una analogía con la fractalidad para entender el comportamiento estructural base del capital. En este sentido, la relación simple que luego se replica o fractaliza en distintas escalas es la escisión entre valor de uso y valor. A partir de allí, lo que se obtiene es una matriz sencilla pero potente que permite mediar el propio metabolismo social.

En principio, esta fractalidad de la dominación del capital recrea una imagen que puede parecer unívoca o lineal, algo que no corresponde ni con la propia complejidad del capital ni con la historicidad que he desarrollado en capítulos anteriores. Pero la misma imagen también aporta un sentido importante de lo que significa la estructura básica que luego se fractaliza, pero también se complejiza en la medida en que la escisión básica se introduce en dinámicas más robustas. Por tanto, el elemento fractal no solo se replica exponencialmente, sino que también reordena la misma estructura donde se fractaliza.

Desde esta imagen se puede ahondar en la propia estructura del patrón de poder de la formación capitalista, en la medida en que introduce la escisión básica en la tensión propia de las dimensiones de objetivación de la vida en su reproducción y desarrollo. La diversidad material y su propia complejidad es subsumida desde esta fractalidad, por lo que su propia dinámica no hace sino replicar también el elemento básico en un crecimiento exponencial. De allí que encarar la propia fractalidad del capital implique también renovar dichas estructuras bajo una nueva dinámica estructural fundamental. ¿Es ello posible? ¿Desde dónde se puede realizar dicha transformación?

Acá nos encontramos con un límite de la misma racionalidad, de la razón o del pensar, que no solo es de factibilidad material. Se trata de la respectividad de la imaginación como *imaginación creadora*, no solo de *eidos* en tanto que *modelos ideales* o *marcos de lo posible*, sino de la *actualización de lo posible como real*. Por tanto, la contradicción propia de la tensión transmodernidad/decolonialidad no solo da qué pensar para la razón, sino también *qué crear para la imaginación*. Y ello no puede ser sino una tarea, necesariamente, política.

Un diálogo final (y necesario) con la política de la liberación

En tiempos recientes el proyecto de la Filosofía de la Liberación en la ramificación expresada por Enrique Dussel se ha propuesto, es preciso reconocer, la titánica como valiosa tarea de construir un marco categorial político o de filosofía política para entender el poder y su desarrollo histórico concreto desde una perspectiva, precisamente, transmoderna y decolonial, con todo lo que ello implica. Aunque como proyecto teórico de amplio alcance, que ya cuenta con diversos exponentes y más de una generación de investigadores comprometidos, no está ni puede concluirse, ya contamos con los tres volúmenes de la *Política de la liberación* que son expresión de una larga trayectoria de maduración teórica del pensamiento crítico latinoamericano. En este breve diálogo quiero referirme al tercer volumen, cuyo subtítulo es *Crítica liberadora*, lo cual, de entrada, para quienes conocemos la teoría dusseliana, ya nos está indicado algo fundamental (Dussel, 2019)².

2 Precisamente, como novedad que vale la pena destacar de este tercer volumen es que encontramos la participación de varios investigadores (Bernardo Cortés, Jorge Zúñiga, Carlos Núñez, José Gandarilla, entre otros) y una investigadora (Alicia Hopkins) que

Solo para contextualizar. En principio, el proyecto de esta *Política de la liberación* —que ya había sido enunciado en su obra temprana— buscaba tanto deconstruir el marco categorial filosófico político de la modernidad como construir un marco categorial que sirviera de referencia teórica para las luchas de liberación del Sur. Para ello, el primer tomo de la *Política de la liberación*, subtítulo *Historia mundial y crítica* (Dussel, 2007d), presenta la revisión no eurocéntrica de la filosofía política que corre sobre una periodización de la historia de la propia política, desde su origen como campo práctico diferenciado hasta las transformaciones introducidas por la modernidad. El segundo volumen supone la presentación de la arquitectónica conceptual mínima para entender el poder y su expresión concreta como institución de un orden vigente o totalidad. Le correspondía al tercer volumen la exposición del momento crítico de dicha totalidad con la elaboración de las categorías pertinentes a los procesos de liberación. Sin embargo, en el tercer volumen encontramos ciertas novedades que no habían sido previstas —ni siquiera en el resumen de toda la política expuesta en las *20 tesis de filosofía política*— y que permitieron dar un paso más en el plan inicial. Me refiero, fundamentalmente, al esclarecimiento de lo que Dussel llama *las tres constelaciones de la política*. En principio, Dussel estipulaba dos momentos de la política: la totalidad y la exterioridad, es decir, el orden político vigente y su crítica desde la alteridad de las víctimas. Ahora distinguirá tres momentos: la totalidad, la crítica y la creación del nuevo orden. Centrémonos en ello.

Lo que Dussel logra distinguir o clarificar son los tres momentos de despliegue de la política como actividad y lo

vienen trabajando desde la tradición teórica de la Filosofía de la Liberación, y quienes contribuyeron en la redacción de varios de los epígrafes de la obra.

político como concepto. Estos tres momentos se suceden diacrónicamente y estructuralmente cambian la dinámica de las determinaciones determinadas y determinantes propias del campo político; por tanto, ello tiene una expresión analógica en los contenidos propios de las categorías con las cuales se comprende el poder y el mismo campo de la política. Así, la primera constelación se refiere a la totalidad vigente, instituida desde el acontecimiento fundacional. Las determinaciones mínimas para comprender el concepto de poder en esta constelación fueron expuestas en el volumen dos, *Arquitectónica*: los tres niveles de la totalidad política: (A) nivel estratégico, (B) nivel institucional y (C) nivel de los principios políticos, con sus tres esferas y principios: factibilidad, materialidad y legitimidad (Dussel, 2009). La segunda constelación correspondería a la ruptura del orden vigente, la negación de la totalidad cuyo poder se ha fetichizado —como acontecer originario el poder no es meramente negativo, sino que deviene negativo—, una ruptura mesiánica que se establece como estado de rebelión del pueblo (una parte de la comunidad política, las víctimas del sistema que se ha vuelto injusto) desde donde crítica a la totalidad que, si bien es un orden aún vigente, su punto de entropía le impide reproducir la vida de la comunidad política (o de una parte creciente de la misma). La tercera constelación se refiere al momento positivo de la crítica, es decir, al momento de la creación de un nuevo orden político. Dado que la pura negatividad o crítica al orden vigente debe trascender hacia algo nuevo, no se puede permanecer en el estado de rebelión para siempre, desde la negatividad se busca un nuevo orden positivo que dé cuenta de las injusticias del orden anterior, que integre y amplíe nuevas posibilidades para esa parte de la comunidad política que ha buscado transformar todo el orden político que se había fetichizado. La segunda constelación es tratada

en el capítulo 4, ubicado en el tercer volumen, mientras que los capítulos 5 y 6 de ese mismo volumen tratan el tema de la tercera constelación y creación del nuevo orden. Al atravesar la diacronicidad de las constelaciones, tanto los niveles de la política como las determinaciones del concepto de lo político se van transformando análogamente, de acuerdo a la complejidad de cada momento. No está de más advertir que se trata de un marco conceptual de filosofía política, por lo que, desde ese nivel de generalidad, no se busca la interpretación directa de algún proceso político determinado —aunque siempre se puedan hacer referencias empíricas—, sino que se aporta un marco categorial con la complejidad mínima para, precisamente, comprender y explicar procesos particulares de liberación. En otras palabras, pese a todas las mediaciones conceptuales presentes en la *Política de la liberación*, no se trata de aplicar los conceptos sin más a la realidad empírica.

En cualquier caso, lo que me interesa destacar en este diálogo inicial es la tensión que se vislumbra entre las tres constelaciones de la política propuestas por Dussel, en la medida en que clarifican un movimiento que muchas veces queda oculto ante la aproximación sensible o fenoménica de la política. No es casual que en la tercera constelación, Dussel ubique el *principio de la imaginación creadora* aunque sin desarrollar. Ciertamente, ubica el *poder de creación* en la propia capacidad o hiperpotencia del pueblo como posibilidad de instituir un nuevo orden político. Encuentra, así, en las capacidades creadoras del pueblo en tanto sujeto político la posibilidad de renovar y trascender cualquier orden político vigente. Pero la distinción diacrónica de los tres momentos también está atravesada por una autocontradicción que se condensa, precisamente, en esa voluntad creadora. Digamos, en principio, que los tres momentos o constelaciones pueden ser distinguidos analíticamente en sucesión diacrónica.

Pero es claro que en los procesos históricos estos momentos pueden superponerse y, de hecho, se solapan en la misma praxis de transformación del pueblo. En particular, busco destacar la tensión entre lo que es la objetividad social aportada por el orden vigente desde donde se parte y la necesidad de crear un nuevo orden o una nueva objetividad. Acá la analéctica entre totalidad/exterioridad, es decir, entre orden vigente y víctimas del sistema, parece vislumbrar que las mismas víctimas sufren en su carnalidad viviente la injusticia de la totalidad por estar, precisamente, sometidas a ella. La exterioridad postulada del *pauper* dusseliano se topa, inevitablemente, con una objetividad que no puede ser ignorada y que permanece como teatro donde los sujetos son partícipes de su propia transformación, en la medida en que deben romper con la *forma de objetivar la vida desde el propio campo de poder*. Precisamente desde la perspectiva del patrón de poder de la modernidad, lo anterior implica que el despliegue del poder, como movimiento de voluntades que se plantean finalidades factibles racionalmente consensuadas, tiene que ver con el ejercicio creador de mediaciones de primer orden que trasciendan con la escisión del valor, pero ¿qué tipo de trascendencia es posible allí? Allí se juega, considero, buena parte del proyecto de liberación de la transmodernidad decolonial.

Bibliografía

- ABBAGNANO, Nicola (1993). *Diccionario de filosofía*, México, FCE.
- ABU-LUGHOD, Janet (1989). *Before european hegemony. The world system A.D. 1250-1350*, Nueva York/Oxford, Oxford University Press.
- ADORNO, Theodor (1984). *Dialéctica negativa*, Madrid, Taurus.
- (2013). *Introducción a la dialéctica*, Buenos Aires, Cadencia Editora.
- ACOSTA, Alberto (2013/2011). «Extractivismo y neoextractivismo: dos caras de la misma maldición», en Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo, *Más allá del Desarrollo*, Caracas, Celarg.
- AGNEW, John (2005). *Geopolítica: una re-visión de la política mundial*, Madrid, Trama.
- AGUILAR, Jorge (2014). *Introducción a los sistemas emergentes*, Mérida (Ven.), Universidad de los Andes.
- ALTHUSSER, Louis (1970). *La revolución teórica de Marx*, México, Siglo XXI Editores.
- AMIN, Samir (1970). *L'accumulation à l'échelle mondiale*, París/Dakar, Editions Anthropos, II tt.
- (1978). *El desarrollo desigual. Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico*, Barcelona (Esp.), Editorial Fontanella.

- _____ (2011). *La ley del valor mundializada. Por un Marx sin fronteras*, Madrid, El Viejo Topo.
- ARIZMENDI, Luis (2016). *El Capital ante la crisis epocal del capitalismo*, México, Instituto Politécnico Nacional.
- ARRIGHI, Giovanni (1999). *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, Madrid, Akal.
- _____ y Silver, Beverly (2001). *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, Madrid, Akal.
- BADIEU, Alan (2008). *La lógica de los mundos: el ser y el acontecimiento*, Buenos Aires, Manantial Ediciones.
- BARNET, Miguel (2012). *Biografía de un cimarrón. Estudios y ensayos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- BARTRA, Armando (2008). *El hombre de hierro. Los límites sociales y naturales del capital*, México, UACM/Ítaca/UAM.
- _____ (2015). *Hacia un marxismo mundano. La clave está en los bordes*, México, Editorial Ítaca.
- BAUTISTA SEGALÉS, Juan José (2015). *¿Qué significa pensar desde América Latina?*, Caracas, El perro y la rana. (Premio Libertador al Pensamiento Crítico 2014).
- BENJAMIN, Walter (2009). *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*, Santiago de Chile, LOM Ediciones.
- BERNAL, Martín (1993). *Atenea negra. Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica. Vol. I: La invención de la antigua Grecia, 1785-1985*, Barcelona (Esp.), Crítica.
- BETANCOURT-FORNET, Raúl (2001). *Transformación del marxismo. Historia del marxismo en América Latina*, México, Plaza y Valdés Editores/Universidad Autónoma de Nuevo León.
- BEYHAUT, Gustavo y Beyhaut, Hélène (1985). *América Latina. De la independencia a la globalización*, México, Siglo XXI Editores.

- BLAUT, James (1993). *The Colonizer's model of the world: Geographical Diffusionism and Eurocentric History*, Nueva York/Londres, The Guilford Press.
- BOERSNER, Demetrio (1990). *Relaciones internacionales de América Latina. Breve historia*, Caracas, Editorial Nueva Sociedad.
- BOURDIEU, Pierre (2022). *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*, Buenos Aires, Editorial Montessoro.
- BRACHO, Frank (1995). *Del materialismo al bienestar integral. El imperativo de una nueva civilización*, Caracas, Ediciones Vivir Mejor.
- BRACAMONTE, Leonardo (2020, enero-junio). «La composición latinoamericana del análisis de los sistemas-mundo», en: *Tierra Firme. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, n.º 117, Caracas.
- BRAUDEL, Fernand (1970). «La larga duración», en *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial.
- (1984). *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII: El tiempo del mundo*, t. 3, Madrid, Alianza Editorial.
- BUNGE, Mario (2002). *Epistemología*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- CARRERA DAMAS, Germán (coord.) (2008). *Formación histórico-social de América Latina*, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- CARTAY, Manuel (1993). *Historia de la alimentación del Nuevo Mundo*, Caracas, Fundación Polar.
- CASTORIADIS, Cornelius (2013). *La institución imaginaria de la sociedad*, México, col. Fábula, Tusquets Editores.
- CASSANY, Manuel (2007). *Afilas el lapicero. Guía de redacción para profesionales*, Barcelona (Esp.), Editorial Anagrama.
- CÉSAIRE, Aimé (2006). *Discurso sobre el colonialismo*, Madrid, Akal.

- CONTRERAS NATERA, Miguel Ángel (2011). *Una geopolítica del espíritu. Leo Strauss: la filosofía política como retorno y el imperialismo estadounidense*, Caracas, Celarg.
- (2014). *Otro modo del ser o más allá del eurooccidentalismo*, Caracas, Celarg.
- (2018). «Karl Marx y *El Capital*. Reprise en clave crítica, en Roger Landa (coord.), *El vuelo del Fénix. El Capital: Lecturas críticas a 150 años de su publicación*, Buenos Aires, Clacso/REDH.
- COLMENARES, Katya (2014). «¿Hacia una ciencia de la lógica crítica? Elementos para una crítica de la razón transontológica» [Tesis doctoral], Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Itztapalapa, México.
- CORONIL, Fernando (1999, enero-marzo). «Más allá del occidentalismo: hacia categorías geohistóricas no imperiales», en: Casa de las Américas, año XXXIX, n.º 214.
- (2000). «Naturaleza del poscolonialismo: del eurocentrismo al globocentrismo», en Edgardo Lander (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales perspectivas latinoamericanas*, Caracas, Ediciones Faces/Unesco.
- (2013). *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*, Caracas, Editorial Alfa.
- Cox, Oliver (1964). *Capitalism as a System*, Nueva York, Monthly Review Press. Disponible en: <<https://archive.org/>>.
- Cox, Robert (1987). *Production, power and world order. Social forces in the making of history*, Nueva York, Columbia University Press.
- (2013/2014, octubre-enero). «Fuerzas sociales, Estados y órdenes mundiales: más allá de la teoría de Relaciones Internacionales», en *Relaciones Internacionales*, n.º 24. Disponible en <<https://revistas.uam.es/index.php/relacionesinternacionales/article/view/5195>>.

- _____ (2016, febrero-mayo). «Gramsci, hegemonía y relaciones internacionales: un ensayo sobre el método», en *Relaciones Internacionales*, n.º 31. Disponible en: <<https://revistas.uam.es/relacionesinternacionales/article/view/5301>>.
- DELEUZE, Gilles (s/f). *Lógica del sentido*, Santiago de Chile, Universidad de ARCIS. Disponible en: <www.philosophia.cl>.
- DUSSEL, Enrique (1974). *Método para una filosofía de la liberación. Superación analéctica de la dialéctica hegeliana*, Salamanca, Ediciones Sígueme.
- _____ (1988). *Hacia un Marx desconocido. Un comentario a los manuscritos del 61-63*, México, Siglo XXI Editores.
- _____ (1990). *El último Marx (1863-1882) y la filosofía de la liberación latinoamericana. Un comentario a la tercera y cuarta redacción de El Capital*, México, Siglo XXI Editores.
- _____ (1994). «Las cuatro redacciones de *El Capital* 1857-1880 (Hacia una interpretación del pensamiento dialéctico de Marx)», en *Historia de la filosofía latinoamericana. Filosofía de la liberación*, Bogotá, Nueva América.
- _____ (1996). *Filosofía de la liberación*, Bogotá, Editorial Nueva América.
- _____ (2001a). «Europa, modernidad y eurocentrismo», en *Hacia una filosofía política crítica*, Bilbao, Editorial Desclée de Brouwer.
- _____ (2001b). «Sistema-mundo y trans-modernidad», en *Hacia una filosofía política crítica*, Bilbao, Editorial Desclée de Brouwer.
- _____ (2001c). «Debate sobre la geocultura del sistema mundo», en *Hacia una filosofía política crítica*, Bilbao, Editorial Desclée de Brouwer.

- _____ (2004, abril-junio). «La China (1421-1800). Razones para cuestionar el eurocentrismo», en: *Archipiélago. Revista cultural de Nuestra América*, año 11, n.º 44.
- _____ (2006). «Kategorie», México, UAM-Iz. Disponible en: <<https://marxismocritico.com/2011/10/20/kategorie/>>.
- _____ (2007a). «La “fuente creadora de la nada” del plusvalor en Marx», en *Materiales para una política de la liberación*, Madrid, UANL/Plaza y Valdés Editores.
- _____ (2007b). *Las metáforas teológicas de Marx*, Caracas, El perro y la rana.
- _____ (2007c). «Modernidad, imperios europeos, colonialismo y capitalismo», en *Materiales para una política de la liberación*, Madrid Plaza y Valdés Editores/ UANL.
- _____ (2007d). *Política de la liberación. Historia mundial y crítica*, Madrid, Editorial Trotta.
- _____ (2008, julio-diciembre). «Meditaciones anti-cartesianas: sobre el origen del anti-discurso filosófico de la modernidad», en *Tábula Rasa*, n.º 9, Bogotá.
- _____ (2009). *Política de la liberación. Arquitectónica*, Madrid, Trotta.
- _____ (2010). *La producción teórica de Marx. Un comentario a los Grundrisse*, Caracas, El perro y la rana.
- _____ et al. (2019). *Política de la liberación. Crítica liberadora*, México, s/e.
- ECHEVERRÍA, Bolívar (1998). *Valor de uso y utopía*, México, Siglo XXI Editores.
- _____ (2000). *La modernidad de lo barroco*, México, Ediciones Era.
- _____ (2011a). *Crítica de la modernidad capitalista*, La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.
- _____ (2011b). *Modernidad y blanquitud*, México, Editorial Era.

- _____ (2011c). *El materialismo de Marx, discurso crítico y revolución. En torno a las tesis sobre Feuerbach de Karl Marx*, México, Editorial Ítaca.
- FEDERICI, Silvia (1975). «Definición de discurso crítico», en *El discurso crítico de Marx*, México, El Hombre y su Tiempo.
- _____ (1977). «Esquema de *El Capital*», en *El discurso crítico de Marx*, México, El Hombre y su Tiempo.
- _____ (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- _____ (2018). *El patriarcado del dinero. Críticas feministas al marxismo*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- FOUCAULT, Michael (1976). *Histoire de la sexualité 1: La volonté de savoir*, París Gallimard.
- _____ (2006). *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*, México, Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2007). *El nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*, México, Fondo de Cultura Económica.
- ENGELS, Federico (2010). «Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana», en Karl Marx y Federico Engels, *Tesis sobre Feuerbach y otros escritos filosóficos*, Caracas, El perro y la rana.
- FERNÁNDEZ, Carlos (2014). «La cuestión de la dialéctica en Marx», en: *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, vol. 31, n.º 2, pp. 441-459.
- _____ (2018). «Ilustración y capitalismo. Una lectura republicana de *El Capital*», en R. Landa (coord.), *El vuelo del Fénix. El Capital: Lecturas críticas a 150 años de su publicación*, Buenos Aires, Clacso/REDH.
- _____ y Alegre, Luis (2010), *El orden de El Capital*, Caracas, El perro y la rana.

- FRANK, André Gunder (1998). *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*, Berkeley, University of California Press.
- (2015). *ReOrienting The 19th Century: Global Economy in Continuing Asian Age*, Boulder, Paradigm Publisher.
- GADAMER, Hans-Georg (1999). *Verdad y método I*, Salamanca, Ediciones Sígueme.
- GANDARILLA SALGADO, José Guadalupe (2003). *Globalización, totalidad e historia. Ensayos de interpretación crítica*, Buenos Aires, Ediciones Herramienta.
- (2012). *Asedios a la totalidad. Poder y política en la modernidad desde un encare decolonial*, México, Anthropos.
- (2014). *Modernidad, crisis y crítica*, México, Ediciones La Cebra/Palinodia/UNAM/UMCE/ARCIS.
- (2016). «Geopolítica y modernidad: hacia un enfoque interdisciplinario», en *Geopolítica e integración regional: América Latina en el sistema-mundo*, La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.
- (2018). «La crisis se ha profundizado y Marx está de vuelta: *El Capital* a siglo y medio de haber sido escrito», en R. Landa (coord.), *El vuelo del Fénix. El Capital: Lecturas críticas a 150 años de su publicación*, Buenos Aires, Clacso/REDH.
- GARAVAGLIA, Juan Carlos y Marchena, Juan (2005). *América Latina. De los orígenes a la independencia. América precolombina y la consolidación del espacio colonial*, vol. 1, Barcelona (Esp.), Crítica.
- GILBERT, Chris y Pascual Marquina, Cira (coords.) (2014). *¿Para qué sirve El Capital? Un balance contemporáneo de la obra principal de Karl Marx*, Caracas, Editorial Trinchera.
- GOODY, Jack (2011). *El robo de la historia*, Madrid, Akal.
- González Casanova, Pablo (2006a). «Colonialismo interno [una redefinición]», en Atilio Boron, Javier Amadeo

- y Sabrina González (comps.), *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*, Buenos Aires, Clacso.
- _____ (2006b). «El colonialismo interno», en *Sociología de la explotación* (nueva ed. corregida), Buenos Aires, Clacso.
- GRAND, Ted y Woods, Alan (2008). *Razón y revolución. Filosofía marxista y ciencia moderna*, Madrid, Fundación Federico Engels.
- GROSFUGUEL, Ramón (2013, julio-diciembre). «Racismo/sexismo epistémico, universidades occidentalizadas y los cuatro genocidios/epistemicidios del largo siglo XVI», en: *Tabula Rasa*, n.º 19, Bogotá. Disponible en: <<https://www.revistatabularasa.org/numeros/>>.
- HARVEY, David (2014). *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*, Quito, Editorial IAEN.
- HEGEL, Georg Wilhelm (2000). *Rasgos fundamentales de la Filosofía del Derecho o compendio de derecho natural y ciencia del Estado*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- _____ (2009). *Fenomenología del espíritu*, México, FCE.
- HEIDEGGER, Martin (2016). *Ser y tiempo*, Madrid, Trotta.
- HELLER, Agnes (1985). *Historia y vida cotidiana. Aportaciones a la sociología socialista*, México, Grijalbo.
- HENG, Gerldine (2018). *The invention of race in the European Middle Ages*, Cambridge, Cambridge University Press.
- HIKELAMMERT, Franz (1984). *Crítica de la razón utópica*, San José, DEI.
- _____ (2006). *El sujeto y la ley. El retorno del sujeto reprimido*, Caracas, El perro y la rana.
- _____ (2008). *Hacia una crítica de la razón mítica. El laberinto de la modernidad, materiales para la discusión*, Caracas, El perro y la rana.
- _____ (2010). «Sobre la reconstitución del pensamiento crítico», en *La maldición que pesa sobre la ley. Las raíces*

- del pensamiento crítico en Pablo de Tarso*, Costa Rica, Editorial Arlekin.
- (2018). «El ser humano como ser supremo para el ser humano. Más allá de la religión neoliberal del mercado», en R. Landa (coord.), *El vuelo del Fénix. El Capital: Lecturas críticas a 150 años de su publicación*, Buenos Aires, Clacso/REDH.
- y Mora, Henry (2014). *Hacia una economía para la vida. Preludio a una segunda crítica de la economía política*, La Habana, Editorial Caminos.
- HOBSON, John (2004). *Los orígenes orientales de la civilización de Occidente*, Barcelona (Esp.), Editorial Crítica.
- HOBBSAWM, Erick (1980). *Las revoluciones burguesas*, vol. 2, Barcelona (Esp.), Editorial Labor.
- IBÁÑEZ, Raúl (2018a). «Imago mundi, 7 retratos del mundo», en: *Cuaderno de Cultura Científica*. Disponible en: <<https://culturacientifica.com/2018/08/22/imago-mundi-7-retratos-del-mundo/>>.
- (2018b). «Imago mundi, otros 6 retratos del mundo», en: *Cuaderno de Cultura Científica*. Disponible en: <<https://culturacientifica.com/2018/09/05/imago-mundi-2-otros-6-retratos-del-mundo/>>.
- (2018c). «Imago mundi, finalmente 9 retratos más del mundo», en: *Cuaderno de Cultura Científica*. Disponible en: <<https://culturacientifica.com/2018/09/19/imago-mundi-3-finalmente-9-retratos-mas-del-mundo/>>.
- KANT, Immanuel (1999). *Hacia la paz perpetua*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2005). *Crítica de la razón pura*, Madrid, Taurus.
- KARATANI, Kojin (2014). *The structure if wirkd history. From modes of production to modes of Exchange*, Durham, Duke University Press.

- KATZ, Claudio (2018a). *La teoría de la dependencia 50 años después*, Buenos Aires, Batalla de Ideas.
- (2018b). «Controversias sobre la superexplotación». Disponible en: <<https://katz.lahaine.org>>.
- (2019). «Actualización o veneración de la teoría de la dependencia». Disponible en: <<https://katz.lahaine.org>>.
- KOHAN, Néstor (2011), *Nuestro Marx*, Caracas, s/e.
- KÒJEVE, Alexandre (2013). *Introducción a la lectura de Hegel*, Madrid, Editorial Trotta.
- LAMARCA LAPUENTE, Chusa (2004). «Ella para él, él para el Estado y los tres para el mercado. Globalización y género». Disponible en: <<http://www.hipertexto.info/desglobaliza>>.
- LANDA, Roger (2018). «La alienación como teoría del poder en El Capital», en R. Landa (coord.), *El vuelo del Fénix. El Capital: Lecturas críticas a 150 años de su publicación*, Buenos Aires, Clacso/REDH. [Artículo arbitrado.]
- (2020, enero-junio). «La reproducción simple de las condiciones de dominación en el capitalismo. Análisis desde la dualidad valor-valor de uso», en: *Tierra Firme. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, n.º 117, Caracas. [Artículo arbitrado.]
- (2022, enero-junio). «Indicando límites a la factibilidad trascendental: ¿es posible suprimir el mercado?», en *Tierra firme. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, n.º 119, Caracas. [Artículo arbitrado.]
- (2023a). «La reorganización del orden mundial. Una reconstrucción histórica desde el auge del neoliberalismo disciplinario hasta la crisis de la política», en *Nuevos mapas. Crisis y desafíos en un mundo multipolar*, Clacso, Buenos Aires. Disponible en: <<https://www.clacso.org/libro-nuevos-mapas-crisis-y-desafios-en-un-mundo-multipolar/>>. [Artículo arbitrado.]

- (2023b). «Superexplotación del trabajo y transferencias de valor: el debate actual en torno a la obra de Marini», en N. Kohán y N. López Castellanos (coords.). *Marxismos y pensamiento crítico en el Sur global*, Buenos Aires, CLACSO.
- LANDER, Edgardo (2000). «Ciencias sociales: sabres coloniales y eurocéntricos», en E. Lander (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Caracas, Ediciones Faces/Unesco.
- LEWIS, Martin y Wigen, Kären (1997). *The myth of continents. A critique of metageography*, Berkeley/Los Ángeles, University of California Press.
- LEZY VARGAS, Flores (2020). *Del proyecto de investigación al trabajo de grado. Orientaciones para la elaboración y comunicación de resultados de las investigaciones*, Caracas, s/e. Disponible en: <https://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana-cm/libro_detalle.php?id_libro=2236&pageNum_rs_libros=3&totalRows_rs_libros=1749>.
- LOCK, John (2006). *Segundo tratado sobre el gobierno civil. Ensayo acerca del verdadero origen, alcance y fin del gobierno civil*, Madrid, Tecnos.
- LOSURDO, Domenico (2016). *Un mundo sin guerras. La idea de paz, de las promesas del pasado a las tragedias del presente*, Madrid, El Viejo Topo.
- LUKÁCS, Georg (1960). *Histoire et conscience de classe. Essais de dialectique marxiste*, París, Les Éditions de Minuit.
- MALDONADO, Carlos (2005, julio). «Ciencias de la complejidad: ciencias de los cambios súbitos», en: *Odeon*, n.º 2, Bogotá. Disponible en: <<https://revistas.uer-nado.edu.co/index.php/odeon/article/view/2643>>.
- MALDONADO-TORRES, Nelson (2009). «El pensamiento filosófico del “giro descolonizador”», en Enrique Dussel,

- Carmen Bohórquez y Eduardo Mendieta (eds.), *El pensamiento filosófico latinoamericano del Caribe y «latino» [1300-2000]*, México, Siglo XXI Editores.
- MARCUSE, Herbert (2019). *Escritos sobre dialéctica y marxismo*, Medellín, En Negativo Ediciones. Disponible en: <<https://proletarios.org/biblioteca.php>>.
- MARINI, Ruy Mauro (1969). *Subdesarrollo y revolución*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- (2008a). «Dialéctica de la dependencia», en *América Latina, dependencia y globalización*, Buenos Aires/Bogotá, Clacso.
- (2008b). «En torno a *Dialéctica de la dependencia*», en *América Latina, dependencia y globalización*, Bogotá, Clacso/Siglo del Hombre Editores.
- MARX, Karl (1982). *Progreso técnico y desarrollo capitalista (manuscritos 1861-1863)*, México, Ediciones Pasado y Presente/Siglo XXI Editores.
- (1983, julio-septiembre). «La tecnología del capital. Subsunción formal y subsunción real del proceso de trabajo al proceso de valorización (extractos del manuscrito 1861-1863)», en: *Cuadernos Políticos*, n.º 37, México. Disponible en: <<http://www.bolivare.unam.mx/traducciones>>.
- (1989). *Le Capital*, Berlín, Dietz Verlag Berlin, MEGA II, 7.
- (2008). *Contribución a la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI Editores.
- (2009a). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 3 tt.
- (2009b). *El Capital. Libro I Capítulo VI (inédito). Resultados del proceso inmediato de producción*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

- (2011). «Tesis sobre Feuerbach», en Bolívar Echeverría, *El materialismo de Marx. Discurso crítico y revolución*, México, Editorial Ítaca.
- (2012). *El Capital. El proceso de producción de capital*, t. 3, vol. 1, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- y Engels, Friedrich (2007). *La ideología alemana*, Caracas, El perro y la rana.
- MBEMBE, Achille (2016). *Crítica de la razón negra. Ensayo sobre el racismo contemporáneo*, Barcelona (Esp.), Futuro Anterior Ediciones.
- MÉSZÁROS, István (2010a). *El desafío y la carga del tiempo histórico. El socialismo del siglo XXI*, Caracas, Vadell Hermanos Editores.
- (2010b). *Más allá del capital. Hacia una teoría de la transición*, La Paz, Pasado y Presente XXI/Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.
- (2011). *Estructura social y formas de conciencia. La determinación social del método*, vol. I, Caracas, Monte Ávila Editores.
- (2018). «El ciclo histórico del capital se cierra: el desafío para la salida segura», en R. Landa (coord.), *El vuelo del fénix. El Capital: lecturas críticas a 150 años de su publicación*, Buenos Aires, Clacso/REDH.
- MIGNOLO, Walter (2000). «La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad», en E. Lander (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales perspectivas latinoamericanas*, Caracas, Ediciones Faces/Unesco.
- (2003). *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, Chiapas, Universidad de la Tierra.
- (2009). «El pensamiento decolonial, desprendimiento y apertura», en E. Dussel, C. Bohórquez y

- E. Mendieta (eds.), *El pensamiento filosófico latinoamericano del Caribe y «latino» [1300-2000]*, México, Siglo XXI Editores.
- MORENO, Alejandro (2015). *El aro y la trama. Episteme, modernidad y pueblo*, Caracas, Convivium Press.
- MOUTOUKIAS, Zacarías (1999). «Contrabando y sector externo en Hispanoamérica colonial», en Marcello Carmagnani, Alicia Hernández y Ruggiero Romano (coords.), *Para una historia de América Latina: Los nudos 1*, vol. 2, México, Fondo de Cultura Económica.
- MUÑOZ-ALONSO, Gemma (s/f). «El yo, el nosotros y el se en un trabajo de investigación». Disponible en: <<https://www.ucm.es/data/media/www/pag-135809/13%20el-tono-de-la-tesis-doctoral.pdf>>.
- OSORIO, Jaime (2017). «Teoría marxista de la dependencia sin superexplotación. Una propuesta de desarrollo teórico para avanzar». Disponible en: <<https://repositorio.ufsc.br/xmlui/bitstream/handle/123456789/179518/Cr%C3%ADtica%20a%20Katz.pdf?sequence=1&isAllowed=y>>.
- (2018). «Acerca de la superexplotación y el capitalismo dependiente», en: *Cuadernos de Economía Crítica* (CEC), vol. 4, n.º 8, pp. 153-181.
- (2019, mayo). «Cuestiones epistémicas en el análisis de la dependencia y del capitalismo dependiente», en: *Revista de Economía*, vol. 71, n.º 113, pp. 91-105.
- PACHÓN SOTO, Damián (2008, enero-junio). «Nueva perspectiva filosófica en América Latina: el grupo modernidad/colonialidad», en: *Ciencia Política*, n.º 5. Disponible en: <<https://doi.org/10.15446/cp>>.
- PINHEIRO GUIMÃRAES, Samuel (2001). *Quinhentos anos de periferia. Uma contribuição ao estudo da política internacional*, Rio Grande do Sul, Editora da Universidade/ Contraponto.

- PRADO, Abdenur (2018). *Genealogía del monoteísmo, la religión como dispositivo colonial*, Madrid, Akal.
- POMERANZ, Kenneth (2000). *The great divergence: China, Europe and the making of the modern world economy*, Nueva Jersey, Princeton University Press.
- POULANTZAS, Nicos (1968). *Clases sociales y poder político en el estado capitalista*, México, Siglo XXI Editores.
- (1987). *Estado, poder y socialismo*, México, Siglo XXI Editores.
- QUIJANO, Aníbal (2000). «La colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina», en E, Lander (ed.), *La colonialidad del saber. eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Caracas, Ediciones Faces/Unesco.
- (2014). «Colonialidad del poder y clasificación social», en *Cuestiones y horizontes. De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*, Buenos Aires, Clacso.
- RAWLS, John (2006). *Liberalismo político*, México, Fondo de Cultura Económica.
- REYES, Graciela (2008). *Cómo escribir bien en español. Manual de redacción*, Madrid, Arco Libros.
- RIBEIRO, Darcy (1983). *El proceso civilizatorio. Etapas de la evolución sociocultural*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca.
- (1992). *Las Américas y la civilización. Proceso de formación y causas del desarrollo desigual de los pueblos americanos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- ROMERO LOSSACO, José (2020, enero-junio). «Colonialidad/Decolonialidad. Contribuciones y límites del análisis de los sistemas-mundo», en: *Tierra Firme. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, n.º 117, Caracas.
- (2021a, octubre-diciembre). «El sistema-mundo más allá de 1492: modernidad, cristiandad y colonialidad. Aproximación al giro historiográfico decolonial»,

- en: *Tábula Rasa*, n.º 36, Bogotá. Disponible en: <<https://doi.org/10.25058/20112742.n36.14>>.
- (2021b). «Historias globales desde el Sur: la colonialidad más allá de 1492», en: *Anduli. Revista Andaluza de Ciencias Sociales*, n.º 20, Sevilla, Universidad de Sevilla. Disponible en: <<http://10.12795/anduli.2021.i20.15>>.
- (2022, enero-junio). «Descolonizar la historia mundial, prolegómenos para unas historias globales desde el Sur», en: *Tierra Firme. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, n.º 119, Caracas.
- RUBIN, Isaak Illich (1979). *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*, México, Cuadernos de Pasado y Presente.
- SACRISTÁN, Manuel (1980, enero-febrero). «El trabajo científico de Marx y su noción de ciencia», en: *Mientras Tanto*, n.º 2. Disponible en: <<http://www.jstor.org/stable/27819182>>.
- SAID, Edward (2008). *Orientalismo*, Barcelona (Esp.), De Bolsillo.
- SANOJA OBEDIENTE, Mario (1997). *Los hombres de la yuca y el maíz. Un ensayo sobre el origen y desarrollo de los sistemas agrarios en el Nuevo Mundo*. Caracas, Monte Ávila Editores.
- (2006). *Memorias de la integración. Ensayo sobre la diversidad, la unidad histórica y el futuro político de Sudamérica y el Caribe*, Caracas, Monte Ávila Editores.
- (2011). *Historia sociocultural de la economía venezolana. Catorce mil quinientos años de recorrido*, Caracas, BCV.
- (2012). *Del capitalismo al socialismo del siglo XXI. Perspectiva desde la antropología crítica*, Caracas, BCV.
- SANTOS, Theôtonio dos (2011a). *Imperialismo y dependencia*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.

- (2011b). *Del terror a la esperanza. Auge y decadencia del neoliberalismo*, Caracas, BCV/Monte Ávila Editores.
- SCHMITT, Carl (1998). *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza Editorial.
- SEMERANO, Giovanni (2004). *L'infinito: un equivoco millenario. Le antiche civiltà del Vicino Oriente e le origini del pensiero greco*, Turín, Bruno Mondadori.
- SILVA, Ludovico (2006a). «Sobre el Método en Marx», en *Anti-manual para uso de marxistas, marxólogos y marxianos*, Caracas, Fondo Editorial Ipasme.
- (2006b). *Anti-manual para uso de marxistas, marxólogos y marxianos*, Caracas, Fondo Editorial Ipasme.
- (2006c). *La alienación como sistema. La teoría de la alienación en la obra de Karl Marx*, Caracas, Fondo Editorial Ipasme.
- (2006d). *La plusvalía ideológica*, Caracas, Fondo Editorial Ipasme.
- (2011). *El estilo literario de Marx*, Caracas, Fondo Editorial Fundarte.
- SOLÉ, Ricard y Manrubia, Susanna (1994). *Orden y caos en sistemas complejos*, Barcelona (Esp.), Ediciones UPC.
- STOLOWICS, Beatriz (2016). *El misterio del posneoliberalismo. Tomo II: La estrategia para América Latina*, Bogotá, Espacio Crítico Ediciones/ILSA, 2 vols.
- UNAMUNO, Miguel (1958). «Decirse a sí mismo», en *Obras completas. Tomo V: De esto y de aquello*, Barcelona (Esp.), Afrodisio Aguado.
- (1967). *El sentimiento trágico de la vida*, en *Ensayos*, t. II, Madrid, Aguilar.
- VARGAS ARENAS, Irida (1990). *Arqueología, ciencia y sociedad. Ensayo sobre teoría arqueológica y la formación económico social tribal en Venezuela*, Caracas, Editorial Abre Brecha.

- _____ (2014). «La arqueología marxista del capitalismo y la reconstrucción de una historia protagonizada por el pueblo», en: *Nuestro Sur*, n.º 8, Caracas.
- VEGA CANTOR, Renán (2008). *Un mundo incierto, un mundo para aprender y enseñar. Las transformaciones mundiales y su incidencia en la enseñanza de las Ciencias Sociales. Vol 2: Capitalismo, tecnociencia y ecocidio planetario*, Caracas, El perro y la rana.
- _____ (2013). *Capitalismo y despojo. Perspectiva histórica sobre la expropiación universal de bienes y saberes*, Bogotá, Impresol Ediciones.
- _____ (2018). «El reino capitalista de la mercancía y sus límites», en R. Landa (coord.), *El vuelo del Fénix. El Capital: Lecturas críticas a 150 años de su publicación*, Buenos Aires, Clacso/REDH.
- VERAZA, Jorge (2007). *Leer El Capital hoy. Pasajes y problemas decisivos*, México, Editorial Ítaca/Ediciones de Paradigmas y Utopías.
- _____ (2008). *Subsunción real del consumo bajo el capital*, México. Editorial Ítaca.
- _____ (2012). *Del reencuentro con Marx de América Latina*, Caracas, El perro y la rana. (Premio Libertador al Pensamiento Crítico 2011).
- _____ (2018). «Subsunción formal y subsunción real del proceso de trabajo bajo el capital y medida geopolítica de capital. A 150 años de la publicación del Tomo I de *El Capital* de Marx», en R. Landa (coord.), *El vuelo del Fénix. El Capital: Lecturas críticas a 150 años de su publicación*, Buenos Aires, Clacso/REDH.
- VILLAMARÍN, Juan y Villamarín, Judith (1999). «El trabajo indígena, su papel en la organización social y política prehispánica y colonial», en: M. Carmagnani,

- A. Hernández Chávez y R. Romano (coords.), *Para una historia de América III. Los nudos* (2), México, Fondo de Cultura Económica/ El Colegio de México/ Fideicomiso Historia de las Américas.
- WALLERSTEIN, Immanuel (1999). *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos*, México, Siglo XXI Editores.
- (2005a). *El moderno sistema mundial II: El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*, México, Siglo XXI Editores.
- (2005b). *El moderno sistema mundial I: La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, México, Siglo XXI Editores.
- (2006). *El moderno sistema mundial III: la segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850*, México, Siglo XXI Editores.
- ZAPATA SILVA, Claudia (2018, enero-junio). «El giro decolonial. Consideraciones críticas desde América Latina», en: *Pléyade. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, n.º 21.
- ZEMELMAN, Hugo (1987). *Uso crítico de la teoría. En torno a las funciones analíticas de la totalidad*, México, El Colegio de México.
- ZUBIRI, Xavier (1979). «Respectividad de lo real», en *Realitas III-IV, 1976-1979. Trabajos de Seminario de Xavier Zubiri*, Madrid. Disponible en: <<http://www.zubiri.org/works/spanishworks/Respectividad.htm>>.

Índice

Veredicto	7
Introducción: El problema de la modernidad y los dilemas de su comprensión	11
La crisis del ser en Europa occidental y el ¿fin de la modernidad?	11
La apertura de los debates sobre la modernidad y la impronta del lugar de enunciación	17
¿Recuperar a Marx desde la decolonialidad o leer la decolonialidad desde Marx? Definiciones preliminares	18
<i>Formación social</i>	19
<i>Modo de producción</i>	22
<i>Modo de vida y modo de trabajo</i>	23
<i>Trabajo vivo y clases proletarizadas</i>	25
<i>Regiones geohistóricas y sistemas interregionales</i>	27
<i>El patrón de poder de la modernidad:</i> <i>momentos del despliegue argumental</i>	29
I. La búsqueda de un método científico y crítico:	
la dialéctica desde un lugar de enunciación decolonial	33
De nuevo sobre la dialéctica: el sentido de la reflexión	33
Precisiones iniciales sobre la dialéctica como ciencia	41
Precisiones iniciales sobre dialéctica como método	48

Los presupuestos del método dialéctico	53
<i>Relación realidad-pensamiento</i>	53
<i>El punto de vista de la totalidad</i>	56
<i>Forma y contenido</i>	58
El movimiento de lo abstracto a lo concreto y la forma de investigación	60
<i>De la representación caótica a las categorías simples y generales</i>	62
<i>El descenso a lo concreto pensado: las categorías concretas y particulares</i>	64
<i>La forma de investigación</i>	67
La forma de exposición, estructura argumental y expresión de la dialéctica	69
<i>La forma de exposición</i>	70
<i>La estructura argumental</i>	73
<i>La expresión de la dialéctica</i>	75
De lo concreto pensado a lo concreto conocido:	
la posibilidad de la praxis	79
El conocimiento científico crítico de la dialéctica:	
la cuestión del fetichismo	81
<i>La presencia ausente y la teoría del reflejo en Hinkelammert</i>	82
<i>La lectura de Juan José Bautista sobre la teoría del fetichismo en Hinkelammert y Marx</i>	87
<i>Reflexiones sobre el fetichismo y la dialéctica: el problema de la crítica</i>	90
 II. La historicidad del patrón de poder de la modernidad: escisión de las condiciones de reproducción de la vida real	 101
La violencia fundante del capital	101
Expropiación de la tierra como fundamento de la violencia	109
Expropiación rural en el centro del sistema: coerción y disciplinamiento	112
Subordinación formal del trabajo	121
<i>Los artesanos en Inglaterra</i>	123

<i>La industria subsidiaria</i>	125
<i>Subordinación formal de la periferia</i>	126
<i>América</i>	132
<i>África subsahariana</i>	134
<i>China e India</i>	136
Subordinación del trabajo como dominación: maquinaria, gran industria y tecnología	139
De la violencia a la dominación: la expansión de la relación capital	140
La tecnología y la subordinación real del trabajo	144
Subordinación real y profundización de la expropiación de las clases trabajadoras	147
Subordinación real en el centro del sistema	154
Subordinación real en la periferia y semiperiferia	160
Procesos contemporáneos de subordinación real y formal	171

III. La dualidad valor y valor de uso:

las condiciones ontológicas de la dominación	179
Del despliegue histórico al análisis lógico	179
Trabajo, valor y valor de uso	182
Determinaciones formales de la dualidad valor-valor de uso a lo interno de la unidad de la producción capitalista simple	185
Desplazamiento del trabajo vivo por el capital: escisión valor-valor de uso y sus determinaciones materiales	191
Trabajo vivo y reproducción simple de la dominación: los medios de subsistencia	196
El capital como sujeto que domina	206
Desplazamiento hacia la reproducción ampliada de la dominación: mediaciones y fetichización	211
Conversión de plusvalor en capital	212

De la circulación mercantil a la apropiación (privada) capitalista	217
División social del trabajo puesta por el capital	219
El proceso productivo en escala ampliada como valorización privada del capital	232
La automediación del capital que se pone a sí mismo y su fetichización	236
A manera de conclusión: La tensión modernidad/ transmodernidad y la imaginación dialéctica	243
La inversión de la realidad y las fisuras de la totalidad	245
El problema del valor y la tensión decolonialidad/ transmodernidad	247
La necesidad del mercado: ¿Es posible superar la escisión valor-valor de uso?	251
La dominación del capital y su fractalidad: la imaginación creadora	253
Un diálogo final (y necesario) con la política de la liberación	255
Bibliografía	261

Dialéctica, valor y dominación

se imprimió en el mes de junio de 2025
en la Imprenta Bicentenario de Carabobo.
Caracas, Distrito Capital, Venezuela.
Son 1000 ejemplares.





«La palabra es mi dominio sobre el mundo. Tuve desde la infancia varias vocaciones que me llamaban ardientemente. Una de esas vocaciones era escribir. Escribir el aprendizaje es la propia vida viviendo en nosotros y a nuestro alrededor».

LAS FORMAS DEL FUEGO

ENSAYO

A partir de un análisis meticuloso y exhaustivo, este ensayo es un estudio tan erudito como agudo sobre el poder del capital y sus mecanismos de dominación. La obra revitaliza el debate teórico entre marxismo y decolonialidad. En palabras del propio autor, «es una reflexión sobre la formación social capitalista en el proceso de creación histórica de los presupuestos lógicos para la reproducción de sus condiciones de existencia que son, simultáneamente, condiciones de dominación».

ROGER LANDA (CARACAS, 1989)

Licenciado en Filosofía (UCV), magíster en Procesos Sociopolíticos de Integración Venezolanos, Latinoamericanos y del Caribe (IDEA) y doctor en Ciencias para el Desarrollo Estratégico (UBV). Ha participado en calidad investigador becado en instituciones como el Celarg, el Centro Nacional de Estudios Históricos, la Escuela Venezolana de Planificación y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Actualmente participa en el Grupo de Trabajo Clacso «Marxismos y Resistencias en el Sur Global», dicta clases de epistemología a nivel doctoral y es asesor académico para proyectos de investigación en ciencias sociales y humanidades. Fue coordinador del libro *El vuelo del Fénix*. El Capital: *Lecturas Críticas a 150 años de su publicación* (Clacso, 2018) y del n.º 119 de *Tierra Firme*. *Revista de Historia y Ciencias Sociales*.

